«De lectura obligada para cualquier interesado en hacer del mundo un lugar mejor. Casi un milagro.»
Ha-Joon Chang

# El delirio del crecimiento

## David Pilling

taurus

David Pilling

# El delirio del crecimiento

## La riqueza y el bienestar de la naciones

*Traducción de Ramón González Ferriz*

taurus

SÍGUENOS EN

megustaleer

**@megustaleer**

**@taurusedítorial**

**@megustaleer**

Penguin Random House Grupo Editorial

*A mis queridos hijos,*
*Dylan y Travis*

# EL CULTO AL CRECIMIENTO

Durante más de setenta años las sociedades avanzadas se han mirado en el espejo con cierta vanidad y, por lo general, les ha gustado lo que ven: crecimiento. El espejo es, en realidad, el producto interior bruto (PIB) y se ha convertido en nuestro principal medio para juzgar nuestro atractivo como economías y como sociedades. La economía —eso que el PIB intenta medir— está por todas partes. No puedes olerla ni tocarla, pero es el ruido de fondo del mundo moderno. Es el alimento básico de los titulares, de los canales de información financiera y del debate político. Sin embargo, pese a ser un concepto tan fundamental, solo un número sorprendentemente pequeño de personas sabe con precisión qué es la economía o cómo estimamos su progreso. Lo único cierto es que debe avanzar de manera constante, como un tiburón.

Definimos la economía en relación con el PIB.(1) Desde tiempos modernos, y en contra de las advertencias de su inventor, el PIB se ha convertido en un indicador del bienestar de un país. Si la economía crece, entonces todo debe estar bien. Si se contrae, será que no tanto. Pero el espejo en el que nos hemos estado mirando se parece más al de un parque de atracciones que al de un cuarto de baño. La imagen reflejada en él está burdamente distorsionada y cada vez se contradice más con la realidad. Nuestro espejo económico está roto.

Estamos viviendo en una «edad de la ira», definida por una reacción popular desfavorable y el rechazo a instituciones e ideales que antes eran apreciados, incluido el propio liberalismo occidental.[1] En Estados Unidos esto ha llevado al auge de Donald Trump. Reino Unido ha votado a favor del Brexit y en Europa partidos no convencionales, tanto de derechas como de izquierdas, han provocado que el *statu quo* se tambalee. Hay convulsiones políticas, provocadas por revueltas populares, de India a Brasil y de Filipinas a Turquía.

Muchas explicaciones contradictorias tratan de interpretar lo que ha causado la ira popular en países que, a juzgar por las medidas convencionales, nunca habían sido tan ricos. Sin embargo, en todas hay un elemento común: la gente no ve la realidad de su vida reflejada en el relato oficial, un relato contado principalmente por economistas. Algunas de las fuerzas que forman parte de esta reacción son el resultado de cuestiones de identidad, una sensación de impotencia, la falta de vivienda asequible, la ausencia de una comunidad y la indignación contra la política monetaria y los crecientes niveles de desigualdad. Otras surgen porque nuestras definiciones de «crecimiento» y de «economía» ya no encajan con la experiencia vivida por la gente. Este libro pretende explicar la brecha que hay entre lo que los expertos dicen sobre nuestra vida y lo que nuestra vida parece en realidad.

Aunque casi todo el mundo ha oído hablar del PIB, pocos saben que se inventó en una fecha reciente, en torno a la década de 1930, como herramienta para hacer frente a la Gran Depresión, y que después se convirtió en un medio para prepararse para la Segunda Guerra Mundial. Lo primero que hay que entender es que la economía no constituye un fenómeno natural, una verdad que se pueda descubrir. Antes de 1930 prácticamente no existía. Es algo creado por los seres humanos, como el algodón de azúcar, los seguros de automóvil o la contabilidad de doble entrada.

Si el PIB fuera una persona, sería indiferente, incluso ciega, ante la moralidad. Mide la producción de cualquier clase, sin importar si es buena o mala. Al PIB le gusta la contaminación, en especial si es necesario gastar dinero para combatirla. Le gusta el delito porque le encantan las grandes fuerzas policiales y reparar ventanas rotas. Al PIB le agrada el huracán Katrina y está bastante de acuerdo con las guerras. Le complace medir la escalada de un conflicto en número de armas, aviones y misiles para, después, contar el esfuerzo que precisará la reconstrucción de ciudades arrasadas a partir de sus ruinas humeantes. El PIB es bueno contando, pero es un pésimo juez de la calidad. Tiene unos horribles modales en la mesa. Para él, un juego de cubiertos compuesto por tres tenedores sirve igual que uno formado por un tenedor, un cuchillo y una cuchara.[2]

El PIB es un mercenario. No se digna a contar las transacciones en las que el dinero no cambia de manos. No le gustan las labores del hogar (aquí,

al menos, estamos de acuerdo) y rehúye todas las actividades voluntarias. En los países pobres le cuesta dar cuenta de la mayoría de los esfuerzos humanos, el grueso de los cuales ocurre fuera de la economía monetizada. Puede rastrear el impacto económico de una botella de Evian en el supermercado, pero no el de una niña que en Etiopía recorre kilómetros a pie para conseguir agua de una fuente.

El crecimiento es un hijo de su tiempo, esto es, la era de la manufactura, y el PIB fue diseñado ante todo para medir la producción física. Tiene problemas para encontrarle sentido a las modernas economías de servicios, un defecto llamativo en los países ricos, donde los servicios, como los seguros y el diseño de jardines, son actividades dominantes. No se le da mal contar la producción de ladrillos, barras de acero y bicicletas, esas «cosas que se te pueden caer en el pie».[3] Pero si intenta hacer lo mismo con los cortes de pelo, las sesiones de psicoanálisis o las descargas de música, entonces se confunde. Se le da mal medir el progreso, justo aquello que suponemos que sabe hacer. Para nuestra principal medida de crecimiento un antibiótico vale céntimos, aunque un milmillonario sifilítico de hace cien años hubiera dado la mitad de su fortuna por un tratamiento de siete días.

En resumen, nuestra definición de la economía es bastante tosca. Como alguien le comentó de manera informal a este autor, «Si estás atrapado en un atasco durante una hora, eso contribuye al PIB. Si vas a casa de un amigo a echar una mano, no». Eso es «todo lo que necesitas saber». Con la esperanza de que estuviera equivocado en esto último, espero que sigas leyendo.

Todos percibimos de manera instintiva que algo está mal, pero nos cuesta identificarlo con precisión. La crisis financiera global de 2008 fue la señal definitiva de que la economía nos había fallado. En los años previos al colapso de Lehman Brothers y el inicio de la recesión en prácticamente todo el mundo occidental, el culto al crecimiento nos había llevado a celebrar nuestras economías. Gente como Alan Greenspan, el presidente de la Reserva Federal, dijo que todo iba como la seda y que había que dejar en paz a los mercados para que crearan aún más riqueza.

De hecho, nuestras medidas estándar no nos habían contado demasiado acerca de cómo se estaba creando el crecimiento; por ejemplo, que se

construyó sobre la base de un crecimiento muy rápido de la deuda doméstica y de una ingeniería financiera aún más inteligente (léase «aún más idiota») impulsada por unos banqueros enloquecidos por los bonus. Las economías avanzadas, supuestamente, habían alcanzado un nuevo nirvana conocido como «la Gran Moderación», donde los inteligentes tecnócratas habían consignado a la historia los booms y las crisis y en el cual el mercado, si se le dejaba a su suerte, siempre producía un estado de equilibrio feliz.

El crecimiento económico revelaba poco sobre la creciente desigualdad o sobre los inmensos desequilibrios globales. Estados Unidos tenía enormes déficits comerciales financiados por los exportadores de petróleo de Oriente Próximo y por China, quienes se dedicaban a reciclar sus superávits comerciales comprando bonos del tesoro estadounidense. Los chinos, de hecho, estaban prestando dinero a los estadounidenses para que estos pudieran permitirse todas las cosas que se producían en la fábrica del mundo. Fue lo que mantuvo girando el carrusel del crecimiento… hasta que se paró. Años después, muchos países occidentales, en especial en Europa, siguen esforzándose para que sus economías vuelvan a los niveles previos a 2008. Gran parte del crecimiento de los años anteriores ha resultado ser una ilusión.

Un problema del crecimiento es que requiere una producción incesante y, su primo carnal, un consumo incesante. A menos que queramos más y más cosas, y más y más experiencias pagadas, el crecimiento acabará deteniéndose. Para que nuestras economías sigan avanzando debemos ser insaciables. La base en la que se sustenta la economía moderna es nuestro deseo ilimitado de cosas. Pero en lo más profundo de nuestro corazón sabemos que ese camino conduce a la locura.

Hace algunos años, la revista satírica estadounidense *The Onion* publicó un artículo sobre Chen Hsien, un trabajador chino ficticio que producía «mierdas de plástico» para estadounidenses aburridos. Fiel al estilo de *The Onion*, el artículo se situaba en la frontera de lo ofensivo aunque aludía a un asunto real. Chen siempre sacudía la cabeza, asombrado por las cosas increíblemente inútiles que le pedían que hiciera, desde una picadora-cortadora de verduras hasta un dispensador de bolsas de plástico, pasando por utensilios para hacer tortillas en el microondas, lupas de lectura que brillan en la oscuridad, cajas para guardar archivos con motivos navideños,

estuches para lentes de contacto con forma de animales y colgadores de pared adhesivos. «Y también oigo decir que, cuando ya no quieren una cosa, simplemente la tiran. Es tan derrochador y detestable —se burla—. ¿A qué viene la demanda de tantos cacharros de cocina? Puedo entender que se tenga un buen wok, un cocedor de arroz, un calentador de agua para el té, un hornillo, algunos enseres, una buena vajilla, una tetera con colador y quizá un termo. Pero todas esas cosas extra ¿dónde las meten los estadounidenses? ¿Cuántas veces utilizan una bandeja para tacos? "Oh, necesito este organizador para el cajón de los cubiertos o tendré un ataque." Calla la boca, estúpido americano.»[4]

La diatriba de Chen da en el blanco, porque la mayoría de quienes vivimos en el mundo rico sabemos que adquirimos constantemente cosas que nunca supimos que queríamos y que nunca utilizaremos de nuevo. Los anuncios y la envidia hacia nuestros amigos y vecinos nos motivan a comprar más y a renovar todo de manera continua. Cuando leas esto, mi iPhone 5 será un chiste. Sabemos también que artículos como las lavadoras y las tostadoras están deliberadamente diseñados para romperse, de modo que compremos aún más en un ciclo de consumo sin fin.

La clase de cosas que fabrica Chen parecen ridículas, pero no son ni mucho menos ficticias. El catálogo de compra de SkyMall, que permite a los pasajeros de la aerolínea comprar desde la comodidad de sus asientos, ofrecía una serie de artículos imprescindibles, entre ellos un retrato de tu mascota disfrazada de noble del siglo XVII (49 dólares), una cabeza de ardilla para colgar en la pared (24,95 dólares), una estatua colgante de un mono de la jungla a tamaño real (129 dólares) y, lo más importante, unos labios de goma para tu perro (29,95 dólares). Cuando los economistas dicen que los actuales problemas del mundo están provocados por una falta crónica de demanda, uno se pregunta qué más podríamos desear.[5]

Desde el punto de vista de la economía, el mundo nunca ha estado tan bien y nuestro poder adquisitivo nunca ha sido tan prodigioso. Estados Unidos ha crecido de manera más o menos continuada desde que se publicó la primera serie de contabilidad nacional en 1942. Lo mismo puede decirse de Gran Bretaña y la mayor parte de Europa. Después de una breve interrupción tras la crisis financiera de 2008, la mayoría de las economías han retomado su trayectoria ascendente, aunque a un ritmo más tranquilo.

De modo que, si bien el crecimiento se ha ralentizado, nuestras economías jamás han sido tan grandes. Si el crecimiento acumulado es un indicador del bienestar, deberíamos estar más satisfechos que nunca.

Un problema evidente de depositar demasiada fe en el crecimiento es que sus frutos nunca se reparten de manera equitativa. Nuestra medida estándar para la renta media —o el bienestar— se calcula dividendo el tamaño de la economía de un país entre el número de personas que viven en él. Las medias son una trampa. Resultan muy engañosas. Los banqueros ganan más que los panaderos, que ganan más que los desempleados. En un ejemplo extremo, si todo el pastel económico de un país rico fuera para un único individuo y nadie más recibiera una parte, a la persona media le iría muy bien, muchas gracias; no obstante, una persona normal se habría muerto de hambre.

El mundo real no es tan extremo —con la excepción de Corea del Norte, en todo caso—, pero incluso en países como Estados Unidos las medias pueden estar muy distorsionadas. Imaginemos por un momento que una gran parte de la riqueza creada cada año ronda solo el 1 por ciento, o incluso el 0,1 por ciento, de la población. ¿Suena inverosímil? De hecho, el 0,01 por ciento de los estadounidenses más adinerados, dieciséis mil familias, ha visto cómo su proporción de la riqueza nacional se multiplicaba por cinco desde 1980. Ahora disfrutan de un pedazo del pastel económico estadounidense mayor que el de sus homólogos en la llamada «Edad Dorada» de finales del siglo XIX.[6] Si la economía de tu país solo crece porque los ricos se están haciendo más ricos y porque tú trabajas cada vez más duro para poder mantener tus condiciones de vida, entonces tienes derecho a plantearte para qué, precisamente, sirve este crecimiento.

Esta pregunta es muy pertinente, porque un estudio tras otro muestra que la felicidad de las personas no depende de su riqueza absoluta, sino más bien de su riqueza relativa con respecto a quienes las rodean. El experimento descrito en un artículo llamado «Los monos rechazan un pago desigual» explica que en un principio dos monos capuchinos estaban satisfechos cuando, al realizar correctamente una tarea, recibían pepinos como recompensa. Pero cuando más tarde uno fue recompensado con unas uvas más sabrosas, el otro, que seguía recibiendo el pobre pepino, se enfadó y tiró con rabia la otrora satisfactoria hortaliza a su adiestrador.[7] Aunque

la economía de los monos había crecido, puesto que las uvas son mejores que los pepinos, la desigualdad resultante no produjo más que descontento. Los humanos somos iguales. Cuando los empleados de la Universidad de California recibieron información acerca de los salarios de sus colegas, quienes descubrieron que sus sueldos estaban por debajo de la mediana se sintieron de repente menos satisfechos y se volvió más probable que buscaran otro trabajo. La actitud de los que ganaban por encima de la mediana no resultó afectada.[8]

Así, el crecimiento económico es, en parte, el efecto agregado de una carrera armamentística entre individuos que siempre necesitan ir un paso por delante de sus vecinos. Imagina que vas a un restaurante de tu barrio y descubres que ya nadie está dispuesto a trabajar por el sueldo de un camarero o de un cocinero. Tu riqueza relativa depende de la pobreza relativa de otro. Y es esa compulsión individual por ponerse por delante, o permanecer delante, lo que nos mantiene corriendo cada vez más rápido en la rueda de hámster económica, impulsando la economía hacia delante sin que nos haga más felices. Si un camarero gana cien mil dólares al año, tú debes ganar doscientos mil para que él te siga sirviendo la comida. Si él gana doscientos mil dólares, tú debes ganar cuatrocientos mil, y así sucesivamente.

No siempre ha sido así. Durante miles de años nadie había oído hablar del crecimiento. Las economías agrícolas eran casi estáticas. Solo a partir de la Revolución industrial los humanos empezaron a ser capaces, poco a poco al principio, de aumentar la producción de año en año. Esa es la razón por la que Gran Bretaña, luego Europa, después Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda comenzaron a despegarse de manera gradual del pelotón, dejando atrás a las economías predominantemente agrícolas de Asia, África y Latinoamérica.

Si el crecimiento es un concepto más o menos nuevo para las sociedades humanas, la economía lo es aún más. Antes de la invención del PIB, aunque te lo propusieras, era bastante difícil definir qué era una economía. Hasta entonces, una economía constituía en gran medida el ahorro de un gasto, lo que Jane Austen quería decir cuando escribió a su hermana en 1808 para decirle: «Comeré hielo y beberé vino francés y estaré por encima de la vulgar economía».[9]

Ahora todos conocemos de sobra conceptos como la «economía» y el «crecimiento económico». Hasta podría decirse que controlan nuestra vida. Pero ¿qué significan exactamente? Si los expertos han diseñado un sistema que no nos ayuda a entender nuestra realidad, entonces el Gobierno también carece de una métrica fiable con la que comprender a la sociedad. Y si lo que estamos midiendo está equivocado o es insuficiente, entonces la orientación y las políticas que obtendremos también estarán equivocadas o serán insuficientes. Los gobiernos desarrollan medidas políticas para maximizar los resultados obtenidos. Durante décadas eso ha significado maximizar el crecimiento.

En Reino Unido, los primeros ministros Tony Blair y David Cameron pusieron en marcha proyectos para medir el bienestar, además del crecimiento económico. Aunque estos esfuerzos se fueron extinguiendo en la opinión pública, empezaron a modificar el debate y a influir en cómo piensan en la economía quienes diseñan las políticas. Reino Unido, por ejemplo, fue pionera en el intento de medir servicios públicos como la sanidad y la educación, que son infraestimados por los criterios económicos convencionales.

En Francia, el expresidente de centro derecha Nicolas Sarkozy, que no era exactamente conocido por atentar contra los fundamentos del capitalismo, estableció la Comisión sobre la Medición del Desempeño Económico y el Progreso Social. En el prólogo del documento resultante escribió: «No cambiaremos nuestro comportamiento a menos que cambiemos la manera en que medimos el desempeño económico». Según dijo, hace tiempo que los expertos saben que no estamos midiendo de manera adecuada nuestras economías, por no hablar de nuestro bienestar: «Sabíamos que nuestros indicadores tenían limitaciones, pero seguimos utilizándolos como si no fuera así [...]. Hemos desarrollado un culto a los datos y ahora estamos atrapados por ellos».[10]

El peligro, dijo Sarkozy en unas declaraciones que presagiaban una respuesta populista en todo el mundo, era que la gente advertía instintivamente cuándo la estaban engañando. «Así es como empezamos a crear un abismo de incomprensión entre el experto seguro de su conocimiento y el ciudadano cuya experiencia vital está desligada por completo de la historia que cuentan los datos. Este abismo es peligroso

porque los ciudadanos acaban creyendo que los están engañando. Nada es más destructivo para la democracia.»

Vivimos en una sociedad en la que un clero de economistas con formación técnica, que maneja impenetrables fórmulas matemáticas, establece el marco del debate público. En última instancia, son ellos quienes determinan cuánto podemos gastar en nuestras escuelas, bibliotecas públicas y ejércitos, cuánto desempleo es aceptable o si es correcto imprimir dinero o rescatar a bancos derrochadores.

La frase de Bill Clinton «Es la economía, estúpido» significaba que a los votantes solo les preocupaba el estado de la economía. En ese momento, esa afirmación era bastante cierta. Aunque pocas personas pudieran dar una definición precisa de lo que era realmente la economía, muchas votaron de acuerdo con su percepción de cómo esta se estaba desarrollando. Ello podía basarse en la experiencia personal, si sus trabajos parecían seguros y los pagos de la hipoteca eran asumibles. Sin embargo, dos trimestres de algo tan impreciso como el crecimiento negativo —la definición técnica de una recesión— podían ser suficientes para enterrar una carrera política. Los votantes habían sido secuestrados por un concepto abstracto.

Desde entonces, algo ha cambiado. La reacción negativa de la que somos testigos sugiere que la gente considera que el tiempo de los economistas y de sus engañosas representaciones de nuestra vida ha terminado. Puede ser muy liberador, aunque también muy peligroso. No queremos que quienes no son expertos construyan puentes, piloten aviones o realicen operaciones a corazón abierto; ¿acaso queremos que quienes no son economistas dirijan nuestras economías? El problema de los economistas es que con frecuencia alardean de una precisión científica que su profesión no tiene. También hablan un lenguaje que no concuerda con la experiencia vivida por la gente. Por esta razón es tan importante que los ciudadanos aprendan los rudimentos del lenguaje de los economistas y adquieran las herramientas para analizar lo que estos les cuentan y, si es necesario, exigir cambios.

Los defensores del PIB aseguran que su objetivo nunca fue reflejar el bienestar. Criticarlo por no conseguir captar lo que es importante en la vida es como culpar a una cinta métrica por no revelarnos nada sobre el peso o el carácter de una persona. La réplica sería válida si la economía fuera otro

concepto más, uno de los muchos que utilizamos para juzgar nuestra situación como sociedades. Pero el crecimiento económico se ha convertido en un fetiche, un indicador de aquello que se supone debe preocuparnos, y en un altar en el que estamos dispuestos a hacer cualquier sacrificio. En aras del crecimiento, nos dicen, quizá tengamos que trabajar más horas, recortar los servicios públicos, aceptar una mayor desigualdad, renunciar a nuestra privacidad y dar total libertad a los banqueros que «crean riqueza». Si los ecologistas tienen razón, la búsqueda de un crecimiento sin fin podría amenazar la propia existencia de la humanidad, destruir la biodiversidad y llevarnos a unos niveles insostenibles de consumo y emisiones de $CO_2$ que pueden destruir el planeta del que depende nuestra riqueza. Solo la economía considera una virtud la expansión sin límite. En la biología se conoce como cáncer.[11]

Guiarte amablemente por los tecnicismos del PIB es uno de los objetivos del libro. También lo es detallar las posibles alternativas, ninguna de ellas perfecta, de medidas de riqueza, igualdad y sostenibilidad a indicadores de «bienestar subjetivo» (lo que para ti y para mí es la felicidad).

El propósito final no es declarar la guerra al crecimiento, aunque algunos así lo crean. Más bien, el fin es mostrar lo que está mal en la medición del crecimiento con la esperanza de que podamos derribarlo de su pedestal. El modo en que medimos nuestras economías tiene su lógica, aunque esta se está volviendo irracional según pasamos de la manufactura a los servicios y de lo analógico a lo digital. Pero se trata de una medida muy limitada, una rendija en la ventana a través de la cual observamos el mundo. Tenemos que ampliar nuestra perspectiva para que la imagen que captamos refleje mejor nuestra vida.

Este libro surgió porque, después de escribir durante veinte años para *The Financial Times* desde los cinco continentes, he llegado a la conclusión de que la costumbre de ver el mundo a través del prisma del crecimiento económico está distorsionando nuestra percepción de lo que es importante. Lo sé porque yo aprendí a hacerlo. A partir de la década de 1990, cuando al principio de mi carrera informaba desde América Latina, aprendí a comparar cualquier número con el PIB y a mencionarlo en casi todos los artículos, para transmitir un poco de *gravitas*. No dediqué mucho tiempo a preocuparme por lo que era exactamente el PIB o qué se suponía que significaba.

Solo años después empecé a pensar más en ello. Mi experiencia en Japón a mediados de la década de 2000 fue uno de los factores desencadenantes, cuando informaba sobre un país cuya economía, en términos convencionales, se había estancado. Con frecuencia, se escribía acerca del país nipón como si fuera una especie de caso perdido atrapado en una recesión perpetua y sin el ingenio necesario para huir de aquella situación desesperada. No me parecía que aquello fuera cierto. Sin duda, Japón tenía problemas y era verdad que su milagro económico, que había asombrado al mundo en la década de 1980, había perdido ímpetu. Pero la supuesta situación de pobreza de Japón —medida por el PIB nominal— no se parecía en nada a la pobreza.[12] El desempleo era extremadamente bajo, los precios eran estables o caían y las condiciones de vida de la mayoría de la gente mejoraban. Las comunidades estaban intactas, sin duda en comparación con las de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. La delincuencia era baja, el consumo de droga casi inexistente, la calidad de la comida y de los bienes de consumo era de las mejores del mundo, como la sanidad, mientras que la esperanza de vida se hallaba a la cabeza en todas las clasificaciones internacionales.[13] Y sin embargo, visto a través del prisma de la economía, Japón era un abyecto fracaso.

La economía puede presentar una percepción distorsionada del mundo. Mucho de lo que es importante para nosotros, del aire limpio a las calles seguras y de los trabajos estables a las mentes sanas, se encuentra fuera de su campo de visión. Por supuesto, podríamos llevarnos las manos a la cabeza y dejar que otros se preocupasen por la definición precisa del crecimiento económico. Pero ello significaría desvincularnos del debate. Significaría dejar lo que importa en la vida a los autodenominados «expertos». Y ya hemos visto adónde nos ha llevado eso.

PRIMERA PARTE

# Los problemas del crecimiento

# 1
## EL MONSTRUO DE KUZNETS

Durante la mayor parte de la historia humana, el funcionamiento de lo que habitualmente llamamos «la economía» fue, en buena medida, una caja negra. De hecho, durante milenios apenas existió el concepto de «economía». Hubo al menos dos razones para que fuera así. En primer lugar, antes de la Revolución industrial del siglo XVIII, no había nada parecido al crecimiento económico. La economía, por lo tanto, era muchísimo más aburrida. La producción de las sociedades agrarias era, en esencia, una consecuencia del clima. Si las lluvias eran buenas, la cosecha era buena; si no, no. Además, en ese mundo preindustrial, tampoco había grandes brechas de productividad entre una región y otra. La mayoría de la gente subsistía. Así pues, el tamaño de la economía de una región estaba determinado sobre todo por el tamaño de su población. En el año 1000 de nuestra era, China e India representaban algo más de la mitad de la producción económica global, una proporción que se mantuvo invariable durante seiscientos años (y una situación a la que quizá nos estemos encaminando de nuevo).[14]

En segundo lugar, en una era de monarcas —en especial, los que tenían la suerte de haber sido designados por Dios—, lo que ocurría en la economía general no suponía una gran preocupación. Para un monarca absoluto no había ninguna diferencia entre su propia riqueza y la de su reino.[15] Dada la ausencia de distinción entre la riqueza del soberano y la riqueza de la nación, había poco espacio para algo que pudiéramos considerar como una economía. Aparte de mantener a la corte en el lujo acostumbrado, a la economía nacional lo único que se le requería era que financiara la guerra. Una nación solo crecía si conquistaba nuevos dominios. Si el rey podía reunir ejércitos que se hicieran con nuevos territorios, el bienestar nacional

aumentaba. Pero ¿cómo se sabía si la nación podía permitirse tal coste? La mayoría de los primeros intentos de catalogar el tamaño de una economía estuvieron motivados por la necesidad de calcular la capacidad del monarca para librar una guerra.[16]

Así fue en Francia. En 1781, Jacques Necker, el ministro de Finanzas suizo de Luis XVI, presentó su famoso *Compte rendu au roi*, su «informe al rey», el primer intento de evaluar en serio las finanzas de Francia. Necker, que antes había sido un banquero increíblemente exitoso —¿se han disparado ya las alarmas?—, mostró que las finanzas francesas tenían una salud de hierro. Se decía que los ingresos excedían a los gastos por la enorme suma de diez millones de libras. El principal objetivo del informe era demostrar que Francia se podía permitir sin problema la implicación en la guerra de Independencia de Estados Unidos, en la que, como era costumbre, el país se encontraba en el lado contrario que Gran Bretaña. Necker, que había amasado su fortuna personal mediante la especulación, quería demostrar que las finanzas de Francia eran tan sólidas que esta podía conseguir con facilidad que le prestaran dinero para financiar la guerra. Sin embargo, lo que el *Compte rendu* omitió con inteligencia fue que el país galo ya se había endeudado de manera considerable por mandato del propio Necker. Uno de los primeros intentos de presentar una serie de cuentas a nivel nacional fue también una obra de ficción.

El intento de Necker de crear una contabilidad nacional no fue el primero. Esta distinción se le suele conceder a William Petty, cuya publicación del estudio *Down Survey* en 1652 se considera el primer esfuerzo sistemático para medir la economía de un país, en este caso, la de Irlanda.[17] Con la ayuda de instrumentos sencillos y un millar de soldados desempleados, Petty trazó mapas rigurosos del territorio de treinta condados, cuya extensión total era de cinco millones de acres. La principal motivación era dividir la tierra católica conquistada por Oliver Cromwell y utilizarla para pagar a quienes habían financiado la guerra, así como los sueldos atrasados de los soldados. Además de trazar el mapa del territorio, Petty llevó a cabo una medición bastante rigurosa de los activos, incluidos barcos, casas y bienes personales. A partir de esos datos, estimó los flujos de ingresos que se generarían, una distinción crucial con respecto a los primeros intentos de catalogar inventarios de riqueza como el *Domesday Book* de 1086.

Más tarde, después de la restauración del rey Carlos II, Petty hizo lo mismo en Inglaterra y Gales. Esta vez el objetivo era mejorar la capacidad del monarca para recaudar impuestos de sus súbditos. Petty recomendó mantener registros del consumo doméstico, de la producción, del comercio y del crecimiento de la población, y empezó a desarrollar métodos para estimar el valor tanto del trabajo como de la tierra.

Si los primeros intentos de estimar la economía tuvieron en común la guerra, los impuestos y la sumisión a las necesidades del monarca, hubo otras escuelas de pensamiento que avanzaron en dirección contraria. En la Francia del siglo XVIII, los llamados «fisiócratas» subrayaban que la riqueza de una nación se fundamentaba en la producción de las granjas y el trabajo productivo. La interpretación de los fisiócratas, sutilmente distinta de la de Petty, consideraba «clase productiva» a los trabajadores agrícolas, mientras que la conocida como clase «estéril» incluía a los «artesanos, profesionales, comerciantes y nada más y nada menos que al propio rey».[18] Visto desde esta perspectiva, la invención de la economía —como algo distinto del monarca— fue un acto profundamente democrático.

En *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, publicada por primera vez en 1776, Adam Smith también dividía el trabajo en las categorías de «productivo» e «improductivo». Un hombre, escribió, «se enriquece empleando a una multitud de fabricantes; se hace pobre manteniendo a una multitud de sirvientes en el hogar». No era una visión muy halagadora de las clases acomodadas. En la categoría del «trabajo improductivo», junto al batallón de sirvientes que llevaba a cabo tareas inútiles para aristócratas que no daban golpe, Smith situaba al monarca, así como al ejército y la armada.

Lo que une estos primeros intentos de catalogar la riqueza nacional es el esfuerzo para establecer lo que los economistas denominan en la actualidad el «límite de producción», esto es, la distinción entre las actividades que deberían contarse y las que no. En resumen, estaban tratando de responder a una pregunta que aún hoy es relevante: ¿qué es, exactamente, una economía? En el gran libro de contabilidad, ¿debe aparecer el rey en el lado del «haber», la encarnación verdadera del patrimonio nacional? O, como insinuaban los fisiócratas y Adam Smith, ¿debería aparecer en la columna

del «debe» del libro de contabilidad, como un gastador improductivo de los recursos de la nación?

La misma pregunta sobre qué debería incluirse y qué debería excluirse se ha seguido planteando desde entonces. ¿Deberíamos incluir el gasto público? ¿Y a los proveedores de servicios cuyas contribuciones a la sociedad —mentes sanas (psicoanalistas), humor (payasos), educación (maestros)— pueden ser más difíciles de contabilizar que las herraduras o las fanegas de trigo? En el siglo XX, los países comunistas ignoraron en gran medida los servicios. Incluso ahora tenemos dificultades para medir su contribución a la economía.

Las contabilidades nacionales modernas, como las que en la actualidad utilizan prácticamente todos los países del mundo, empezaron a desarrollarse en la década de 1930. Se suele atribuir a Simon Kuznets la invención del PIB, quintaesencia del sistema de contabilidad nacional. Pero Kuznets, un poco como Victor Frankenstein, pronto vio cómo su creación adoptaba una vida y una dirección propias.

El hombre al que se le atribuye nuestra manera de medir el crecimiento nació en 1901 en el seno de una familia comerciante de la ciudad de Pinsk, que entonces era parte del Imperio ruso. Pinsk tenía una numerosa población judía y los padres de Simon Kuznets eran judíos bielorrusos. En su niñez vivió bajo el mandato del zar y de adolescente simpatizó con los mencheviques, cuyas esperanzas de reformar la Rusia zarista fueron barridas por la revolución bolchevique de octubre de 1917.[19] Después Kuznets estudió en la Universidad de Járkiv, en Ucrania, donde asistió al Instituto de Comercio y estudió economía, historia, estadística y matemáticas. Era un joven con una gran conciencia social y unos elevados ideales.

Sus tutores en Járkiv subrayaban la importancia de basar las opiniones en datos empíricos, una lección que recordaría toda su vida. También hacían hincapié en situar la teoría económica en un contexto histórico y social más amplio. Kuznets fue un estudiante brillante y con poco más de veinte años publicó su primer artículo sobre los sueldos de los trabajadores industriales de Járkiv. Sus estudios en la universidad se vieron interrumpidos por la

guerra civil rusa y en 1922 la familia huyó, a través de Turquía, hacia Estados Unidos. Sería allí donde ese migrante bielorruso tendría un impacto profundo y duradero en la economía global.

Kuznets prosiguió su educación en la Universidad de Columbia, donde se graduó en 1923 y obtuvo el doctorado en 1926. Al año siguiente se incorporó a la Oficina Nacional de Investigación Económica, un laboratorio de ideas fundado en 1920. Kuznets se convertiría en un distinguido economista académico con algo a lo que aspira cualquier economista que se precie: una curva que lleve su nombre.[20] (Ah, y también ganó el Premio Nobel de Economía en 1971.) Su logro más duradero, con todo, se produjo en la intersección donde se encuentran la economía y el mundo real.

Kuznets amaba los datos. Trabajó estrechamente con el primer director de investigación en la Oficina Nacional de Investigación Económica, Wesley Mitchell, que también era presidente del Comité para la Investigación de Tendencias Sociales del presidente Herbert Hoover. Ese trabajo introdujo a Kuznets en el núcleo de las políticas gubernamentales. La campaña electoral de Hoover había prometido a los estadounidenses «un pollo en cada cazuela y un coche en cada garaje». Lo que recibieron, sin embargo, fue el crac de Wall Street y la Gran Depresión. La respuesta de Hoover a la terrible depresión que siguió, y que en su transcurso dejó al menos a uno de cada cuatro estadounidenses sin trabajo, fue lenta e inadecuada. En esencia, el presidente pensó que la economía se arreglaría sola. La prosperidad, aseguró a los estadounidenses, estaba a la vuelta de la esquina.

Es posible que Hoover no tuviera toda la culpa; entonces no existía una metodología sistemática para hacer un retrato preciso de la economía nacional. Una publicación del año 2000 del Departamento de Comercio estadounidense, que ensalzaba el PIB como «una de las grandes invenciones del siglo XX», cita a un economista que afirmó que: «Se lee con consternación que en la década de 1930 los presidentes Hoover y Roosevelt diseñaban políticas para combatir la Gran Depresión a partir de datos exiguos como los índices de precios de las acciones, los embarques de vagones de carga y los índices incompletos de producción industrial». Por difícil que resulte de creer en esta época obsesionada con las estadísticas

económicas, Hoover solo tenía una noción muy burda de lo que estaba pasando en realidad.

Aquello iba a cambiar. Cuando Franklin D. Roosevelt se convirtió en presidente en 1933, a Kuznets se le confió la tarea de crear una contabilidad nacional. Kuznets perfiló sus ideas en un artículo para la *Enciclopedia de Ciencias Sociales*. Su propuesta era tan simple como poderosa: concentrar toda la actividad humana en un solo número.

Kuznets era el hombre ideal para ese trabajo. Estaba realmente obsesionado con medir las cosas. Un escritor compara su manera de analizar una economía con la forma en que un doctor hace su ronda de visita a los pacientes. Él basaba su valoración en datos y síntomas observables. Pero comprender el estado subyacente del paciente también requería juicio, conocimiento y una investigación rigurosa de los hechos. Para Kuznets, ser exhaustivo era más importante que ser brillante.[21]

Kuznets empezó categorizando la industria estadounidense en distintos sectores, como la energía, la manufactura, la minería y la agricultura. Le dieron un equipo compuesto por tres asistentes y cinco técnicos estadísticos. «Juntos se pusieron a viajar, visitaron fábricas, minas y granjas, entrevistaron a propietarios y gerentes y escribieron cifras en libretas.»[22] Aunque en la actualidad la escala de recolección de datos es muchísimo más grande, la metodología basada en encuestas no ha cambiado demasiado, ni siquiera en la era de los macrodatos. Hasta el día de hoy, medir una economía se basa principalmente en la extrapolación de datos obtenidos mediante sondeos, no en la suma de hechos recopilados.

El equipo de Kuznets viajó a lo largo y ancho de Estados Unidos preguntando a granjeros y directores de fábricas qué y cuánto habían producido, y qué habían comprado para obtener su producto final. El equipo compartía los datos para poder comparar los resultados y esclarecer anomalías. Kuznets sabía que los datos aislados apenas tenían de significado. Había que interpretarlos. Aunque transcurrirían muchos años hasta la primera publicación, en 1942, de una serie completa de estadísticas relativas al producto nacional bruto, su trabajo dio frutos mucho antes.[23] En enero de 1934 presentó su primer informe al Congreso. Constaba de 261 páginas y, para tratarse de un documento histórico, tenía un título que solo se le podía ocurrir a un economista: *Renta nacional, 1929-1932*.

El informe empezaba con una aclaración sobre lo que los números podían revelar y lo que no. Su intento, dijo Kuznets, era «una amalgama de [...] estimaciones», en el mejor de los casos «solo suposiciones bien pensadas». [24] El bienestar de una nación, según explicó, «apenas puede inferirse» a partir de tales estimaciones. Esas páginas, sin embargo, contenían un dato bomba. En los tres años posteriores al crac de Wall Street, la economía estadounidense se había reducido casi a la mitad.

Los hallazgos de Kuznets se convirtieron en la base de una segunda fase, mucho más ambiciosa, del New Deal de Roosevelt, en la que el Gobierno gastó muchísimo en obras públicas, ayudas agrícolas y seguridad social para sacar la economía estadounidense de una recesión en apariencia interminable. Kuznets había aportado un fundamento empírico a partir del cual emprender esas acciones radicales, lo que era más riguroso que medir en vagones de carga. Aun así, había advertido que las estimaciones de la renta nacional tenían «poco valor en sí mismas». La cifra del titular no era lo importante, dijo, en palabras que aún hoy deberían sonar con más fuerza. Por ejemplo, un análisis más detenido mostraba que la desigualdad había aumentado mucho durante la Gran Depresión. Los sueldos de los obreros habían caído con mucha más rapidez que los de los trabajadores cualificados, y a quienes tenían propiedades les había ido mejor que a la mayoría. Estos hallazgos proporcionaron a Roosevelt las evidencias que necesitaba para sacar adelante sus radicales políticas de empleo, que incluían un subsidio de desempleo, la prohibición del trabajo infantil y el derecho de los sindicatos a organizarse. Sin el informe de Kuznets, gran parte de esto habría sido imposible.

Su trabajo no estaba ni mucho menos terminado. En 1936, Kuznets contribuyó a la organización de la primera Conferencia para la Investigación de la Renta y la Riqueza, que reunió a participantes de alto nivel, tanto de la Academia como del Gobierno. Fue durante esta conferencia cuando se utilizó por primera vez el término «producto interior bruto», o PIB. La publicación de las actas de las tres primeras conferencias anuales reveló profundas diferencias entre los participantes acerca de lo que debía medirse y lo que debía dejarse al margen.

Aunque Kuznets es considerado el padre del PIB, la metodología que se desarrolló a principios de la década de 1940 —y que en gran parte se sigue utilizando desde entonces— contradecía en varios aspectos importantes sus

creencias más profundas. Kuznets buscaba una medida que reflejara el bienestar, y no lo que para él era simplemente la vulgar suma de toda la actividad. Quería excluir las actividades ilegales, las industrias dañinas para la sociedad y la mayoría del gasto público, aunque perdió en muchas de estas cuestiones. Un experto en contabilidad nacional llegó a decir que «Kuznets, lejos de ser el padre del PIB, fue su mayor opositor».[25]

Una de las consecuencias más importantes de la Segunda Guerra Mundial se materializó en la invención de la bomba atómica. Fue desarrollada por científicos, algunos de ellos huidos de la Alemania nazi, que trabajaron en el ultrasecreto Proyecto Manhattan, en el desierto de Nuevo México. La bomba no solo fue un resultado de la guerra; también ayudó a ganarla. Menos conocido es el caso del PIB, cuyo hallazgo se precipitó y moldeó gracias a la lucha a vida o muerte contra el fascismo. Igual que con la bomba atómica, su invención tuvo un impacto material en la guerra. Como algunos de quienes lideraron el Proyecto Manhattan, Kuznets también participó con reticencias en su propia creación.

Kuznets pensaba que una definición juiciosa de la economía debía excluir el gasto en defensa. Durante la guerra, y con el fin de derrotar al fascismo, cedió ante la presión de incluir el gasto dedicado al armamento, pero, en tiempos de paz, sostenía que la capacidad de un país para librar una guerra no contribuía al bienestar de la gente. Los informes en relación con la renta nacional, escribió en 1937, debían construirse desde el punto de vista de una «filosofía social ilustrada», así como descontar las actividades que fueran perjudiciales o, en sus propias palabras, un «mal servicio». El primer aspecto que puso en la lista de excluidos fueron «todos los gastos en armamento». Para Kuznets, gastar en preparativos para la guerra restaba bienestar a la nación, porque reducía la capacidad de los individuos para consumir y era de carácter defensivo. Si ese gasto era un mal necesario, entonces debía aparecer en las cuentas como un «debe» y no como un «haber».

Pero la renta nacional era hija de la guerra. Kuznets perdió la batalla antes de que empezara. A partir de 1940 la conferencia anual sobre el desarrollo de la contabilidad nacional, que Kuznets había estado organizando, se celebró a puerta cerrada. Las discusiones en torno al estado

de la economía estadounidense se habían convertido en una parte confidencial de la planificación bélica. Este vínculo fue aún más explícito cuando en 1942 Kuznets fue transferido al Consejo del Comité de Planificación de Producción de Guerra. Allí, su principal tarea consistía en averiguar si la economía tenía suficiente capacidad disponible para dedicarse a la fabricación de municiones. En términos generales, tenía que valorar la capacidad de la economía para mantener una guerra sin cuartel en Europa y en Asia, donde los estadounidenses luchaban contra Japón desde el ataque a Pearl Harbor el año anterior.

Kuznets se lanzó a la tarea. Intentó descubrir la mejor manera de emplear la capacidad económica de Estados Unidos para alcanzar un equilibrio entre la construcción de una máquina de guerra y la conservación del consumo doméstico necesario para mantener activa la economía. Dentro del Gobierno y los mandos del ejército había un profundo desacuerdo entre quienes querían incautar, incluso nacionalizar, los medios de producción para poder dedicarlos al esfuerzo de guerra y otros, entre los cuales se hallaban quienes trabajaban con Kuznets, que concluyeron que la economía tenía mucha capacidad adicional que podía reconducirse sin necesidad de recortar el consumo doméstico. Puede que esos economistas incluso influyeran en el momento en que Estados Unidos entró en la guerra europea, tras concluir que su país sería más capaz de mantener el esfuerzo si retrasaba su implicación hasta finales de 1943 o principios de 1944.[26]

Al igual que no tuvo una bomba atómica que pudiera inclinar el conflicto bélico a su favor, Alemania tampoco contó con estadísticos y economistas que podrían haber ayudado. Así, la guerra terminó sin que el país dispusiera de nada parecido a los avances en contabilidad nacional conseguidos por Estados Unidos.[27]

Había otra poderosa fuerza en juego: John Maynard Keynes. En 1940, dos años antes de que Kuznets fuera incluido en el Consejo de Producción de Guerra, el famoso economista británico había escrito un panfleto que revolucionó el panorama del momento titulado sin ambages *Cómo pagar la guerra*. Mientras Reino Unido intentaba mantener a raya la amenaza de la Alemania nazi, Keynes se quejaba de que las estadísticas económicas eran demasiado vagas para calcular la cantidad de recursos que podían ser

movilizados para el esfuerzo de guerra. Keynes pretendía saber, como decía en la primera frase del texto, «la mejor manera de reconciliar las exigencias de la guerra y las demandas del consumo privado».

El británico pretendía calcular la manera más justa de compartir unos recursos disminuidos mientras se preservaba la capacidad del Gobierno para aumentar la deuda y así pagar la guerra. «Para calcular el tamaño del pastel que quedará para el consumo civil», escribió, el Gobierno debía estimar varias cuestiones, incluidas la «máxima producción actual» de la economía, la sostenibilidad al recurrir a reservas extranjeras para pagar importaciones y la cantidad que necesitaría gastar en armas, aviones y soldados. De acuerdo con sus cálculos aproximados, era probable que la producción pudiera aumentarse un 15-20 por ciento con la incorporación de los niños y las mujeres a la mano de obra y aumentando las horas extras. Pero, se quejaba, «las estadísticas sobre las que construir estas estimaciones son muy inadecuadas. Desde la última guerra, los gobiernos han sido acientíficos y oscurantistas, y han considerado la recogida de hechos esenciales un derroche de dinero». Solo el Estado, concluía, estaba en posición de recopilar y procesar esas estadísticas. En su ausencia, el Gobierno actuaría a ciegas.

Pero eso no era todo. Hasta Keynes, los intentos de definir el alcance de la economía nacional habían excluido al Gobierno. Sin embargo, Keynes pensaba que este desempeñaba un papel vital en aquella, en particular durante las desaceleraciones económicas, momentos en que él defendía que el gasto público estimulara la demanda. Si el gasto público se excluía del PIB, entonces se percibiría que su papel en la economía era menor. Hasta entonces, se había considerado que la renta nacional era la suma total de la actividad del mercado, o el gasto de los individuos privados, incluidas las empresas, en inversión y consumo.[28] En esta definición no había lugar para el Gobierno.

Kuznets consideraba que la mayor parte del gasto público —incluido el relacionado con cosas como las carreteras— era un coste denominado «intermediario», «implícito en nuestra civilización económica». Para Keynes, este era un error conceptual. Si se excluía el gasto público, lo que el Estado invirtiera en el esfuerzo que la guerra suponía contaría en contra del crecimiento económico en la contabilidad nacional. Cuanto más gastara el Gobierno, menos habría disponible para el consumo privado y la

inversión. Las ideas económicas de Keynes exigían que se diera la vuelta a esta definición de la economía nacional. El Gobierno tenía que ser considerado parte de la economía.

Se trataba de una afirmación casi revolucionaria; nada menos que una redefinición de la economía. Al introducir esta idea en nuestras contabilidades nacionales, Keynes sigue mostrando su influencia. Sin este cambio de definición, lo que hoy conocemos como «estímulo fiscal keynesiano» sería difícil de justificar porque restaría, en lugar de sumar, a la renta nacional. Solo si se considera que el Gobierno es parte de la economía su gasto puede contribuir a la producción final. En este sentido, «una definición británica de la economía en tiempos de guerra se ha convertido en un consenso global».[29]

Las ideas de Keynes tuvieron un enorme impacto en Gran Bretaña, donde dos jóvenes economistas, Richard Stone y James Meade, estaban poniendo en práctica un nuevo sistema. Habían sido designados por el Tesoro para producir la primera serie moderna de contabilidad nacional de Gran Bretaña. Esta fue debidamente publicada en 1941 y llevaba la clara impronta de la contribución teórica de Keynes. Las ideas de Keynes también arraigaron con rapidez al otro lado del Atlántico, donde la financiación de la guerra se había convertido en la *raison d'être* para producir una serie de contabilidad precisa. Las objeciones de Kuznets fueron dejadas de lado por la *Realpolitik*, que se apoyó en la contribución intelectual del enérgico e influyente economista británico. Que Keynes fue el verdadero inventor del PIB, escribe un comentarista, es «uno de los secretos mejor guardados de la historia de la economía».[30]

Hubo una tercera área en la que Kuznets perdió influencia sobre su creación. Kuznets pensaba que aquello que perjudicara al bienestar social también debía estar excluido. Esto incluía no solo el armamento, sino la publicidad, la especulación y todas las actividades ilegales, como el juego, la extorsión y la prostitución. Lo que debe añadirse y lo que debe dejarse fuera es algo así como hacer una tarta. La clase de receta que escojas afectará al sabor y la textura: puedes tener un sencillo y esponjoso bizcocho o una tarta rellena de chocolate. Los gustos de Kuznets eran contenidos, remilgados incluso. Pensaba que la contabilidad nacional debía medir solo la actividad económica que era beneficiosa para ti —entonces, sin duda, del bando del bizcocho—. Kuznets perdió ese debate y nos hemos quedado con

una receta de tarta de chocolate con ganache, nata montada y fideos de azúcar. Todo, lo bueno y lo malo, se cuenta. El crecimiento económico —como la mantequilla y la nata— no siempre es bueno para tu salud.

En su estilo ligeramente seco, esto es lo que Kuznets dijo sobre el tema:

> Sería de gran valor disponer de una estimación de la renta nacional que eliminara del total los elementos que, desde el punto de vista de una filosofía social más ilustrada que la de la sociedad consumista, representan un perjuicio en lugar de un servicio. Esas estimaciones restarían de los totales de la renta nacional presente todos los gastos en armamento, la mayor parte del desembolso en publicidad, muchos de los gastos implicados en actividades financieras y especulativas.[31]

La manera en que ahora calculamos el crecimiento económico ignora las advertencias de Kuznets. Cuanto más grandes son nuestros bancos, más persuasivos nuestros publicitarios, peor la delincuencia y más cara la sanidad, se piensa que mejor rinden nuestras economías. No es lo que quería Kuznets, pero es lo que tenemos.

# 2
# LAS CONTRIBUCIONES DEL PECADO

Un día de 2012 dos contables que trabajaban en la Oficina Nacional de Estadística de Reino Unido se embarcaron en un proyecto inusual: empezaron a contar prostitutas. No es que Joshua Abramsky y Steve Drew estuvieran aburridos; estaban respondiendo a una orden de Eurostat, la sección de estadística de la Unión Europea, que quería que las naciones europeas estandarizaran el cálculo de la renta nacional.

Una de las anomalías de la manera en que los países recopilan su contabilidad nacional es el trato que dan a actividades ilegales como el juego, la prostitución y el comercio de mercancías robadas. Simon Kuznets pensaba que solo debían contarse las actividades que contribuyen al bienestar humano, pero ¿quién debe decidir cuáles son estas? Él creía que la publicidad era algo carente de utilidad. Quizá otras personas consideren que los videojuegos son una pérdida de tiempo, o que no merece la pena tener en cuenta el alcohol, el tabaco o la comida basura con el argumento de que son malos para la salud.

Años antes, Eurostat había resuelto la disputa al dictaminar que cualquier transacción monetaria en la que las partes participaran de manera voluntaria debía ser contada como actividad económica.[32] Al fin y al cabo, en algunos países europeos como Holanda, famosa en parte porque las prostitutas se sientan en escaparates situados frente a los canales de Ámsterdam, la prostitución es legal. Del mismo modo que, en algunos países, lo son algunas drogas. Y en esos países europeos estas actividades se cuentan como parte de la economía. Para buscar cierta coherencia, Eurostat quería que las demás naciones adoptaran la misma metodología.[33] Se supone que la renta nacional, razonaba, debe medir los bienes y servicios producidos en un país durante un determinado periodo de tiempo.

No puede distinguir entre actividades «buenas» y «malas». Si se cuentan las bombas y los derivados financieros (las creaciones tóxicas y a veces explosivas del mundo de la banca), ¿por qué no un chute de heroína o una hora de sexo pagado?

Pero ¿cómo iban a calcular Abramsky y Drew la contribución de la prostitución a la economía británica? ¿Adónde acudirían en busca de información? En contra de lo que se podría pensar, no se encaminaron al barrio de mala vida más cercano para ver cuántas prostitutas podían contar. Como eran estadísticos, hicieron lo que les pareció natural: se pusieron a buscar artículos académicos de investigación.[34] La información era exigua. No había una manera sencilla de calcular cuántas prostitutas trabajaban en Gran Bretaña. En la encuesta de hogares estándar, como era de prever, no aparecía ninguna pregunta relacionada con el uso de servicios sexuales. Abramsky y Drew recurrieron a una encuesta de 2004 sobre las prostitutas de Londres que no trabajaban en la calle, que apoyaron con una estimación de la Policía Metropolitana respecto del número de prostitutas de la capital que trabajaban en la calle.[35] Después escalaron esos datos para llegar a una estimación de la cantidad de prostitutas que había en Reino Unido en 2004. Utilizando datos del censo sobre varones de más de dieciséis años, actualizaron la cifra con el supuesto de que el número de prostitutas aumentaría en proporción a la población de varones.

Con estos cálculos hechos de manera apresurada en una caja de preservativos, determinaron —con una precisión alarmante aunque falsa— que en 2009 habría 60.879 prostitutas trabajando en el país. Para subrayar aún más la arbitrariedad del ejercicio, solo se contaron las prostitutas femeninas.[36] ¿Cuánto valían sus servicios? Para ese cálculo los estadísticos tenían que saber el número de clientes de cada prostituta y cuánto cobraban a cambio de sexo. De nuevo acudieron a las investigaciones. Esta vez se basaron en un trabajo académico holandés con el fin de estimar cuántos clientes atendían cada mes las prostitutas y, para averiguar los precios, visitaron PunterNet, una web en la que los hombres puntúan los servicios de las mujeres a las que han acudido para ello. Considerando unos veinticinco clientes por prostituta, a los que se les cobraba una media de 67,16 libras por «servicio personal», calcularon una cifra para el gasto total en prostitución en Reino Unido en 2009.

Abramsky y Drew realizaron un ejercicio similar con las drogas ilegales. Limitaron su investigación al crack, la cocaína para esnifar, la heroína, el cannabis, el éxtasis y las anfetaminas. (De modo que si tu droga preferida no se encuentra en esta lista, no estás contribuyendo a la economía con la parte que te toca.) También hicieron suposiciones parecidas acerca del consumo intermedio —las materias primas necesarias para conseguir el producto final—, por ejemplo, al descontar la electricidad usada para cultivar la marihuana del precio de venta final para llegar a una cantidad con valor añadido.[37]

El ejercicio, que provocó una pequeña conmoción en la prensa británica, parece bastante ridículo, pero lo cierto es que las consecuencias de lo que decidimos contar y lo que no, son reales. Este texto procede de una carta enviada a *The Financial Times* en respuesta a la información aportada por el periódico acerca de que el trabajo sexual y las drogas ilegales habían añadido nueve mil setecientos millones de libras a la economía británica, y a un editorial, con el que la noticia no tenía mucha relación, que urgía a Reino Unido a mantener su gasto de defensa en el 2 por ciento del PIB.[38]

> El 2 por ciento del PIB, que es la referencia de la OTAN a la que se hizo alusión en su editorial «La elección de Reino Unido en defensa será luchar o huir», es sin duda una manera muy extraña de calcular el presupuesto de defensa de un país. En Reino Unido, utilizar este criterio ha significado que la cifra de los objetivos de gasto haya crecido recientemente como resultado de incluir en la composición del PIB los ingresos de las prostitutas y el consumo de drogas ilegales, lo que parece algo ridículo. ¡Si las prostitutas trabajaran un poco más el ejército podría comprar más armas!

Aplicar distintas metodologías al cálculo del tamaño de las economías distorsiona las comparaciones internacionales y es una de las razones por las que el PIB se utiliza de manera habitual. Estados Unidos, por ejemplo, no cuenta las actividades ilegales. Por supuesto, cuenta las armas, que son legales allí aunque ilegales en buena parte de Europa.

El tratamiento de la droga en Estados Unidos (un país muy adicto) y en Colombia (un importante proveedor) es completamente distinto. Desde siempre, Colombia ha contado la droga como parte de su actividad económica, aunque su contribución ha ido disminuyendo. En 2010, esta cayó de manera abrupta tras la desaparición del cártel de Medellín de Pablo Escobar. Según Ricardo Rocha, un economista de la Universidad del

Rosario, en Bogotá, en su momento cumbre, a finales de la década de 1980, la cocaína suponía un 6,3 por ciento del PIB de Colombia.[39] En 2010, los cárteles ya no tenían la influencia de antes y su contribución había caído a un 1 por ciento.

Estos cambios son importantes. En 1987, en lo que se conoció triunfalmente como *Il Sorpasso* (debido a una película de culto), los italianos despertaron un día y descubrieron que su economía había superado a la de Reino Unido y se había convertido en la quinta más grande del mundo. ¿La razón? La agencia estadística italiana había mejorado la medición de la gran, y no sujeta a impuestos, economía sumergida. El resultado fue un incremento del 18 por ciento del tamaño de la economía como cortesía, al menos en parte, de la Mafia. «De repente, nos despertamos y descubrimos que éramos más ricos y mejores de lo que pensábamos», dijo Massimo Esposito, un editor de *Il Sole-24 Ore*, un periódico financiero italiano.[40]

Lo que medimos puede afectar a cómo nos percibimos y, con frecuencia, lo hace. También puede afectar a las medidas políticas. Ahora que reconocemos la admirable contribución del crac y de la prostitución a la economía británica, el siguiente paso lógico podría ser legalizar estos bienes y servicios (y cobrar los impuestos correspondientes). Esto podría no ser malo. Pero deberíamos reconocer los efectos que nuestras mediciones tienen en las políticas. ¿Quién duda, por ejemplo, que los gobiernos occidentales alientan a los fabricantes de armamento porque contribuyen a la economía, sea cual sea su peaje respecto de los muertos y heridos?

De manera similar, gobiernos de todo el mundo se muestran tolerantes con las empresas tabacaleras, que contribuyen a la economía y pagan impuestos a Hacienda. El coste (no muy) oculto de los cigarrillos para la sociedad —mala salud, gastos sanitarios y muerte temprana— es aceptado como una consecuencia necesaria de su contribución económica. Además, el cuidado hospitalario resultante y el tratamiento para el cáncer también sustentan la producción económica. Este es un buen ejemplo de la manera en que priorizamos el crecimiento sin pararnos a pensar el porqué. Como vemos la política casi exclusivamente desde un punto de vista económico, estamos tentados de considerar el cáncer de pulmón como una contrapartida necesaria para el crecimiento. Eliminar el tabaco de la actividad económica, en lugar de sumarlo, no nos curaría de las ansias de nicotina, pero es

probable que cambiara los incentivos del Gobierno y, en consecuencia, sus políticas con respecto a la industria del tabaco.

Pobre de cualquier político que esté dispuesto a defender una caída del crecimiento en favor de alguna causa más importante, sea social o medioambiental. En Estados Unidos, la idea de sacrificar el crecimiento, por ejemplo, subiendo los impuestos de la gasolina como medida contra el calentamiento global sería políticamente impensable. De hecho, la decisión de Donald Trump de abandonar el Acuerdo de París sobre el cambio climático en nombre del crecimiento estuvo muy apoyada por algunos sectores de la sociedad estadounidense. Cuando Kevin Rudd, el exprimer ministro de Australia, intentó establecer un comercio de los derechos de emisiones de carbono, su ley fue rechazada con el argumento de que aumentaría los costes empresariales y dañaría la economía. Se le expulsó de su cargo con pocas ceremonias.[41]

La adición de las drogas y la prostitución a la renta nacional británica ayuda a definir con mayor claridad las preguntas acerca de lo que medimos y de la clase de sociedad que fomentamos. Si llevamos el ejercicio a sus límites lógicos, ¿acaso no deberíamos, por ejemplo, incluir a los asesinos a sueldo y a las milicias privadas como parte de nuestra economía nacional? Si un sicario cobra una tarifa y lleva a cabo un servicio, según la definición de Eurostat, ¿no debería contar como una transacción monetaria entre las partes interesadas?

¿No deberíamos contabilizar también el comercio de mercancías robadas? Bueno, lo cierto es que lo hacemos. Como explica Sanjiv Mahajan, un experto en contabilidad nacional, hay una distinción entre el acto inicial del robo y la venta de mercancías robadas. Si robo tu Ferrari, se trata de una transacción involuntaria, que no aparece en la renta nacional. Pero si después lo vendo y con los beneficios «compro caviar y una botella de vino de Burdeos en Fortnum & Mason», esto cuenta como una venta al por menor, lo que contribuye a la economía. «No quisiera ver un titular en el periódico *The Sun* diciendo que “El aumento de los robos contribuye a la economía” —dice Mahajan—. Pero en cierto sentido es así, porque recibes dinero sin producir nada. Has utilizado el mismo activo dos veces.»

Mahajan es consciente de lo arbitraria, incluso ilógica, que puede parecer esta manera de pensar. No obstante, la renta nacional, explica, nunca ha pretendido ser una medida moral, ni un indicador de bienestar. «Si quieres

aumentar el PIB, deberías subir el impuesto sobre el valor añadido, aumentar el uso de las drogas ilegales y la prostitución e involucrarte en una guerra —sugiere—. Suena divertido, ¿verdad?»

En los alrededores de la catedral de Newport, en Gales, no lejos del río Usk, hay un parque empresarial donde siempre sopla el viento. Ahí se erige un anodino y achaparrado edificio de ladrillos y cristal. Es la clase de construcción que hace que la arquitectura moderna tenga mala fama, el tipo de lugar en el que esperarías encontrar filas de estadísticos trabajando con filas de estadísticas. El cartel blanco desgastado, sostenido por dos postes de metal, que hay en el césped junto a la entrada completa la escena. El letrero dice: «Oficina de Estadísticas Nacional», seguido de unas palabras en galés: «Swyddfa Ystadegau Gwladol», que presumiblemente significan: «Cuidado: estadísticos trabajando».

En 2007, la Oficina Nacional de Estadística, cuyas siglas en inglés son ONS, se trasladó casi por completo de Londres a esta parte del sur de Gales. Casi todo el personal que trabajaba en la capital dimitió antes que trasladarse a Newport. No es un episodio del que le guste alardear al Consorcio de Turismo galés.

Recopilar las estadísticas británicas puede resultar una tarea ingrata. A pesar de los conocimientos y la diligencia de quienes han desarrollado su carrera en la ONS, una encuesta de *The Financial Times* descubrió que solo el 10 por ciento de los británicos pensaba que las cifras que presentaba eran precisas. La mayoría creía que los datos eran manipulados con fines políticos.[42] Aun así, que tiemblen los compiladores de la contabilidad nacional británica si estas cifras —en las que en apariencia no confía nadie — se retrasan. En junio de 2010, la oficina de estadística retrasó la publicación de los datos sobre la renta nacional, después de reconocer que había descubierto potenciales errores en los números. El retraso de dos semanas causó una reacción en cadena en los mercados, que especularon con posibles revisiones de los datos de crecimiento ya publicados. Cuando apareció, la actualización mostraba que la recesión había sido más profunda de lo pensado, y que desde su punto máximo hasta su punto mínimo la

economía se había contraído un 6,4 por ciento en lugar del 6,2 que se había estimado con anterioridad.

La ONS no solo ha tenido que cambiar de sede, también ha sufrido recortes presupuestarios de millones de libras. Esto la ha obligado a recortar el tamaño de la muestra de sus sondeos y a contemplar la posibilidad de abandonar por completo algunas series estadísticas. El Gobierno incluso amenazó con eliminar el siguiente censo, que constituye el fundamento de muchas otras bases de datos, con el argumento de que costaba demasiado. El censo de 2011 le salió a Reino Unido por unos considerables cuatrocientos ochenta millones de libras.[43] Recopilar buenas estadísticas es caro. No siempre ha sido una prioridad política, como ya señaló Keynes hace más de sesenta años.

Para las alrededor de seiscientas cincuenta personas que trabajan en la renta nacional en Newport, el final de cada trimestre es como un pistoletazo de salida. Solo tienen veinticinco días para presentar la primera estimación, un verdadero desafío teniendo en cuenta que pueden tardarse hasta tres años en recopilar toda la información relevante. La primera publicación, pues, consiste en una estimación poco pulida que se va refinando de manera gradual, a medida que hay más datos disponibles. Para cada trimestre, la ONS publica estimaciones después de veinticinco, cincuenta y cinco y ochenta y cinco días, momento en que un 90 por ciento de los datos relevantes ya está disponible.[44] Las agencias de estadística del mundo trabajan con calendarios algo distintos, aunque, en términos generales, su metodología es la misma.

Hay tres recetas para el PIB. Aunque cada una utiliza ingredientes distintos, en teoría los resultados deberían ser iguales. En la práctica, debido a la mareante sucesión de datos y conjeturas que implica cada método, con frecuencia salen bastante diferentes, lo que obliga a los autores de la contabilidad nacional a cotejar tres juegos de cifras para deshacerse de los valores atípicos con aspecto sospechoso.

Antes de abordar las tres recetas, empecemos con una definición. La Oficina Nacional de Estadística, cuyo lema es maravillosamente sucinto y por completo loable —«Mejores estadísticas, mejores decisiones»—, dice que el PIB es «el valor de los bienes y servicios producidos durante un periodo determinado». Una descripción que hace que parezca horriblemente

simple y suscita la pregunta de por qué tardamos centenares de años en dar con él.

De las tres palabras del PIB, la primera es el «producto», que significa todo lo producido, sean bienes o servicios. Después, «interior» significa dentro del país. Eso lo hace distinto del producto *nacional* bruto, que incluye lo que se produce en las empresas de un territorio determinado, sea en el propio país o en el extranjero. En la era de las multinacionales, esta distinción es importante. Por último, «bruto» significa que es un número al que no se le ha restado nada.[45] Kuznets había considerado además un producto nacional neto, que habría eliminado varias cosas, entre ellas el deterioro de la maquinaria utilizada para producir bienes acabados.

Las tres recetas son conocidas como los métodos del gasto, el ingreso y la producción.[46] Miden lo que se gasta, lo que se gana y lo que se hace. Una economía debería producir solo lo que se compra (una vez se tienen en cuenta las importaciones y las exportaciones) y la gente gastar solo lo que gana. Esta es la razón por la que, en teoría, las tres medidas deberían ser iguales.

El método de la producción es la suma de lo producido por fábricas y granjeros, peluquerías y pastelerías. Calcular el valor de la producción no es sencillo, puesto que resulta fácil contar dos veces lo mismo. Tomemos el ejemplo de una panadería.[47] No puedes limitarte a sumar el valor de los dónuts, las hogazas, los cruasanes y los dónuts —¿he mencionado ya los dónuts?— para lograr la cifra correcta. En esos bienes estarías contando cosas que ya has sumado antes, pues has contado la harina cuando calculabas la producción del molinero, y ya has contado el trigo con el que se hizo la harina cuando sumabas la producción de los productores de trigo.

De modo que cuando se trata de calcular la contribución del pan a una economía, en realidad estás intentando estimar lo que se conoce como «valor añadido», esto es, el valor adicional que ha sido creado en el proceso de convertir la harina —así como la mantequilla, la electricidad, la mano de obra y el alquiler— en una crujiente hogaza de pan de pueblo o en un pan integral de centeno alemán. Tienes que restar el valor de los bienes intermedios que participan en la elaboración del producto acabado. La fórmula de producción es engañosamente simple: el valor de los bienes y servicios producidos durante un periodo determinado menos el valor de los bienes intermedios.

Después está el método del gasto, que calcula algo a lo que los economistas a veces se refieren como «demanda agregada». Es todo lo «gastado», bien por los hogares, bien por las empresas o por el Gobierno. Como estamos calculando el producto interior, tenemos que añadir las exportaciones, puesto que se han hecho en casa, y restar las importaciones, puesto que se han hecho en el extranjero. La fórmula de esta receta es: el gasto de los consumidores más el gasto y la inversión del Gobierno, más la inversión de las empresas, más las exportaciones, menos las importaciones. Quizá sea la más conocida del recetario de la economía.[48] La última receta, que se centra en los ingresos, mide todos los pertenecientes a una economía, principalmente los sueldos, beneficios, dividendos, rentas e impuestos. Cuando se trata de medir nuestra economía, somos lo que ganamos.

Como en Estados Unidos, en Europa y en muchos otros países, la mayoría de las cifras en las que se basa la ONS proceden de encuestas por muestreo. No representan una estimación completa de todas las transacciones realizadas en la economía. «No hay un ordenador en el cielo sumando los recibos —dice Umair Haque, un autor que ha criticado nuestras mediciones de la economía—. Es un sondeo muy tosco y por lo tanto no deberíamos considerarlo sacrosanto.»[49]

Por poner un ejemplo mundano, la ONS no puede tener constancia de cada vez que me paso por la tienda a comprar un paquete de galletas rellenas de higo o un desatascador para el baño. La información referente a lo primero procede de varias fuentes: de la empresa de galletas, que debería saber más o menos cuántos paquetes ha producido; de los supermercados y los tenderos, que deberían saber más o menos cuántos han vendido; y de los hogares, que deberían saber con exactitud lo deliciosas que son las galletas rellenas de higo. Pero la ONS no puede preguntar a todos los hogares del país cuántos paquetes de galletas rellenas de higo y desatascadores para baño compraron la semana pasada. («Ah, y ya que estamos, ¿acaso comprasteis algo más?».) En su lugar, se basa en encuestas por muestreo. Una importante es la Encuesta sobre el coste de la vida y la alimentación. Un encuestador enviado por la ONS lleva a cabo una primera entrevista personal y después entrega un diario en el que cada persona de la familia, incluidos los niños, deja constancia de sus gastos durante al menos una

semana. En Reino Unido, cada año, alrededor de cinco mil personas, de una población de sesenta y cinco millones, rellenan esos formularios.

Las empresas se muestrean de forma más intensiva. Cada mes la ONS manda cuarenta y cinco mil sondeos a compañías británicas de toda clase. Como hizo Kuznets, los estadísticos categorizan las empresas por sectores y subsectores, de tal modo que la información de uno pueda ampliarse hasta formar una imagen representativa del conjunto. Algo llamado «Clasificación Industrial Internacional Uniforme (Revisión 4)», que es una herramienta compilada por Naciones Unidas, sirve de guía. Si eres un poco empollón, esta puede resultar una lectura fascinante. Sus más de doscientas noventa páginas clasifican cualquier empresa concebible, desde, por tomar dos ejemplos al azar, aquellas de «cruceros de pesca» hasta otras de «fabricantes de maletas, bolsos y parecidos, talabartería y arreos». Cada categoría se subdivide luego en muchas secciones. Después los resultados se escalan para representar al sector completo. Podemos pensar en ello como una encuesta a pie de urna: no se pregunta a todo el mundo que sale del colegio electoral qué ha votado, pero se consigue una muestra suficiente para presentar una imagen razonablemente representativa.

La ONS también está intentando recoger información de lo que los estadísticos llaman «datos administrativos». Se trata de información que el Gobierno recopila para finalidades no estadísticas en la actividad cotidiana de administrar el país. Entre los ejemplos pueden estar los carnets de conducir, el registro de nacimientos o muertes, el despacho de aduanas, los historiales de impuestos, etcétera. Estos proporcionan valiosas muestras a los estadísticos, porque con frecuencia abarcan la totalidad de la población y contienen datos reales, al contrario que las estimaciones derivadas de sondeos. Para una agencia sin muchos recursos, los datos administrativos tienen otra ventaja: ya han sido recopilados y son gratis. En 2015, la ONS anunció planes para recolectar datos directamente de las declaraciones de IVA de la Agencia Tributaria. Estimaron que utilizar dicha información podría reducir a la mitad el número de sondeos que sería necesario realizar en el futuro.

Cuando empiezan a entrar los datos, comienza el trabajo estadístico. Las cifras que se utilizan en cada una de las tres fórmulas descritas antes son diferentes. Después se cotejan las tres estimaciones con algo denominado

«tablas de origen y destino» que, en realidad, constituye una serie de matrices en las que se pueden comparar los distintos resultados.

Por último, hay que ajustar las cifras por estacionalidad y por inflación. No sirve de mucho informar de que las ventas de coches ascendieron de manera espectacular un mes si la gente siempre compra muchos vehículos en determinado momento del año. Es mejor retocar las cantidades para ajustarlas a factores estacionales. De otra manera, imaginemos los titulares en enero: «Desplome de las ventas de árboles de navidad. la economía bajo mínimos».

Aunque es más difícil tener en cuenta la inflación, esta resulta incluso más importante. El crecimiento normalmente se ajusta por inflación. Sería engañoso decir que la economía ha crecido un 15 por ciento si catorce puntos porcentuales de ese aumento se debieran a una subida de los precios. La gente está más interesada en la tasa de crecimiento «real». Los estadísticos o bien comparan los volúmenes de producción (en lugar del valor), o bien aplican un deflactor, que descuenta el efecto de la inflación. [50] Ahora lo único que tenemos que hacer es esperar a que Abramsky y Drew acaben de contabilizar todas esas drogas y prostitutas, y ¡listo!: aquí tienes tu PIB.

# 3
## EL BUENO, EL MALO Y EL INVISIBLE

En el verano de 2012 Janice S, una antigua dependienta de sesenta y cuatro años que vivía cerca de Stamford, en Connecticut, sintió un dolor en el pecho.[51] Una ambulancia la llevó al hospital, que se encontraba a seis kilómetros, y allí, durante tres horas, le hicieron pruebas y un médico la atendió brevemente. Al final, le dijeron que no tenía nada más que una indigestión y la enviaron a casa. Esa fue la parte buena. La parte mala fue la factura: novecientos noventa y cinco dólares por la ambulancia, tres mil por los médicos y diecisiete mil por el hospital; en total, veintiún mil dólares por unas pruebas rutinarias.[52] Nunca el ardor de estómago había sido tan caro.

¿Qué podía haber costado tanto? Entre los conceptos cobrados por el hospital había tres pruebas denominadas «troponina I», a 199,5 dólares cada una. Una prueba de troponina mide los niveles de determinadas proteínas en la sangre, que se asocian con los ataques al corazón. El centro cobraba a los pacientes utilizando un «cuadro de precios», una lista que parecía no tener ninguna relación con el coste ni con la realidad. Cuando se les pidió a los administradores del hospital el cuadro de precios, se pusieron nerviosos y cambiaron de tema.

Si Medicare, el plan de seguro médico del Gobierno estadounidense, hubiera cubierto el coste de la prueba de troponina, habría pagado al hospital 13,94 dólares por cada una de ellas, en lugar de los 199,5 dólares que le cobraron a Janice. Como estaba desempleada, no tenía seguro. Tampoco estaba cubierta por Medicare, pues dicha cobertura empieza a los sesenta y cinco años. A Janice también le cobraron 157,61 dólares por un análisis de sangre completo. Medicare habría reembolsado al hospital 11,02 dólares por el mismo procedimiento. Otros sobreprecios incluían el cobro

de un comprimido de paracetamol genérico, cuyo precio fue incrementado un 10.000 por ciento. De acuerdo con los archivos del hospital de Stamford, en un periodo de doce meses el gasto total en trabajo de laboratorio, como el hecho para Janice, fue de 27,5 millones de dólares, mientras que los cobros totales ascendieron a 293,2 millones de dólares, unos ingresos que no están nada mal para lo que, oficialmente, es una organización sin ánimo de lucro.

Cada año Estados Unidos gasta alrededor del 17 por ciento de su PIB en sanidad.[53] Es casi el doble de lo que gastan la mayoría de los países avanzados. Reino Unido dedica el 9 por ciento del PIB a sanidad, Japón el 10,2 por ciento y Francia, que tiene uno de los mejores sistemas de salud del mundo, el 11,5 por ciento. Singapur, que también tiene un sistema sanitario excepcionalmente bueno, gasta el 4,9 por ciento, menos de una tercera parte que Estados Unidos. Cada semana, los estadounidenses desembolsan más de cincuenta y cinco mil millones de dólares en gastos médicos, cerca de lo que costó arreglar los desperfectos causados por el huracán Sandy en 2012.

Se podría pensar que esa cantidad de dinero produce unos efectos espectaculares, pero sería un error. Los resultados sanitarios en Estados Unidos no son mejores que en la mayoría de los países desarrollados y en algunos casos son bastante peores. Estados Unidos está en el puesto número 31 de la lista de países con mayor esperanza de vida, justo por debajo de Costa Rica.[54] Su esperanza de vida media es de 79,3 años para ambos sexos, frente a los 83,7 de Japón, el país mejor situado. En otras palabras, los japoneses gastan la mitad y viven cuatro años más.

Es probable que Estados Unidos caiga aún más. En 2030, las mujeres de Corea del Sur probablemente tendrán una esperanza de vida cercana a los noventa y un años, según un estudio reciente publicado en *The Lancet*, que atribuía este logro a la sanidad universal, a una buena nutrición infantil y a la rápida adopción de nuevas tecnologías médicas. Por el contrario, el estudio hallaba que en 2030 es previsible que Estados Unidos tenga la expectativa de vida más baja entre los países ricos.[55] En Estados Unidos el índice de mortalidad infantil, que mide el número de niños que mueren antes de su primer año de vida, no es mucho mejor. En 2015 se situaba en el puesto número 57 del mundo, justo detrás de Bosnia-Herzegovina, con 5,72

muertes por cada mil nacimientos vivos. Mónaco era el mejor situado con 1,82.

Los defensores del sistema de sanidad estadounidense ponen en duda estas cifras. Son datos en bruto, dicen, que no muestran las diferencias entre países en la dieta, la etnicidad, los niveles de desigualdad y problemas sociales como el consumo de drogas. Tampoco tienen en cuenta el alto índice de muertes violentas en Estados Unidos, sobre todo por disparos. Las cifras de mortalidad infantil quizá no sean comparables, sostienen, porque se miden de maneras distintas en diferentes países. Algunas de estas objeciones pueden ser válidas, pero la presión que ejerce la industria sanitaria del país hace que esas objeciones deban tomarse con ciertas reservas (y, seguramente, con un sobreprecio del 10.000 por ciento).[56]

Tendrías que estar cobrando un cheque bastante abultado de las grandes empresas farmacéuticas para sostener que los estadounidenses reciben un buen servicio por cada dólar que gastan en sanidad. Así que, ¿cuál es el responsable de estos costes exagerados? La formidable maquinaria de presión de la industria sanitaria se asegura de que en Washington las leyes se hagan teniendo en cuenta los intereses de los proveedores de sanidad.[57] Como resultado, a veces los pacientes pasan a un segundo plano. Las industrias farmacéuticas y de productos sanitarios, sumadas a los grupos que representan a médicos, hospitales, residencias y aseguradoras, se gastaron, entre 1998 y 2012, 5.360 millones de dólares en defender sus intereses, según Steven Brill, que ha investigado a fondo la industria sanitaria estadounidense. En comparación, en el mismo periodo las industrias de defensa y aeroespacial se gastaron 1.530 millones de dólares, y los intereses relacionados con el petróleo y el gas, 1.300 millones. En otras palabras, «el complejo industrial sanitario gasta en Washington más de tres veces lo que gasta el complejo industrial militar».[58]

La motivación económica representa un gran factor tanto para hinchar los costes como para alentar a los médicos a realizar pruebas redundantes, recetar sin que sea necesario y hacer más operaciones de las precisas. En muchas ciudades de Estados Unidos los hospitales se encuentran entre las empresas más rentables y emplean a administradores cuyos salarios se elevan con frecuencia a millones de dólares. El miedo a las denuncias también incrementa los precios. Tras cada médico bien pagado hay un abogado aún mejor pagado. En el caso de Janice, varias de las pruebas

realizadas eran más para proteger al hospital de potenciales denuncias que para mejorar los cuidados de la paciente.

Si no se consigue una salud mejor, ¿qué supone entonces este gasto extra en atención sanitaria? La respuesta es, por supuesto, actividad económica. Mucha. Esos beneficios, las valoraciones de las aseguradoras, los juicios por malas prácticas y las TAC innecesarias están contribuyendo al crecimiento de la economía estadounidense. Pero es una contribución extraña. Cuanto más se hinchan los precios, mayor es el impacto aparentemente positivo de la sanidad en la economía nacional.

Si se contabilizara de manera distinta —como proponía Kuznets, por ejemplo— se podría considerar esa gran factura más como un «debe» que como un «haber»; incluso se podría restar del tamaño de la economía como si se tratara de un «gasto defensivo» negativo. Pero no se hace así. Tal como están las cosas, lo único necesario para disparar el crecimiento estadounidense sería duplicar los costes sanitarios. Esta política para aumentar el crecimiento podría constituir un ardor de estómago de cuarenta y dos mil dólares.

Si bien es fácil contabilizar los ingresos y beneficios de los proveedores de la sanidad privada, calcular la contribución del Gobierno a nuestra economía es mucho más difícil. Aunque Keynes quería garantizar que el gasto público apareciera en la renta nacional, con demasiada frecuencia el gasto gubernamental no cuenta demasiado, lo cual no es un hecho menor. Hasta en las economías más orientadas al mercado los gobiernos ofrecen toda clase de servicios, muchas veces de manera gratuita. Como no se cobran, no es fácil ponerles un precio o calcular su contribución a la economía. Una escuela privada, por ejemplo, obtiene beneficios, que cuentan en la renta nacional. En Estados Unidos un hospital puede, sin duda, embolsarse grandes cantidades de dinero y contribuir así de manera medible al tamaño de la economía. Pero desde un punto de vista contable, los servicios gubernamentales son menos visibles. Dependiendo del país, el Estado puede gestionar los trenes, recoger la basura, construir carreteras, contar con servicios de bomberos y de ambulancias e invertir en ciencia. Los gobiernos de la mayoría de los países del mundo ofrecen educación gratuita obligatoria hasta cierta edad; algunos incluso ofrecen la educación

universitaria gratuita o mediante elevados subsidios; muchos, también sanidad gratuita.

Las contabilidades nacionales nunca han resuelto el problema de la valoración de los servicios públicos. Resulta casi imposible medir de forma adecuada algo que se ofrece gratis. ¿Por qué? Veamos lo que ocurre con las escuelas públicas. Lo único que se puede hacer es contabilizar las inversiones, es decir, los sueldos para profesores, el alquiler de edificios, el coste de la electricidad, etcétera. Pero como nadie paga por el producto —la educación—, no se puede medir el valor añadido. De igual manera, en los sistemas sanitarios públicos no se pueden medir los beneficios hinchados. Una vez más, solo es posible contar las inversiones: el sueldo de los médicos y las enfermeras, el precio al por mayor de las medicinas, etcétera. Una operación exitosa de hernia o una mujer que es enviada a casa con un poco de ardor de estómago son casos invisibles.

Para aumentar la contribución económica del Servicio Nacional de Salud de Reino Unido —que proporciona atención sanitaria gratuita a los pacientes— habría que aumentar el coste de todas esas inversiones. Pagarías sueldos más altos a los médicos y las enfermeras, un precio mayor a las farmacéuticas por sus medicinas y, por si acaso, quizá incrementarías los juicios y las actividades del grupo de presión sanitario. En otras palabras, la única manera de aumentar la contribución económica de un sistema de salud público —tal como se contabiliza de manera convencional — es hacerlo *menos* eficiente.

Ni todo el crecimiento es bueno ni la aparente ausencia de crecimiento es siempre mala. Se puede crear de la nada una economía mayor gastando dinero; obsérvese si no el sistema sanitario de Estados Unidos. Y, al contrario, se puede mejorar de manera radical un servicio sanitario público gratuito sin que el crecimiento aumente un ápice. Otra implicación, por lo tanto, es que cuanto más grande es el sector público de un país, más subestimamos el verdadero tamaño de su economía. La manera en que contabilizamos la renta nacional está sesgada en favor de la provisión privada frente a la pública.

En Reino Unido, el Gobierno de Tony Blair intentó resolver el problema al medir de forma directa la eficiencia de los servicios públicos. En 2001, Blair encargó a Michael Barber, un antiguo maestro, la dirección de la conocida como «Unidad de Cumplimiento». Barber apareció ante los

escépticos periodistas blandiendo un mareante despliegue de objetivos y paneles. Él se encargaría, según dijo, de mesurar la provisión de servicios públicos y de hacer que los empleados públicos rindieran cuentas. Los periodistas ridiculizaron su moderno enfoque llamándolo «cumplimientología». Barber adoptó el término sin dudarlo.

La Unidad de Cumplimiento intentó dar con alternativas viables a la manera convencional en que medimos el crecimiento. Empezó reconociendo que el Gobierno no podía medir bien la provisión de servicios públicos, de modo que limitarse a meter dinero en hospitales y escuelas y esperar que aquello saliera bien acababa siendo un inmenso derroche monetario. En su lugar, quería un resultado mensurable, ya fuera una sustitución de cadera exitosa, esperas más cortas en las oficinas del Gobierno, menos retrasos en los trenes o notas más altas en los exámenes de los estudiantes de dieciocho años. Estableces un objetivo; por ejemplo, que el 90 por ciento de los trenes llegue con un retraso menor de diez minutos. Y después haces un seguimiento de los resultados, y si los objetivos no se cumplen, emprendes acciones —despides a los gestores o inviertes en tecnología actualizada—. Barber ha contribuido desde entonces a exportar este concepto a lugares tan lejanos como Malasia, Indonesia y Etiopía.

El veredicto sobre los resultados de la Unidad de Cumplimiento es mixto. A menudo resultaba demasiado fácil trucar el sistema. Incluso Barber admite que los hospitales mejoraron los tiempos de espera porque no dejaban pasar a los pacientes por la puerta. (Solo se consideraba que estaban esperando cuando habían sido admitidos.) Aunque la intención era buena, creó incentivos perversos: los hospitales intentaron cumplir los objetivos para los pacientes de corazón tratando los casos fáciles y evitando los más difíciles; las escuelas dejaron de admitir a niños menos dotados… Era posible hacer que las estadísticas parecieran buenas sin mejorar necesariamente la calidad del servicio.

Con todo, mejorar la medición de los servicios públicos para reflejar mejor su verdadero valor es una tarea urgente de cara a la contabilidad nacional. Los servicios públicos suelen tener una mejor relación calidad-precio de lo que muestran los indicadores económicos. Y, por supuesto, en realidad no son gratuitos, los pagamos con nuestros impuestos. Razón por la cual es importante contabilizarlos de manera correcta.

En 2012, Shinzō Abe fue elegido primer ministro de Japón con un plan radical para hacer que la economía creciera de nuevo.[59] Había varios elementos en su estrategia, entre ellos el compromiso de diseñar una arriesgada política monetaria para revitalizar la inflación. También otra idea más sencilla: iba a poner a trabajar a las mujeres japonesas. El plan tenía hasta un título llamativo: «Mujereconomía».[60]

La economía del Japón de posguerra se construyó alrededor del trabajador masculino, el llamado «asalariado». El acuerdo típico era que un hombre entraba en una empresa desde la escuela o la universidad. Luego permanecía en la misma compañía toda su carrera y su salario aumentaba cada año hasta la jubilación. Para una mujer, una vida exitosa consistía en casarse con uno de esos hombres. Ella se ocupaba de la casa, incluidas las finanzas domésticas, criaba a los hijos y ayudaba a cuidar de sus padres y de los de su marido a medida que estos envejecían. Cuando sus hijos fueran a la escuela o la universidad podría volver al trabajo, aunque, probablemente, solo a tiempo parcial. Ese patrón era fomentado por un sistema fiscal que, de hecho, penalizaba a las mujeres casadas que trabajaban demasiadas horas.

Por supuesto, hubo excepciones. Muchas mujeres rompieron las convenciones. Además, cuando Abe llegó al poder, el sistema de trabajo para toda la vida típico de Japón hacía tiempo que se estaba desmoronando. Sin embargo, era evidente para casi todo el mundo que la contribución de las mujeres a la economía podía ser mayor. Cuando Abe puso en marcha su plan, alrededor del 49 por ciento de las mujeres japonesas en edad activa tenía un trabajo, en comparación con el 56 por ciento en Estados Unidos y Reino Unido y el 60 por ciento en Suecia.

Intentar que la gente se cambie a un empleo pagado, o atraer nueva mano de obra inmigrante, es una manera obvia de incrementar el tamaño de la economía. De hecho, tal como lo medimos ahora, en realidad solo hay dos maneras de producir crecimiento económico: una es añadir gente; la otra, que normalmente se consigue invirtiendo capital, es aumentar la productividad haciendo que esa gente trabaje de manera más eficiente. En lugar de producir, por ejemplo, mil coches diarios, una fábrica producirá

dos mil vehículos utilizando la misma mano de obra o, mejor aún, la mitad de la mano de obra y una serie de robots de apoyo.

En muchos sentidos, añadir gente resulta más fácil que aumentar la productividad; simplemente, haces que la gente que no estaba ganando dinero tenga un empleo pagado. Lo que producen contribuye a la economía nacional. Aquí, la premisa tácita es que lo que esa gente hacía antes, desde el punto de vista económico, no tenía valor. Quizá eran pilares para su comunidad, artistas de *performance* que no cobraban o madres que trabajaban mucho. Pero solo cuenta el trabajo pagado.

Si una ama de casa japonesa prepara las comidas para su anciano suegro, lo acompaña al acostarse y al levantarse, lo ayuda en el baño y le lava la ropa y las sábanas, su esfuerzo no cuenta en lo que respecta a la economía. Si, en cambio, trabaja en un asilo cuidando del suegro de otro, y gana un sueldo por hacerlo, entonces las mismas actividades contribuyen a la renta nacional. De igual manera, si alguien cobra por pintar una casa, contribuye a la economía; pero si se ofrece a pintar gratis el comedor de su vecino, su trabajo es invisible a efectos estadísticos.

En Japón, un número récord de mujeres pasó a formar parte de la población activa después de que el primer ministro Abe llegara al poder, aunque ello pudo estar relacionado con el hecho de que la economía familiar pasaba por un mal momento y no tanto con una respuesta directa a su plan. Muchas de las mujeres que se unieron a la fuerza laboral aceptaron un trabajo a tiempo parcial con un sueldo bajo. Más de la mitad del trabajo pagado realizado por las mujeres japonesas pertenece a esa categoría. Con todo, después de haber sido muy inferior, la proporción de mujeres trabajadoras en Japón es ahora más alta que en Estados Unidos, donde cada vez más personas de ambos sexos abandona por completo el mundo laboral. [61]

Pocos dudan de que en el país nipón las relaciones de género y el mercado laboral necesitan un cambio radical. Es bueno para la nación que más mujeres trabajen, en especial, y aunque en este momento no suceda demasiado, si ascienden en la escala directiva y su labor empieza a afectar a la manera de gestionar las empresas. Al Japón corporativo no le vendría mal una dosis de creatividad femenina y una nueva inyección de ideas. Pero gran parte de la «ganancia económica» japonesa procedía de impulsar que las mujeres dejaran su trabajo no pagado en casa, una tarea con frecuencia

valiosa, para lanzarse a realizar labores pagadas —sujetas a impuestos— en el lugar de trabajo. En consecuencia, aunque la economía creció marginalmente más rápido, es discutible cuánto trabajo extra se estaba haciendo en realidad.

Como la contribución gubernamental a la economía, las labores domésticas y el trabajo voluntario son difíciles de contabilizar, y como no hay un precio vinculado a la «producción doméstica», como hacer una cama, preparar la cena o barrer el tatami, no es fácil otorgar valor a esas actividades, ni está claro dónde debemos establecer la frontera. ¿Acaso debemos contabilizar cuando nos rascamos la nariz, puesto que también genera un beneficio no registrado?[62]

Los defensores de contabilizar las labores domésticas y el trabajo voluntario dicen que esas actividades son ignoradas de manera rutinaria porque sobre todo las llevan a cabo mujeres. Por eso están infravaloradas o, con más precisión, no se valoran en absoluto. Hay una autora[63] que enumera algunas de las actividades que no son parte de la economía, como «dar a luz a bebés, criar a los niños, cultivar el jardín, cocinar para sus hijos, ordeñar la vaca familiar, hacer ropa para sus parientes o cuidar de Adam Smith para que pueda escribir *La riqueza de las naciones*». Ni siquiera el trabajo de la mujer que permitió al célebre economista tener tiempo para escribir su famoso libro contribuyó a la economía tal como la definimos. Smith es conocido por el concepto de la «mano invisible», el cual describe las fuerzas del mercado y la fijación de precios que en teoría, sin la existencia de un plan central, hacen que el funcionamiento de las economías sea fluido. Escribió menos sobre el sexo invisible.[64]

En la novela de Jonathan Franzen *Las correcciones*, el marido de Enid, Al, está enfadado porque ella no ha ordenado las revistas y las jarras de lo alto de la escalera.

> Pero a ella le parecía que él le había pedido que hiciera más de «una cosa» mientras estaba fuera. Le había pedido además que preparara tres comidas diarias para los niños, y los vistiera y les leyera y los cuidara cuando estuvieran enfermos, y que fregara el suelo de la cocina y lavara las sábanas y le planchara las camisas, y que lo hiciera sin los besos de un marido ni palabras amables. Sin embargo, si ella intentaba conseguir reconocimiento por su trabajo, Al le preguntaba quién hacía el trabajo con el que se *pagaban* la casa y la comida y la ropa de cama.[65]

Presumiblemente, Enid hizo algo por los niños que Al nunca pensó que mereciera estar en la misma categoría que el trabajo remunerado: los alimentó con su propia leche, literalmente. Los nutricionistas recomiendan de forma casi unánime que las madres den el pecho a sus bebés durante los primeros seis meses de vida.[66] Gracias a los anticuerpos del calostro —la primera leche que la madre produce—, si todos los niños fueran amamantados durante la primera hora de vida podrían prevenirse más de una quinta parte de las muertes de recién nacidos. Las mujeres del mundo podían decidir de repente que iban a dar el pecho a sus hijos durante los primeros seis meses de vida, con el enorme beneficio que eso supondría para la siguiente generación. Pero la decisión no afectaría en nada al crecimiento. De hecho, la actividad económica descendería por la pérdida de ventas de leche infantil de fórmula. Este es un ejemplo clásico de contabilidad perversa: valoramos precisamente lo contrario de lo que es beneficioso. Quienes defienden políticas gubernamentales para alentar la lactancia materna son avasallados por los lobistas que trabajan para las empresas que elaboran leche de fórmula, quienes pueden remitir a los beneficios económicos de su industria.

La académica australiana Julie P. Smith intentó estimar la contribución oculta de la leche materna a las economías de Australia, Noruega y Estados Unidos.[67] Utilizó el precio de mercado de la leche materna en Europa —cien dólares el litro—, basándose en el coste en los bancos de leche humana. Después obtuvo el valor de la producción media de leche diaria y el periodo durante el que las madres amamantaban a sus hijos en esos tres países. Descubrió que las madres australianas producían cuarenta y dos millones de litros de leche, con un precio de mercado de 4.200 millones de dólares; las madres noruegas producían leche por valor de 1.100 millones de dólares y las madres estadounidenses por valor de 53.000 millones de dólares. También calculó lo que denominó «leche perdida», es decir, la leche que habría sido producida si las madres hubieran dado el pecho durante los seis meses recomendados. De haberlo hecho, la producción de leche habría aumentado hasta los 8.900, 1.800 y 127.000 millones de dólares, respectivamente.

No contar el «trabajo de las mujeres» disminuye la importancia que se le atribuye. En este caso, no valoramos en absoluto un valioso elixir de salud que solo ellas pueden producir. El peligro es que, si no medimos algo, esto

se infravalora. A menudo de forma no evidente —incluso inconsciente—, los legisladores y los reguladores se inclinan a favor de aquello que pueden ver y contar. Respaldan a las industrias, como la que produce leche infantil de fórmula, porque dan empleo a la gente, pagan impuestos y contribuyen a la economía. Lo que no se puede ver o contar, casi por definición, es ignorado.

Si podemos poner un precio a la leche materna, ¿no sería posible incorporar los trabajos domésticos a una nueva definición de lo que constituye una economía? A fin de cuentas, la renta nacional ya incluye un elemento importante en el que el dinero no cambia de manos, la llamada «renta imputada». Si vivo en un piso alquilado, el coste mensual que pago es parte de la economía, se registra como un gasto para mí y como un ingreso para mi casero. Pero ¿y si vivo en un piso o una casa de mi propiedad? No pagaría alquiler aunque siguiera teniendo un techo sobre mi cabeza. Desde el punto de vista de la economía —a menos que hagamos alguna clase de ajuste—, mi casa sería invisible.

Esto es un problema. Supongamos que se comparan un país donde la mayoría de la gente vive de alquiler, con uno en el que la mayoría de la gente vive en una casa de su propiedad. El país con más propietarios parecerá relativamente más pobre que el país donde la gente vive de alquiler, porque el valor de las casas es, de hecho, invisible. Para solventar esta anomalía, los estadísticos utilizan algo conocido como «imputación», al calcular cuánto tendría que pagar el propietario de una casa si viviera en una alquilada. La estimación se hace comparando su casa con una propiedad similar en alquiler, como, por ejemplo, la casa de al lado. La cifra de la renta imputada aparece en las cuentas de la renta nacional como si se hubiera pagado, aunque no se haya producido ninguna transacción y ningún dinero haya cambiado de manos. Mediante esta trampa contable, el alquiler que habríamos tenido que pagar si no poseyéramos una casa se convierte en parte de la economía. (Recordemos que lo que con toda confianza llamamos «economía» es básicamente un producto de nuestra imaginación.)

¿No podría hacerse lo mismo con el trabajo doméstico? La respuesta es sí. De hecho, el ejercicio de contabilizar la contribución económica imputada al trabajo doméstico se lleva a cabo de manera rutinaria en los institutos nacionales de estadística de muchos países. Los resultados, sin embargo, no se incorporan a las estadísticas oficiales. Eso sería hacerlo

demasiado bien. En su lugar, se dejan en «cuentas satélites» ocasionales que orbitan alrededor del cuerpo central del sistema solar económico: el planeta PIB.

El hombre que calculó el tamaño de la economía estadounidense durante casi veinte años, Steve Landefeld, antiguo director de la Oficina de Análisis Económico, es un completo entusiasta de la contabilización del trabajo doméstico. Desde que en el año 2000 publicara un artículo titulado, con el seductor lenguaje que adoran los economistas, «Contabilizar la producción doméstica de no mercado en el marco de la contabilidad nacional», ha llevado a cabo una profunda investigación sobre el tema.[68] Pero el Congreso no ha sido de mucho apoyo, en especial cuando se ha tratado de desembolsar dinero para pagar las encuestas necesarias para que este fuera un ejercicio regular. Para el Congreso, «las estadísticas no pueden competir con cosas como policías en las calles —dice Landefeld—. Las estadísticas están en lo más bajo de la lista de prioridades.»

En 2012, en Estados Unidos varios investigadores publicaron un artículo que partía de la obra de Landefeld.[69] El hallazgo principal era que si actividades como cocinar, limpiar, lavar, conducir y demás se contaran, añadirían alrededor de 3,8 billones de dólares al total de la economía estadounidense. El tamaño de la economía sería entonces un 26 por ciento mayor. El artículo utiliza lo que se conoce como «datos de utilización del tiempo», un diario donde se registran las actividades realizadas en un periodo de veinticuatro horas. Después de excluir algunas —como dormir (que, personalmente, me gustaría mucho que contara como una actividad económica productiva)—, los investigadores las redujeron a siete tareas principales, desde ocuparse del jardín hasta cuidar de los niños. Se agregan las horas y luego se calcula un salario, utilizando la tarifa por hora de un limpiador.

Al hacer un seguimiento de encuestas similares a partir de 1965, los investigadores descubrieron que el trabajo doméstico se había reducido a lo largo de los años. En 1965, se estimaba, la producción doméstica representaba un 39 por ciento de la economía, un valor bastante más alto que el actual. El descenso se atribuía en buena medida a cambios en la forma de vida, puesto que más mujeres tenían trabajos pagados y las familias comían con mayor frecuencia fuera de casa, hacían menos jerséis

de punto y se volvían menos exigentes a la hora de recoger las patatas fritas escondidas debajo del sofá.

La Oficina Nacional de Estadística de Reino Unido ha llevado a cabo un ejercicio similar desde 2002, cuando publicó su primera cuenta satélite para la actividad doméstica.[70] Escogió un enfoque distinto al adoptado por los investigadores estadounidenses. En lugar de contar las horas de actividad y aplicar un sueldo estándar, trató de otorgar un valor monetario a la «producción» doméstica, como el número de comidas preparadas y de niños cuidados. Los estudios han descubierto que la gente puede identificar con facilidad la frecuencia con que utiliza la lavadora, la clase y cantidad de comidas preparadas, etcétera. Pero queda sin resolver la cuestión de la calidad. Un amo de casa puede calentar una lata de espaguetis precocinados o preparar una cena de gala siguiendo una receta. A menos que ajustes por calidad, las dos cosas se contabilizarían exactamente de la misma manera.

El artículo divide el trabajo doméstico en seis categorías: alojamiento, incluido el mantenimiento hecho por uno mismo; proporcionar un medio de transporte (los desplazamientos a clases de ballet); nutrición (los espaguetis precocinados tibios); servicios de lavandería; cuidado de los niños; cuidado de los miembros del hogar, ancianos o discapacitados, y actividades voluntarias. Como sucede con las cuentas tradicionales de la renta nacional, en cada caso se elimina el consumo intermedio. Si una madre da a su hijo una manzana que ya ha pagado en el supermercado, no debe volver a contarse. Si un padre teje un jersey de punto para su hija, debe deducirse el coste de la lana para contar solo el valor añadido de su trabajo, etcétera. Después se debe encontrar un precio indicador; por ejemplo, el coste de coger el autobús para ir a la escuela en lugar de que te lleve tu madre. En cada paso, una suposición se suma a la anterior, desde la cantidad y la calidad del trabajo hecho hasta el precio equivalente de mercado.

Tras haber realizado estos complejos cálculos para el año 2000, los estadísticos británicos descubrieron que el total del trabajo doméstico no pagado equivalía a 877.000 millones de libras, o alrededor del 45 por ciento de la actividad económica de ese año.[71] De ellos, 221.000 millones de libras se atribuían al valor del cuidado de los niños, 164.000 millones de libras a la nutrición (a fin de cuentas, quizá hubo más cenas de gala que espaguetis precocinados) y 156.000 millones de libras al transporte. La colada sumaba 46.000 millones de libras. La actividad voluntaria era de

solo 13.000 millones de libras, lo que sorprende y parece que o bien es una infravaloración o bien una indicación de que los británicos están más interesados en lavar y plancharse la camisa que en echar una mano a sus vecinos. Se han llevado a cabo ejercicios similares en muchos países como Australia, Finlandia, Hungría, Alemania, México y Nepal. Finlandia representa un caso típico, en el que el trabajo doméstico no pagado constituye alrededor del 40 por ciento de la actividad económica total.[72]

Un hallazgo interesante del estudio estadounidense de 2012 fue que medir la producción doméstica disminuye la desigualdad contabilizada. La razón es que la gente pobre se hace la cama de la misma manera que los ricos (a menos que los ricos tengan empleados para eso). El valor imputado en dólares de un millonario que se hace la cama o se plancha la camisa no varía mucho del de un pobre que realiza la misma tarea. Añadir una pequeña cantidad de los «ingresos» por producción doméstica a una familia pobre tiene pues un efecto mayor, proporcionalmente, que si se añade a una familia rica.[73]

Así, cuanto más contemos de manera formal el trabajo doméstico como parte de la economía, más relativamente igualitaria parecerá nuestra sociedad. Es un resultado contraintuitivo. Intentar contabilizar las tareas domésticas como parte de la actividad económica se suele considerar una idea progresista, diseñada para subrayar un trabajo invisible que las mujeres hacen de manera desproporcionada. Sin embargo, tiende a quitar énfasis en las desigualdades que causan tanta indignación en muchas de nuestras sociedades. Jugar con estadísticas económicas nunca es fácil.

# 4
## UN EXCESO DE ALGO BUENO[74]

La carretera que conduce desde el elegante aeropuerto de Reikiavik a la capital de Islandia atraviesa un paisaje de lava negra, costras rocosas de erupciones anteriores que se suceden una milla tras otra. Un viento frío sopla procedente del océano Atlántico y la roca dispersa está bañada por una perturbadora y hermosa luz. La capital es pura sofisticación. En ella vive aproximadamente la mitad de la población islandesa, que asciende a 334.000 personas, y parece que sus edificios hayan ganado un premio de revista de arquitectura o que son pequeños chalets de esquí. Los islandeses visten a la moda. Próspero, liberal y chic, Reikiavik es la clase de lugar en el que los cafés sirven dátiles asados y bocadillos de kale (abiertos y con pan integral, por supuesto) mientras suena melodioso jazz etíope.[75]

Con todo, ocho años después de la crisis financiera las cicatrices de uno de los colapsos bancarios más dramáticos de los tiempos modernos son tan visibles como las rocas creadas por las erupciones volcánicas. Seis meses antes de que yo llegara, en octubre de 2016, el primer ministro Sigmundur David Gunnlaugsson había dimitido después de que se revelara que su mujer y él habían sido propietarios de un fondo de inversión en un paraíso fiscal, con deudas de millones de dólares con los bancos islandeses que habían quebrado. El escándalo, el último de un desfile de revelaciones posteriores al crac, había ayudado a que se creara el Partido Pirata, un grupo de tendencia anarquista y raíces en el activismo de internet que ahora amenazaba con poner patas arriba la amigable política de Islandia. El partido era la versión islandesa de los movimientos radicales —tanto de izquierda como de derecha— que habían surgido en Europa tras el colapso financiero de 2008. Su logo era una bandera pirata de color negro.

Las elecciones motivadas por la dimisión de Gunnlaugsson se celebrarían dentro de pocos días. Doce partidos competían por el control del viejo Parlamento de Islandia, fundado en el año 930. Había una evidente indignación como fruto de lo que la gente consideraba la traición de las élites del país.

Con sesenta y dos años, Sigmunder Knutsson, un hombre que no ocultaba su enfado, se describía como poeta y economista. Muchos islandeses piensan de sí mismos que tienen vocaciones gemelas, y no pocos, entre ellos Birgitta Jónsdóttir, la líder del Partido Pirata, se consideran poetas. En estos días, muchos menos reconocen ser economistas.

«Cuando pienso en la política islandesa, siento ganas de vomitar —le dijo Knutsson a un reportero de *The New York Times* mientras se disponía a comer un plato de tiburón fermentado, una delicia local, en un pequeño café con mesas desgastadas y paredes desnudas—. Todo tiene que ver con la corrupción de una élite muy pequeña. Hay algo que no está bien. Algo apesta.»[76]

Arnan, un antiguo banquero de treinta y dos años, con el pelo rubio hasta los hombros, se detuvo en la calle delante de la Hallgrimskirkja, una moderna catedral que parece un cohete espacial a punto de ser lanzado, para expresar una opinión parecida. Islandia había sido tradicionalmente un país agrícola con una economía dominada por grandes familias terratenientes, según dijo. Esas mismas dinastías habían utilizado su riqueza e influencia para hacerse con el monopolio de las preciadas cuotas pesqueras de la isla. Por último, dijo, la misma élite se hizo con un sector bancario que se había expandido de manera exponencial en los primeros años de este siglo.

La historia de la industria bancaria de Islandia ilustra uno de los mensajes de este libro: no siempre el crecimiento económico es bueno. El crecimiento rápido puede tener muchos sabores, y algunos son menos apetecibles que otros. En la década de 1990, David Oddsson, el primer ministro que más tiempo ha ocupado el cargo en Islandia, supervisó una orgía thatcherista de desregulación que transformó Islandia, la cual pasó de ser una aburrida nación dedicada a la pesca a la pionera del «capitalismo vikingo» turbopropulsado.[77] Después de que en el año 2002 los bancos fueran privatizados, tres de ellos, Glitnir, Kaupthing y Landsbanki, experimentaron una increíble fase de expansión estimulada por préstamos baratos de otros bancos que tenían gran liquidez. Prestaron dinero a amigos,

y también entre sí, y emprendieron una alocada sucesión de gastos, adquiriendo activos en toda Europa, desde equipos de fútbol ingleses hasta líneas aéreas danesas. Stefan Olafsson, un profesor islandés, dijo que se trataba de «probablemente la expansión más rápida de un sistema bancario en la historia de la humanidad».

Islandia pasó de ser un país a ser lo que un escritor llamó un fondo de alto riesgo gigante.[78] Sus entusiastas y jóvenes titanes empresariales se creyeron toda la filosofía económica que habían aprendido en las escuelas de negocios estadounidenses. Participaron, junto con los normalmente serios ciudadanos islandeses, en un episodio de locura colectiva. No pasó mucho tiempo antes de que la mayoría de estos últimos descubriera el truco de tomar prestado dinero barato en moneda extranjera e inyectarlo en el mercado de valores local, que multiplicó su valor nueve veces entre 2003 y 2007. Invirtieron en propiedades locales, cuyo valor también subió sin parar, y confirmaron su sospecha secreta de que eran genios de la inversión. El consumo se volvió loco. Se puso de moda alquilar helicópteros para ir de picnic a la otra punta de la isla. Un islandés bastante eufórico pagó un millón de dólares para que Elton John cantara dos canciones en su cumpleaños. Según mis cuentas, cada canción salió a quinientos mil dólares.[79]

Lo que los, en general, serios ciudadanos hacían, los bancos lo hicieron a lo grande. El negocio de la banca consiste en la creación de crédito y las instituciones islandesas se tomaron ese trabajo en serio. En el punto álgido de la locura, los activos de los tres bancos principales valían 14,4 billones de coronas, una pasmosa cantidad que equivalía a diez veces la renta nacional. Parte de lo que se estaba haciendo no era, digamos, legal. Michael Lewis, un periodista económico, cita al gestor de un fondo de alto riesgo que describió algunas de las transacciones entre bancos islandeses: «Tú tienes un perro, y yo tengo un gato. Estamos de acuerdo en que cada uno de ellos vale mil millones de dólares. Tú me vendes el perro por mil millones y yo te vendo el gato por mil millones. Ahora ya no somos dos propietarios de mascotas, sino bancos islandeses con nuevos activos por valor de mil millones».[80]

A medida que la actividad de los bancos se expandía, su aparente contribución a la economía hacía lo mismo. Mientras la participación de la industria pesquera en la producción cayó del 16 por ciento del PIB en 1980

al 6 por ciento en 2006, la participación de las finanzas, los seguros y la actividad inmobiliaria se movió rápidamente en sentido contrario, y pasó, entre 1998 y 2006, del 17 por ciento al 26 por ciento de la producción económica.[81] Desde el punto de vista de la contabilidad nacional, la expansión bancaria fue algo maravilloso. Produjo más y más crecimiento. De hecho, la renta per cápita se disparó hasta llegar a unos cuarenta y cinco mil dólares, convirtiendo a Islandia en el sexto país más rico del mundo. Kaupthing, el mayor banco privatizado, se embarcó en una frenética serie de compras, fusiones y tratos. Abrió un banco en internet, Kaupthing Edge, con sucursales en diez países europeos, en un osado esfuerzo por hacerse con ahorros minoristas. Islandia casi no tenía historial en las finanzas globales pero, según un banquero, en apenas unos años Kaupthing empezó a pensar en sí mismo como «el Goldman Sachs del Ártico».[82]

Entonces —y es probable que imaginaras que esto iba a llegar— todo se precipitó horriblemente. Y quiero decir horriblemente. Cuando Lehman Brothers quebró en septiembre de 2008, la confianza en el sistema financiero global desapareció de un día para otro. Los bancos dejaron de prestarse dinero entre sí, porque no sabían si sus homólogos podían responder por ello o si sus hojas de balance también estaban llenas de activos tóxicos. Para los bancos islandeses, apalancados hasta el tuétano, fue el final de la escapada.

Después de diez días, Glitnir, el tercero más grande, pidió un rescate al Gobierno. A medida que la corona se despeñaba y se extendían las noticias de que el sistema financiero era insolvente, los islandeses empezaron a sacar enormes cantidades de dinero de los bancos. Muchos se quedaron con grandes deudas en moneda extranjera, que tenían que pagar con una corona cada vez más barata. Al cabo de unas pocas semanas, todos los bancos habían sido nacionalizados. En Reino Unido, donde trescientas mil personas y algunos ayuntamientos habían depositado dinero en los bancos islandeses, el primer ministro, Gordon Brown, invocó las leyes antiterroristas para intentar recuperar los ahorros perdidos. Geir Haarde, el primer ministro islandés en ese momento, no trataba precisamente de endulzar la realidad cuando dijo que «el peligro de que la economía islandesa sea arrasada, junto con los bancos, por las olas y de que la nación quede en bancarrota es real».[83]

A finales de octubre, Islandia, que unos meses antes parecía tener un tremendo éxito, acudió con la cabeza gacha al Fondo Monetario Internacional en busca de un rescate. La bolsa cayó un 85 por ciento y cada hombre, mujer y niño islandés pasó a deber trescientos treinta mil dólares de los cien mil millones en pérdidas acumulados por los bancos irresponsables.

Me acerqué al anexo del Parlamento islandés, un edificio de proporciones modestas que parece una galería de arte moderno, para ver a Birgir Armannsson, un hombre vestido con un elegante traje gris claro. Armannsson es un alto cargo del Partido de la Independencia, de centro derecha, que formaba parte de la coalición gobernante cuando Islandia se lanzaba, como un lemming, por el precipicio económico. Cuando en la década de 1990 era un joven abogado, ya había percibido cierta inclinación al cambio financiero. «Los hombres y mujeres de negocios islandeses se hicieron más ricos que nunca y empezaron a perder cualquier conexión con la gente islandesa, con la comunidad islandesa», dijo. En la década siguiente, la situación empeoró. «Se convirtieron en milmillonarios internacionales en lugar de ser empresarios locales bastante ricos. Empezaron a comprarse aviones privados y yates, algo que nunca habíamos visto en Islandia. Antes quizá bastaba con tener dos coches.»

Armannsson vio de cerca cómo se desarrollaba este proceso: «Los bancos islandeses conseguían créditos baratos en todo el mundo e inyectaban dinero en compañías locales. La bolsa subió de manera espectacular y nadie pensó que aquello pudiera revertirse». «¿No hubo señales de advertencia?», pregunté. ¿Acaso el repentino aumento del nivel de vida y las inmensas ganancias no parecían algo demasiado bonito para ser verdad? «Bien entrado 2008, las perspectivas eran buenas. Es lo que pensaban los parlamentarios, yo incluido. Pero visto ahora, deberíamos haber sido más rápidos a la hora de responder a los problemas crecientes», dijo. «Desde la crisis, también ha quedado claro que los banqueros islandeses estaban manipulando el mercado y que se hallaban muy implicados en el uso de información privilegiada. En su mayor parte se trató de una burbuja.»

Le pregunté si pensaba que la contabilidad convencional había exagerado la contribución de los bancos a la economía. «Haría falta que contestase alguien con más conocimientos que yo —dijo—. Es una cuestión complicada.» Después añadió, como si pudiera suponer cierto consuelo: «Creo que hemos limitado la posibilidad de que se produzca una crisis igual. Probablemente, la próxima crisis financiera será un poco distinta».

Para que quede muy claro: no se puede culpar de la crisis bancaria de 2008, cuyos efectos todavía, una década después, se propagan por el mundo, a la forma en que consideramos los servicios económicos en nuestras contabilidades nacionales. La crisis tuvo sus raíces en una desregulación desatada, en una ingenua fe en la capacidad de los mercados para corregirse y en la perversa ideología que sustentaba la «creación de valor para el accionista», que permitió que varios miles de banqueros todopoderosos saquearan sus propias instituciones sintiéndose a la vez satisfechos consigo mismos. Hubo muchos otros factores, desde una complejidad matemática de los instrumentos financieros incrementada (e innecesaria) hasta la relación inherentemente corrupta entre las agencias de calificación y los clientes que les pagaban. La incontrolada moda de la titularización fue otra bomba de relojería. Se trataba de trocear y partir distintos flujos de ingresos para juntarlos en un activo vendible, una práctica que rompía el vínculo tradicional entre prestamista y prestatario. Al cabo de un tiempo, la gente comercializaba sin ningún problema pedazos de papel —siempre con la calificación «triple A», por supuesto— tan feliz, sin ser consciente de lo que los activos subyacentes contenían en realidad. Como sabemos ahora, se trataba en buena parte de una deuda hipotecaria sobre casas compradas por personas que no se podían permitir seguir con el cumplimiento de los pagos.

Pero la crisis bancaria *sí* estaba vinculada con la contabilidad nacional en dos aspectos importantes. El primero es más psicológico que otra cosa. Es lo que se podría llamar el peligro del razonamiento circular: «Sabemos que el crecimiento es bueno, y que el crecimiento se mide según el PIB, luego debe ser bueno que el PIB crezca. Y como dar rienda suelta a los bancos para que se dediquen a sus asuntos es una forma de conseguir un PIB más elevado, dar rienda suelta a los bancos debe ser bueno».

Aquello llevó a que ambiciosos gobiernos de todo el mundo, incluido el de Islandia, imitaran el modelo anglosajón, que implicaba liberalización, desregulación y privatización. En realidad, cualquier cosa que acabara en «-ción» estaba bien. Se permitió a los bancos dedicarse al negocio de la «creación de riqueza», lo que básicamente significaba que se intercambiaran pedazos de papel entre ellos, que prestaran de manera temeraria y que se pagaran —a sí mismos— inmensos bonus. Los animadores globales de estas políticas fueron Estados Unidos y Reino Unido, donde Ronald Reagan y Margaret Thatcher habían puesto en marcha el plan de desregulación y donde Wall Street y la City de Londres campaban a sus anchas. No solo era evidente lo mucho que estaban ganando los banqueros —solo tenías que fijarte en los coches que conducían—, sino que además se gastaban inmensas cantidades de dinero en presionar a los gobiernos para que les hicieran la vida más fácil.

La banca se convirtió en una parte cada vez mayor de las economías de Estados Unidos y Reino Unido. La «contribución» del sector financiero a la renta nacional creció muchísimo. En la década de 1950, cuando los bancos eran bancos y no «grandes vampiros con tentáculos», su aportación a la economía estadounidense se aproximaba al 2 por ciento.[84] En 2008 esta cifra se había multiplicado por cuatro.[85] Algo parecido sucedió en Reino Unido. Hasta 1978 la intermediación financiera representaba alrededor del 1,5 por ciento de los beneficios económicos totales. En 2008, esa ratio había aumentado hasta el 15 por ciento.

La percepción del éxito de la desregulación financiera a la hora de generar dinamismo económico alentó a otros países a hacer lo mismo. Nueva Zelanda, Australia, Irlanda, España, Rusia e incluso la pequeña Islandia se vieron seducidas por el modelo anglosajón. La industria financiera se disparó en todo el mundo. Entre abril de 2007 y abril de 2008, los mil bancos más grandes declararon unos beneficios agregados antes de impuestos de casi ochocientos mil millones de dólares.[86] A los países que adoptaron estas políticas, incluidos los que dieron a los bancos «creadores de riqueza» una libertad cada vez mayor, les fue bien, mientras que los demás parecían quedarse atrás. La manera en que concebimos el crecimiento económico tiende a sugerir que cuanto más crezcan los bancos, mejor.

A medida que se asentaba la idea de que una industria bancaria sin freno conducía a una economía fuerte, los gobiernos hacían todo lo posible para alentar el crecimiento del sector financiero. La mayoría de las veces significaba simplemente quitarse de en medio. A partir de mediados de la década de 1980, los estados retrotrajeron las regulaciones de la industria bancaria, muchas de ellas instauradas tras el crac de Wall Street de 1929. En Estados Unidos, la separación entre la banca de inversión y la comercial se fue erosionando de manera continuada hasta que se abandonó por completo en 1999, con la derogación de la ley Glass-Steagall. A mediados de la década de 1980, Londres vivió su particular big bang, que acabó con las regulaciones y facilitó el camino para la creación de inmensos conglomerados financieros. Como en Islandia, los bancos que en el pasado habían recurrido a depositantes minoristas que resultaban seguros para formar su capital acudieron a los mercados mayoristas, primero absorbiendo y reciclando petrodólares de Oriente Próximo y después los ahorros excedentes de trabajadores y campesinos de la floreciente China. [87]

El proceso que ahora se conoce con el espantoso término de «financiarización» se consolidó. Los mercados de capital anónimos sustituyeron la sencilla relación de antaño entre prestamista y prestatario. Aparecieron nuevos productos para llenar este nuevo mercado, entre ellos los derivados complejos o las apuestas sobre el futuro movimiento de los precios. Los bancos no tardaron en hablar su propio idioma, con tipos de cambio a largo plazo, permutas de riesgo crediticio y obligaciones garantizadas por deuda. Cuanta menos gente corriente comprendiera lo que estaba pasando, mejor. Recuerdo cuando, a mediados de la década de 2000, altos cargos de la banca me sermoneaban, explicándome de manera condescendiente cómo los derivados estaban haciendo del mundo un lugar más seguro al distribuir el riesgo por el planeta. Pero como los huevos de Pascua que son escondidos en distintos lugares del jardín, no pasó mucho tiempo antes de que la gente olvidara dónde estaban escondidos o, más exactamente, de qué color eran o qué forma tenían. Por si acaso, en consonancia con esos tiempos intrépidos, los mercados de derivados no estaban en absoluto regulados.

Los mayores clientes de los bancos eran otros bancos, de modo que se producía un enloquecido intercambio de papeles que no añadía casi nada a

la actividad económica real (bien contabilizada). La inmensa mayoría de los activos bancarios eran en realidad deudas de otros bancos. En Reino Unido, el préstamo real a empresas e individuos dedicados a actividades productivas constituía alrededor del 3 por ciento de los activos totales.[88] El resto suponía un 97 por ciento. Es más, los bancos tenían todos los incentivos para seguir jugando a pasarse la pelota. Desde el punto de vista de los banqueros, no había ninguna contrapartida negativa. Si una apuesta salía bien, se hacían más ricos de lo que cabe imaginar y, para colmo, se los alababa como a genios creadores de riqueza. Y si no salía bien, bueno, ¿qué era lo peor que podía pasar?

Resultó que lo que podía pasar era el colapso inmediato del sistema financiero, un desplome que solo detuvieron los rescates de los contribuyentes y cuyo valor fue de cientos de miles de millones de dólares. La banca, como se suele decir, es socialismo para los ricos y capitalismo para los demás.

Durante esta terrible expansión, la economía convencional solo emitió una señal: cuanto más grande, mejor. La aparente contribución de los bancos a la economía sedujo a los políticos a lo largo de décadas. Cuando la industria bancaria estalló, la deuda se transfirió de los bancos privados al erario. Le tocó pagar la factura a toda una generación, en forma de impuestos más altos y oportunidades económicas perdidas. Un informe situó el coste de la crisis financiera entre una y cinco veces la producción anual mundial.[89]

Lo que nos lleva a una segunda cuestión, un poco más técnica, que se refiere a la manera en que consideramos la actividad bancaria en nuestra contabilidad nacional. El sistema que ha evolucionado es perverso. Se basa en que los bancos no cobran comisiones por muchas de sus actividades. Si un banco te presta dinero, puede cobrarte una única comisión. Pero la mayor parte de sus ingresos procede de lo que se conoce como el «diferencial», es decir, la diferencia entre el tipo de interés que te cobra a ti y el tipo de interés al que el propio banco puede obtener el dinero.

Para medir el supuesto valor económico generado por este diferencial del tipo de interés, en la actualización de 1993 del Sistema de Cuentas Nacionales de Naciones Unidas, el libro sagrado del PIB, se creó un nuevo concepto contable. El concepto se denomina «servicios de intermediación financiera medidos indirectamente», o SIFMI. Sin entrar en detalles

técnicos, la idea es que cuanto más amplio sea el diferencial, mayor es el valor creado. Al revés que en la realidad. En la banca los diferenciales aumentan cuando crece el riesgo. Si un banquero juzga que es poco probable que devuelvas un crédito, aumentará el tipo de interés aplicado para reflejar el mayor riesgo de impago. De modo que, desde un punto de vista contable, cuanto más riesgo suponga la cartera de créditos mayor será la contribución al crecimiento. Dicho de otro modo, cuanto más catastróficamente irresponsables sean los banqueros, con mejores ojos se mirará su contribución a que la economía crezca. Es como si un profesor de autoescuela comprobara tu destreza teniendo como único indicador la velocidad máxima que alcanzas.

Como afirmaba un estudio sobre la crisis financiera en Reino Unido, con la clase de sutileza que solo los británicos pueden mostrar, «Esto puede conducir a resultados sorprendentes».[90] En el cuarto trimestre de 2008, después de que Lehman Brothers quebrara y el sistema financiero internacional se congelara, las cosas nunca habían ido mejor para la renta nacional del país. Justo cuando la economía iba a despeñarse, decía el informe, «el valor agregado bruto nominal del sector financiero en Reino Unido crecía al ritmo más rápido jamás registrado».

En el momento en que varios grandes bancos de Reino Unido estaban a punto de quebrar, el sistema financiero alcanzó un récord del 9 por ciento de la actividad económica total. Peor aún, después de que buena parte del sistema financiero fuera nacionalizado, su «contribución» volvió a aumentar, alcanzando esta vez un nuevo récord del 10,4 por ciento, a muy poca distancia de toda la producción industrial británica.[91] «En una época en que la gente creía que los bancos estaban aportando a la economía menos que en cualquier otro momento desde la década de 1930, la contabilidad nacional indicaba que el sector financiero estaba contribuyendo más que nunca desde mediados de la década de 1980», señala el informe. «¿Cómo nos ponemos a cuadrar este círculo?»[92] En efecto, ¿cómo?

En Estados Unidos la historia fue igual de catastrófica. Los contribuyentes inyectaron cientos de miles de millones de dólares para rescatar algunos de los grandes nombres de la banca, entre ellos Citigroup y American International Group, la mayor aseguradora del mundo. Merrill Lynch se tuvo que fusionar con Bank of America, Washington Mutual fue vendido a JP Morgan, y Lehman Brothers… bueno, ya se sabe qué pasó con

Lehman Brothers. Hasta Goldman Sachs y Morgan Stanley, los dos últimos bancos de inversión independientes que quedaron en pie, tuvieron que acordar su conversión en conglomerados bancarios, lo que los sometía a una mayor regulación. En octubre de 2008 se invirtieron setecientos mil millones de dólares del dinero de los contribuyentes en el Programa de Alivio de Activos Problemáticos, pero no antes de que el Congreso lo rechazara en una ocasión, provocando la mayor caída de la historia del índice bursátil conocido como «promedio industrial Dow Jones». Cuando la crisis financiera se extendió a la economía real, General Motors y Chrysler también llamaron a la puerta del Gobierno en busca de ayuda.

Casi una década después de esos acontecimientos, la economía estadounidense aún no ha recuperado el índice de crecimiento previo a la crisis. Es probable que se deba, en gran medida, a que buena parte de ese crecimiento había sido poco menos que una ficción.

La conversación acerca de cómo deberíamos contabilizar la actividad de los bancos lleva enseguida a la pregunta de para qué sirven los bancos. Vale la pena hacer una pequeña digresión. Los bancos tienen dos funciones generales: una es almacenar y transferir el dinero; la otra es asignar riesgos. En algún momento del pasado, esas dos funciones se mezclaron de mala manera.

Fui a hablar de esto con Gavyn Davies, un antiguo socio de Goldman Sachs. Davies dijo que debía dividir todos los bancos en dos categorías: guardarropas y casinos. Los bancos guardarropa son aburridos. Esencialmente, se trata de empresas que ofrecen un servicio, un lugar en el que guardar tu dinero. «La gente te da el dinero; tú lo pones en un cajón y cuando vuelven a recogerlo, se lo das.» Otra metáfora que se utiliza en ocasiones para esta clase de banco es que son la fontanería o la tubería de la economía. Porque los bancos, incluso los aburridos, transfieren dinero por medio de una red de tuberías, como, por ejemplo, si quiero mandar dinero de mi cuenta para pagar la factura de un servicio público, o a mi abuela que vive en Wichita.

La otra función de los bancos, más interesante —aunque potencialmente más peligrosa—, es asignar capital. Esto significa asignar riesgo. Implica que el banco toma decisiones sobre la credibilidad crediticia y la

rentabilidad potencial de aquellos a quienes presta dinero. Baste un ejemplo muy simple: el banco escoge entre dos empresas que fabrican artilugios y necesitan por igual capital circulante. El banco presta a la mejor fábrica y deja a la peor empresa sin fondos. La sociedad se beneficia al obtener artilugios mejores. «Ahora bien, eso no lo vas a medir por fuerza a través del sistema bancario —dijo Davies—. Vas a contabilizarlo por medio de la productividad y la producción del fabricante de artilugios.» Si el banco está haciendo bien su trabajo, todo el mundo se beneficia.

Pero si la asignación de capital del banco se mide en la economía real, ¿por qué tenemos que contabilizarla por separado, como si fuera útil por sí misma? Recogemos la contribución de los bancos a la economía en la producción de excelentes artilugios y en la producción de los demás negocios favorecidos por tener acceso a excelentes artilugios. Medir la asignación de capital como una actividad independiente tiene toda la pinta de incurrir en una doble contabilización, como contar la harina del pan o la electricidad en la producción de marihuana. Los contables también solían pensar así. En la década de 1950, las finanzas se consideraban una actividad improductiva y la banca apenas realizaba una pequeña contribución positiva —o incluso negativa— a la renta nacional. Los flujos de los tipos de interés se «trataban como bienes o servicios intermedios» y se deducían de la contribución final de valor añadido al PIB.[93] Fue con la creación del SIFMI cuando nos obsesionamos con medir lo que los bancos podían hacer por sí mismos.

Davies pensaba en este tema de manera un poco distinta. «Cuando tenía crisis existenciales respecto de lo que hacía desperdiciando mi vida en el sistema bancario», dijo, siempre había algún colega que le aseguraba que los bancos tenían un papel económico vital: «Lo que hacemos es en realidad la función más importante. Estamos asignando capital de la manera correcta».

Davies comentó que eso siempre le hacía sentirse mejor. «Luego llegó 2008 y, como es evidente, hemos asignado el capital de una manera totalmente equivocada durante la década anterior —dijo—. Esas dos actividades —asignar capital de la manera correcta y asignarlo de la manera incorrecta— se miden igual.» Ambas cuentan como crecimiento económico, lo cual significa que en realidad no se miden en absoluto.

# 5
# INTERNET ME HA ROBADO EL PIB

Es una noche fría y lluviosa en Nueva York. Estás en tu piso escuchando jazz contemporáneo en Spotify cuando te dejas llevar por el deseo de escapar del frío invernal y pasar un fin de semana en Baja California, un lugar que quieres visitar desde que una entusiasta reseña en TripAdvisor llamó tu atención. Abres el ordenador portátil y te pones a buscar. En skyscanner.com escribes los nombres de los aeropuertos John F. Kennedy y San José Cabo, pones las fechas del próximo fin de semana y escoges la opción «solo vuelos directos». Al cabo de unos minutos, has introducido los datos de tu tarjeta de crédito y comprado los billetes más baratos que había disponibles.

Para encontrar alojamiento, la siguiente parada es Airbnb. Después de buscar un poco, das con un apartamento en la playa que tiene un precio razonable y lo que parecen unas espectaculares vistas al mar. También vas a tu perfil de Airbnb para que, si alguien está buscando, sepa que tu piso de Brooklyn está en alquiler el fin de semana que viene. Por último, contratas un seguro online por si algo sale mal. El día del viaje, vas a la página de la aerolínea, introduces los detalles de tu pasaporte, seleccionas un asiento de pasillo, facturas tú mismo tu equipaje e imprimes tu tarjeta de embarque. Después pides un Uber y te recuestas en el asiento trasero de camino al aeropuerto. Hay que descansar. Has trabajado mucho.

La economía digital ha desdibujado la distinción entre trabajo, ocio y tareas domésticas, cambiando el llamado «límite de producción» entre las actividades que contamos y las que no. Ha hecho que la medición de la economía sea más difícil que nunca. Durante décadas, las economías avanzadas han estado más dedicadas a los servicios que a la fabricación, pero esta tendencia hacia lo etéreo y lo incontable se ha visto exacerbada en

la era de internet. Will Page, el director de economía de Spotify, el servicio sueco de música por *streaming*, dice que «el PIB se enfrenta a un problema de falta de encaje» porque fue «diseñado en su origen para contabilizar bienes manufacturados tangibles, que están perdiendo relevancia en la economía moderna».[94]

Cuando fui a ver a Page a las oficinas de Spotify en Londres —abiertas, con una nevera con bebidas y la obligatoria sala de juegos—, tuve que imprimir mi propia tarjeta de identificación y pegármela en la solapa, un trabajo que en el pasado habría hecho un recepcionista. «El objetivo de las empresas de tecnología disruptiva es, en términos estadísticos, reducir el PIB —dijo Page cuando lo encontré deambulando por uno de los pasillos —. Eliminar los costes de transacción, que se miden, y sustituirlos por la comodidad, que no se mide. De modo que la economía se contrae, pero todo el mundo se encuentra en una situación mejor. En gran medida, lo que hace la tecnología es destruir lo que no se necesitaba. El resultado final es que vas a tener menos economía, pero más bienestar.»

Desde la perspectiva de la economía, él estaba sugiriendo que Spotify y empresas parecidas son como la materia oscura. En lugar de producir PIB, lo deshinchan y lo hacen desaparecer. Y sin embargo, aportan un servicio valioso por el que la gente está dispuesta a pagar. Lo que esto provoca en nuestra economía, medida de manera convencional, es un tema complicado alrededor del cual existe una controversia considerable, de modo que vale la pena tirar de algunos hilos.

El primero es la cuestión de la producción doméstica. Hemos visto que lavar la ropa de tus hijos o hacerle la cena a Adam Smith no se cuentan como actividad económica. Pero ¿imprimir tu tarjeta de embarque? O, como tuve que hacer el otro día, ponerle la etiqueta a tu maleta en el aeropuerto y desearle buen viaje mientras la colocas en la cinta de equipaje. (Lo próximo será tener que pilotar el avión.) Hasta hace poco, esas actividades las habría realizado un miembro remunerado del personal del aeropuerto y se habrían incluido en las estadísticas económicas. Ahora esos trabajos han sido externalizados… en ti. En términos de economía computable, se han esfumado.

De manera similar, el trabajo que has hecho ahora al reservar tu fabuloso fin de semana en México, en el pasado lo habría llevado a cabo un empleado remunerado. Por lo que respecta a la contabilidad nacional, dicho

trabajo ha salido del límite de producción. Desde la perspectiva de la actividad económica mensurable, imprimir tu tarjeta de embarque es el equivalente a rascarte la nariz; tiene una finalidad, pero ya no forma parte de lo que llamamos «economía».

Ahora la aerolínea no necesita un empleado para hacer reservas y la empresa de taxis no necesita que alguien responda llamadas y mande vehículos. Por otro lado, como sucede con cualquier avance tecnológico, se espera que quienes hacían reservas y enviaban taxis encuentren un trabajo más productivo en otra parte. Hay otra forma de que la actividad económica, incluso la captada por las medidas convencionales, mejore. Como la aerolínea está ahorrando dinero, puede o bien bajar sus tarifas o bien pagar dividendos a sus accionistas mayores gracias a unos beneficios mejorados. En cualquier caso, alguien tienen más dinero en el bolsillo para gastar en consumo extra, lo que debería sumar crecimiento.

El segundo hilo es la tendencia de los precios a caer hacia cero. En la década de 1980, cuando vivía en Estados Unidos, recuerdo que las llamadas de mi padre desde Londres eran de larga distancia. La conversación siempre discurría igual: «No puedo hablar mucho —vociferaba por la línea con interferencias—. Me está costando una fortuna». Casi toda la llamada se dedicaba a cuánto estaba costando y a avisar de que pronto tendría que colgar. Las llamadas a larga distancia eran estresantes e insatisfactorias.

En la actualidad, si hay una conexión a internet las personas pueden comunicarse gratis durante una cantidad ilimitada de tiempo. Servicios como FaceTime y Google Hangouts permiten, además, que puedan verse en directo. La gente puede buscar a sus amigos en Facebook y charlar con ellos, puede mandar mensajes en Twitter (especialmente útil si se ha sido elegido para un alto cargo político) o buscar información en Wikipedia (lo mismo). El valor de Wikipedia, que en teoría puede proporcionar todo el conocimiento humano a cualquiera que tenga una conexión a internet, es cero. ¿Cómo es posible que cosas tan asombrosas no cuesten nada? ¿Acaso significa eso que mucho de lo que en realidad valoramos está fuera de lo que llamamos «economía»?

Hay tres maneras principales de pagar por servicios digitales no tangibles como la música por *streaming*, YouTube y Facebook. Una es la manera antigua, con dinero. La segunda manera es a costa de nuestro tiempo, mirando los anuncios mostrados en las páginas web. En ese caso, el

contenido o servicio se paga por medio de ingresos publicitarios.[95] El tercer método es parecido a la publicidad, solo que en lugar de pagar con tiempo pagas con datos; los tuyos. Muchas empresas hacen negocio vendiendo información de sus clientes, lo cual significa que puedes contribuir así al crecimiento de maneras que solo entiende de veras la Agencia de Seguridad Nacional.

Algo más estaba sucediendo aquella noche en Nueva York. Estabas participando en lo que se ha dado en conocer de manera bastante irreflexiva como «economía participativa». Antes de Airbnb, si no estabas en tu ciudad, lo habitual era que dejaras el piso vacío. Después de Airbnb, puedes intercambiar tu piso por uno en Baja California si encuentras en el mercado online una tercera persona que te lo alquile. ¡Felicidades!, estás contribuyendo a exprimir los activos físicos del mundo. Has convertido lo que habría sido un piso vacío en un hotel, lo cual es bueno para el medio ambiente (si dejas de lado el pequeño asunto del vuelo a México) porque significa que las empresas hoteleras no tendrán que construir tantas habitaciones nuevas. Pero, si todas las demás circunstancias se mantienen estables, es malo para la economía: menos construcción, habitaciones más baratas.

Lo mismo ocurre cuando vendes tus objetos de segunda mano en eBay, o cuando donas ropa usada a África: estás dañando la economía, aunque quizá pienses con buena intención que estás ayudando al medio ambiente o a que los niños pobres de Ruanda tengan ropa.[96] Recuerda a Chen, el trabajador chino ficticio. Con tu repentina predilección por las cosas de segunda mano, él ya no tendrá que producir tantas mercancías. A medida que las cosas se vuelven más baratas y cómodas, la actividad económica empieza a caer. O al menos parecerá que cae. Es como si nuestra definición de la economía no lograra captar lo que sucede en realidad.

Volvamos a tu ordenador portátil, que has utilizado para hacer ese trabajo. Es probable que el modelo actual cueste lo mismo que el que compraste hace tres años. Pero en términos de memoria, velocidad y resolución de pantalla, es al menos el doble de bueno. Así que adquieres un producto mejor por el mismo precio. Dicho de otro modo, el precio ha bajado. Esto es importante en el cálculo del PIB. Las cifras de crecimiento que ves casi siempre están ajustadas a la inflación. Con los ordenadores y otros servicios tecnológicos, la mejora —y, por lo tanto, la caída de los

precios— es más rápida de lo que los estadísticos pueden recoger. Eso significa que estamos sobreestimando la inflación y, en consecuencia, subestimando el tamaño real de nuestras economías.

En 1995 el Senado de Estados Unidos encargó una investigación sobre el problema. El año siguiente la Comisión Boskin señaló que, en parte debido a los rápidos progresos que se hacían en equipamientos como los ordenadores y los teléfonos, antes de 1996 Estados Unidos había estado sobrevalorando la inflación unos 1,3 puntos porcentuales al año.[97] Lo cual significaba que había estado subestimando el crecimiento en la misma cantidad.[98] Otros países, entre ellos Japón y algunos estados europeos, han hecho ajustes parecidos. Pero el ritmo del cambio tecnológico es tan rápido que se puede dar por sentado que todo el mundo está a la zaga. Eso implicaría que estamos sobreestimando la inflación y que somos más ricos de lo que creemos.

Hay un concepto que resume gran parte de lo que está sucediendo: el «excedente del consumidor». Es la diferencia entre lo que el consumidor paga por algo y el valor que realmente tiene para él. La idea la popularizó Alfred Marshall, un economista del siglo XIX. Puede aplicarse a algo tan simple como el agua, por la que podrías estar dispuesto a pagar bastante más que el precio de mercado, en especial si tienes mucha sed; o al último thriller de John Grisham, por el que un fervoroso admirador pagaría mucho más que el precio oficial por tener acceso a un primer ejemplar.

Según avanza la tecnología y el precio de varios productos tiende a cero, algunos economistas sostienen que el excedente del consumidor se está ampliando. Una manera de probar esta teoría es ver cuánto están dispuestos a pagar los primeros compradores de, por ejemplo, el último iPhone. La diferencia entre el precio durante el primer fin de semana que sale a la venta y el precio al que, con el tiempo, el teléfono se acaba vendiendo es el excedente del consumidor, al menos para ellos. O podrías amenazar a alguien con robarle el iPhone y ver cuánto estaría dispuesto a pagar por recuperarlo. Un iPhone no es solo un dispositivo, sino un medio para conectarse a redes de amigos y colegas de trabajo y de acceder a la información. «Creo que el valor real es de muchos miles de dólares por persona —dice Gavyn Davies—. Es un cálculo enormemente equivocado del valor que el iPhone ha aportado a la mayoría de los seres humanos.»

La mayoría de los expertos están de acuerdo en que, debido a estas alteraciones tecnológicas, las contabilidades nacionales subestiman el crecimiento económico. Pero las estimaciones difieren mucho —por no decir que una barbaridad— respecto de la cantidad. En 2012 Erik Brynjolfsson, del Instituto de Tecnología de Massachusetts, señaló que el sector de la información representaba la misma proporción oficial del PIB de Estados Unidos —alrededor del 4 por ciento— desde hacía un cuarto de siglo. Esto es improbable, por decirlo de manera educada. Mucha gente ha intentado calcular lo que las cifras oficiales pasan por alto. Aunque los métodos varían,[99] incluyen la asignación del tiempo que pasamos en internet un salario por hora, que un estudio de Google estimó en veintidós dólares, puesto que ese era el salario medio estadounidense en aquel momento.[100]

Brynjolfsson y un colega, JooHee Oh, llevaron a cabo su propio ejercicio. Empezaron descubriendo que, entre 2002 y 2011, la cantidad de tiempo de ocio que los estadounidenses habían dedicado a navegar por internet pasó de 3 a 5,8 horas semanales, en las que utilizaban servicios como Facebook, Google, Wikipedia y YouTube. Como los consumidores podrían haber utilizado ese tiempo para otra cosa, los autores asumieron que las horas extra pasadas en internet reflejaban un creciente excedente del consumidor que, para el año 2011, calcularon en 2.600 dólares por usuario y en 564.000 millones de dólares para el total de Estados Unidos. Si esta cantidad se hubiera incluido en las estadísticas nacionales, el crecimiento habría aumentado 0,4 puntos porcentuales al año. Otras estimaciones han ofrecido casi el doble de esta cifra.[101]

No todo el mundo está de acuerdo en que mirar Facebook deba contarse como una actividad económica, en especial si la gente lo hace en el trabajo, mientras podría estar haciendo algo útil —como hablar con los colegas—. ¿Por qué debería contabilizarse ver vídeos en YouTube cuando ver la tele o jugar con tus hijos o pasear por el parque no se cuentan? ¿Deberíamos otorgar más valor a ver un vídeo de gatos que a, por ejemplo —por poner una actividad escogida completamente al azar—, mirar un gato de verdad? Los beneficios de internet pueden sobrevalorarse tanto como infravalorarse.

No hay nada nuevo bajo el sol, dice el libro del Eclesiastés (1,9). Sin duda, el tío que lo escribió copió la idea de alguna parte. Siempre nos ha costado mucho contabilizar la innovación, una dificultad que se puede aplicar tanto a las mejoras en los coches y las máquinas fotocopiadoras como a una mayor velocidad de internet. Cuando aparecen nuevos inventos, pueden ser increíblemente caros. Un ejemplo son los medicamentos, que están protegidos por patentes. Estas permiten a las empresas farmacéuticas cobrar cientos, si no miles, de dólares por sus productos. Pero cuando la patente caduca, el precio del mismo medicamento se desploma hasta valer céntimos y termina por desaparecer de la economía.

Si crees que la tecnología está yendo más rápido que nunca, como piensa mucha gente, entonces el problema de la mala medición está empeorando. Pero hay académicos serios que afirman que los avances tecnológicos realmente importantes son cosa del pasado. Robert Gordon, un experto en productividad de la Universidad de Northwestern, sostiene que todas las invenciones transformadoras se desarrollaron después de 1870 y que se quedaron más o menos sin impulso alrededor de 1970. Cita la invención de la electricidad y el motor de combustión interna, también la provisión de agua potable y el sistema de alcantarillado. Esos avances condujeron a la invención de máquinas como el teléfono, la radio, la nevera, el coche y el avión. A su vez, muchas de estas tecnologías produjeron un inmenso efecto en cadena.

Ha-Joon Chang, un economista de Cambridge, dice que la lavadora fue una invención mucho más revolucionaria (nótese el chiste) que internet. ¿Por qué? «La lavadora, el gas canalizado, el agua corriente y todas esas tecnologías domésticas mundanas permitieron que las mujeres entraran en el mercado laboral, lo que a su vez significaba tener menos hijos, tenerlos más tarde e invertir más en cada uno de ellos, en especial en las hijas. Aquello cambió la posición negociadora de las mujeres en la casa y en la sociedad en general, les dio el voto y promovió otros innumerables cambios. Transformó la manera en que vivimos.»[102] Gordon sostiene que la tecnología ha tenido un profundo impacto en la sociedad, pero que ese impacto está disminuyendo. La velocidad de los viajes pasó del caballo y el carruaje al avión, pero la velocidad de los aviones se estancó hace unos cincuenta años. La urbanización y la transformación de la vida de las mujeres a través de los electrodomésticos constituyen acontecimientos

únicos. Cuando ya han llevado a cabo, representan saltos tecnológicos que se desvanecen con rapidez en las estadísticas.

Con todo, parece razonable pensar que la revolución de los ordenadores transformará nuestra vida de maneras que apenas comprendemos. Los robots y la inteligencia artificial harán que muchos de los puestos de trabajo actuales sean superfluos, es decir, cambios que solo vislumbramos con los servicios de respuesta automatizada y las cajas de autopago de los supermercados, que ya forman parte de nuestra vida cotidiana. Los coches se conducirán solos, los paquetes serán llevados por drones y los robots nos recetarán medicamentos y se harán cargo de los ancianos. En Japón, hace muchos años que hay robots que fabrican otros robots.

Si los nuevos inventos siempre tienen que ver con el intercambio de información y con «aprovecharse de los conocimientos previos», entonces los avances tecnológicos solo pueden acelerarse en la medida en que cada vez más gente acceda a la información. De manera creciente, incluso en los países en desarrollo, las personas tienen un acceso más instantáneo a casi todo el conocimiento humano, algo que incluso en 1990 habría sido inconcebible. En Ruanda hay planes para que doce millones de personas tengan acceso a un doctor de inteligencia artificial, que daría consejos médicos por teléfono basándose en una descripción de los síntomas.[103]

Este debate sobre si estamos subestimando el crecimiento es un elemento central de lo que quizá sea el mayor enigma al que se enfrenta la profesión económica. En medio de este cambio innovador y tecnológico, ¿por qué se ha estancado la productividad? La respuesta podría ser que las mejoras no se están adoptando. Por supuesto, podría ser que la tecnología, por alguna razón, no estuviera produciendo el salto en la productividad que la gente esperaba, aunque esto parece menos probable.

El enigma es fundamental para la manera en que la gente percibe sus circunstancias. En Europa y Estados Unidos muchas personas, principalmente de clase media —la cual se está reduciendo—, se encuentran preocupadas por lo que perciben como un estancamiento de sus condiciones de vida. Pero aunque el crecimiento se está subestimando, es posible que su situación sea mejor de lo que creen. Si pudiéramos captar mejor el cambio tecnológico, quizá nos daríamos cuenta de que nuestra vida, a fin de cuentas, no está tan mal; o de que la gente es infeliz por otras cosas como la pérdida de un trabajo que merezca la pena, la desigualdad

creciente y la fractura de las comunidades. El asunto fundamental es que, en este y otros asuntos, el concepto de «crecimiento» —tal como se mide ahora— arroja poca luz.

Si nunca se ha viajado en un tren bala japonés, es difícil imaginar lo increíble que resulta la experiencia. Los trenes blancos y relucientes, con sus partes delanteras cómicamente alargadas, se deslizan en el interior de la estación con tal precisión que los pasajeros que esperan en los lugares designados de los andenes se encuentran justo ante la puerta de su vagón. Los trenes se deslizan de nuevo en cuestión de segundos para continuar circulando por el campo a velocidades parecidas a las de un avión, y puedes admirar cómo se escabulle el paisaje a toda velocidad o comprar alguna exquisitez recién hecha en los carritos empujados por mujeres que avanzan inclinadas, sin hacer ninguna clase de ruido, por los vagones. Hay alrededor de trescientos servicios diarios entre Tokio y Osaka, que realizan el viaje de 552 kilómetros en dos horas y media, con un retraso medio de fracciones de segundo según las mediciones.

Es difícil poner un precio a la calidad. Un economista diría que el precio es lo que el cliente acepta pagar, puesto que el mercado encuentra un equilibrio natural entre la oferta y la demanda. Quizá podría funcionar dentro de un país, pero cuando se trata de comparaciones entre países, sobre todo en el contexto de servicios no comercializables como un tren entre Tokio y Osaka, la prueba del precio se viene abajo. En Reino Unido no importa lo mucho que pueda molestarme la perspectiva de los grandes retrasos, los trenes en mal estado y los pastosos bocadillos de beicon de la línea de Londres a Sunderland, pues no se puede pagar más para coger un tren bala japonés al mismo destino.

Lo mismo sucede con los trenes estadounidenses de Amtrak, que se arrastran a velocidades que parecen de otro siglo y tienen algún que otro accidente mortal. (Ni una sola persona ha muerto en un accidente de tren bala desde que Japón inauguró el servicio en 1964.) Imaginen mi sorpresa cuando me topé con un informe de unos consultores de McKinsey en el que lamentaban la ineficiencia del sector servicios en Japón, incluyendo nada menos que los trenes. Incluso las mejores empresas japonesas, decía, alcanzaban solo un 85 por ciento de la eficiencia del sistema

estadounidense.[104] Era un discurso puramente economista. Para cualquiera que haya tomado un tren en estos países, decir que los ferrocarriles estadounidenses o británicos son más eficientes que los japoneses suena ridículo. Los economistas tienen poco que decir en cuestiones de calidad. Las críticas a la ineficiencia japonesa surgen porque los economistas no comparan una cosa con otra igual, puesto que muy pocos países pueden igualar —y ninguno replicar con exactitud— el servicio disponible en Japón.

Kyoji Fukao, un profesor del Instituto de Investigación Económica de la Universidad de Hitotsubashi, ayudó a proporcionar buena parte de los datos acerca de Japón que se incluyeron en las comparaciones internacionales utilizadas por McKinsey y otros. Estuvo de acuerdo en que las medidas habituales de la eficiencia en el sector servicios —el valor añadido por hora-hombre y el factor total de productividad— eran rudimentarias y difíciles de aplicar en diferentes países. Fukao puso el ejemplo del sector minorista japonés, que en el informe de McKinsey era muy criticado por su ineficiencia. La medida básica de la productividad en el sector minorista es cuánto de un producto puede crear un empleado en una hora. En esta medida, Alemania obtiene un buen resultado. Lo consigue gracias a las horas de apertura restringidas, que obligan a los clientes a hacer grandes compras en visitas concentradas. Japón obtiene un mal resultado, en parte porque hay pequeñas tiendas en todas las esquinas de la ciudad que venden la más asombrosa variedad de productos. Muchas están abiertas las veinticuatro horas del día. Son baratas, de excelente calidad e increíblemente cómodas, aunque, en términos numéricos, resultan menos eficientes que los cavernosos supermercados estadounidenses situados en las afueras de las grandes ciudades. Pero estas experiencias son incomparables. Y, por cierto, no se hace ninguna concesión al hecho de que las tiendas japonesas suelen estar a una distancia que se puede hacer a pie o, como mucho, en bicicleta. Los datos no logran captar la incomodidad de tener que conducir hasta las afueras de la ciudad, o las «externalidades» —los efectos laterales no medidos— vinculadas a las largas salidas para hacer la compra: accidentes de tráfico, contaminación, mantenimiento de carreteras, estrés y tiempo perdido.

Los servicios son inherentemente subjetivos. Se pregunta a un ingeniero cómo hacer más agradable el servicio del Eurostar Londres-París. Él

recomienda gastar seis mil millones de libras en una nueva vía que reduzca en cuarenta minutos el viaje de tres horas y media. Se le hace la misma pregunta a un ejecutivo de publicidad, que da con una solución distinta: recomienda contratar a supermodelos masculinos y femeninos para que recorran los pasillos y sirvan Château Pétrus gratis durante todo el viaje. La empresa ferroviaria se ahorraría los miles de millones de libras que cuesta la nueva vía, y los pasajeros, de hecho, pedirían que los trenes fueran más lentos.[105]

Incluso sin las complicaciones transfronterizas, descubrir la productividad de los servicios es mucho más difícil que hacerlo con los productos fabricados. ¿Cómo comparas algo tan sencillo como diversos cortes de pelo? Está el de tipo militar, corto por detrás y los lados, que se hace con una maquinilla eléctrica o en la sesión de tres horas de un salón de lujo, en el que cada pelo es cuidadosamente esculpido y donde la experiencia concluye con un delicioso masaje en la cabeza. Pero ¿qué pasa con la decoración del salón y con el talento del peluquero, no solo para cortar el pelo sino en el arte de dar conversación? No basta con decir que el precio del corte de pelo te aporta todo lo que necesitas saber sobre la calidad, porque el precio varía de un año a otro. ¿Cómo interpreta el pobre estadístico los cambios de precio de un año al siguiente —esencial si se quiere que la contabilidad de la renta nacional tenga sentido— si el servicio en cuestión es difícil de cuantificar y fluctúa de manera constante?

Si te parece que los cortes de pelo son complicados, inténtalo con los servicios que ofrecen los diseñadores de jardines o los ingenieros informáticos, hechos a la medida de las necesidades del cliente y prácticamente imposibles de comparar. Las agencias nacionales de estadística se enfrentan a estas cuestiones a diario. Estados Unidos, por ejemplo, tiene más de trescientas cincuenta categorías para clasificar los bienes manufacturados, que suponen menos de una quinta parte de la economía, pero menos categorías para toda la gama de servicios, que conforma alrededor del 80 por ciento de la actividad económica. La forma en que medimos la producción se inventó en la década de 1930 y desde entonces la naturaleza de lo que producimos ha cambiado de manera radical. Nuestras medidas estándar de la economía tienen dificultades para darnos información sobre la inmensa variedad de cosas que en realidad

consumimos. Es un defecto notable. Indica que no deberíamos considerar tan en serio las estadísticas de crecimiento.[106]

En agosto de 2016, la Comisión Europea emitió el mayor veredicto fiscal de su historia cuando ordenó a Irlanda que recaudara catorce mil quinientos millones de dólares (más intereses) en impuestos atrasados de Apple. La comisión sostuvo que Apple había desarrollado un dudoso plan de asignación de beneficios que le permitía trasladar la mayoría de estos a su «oficina central» en las afueras de Cork, condado del sur de Irlanda. En términos efectivos, sostuvo la comisión, Apple no tenía domicilio fiscal en ningún país de Europa, lo que posibilitaba que redujera su tipo fiscal europeo hasta bastante menos del 1 por ciento. Por cierto, el director financiero de Apple calificó el hallazgo de la Unión Europea de «galimatías legal» y dijo que su cálculo de la factura fiscal de Apple utilizaba «el denominador y el numerador equivocados», aunque aparte de eso seguramente era correcto.

Esta disputa surge de acusaciones de evasión fiscal, pero los mismos argumentos se pueden aplicar a la manera en que medimos la economía, en especial en un momento en que el crecimiento de las empresas multinacionales es aún mayor y los productos que venden son aún más intangibles. En el caso de Apple, tiene mucho que ver la propiedad intelectual. Sobre el papel, la filial de Apple en Irlanda —un país que solo da cuentas de una pequeña parte de sus ventas— es superrentable, porque es ahí donde se ostenta la propiedad intelectual de la empresa. En la era digital, el valor de un producto no se encuentra principalmente en el activo físico, sino más bien en la marca o el contenido intelectual o artístico. Incluso en el caso de algo en apariencia tangible como el motor de un avión, los clientes no solo pagan por el equipamiento, sino por sofisticados contratos de servicios según los cuales el proveedor se compromete a monitorear el motor en tiempo real y hacer que funcione sin problemas durante toda la vida.

Muchas multinacionales son capaces de mover a discreción la fuente de valor de sus productos —ya sea propiedad intelectual, contratos de servicio o servicios legales— a través de sus redes internacionales. Puedes comprar un motor en Seattle, pero la gente que se encarga de que siga funcionando

durante veinte años está en Bombay. Por medio de una práctica conocida como «precios de transferencia», una filial cobra a otra por el uso de estos servicios intangibles y el beneficio se registra en determinada ubicación, que casi sin duda es la que tiene unos impuestos más bajos. En 2014, Facebook provocó fuertes protestas en Reino Unido porque pagó unos impuestos de solo 4.327 libras, lo que contribuyó a provocar una revuelta fiscal en una pequeña ciudad galesa donde los pequeños negocios pagaban una cantidad bastante mayor.[107]

EL PIB fue concebido para un Estado-nación, pero cada vez más las empresas operan a través de las fronteras. El producto nacional bruto, como se llamó al principio, contabilizaba lo producido por los nacionales de un país, dondequiera que trabajasen. Durante la presidencia de George H. W. Bush el PNB se sustituyó por el PIB, más conocido, que mide lo producido dentro de las fronteras de una nación, incluyendo lo producido por no nacionales. La razón del cambio pudo ser que Bush necesitaba aumentar sus credenciales económicas. Pasar al PIB, a diferencia del PNB, aumentó el índice de crecimiento percibido de Estados Unidos, porque incluía la producción de empresas japonesas que habían realizado grandes inversiones en las industrias automovilística y electrónica estadounidenses.[108]

En la era de lo multinacional, cuando muchas empresas occidentales se han largado a China, México o Vietnam, tiene más sentido utilizar el producto nacional bruto. De hecho, eso haría que las economías occidentales parecieran mejores y las de los países donde se lleva a cabo la producción peores, en comparación con el método actual de calcular la economía.[109] Lo que constituye la producción nacional, se configure como se configure, apenas tiene significado cuando las empresas están registradas en un país, fabrican sus productos en un segundo, los venden en un tercero y pagan impuestos, si no les queda más remedio, en un cuarto.

El litigio fiscal europeo de Apple es un buen ejemplo. Pero también lo es la fabricación de los iPhones de Apple, que en su mayor parte se ensamblan en factorías localizadas en Shenzhen, una ciudad del sur de China que, por cierto, pertenece a Hon Hai, una empresa de la separatista isla de Taiwan. El hecho de que Apple y muchas otras empresas estadounidenses hayan escogido China como base de producción es la razón por la que Estados Unidos tiene un gran déficit comercial con ese país. Pero el ostensible tamaño del déficit comercial —a pesar de ser tan explosivo a nivel político

— no es muy significativo, porque la mayoría de los componentes ensamblados en China se fabrican en otra parte: los microchips en Corea del Sur, los capacitadores en Japón y los procesadores en Estados Unidos. No hace falta que abras un iPhone para ver lo que ocurre. Basta con darle la vuelta y ver que está «Diseñado por Apple en California. Ensamblado en China». Un informe descubrió que solo el 2 por ciento del coste de un iPhone se destinaba a la mano de obra china, mientras el 30 por ciento era, en forma de beneficios, para los accionistas de Apple.

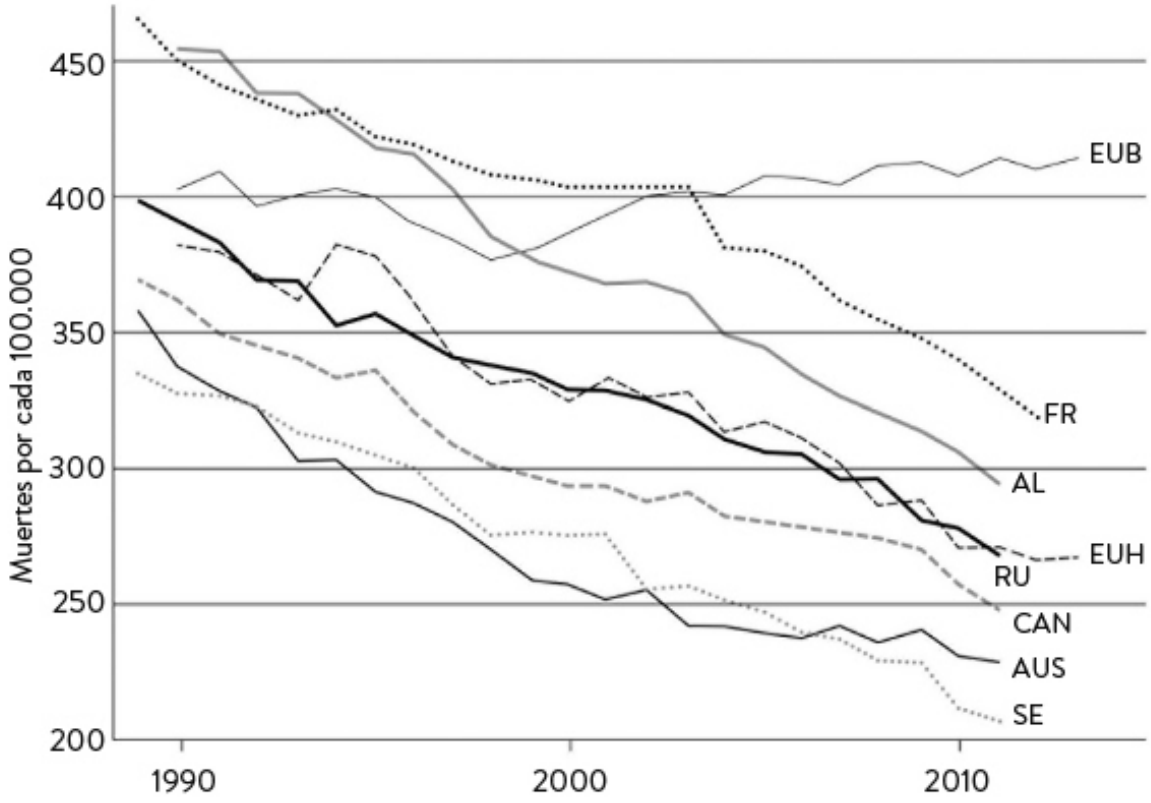
Incluso algo tan aparentemente simple como un ópalo resulta difícil de ubicar. Un libro sobre Chungking Mansions, un edificio de Hong Kong que es a la vez un antro y un núcleo comercial y donde gente de cualquier parte del mundo se reúne para comerciar, cuenta un mareante ejemplo de globalización de gama baja.[110] Los ópalos australianos son enviados, a través de Chungking Mansions, al sur de China, donde son pulidos, enviados de vuelta a Australia y vendidos como souvenirs a turistas chinos que visitan Australia (y que es probable que se los lleven de vuelta a China). En un mundo así, la idea de producción doméstica —nuestra definición de la economía— carece casi por completo de sentido.

# 6
# QUÉ LE OCURRE AL CIUDADANO DE A PIE

En septiembre de 2015, la revista científica *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* publicó un artículo bajo la autoría de dos académicos, Anne Case y Angus Deaton. Tenía el poco sugerente título de «El aumento de la morbilidad y la mortalidad en la mediana edad entre los estadounidenses blancos no hispanos en el siglo XXI». Encubierta por un cuidadoso lenguaje, había una revelación estremecedora: desde 1999 se había producido un notable aumento en las muertes de estadounidenses blancos de mediana edad. En el mundo industrializado no se había visto nada parecido desde el derrumbe de la Unión Soviética en 1991, cuando una generación entera pareció sucumbir a la desesperación y el vodka y la esperanza de vida disminuyó de manera alarmante. ¿Cómo diablos podía estar pasando esto en Estados Unidos, un país cuya economía había estado creciendo de manera sólida —al menos hasta la crisis financiera de 2008— durante décadas?

Lo sorprendente del aumento de muertes es que fue el resultado de lo que los autores llamaban «muerte por desesperación», en particular, suicidios, intoxicación por drogas y alcohol y enfermedades crónicas del hígado y cirrosis. Hasta 1999, las muertes de estadounidenses entre cuarenta y cinco y cincuenta y cuatro años se reducían alrededor de un 2 por ciento al año, en línea con el declive en otros países ricos, pero ese año la tendencia se interrumpió de forma abrupta y se revirtió.

GRÁFICO 1




Mortalidad debida a todas las causas, edad entre 45 y 54 años para blancos no hispanos de Estados Unidos (EUB), hispanos de Estados Unidos (EUH) y seis países de comparación: Francia (FR), Alemania (AL), Reino Unido (RU), Canadá (CAN), Australia (AUS) y Suecia (SE).[111]

El artículo contenía un impactante gráfico en el que se comparaban las muertes por cada cien mil estadounidenses blancos de mediana edad con las muertes de sus equivalentes en Australia, Canadá, Francia, Alemania, Reino Unido y Suecia. En todos los casos, los índices de defunción de los demás países siguieron descendiendo por debajo de los niveles de 1999. Los índices de mortalidad de los hispanoamericanos y afroamericanos (no mostrados en el gráfico) también se redujeron de acuerdo con la tendencia internacional.[112] Pero el de los estadounidenses blancos no; de hecho, empezó a ascender. Aquello dio al traste con décadas de progreso y además no estaba sucediendo en ningún otro país rico. Conducía a una carnicería silenciosa. Si la mortalidad entre estadounidenses blancos de mediana edad

hubiera seguido cayendo de acuerdo con la tendencia, se habrían evitado nada menos que medio millón de muertes entre 1999 y 2013. Dicho de otro modo, el fenómeno de las «muertes por desesperación» en una parte de la población que antes se consideraba privilegiada fue de una escala similar a la epidemia de sida que arrasó Estados Unidos durante buena parte de las décadas de 1980 y 1990. ¿Qué demonios estaba pasando?

Antes de buscar una respuesta a esa pregunta, veamos dos cuestiones más generales. Una es que lo que fuera que estaba sucediendo no aparecía en las estadísticas económicas habituales. En 2015, quince años después de que empezara a producirse la inversión en la mortalidad, la economía estaba creciendo razonablemente bien. A pesar de la crisis financiera de 2008, el tamaño de la economía estadounidense se había disparado de 10,3 billones de dólares en 2000 a 18 billones de dólares en 2015, esto es, una ganancia del 80 por ciento.[113] Incluso ajustando por inflación, había crecido el 30 por ciento.[114] Si se comparaba con 1970, cuarenta y cinco años antes, la economía estadounidense era ahora tres veces y media más grande, incluso ajustando por inflación.[115] La ironía era que muchos estadounidenses, en particular los obreros, pensaban en los años setenta como en una especie de edad de oro en la que los trabajos eran buenos y las perspectivas de una vida de clase media decentes. Podría resultar una obviedad decir que las estadísticas de crecimiento en bruto no pueden captar sentimientos intangibles, como la pérdida de la comunidad, la seguridad laboral, el bienestar o incluso la identidad, pero si esto es así, ¿por qué hemos convertido el crecimiento económico —medido por el PIB— en un indicador de lo que en teoría debemos valorar en la vida? En algún lugar oculto del discurso sobre el crecimiento y la mayor prosperidad acechaba algo muy preocupante.

La segunda cuestión está relacionada con las medias y la agregación. La peculiaridad del estudio de Case y Deaton era que desagregaba las cifras por edad, raza y clase. Al hacerlo se revelaron de repente tendencias subyacentes, ocultas por las cifras de los titulares y las medias. El estadounidense medio tenía una vida más larga y saludable, pero una parte de la población había sufrido un cambio de suerte. ¿Por qué? El extraordinario aumento del uso de opioides, incluidos medicamentos con

receta como el Oxycontin, era un factor importante. No solo explicaba las muertes directas por sobredosis, sino el dolor subyacente, físico o mental, que además de provocar el creciente consumo de opioides contribuía a explicar el mayor número de suicidios y de casos de alcoholismo. Era probable que los opioides fueran un síntoma, no la causa subyacente.

Al investigar con más detalle, parecía que el aumento de las muertes y las enfermedades estaba afectando en especial a gente sin educación universitaria. La incapacidad para llegar a la universidad se estaba convirtiendo en algo parecido a una sentencia de muerte. En 1970, los hombres de mediana edad e ingresos bajos contaban con cinco años menos de esperanza de vida media que los hombres de ingresos altos de la misma generación. En 1990 esa brecha se había ampliado a doce años. Ahora es más bien de quince. Como dijo un comentarista: «Ya es suficientemente malo morir media generación antes de lo que deberías. Creer que vas a morir más joven que tus padres es peor. Va en contra lo que los occidentales en general, y los estadounidenses en particular, han dado por sentado».[116]

La creciente desigualdad explicaba parte de lo que estaba sucediendo. Los sueldos de tipo medio se habían estancado más o menos a partir de la década de 1970, en parte porque los sindicatos habían perdido poder de negociación, una tendencia que se ha reproducido en casi todo el mundo industrial a medida que los dogmas del capitalismo de libre mercado alentaban una carrera hacia el final. En Estados Unidos, el porcentaje de la producción económica destinado a los sueldos ha caído de manera constante durante décadas, al mismo tiempo que ha crecido el dedicado a los beneficios empresariales y el capital. Ese reparto exacerba las desigualdades y penaliza a quienes tienen que trabajar para vivir, en especial a las personas cuyas habilidades pueden ser externalizadas, mecanizadas o computerizadas. Los mejores trabajos manuales incluían muchas veces prestaciones de sanidad y formación en el trabajo, pero algunos de esos trabajos se han desplazado a China, el sudeste asiático, India o México. Muchos más los están realizando robots o líneas de código informático. En los países ricos, el porcentaje de renta nacional que se paga a los trabajadores se redujo de alrededor del 55 por ciento en 1970 a menos del 50 por ciento en lo más alto de la burbuja financiera de 2007.[117] En otras palabras, la economía en expansión no ha beneficiado principalmente a los trabajadores que producían el crecimiento, sino a los propietarios del

capital. «Es cierto que se está produciendo un declive de la clase trabajadora estadounidense», dijo Deaton. «Alcanzó su punto álgido con los "aristócratas con mono de trabajo" de principios de la década de 1970, con buenos convenios laborales, un trabajo en el que […] te ascendían cada año y construías una vida de clase media para ti y para tu familia.»[118] Sin un trabajo decente, las posibilidades de que una persona encuentre pareja estable descienden y aumenta el riesgo de drogadicción, alcoholismo, depresión y suicidio.

El artículo despertó un enorme interés. Hubo quien acusó a los autores de ignorar a los afroamericanos, cuyos índices de mortalidad eran aún más altos que los de los estadounidenses blancos, aunque la brecha se estaba cerrando gracias al cambio de fortuna de los blancos. Pero fueron los hallazgos relacionados con el declive de la clase media blanca los que encajaron muy bien con las elecciones presidenciales de 2016, en las que Donald Trump arrasó y llegó al poder. Como señaló *The Washington Post*: «En 2016, el presidente Trump ganó grandes franjas de votantes al prometer que corregiría los agravios a la clase blanca trabajadora, y los nacionalistas blancos apoyaron su campaña. La investigación de Case y Deaton sobre la mortalidad de los blancos parecía responder directamente a ese discurso político».[119]

Según un informe de 2014 del Centro de Investigaciones Pew, en 1964, en el sector privado estadounidense, el sueldo medio por hora para trabajadores no directivos era de 2,50 dólares, una cantidad que en 2014 había aumentado hasta 20,67 dólares. Suena genial hasta que tienes en cuenta la inflación. En dólares constantes de 2014 el sueldo medio por hora en 1964 era de 19,18 dólares; después de medio siglo de duro trabajo, tanto crecimiento y avance tecnológico, y lo único de lo que podías presumir es de un mísero dólar con cincuenta. «En términos reales el sueldo medio alcanzó su pico hace más de cuarenta años», decía el informe. Una explicación son los crecientes costes de las prestaciones, en especial del seguro de salud aportado por el empresario. Si los empresarios tienen que pagar cada vez más por los costes sanitarios, tienden a compensarlo manteniendo los sueldos bajos.[120]

Sin duda, muchos estadounidenses pasan apuros. En el sondeo de Pew, el 56 por ciento de los encuestados dijeron que los ingresos de su familia se estaban quedando por debajo del coste de la vida, frente a un 44 por ciento

en septiembre de 2007. En otras palabras, incluso cuando la economía rebosaba de crédito en los tiempos previos a la caída de Lehman Brothers, más de cuatro de cada diez estadounidenses tenían la sensación de que apenas estaban sobreviviendo. La recesión que siguió exacerbó la tendencia. En el año 2000, el 33 por ciento de los estadounidenses se describió a sí mismo como «clase trabajadora», según Gallup. En 2015, esa cifra había aumentado al 48 por ciento. «Lejos de morir, ahora la clase trabajadora representa casi la mitad de Estados Unidos, según la autopercepción de la gente», escribió un autor. «En algunos aspectos, estas cifras son más reveladoras que las estadísticas sobre los ingresos medianos o la desigualdad de los ingresos. Transmiten la sensación de sentirse excluido de los beneficios del crecimiento. Es un estado mental muy poco estadounidense.»[121]

La desigualdad no siempre es mala. El progreso depende de ella, puesto que la sociedad nunca se mueve en fila india. Una vez aceptas esto, la única alternativa a la desigualdad es el estancamiento. En *La gran evasión*, la película de 1963 sobre la Segunda Guerra Mundial y protagonizada por Steve McQueen, unos prisioneros de guerra escapan de un campo nazi después de cavar en secreto un túnel. La situación de los huidos es indudablemente mejor que la de los prisioneros que se han quedado en el campo de concentración. ¿Habría sido mejor que se hubieran quedado todos en el campo hasta el final de la guerra, o debemos celebrar el hecho de que algunos escaparan antes?[122]

La metáfora se puede aplicar casi a cualquier situación en la que ciertas personas obtienen una ventaja temprana. Entre 1550 y 1750 en Gran Bretaña no se produjo ninguna mejora en la esperanza de vida. Y, curiosamente, ni los reyes ni los duques vivían más que los campesinos. Entonces sucedió algo: la familia real tuvo acceso a una primera vacuna contra la viruela, traída desde Turquía. Gracias a este y otros progresos médicos, que se extendieron de la corte a la aristocracia, la brecha en la esperanza de vida entre los ricos y los pobres de Gran Bretaña alcanzó los veinte años. Era injusto. La ventaja se basaba en la riqueza y los privilegios heredados. Pero era progreso. Al final, las vacunas se generalizaron, beneficiando no solo a los británicos, sino a gente de todo el mundo.[123]

Esto podría denominarse «desigualdad buena»; un mecanismo de progreso, a pesar de que sea injusto. Pero ¿qué hay de la desigualdad mala? Imaginemos que tienes una cita para cenar en Nueva York, seguida de un espectáculo en la ópera.[124] Para llegar a tiempo, tienes que cruzar el túnel Lincoln. El túnel tiene dos carriles, pero no puedes cambiar de uno a otro. De pronto se produce un atasco. Los vehículos dejan de moverse en los dos carriles. El tiempo pasa. Existe una clara posibilidad de que te pierdas la cena. El tiempo sigue avanzando. Ahora las entradas para la ópera pueden convertirse en un trozo de papel sin valor. Cuando el carril de tu lado empieza a moverse, piensas: «Estupendo. Pronto nos pondremos en movimiento también nosotros». Pero tu carril no se mueve y esa esperanza se convierte lentamente en ira mientras ves cómo los coches del otro carril aceleran. De repente, solo puedes pensar en lo injusta que es la vida, en cómo el sistema se pone en tu contra. Antes de que te des cuenta, te estás pasando al otro carril, quebrantando la ley. Esa es la desigualdad mala.

En Estados Unidos la gente, históricamente, ha sido bastante tolerante con la desigualdad. La actitud ha sido algo así como: «Buena suerte a los demás. Eso demuestra que también nosotros podemos hacerlo». Pero esa actitud está cambiando. Si los demás adquieren ventajas mediante el acceso a una educación cara, una herencia o redes de viejos amigos, tu buena voluntad hacia el éxito ajeno se convierte en resentimiento. «Si en Estados Unidos eres blanco y de clase trabajadora, no has tenido un aumento de ingresos en treinta años —dice Angus Deaton—. Si nadie estuviera aumentando sus ingresos y eso se debiera a una razón comprensible, como por ejemplo una guerra, creo que la gente no tendría problemas con la situación.» Pero no hay guerra y algunas personas están prosperando. «Cuando ven a los banqueros con enormes salarios o al director del hospital presbiteriano de Nueva York, que gana tres millones de dólares al año, comprueban que esos tíos se están haciendo muy ricos mientras las clases trabajadoras blancas no consiguen nada.»[125]

La clase media está prosperando. No es una frase que se escuche con mucha frecuencia en la actualidad. Pero es cierto. Siempre y cuando, claro, estés hablando de la clase media global y no de la clase media occidental —gran parte de la cual, con suerte, se ha pasado décadas tratando de no hundirse

—. Si en cambio miras los ingresos globales, algo que no se hace con frecuencia, verás que quienes están entre los percentiles 45.º y 65.º (respecto de la base) han doblado sus ingresos reales entre 1988 y 2011. Muchas de esas personas son chinas. Los que se encuentran entre los percentiles 80.º y 95.º —la clase media de los países con una renta alta— han visto cómo sus ingresos reales se estancaban.[126] El 1 por ciento global en lo más alto —que incluye el 12 por ciento superior de los asalariados estadounidenses— recibe casi el 30 por ciento de los ingresos totales y posee cerca del 46 por ciento de la riqueza.[127]

La historia de la desigualdad moderna es compleja. La desigualdad está aumentando en la mayoría de los países, en especial en los de renta alta, pero a nivel global la desigualdad entre algunas naciones está, de hecho, disminuyendo;[128] al menos la producida entre los ingresos de ciertas partes de Asia, por un lado, y los de Europa occidental, Estados Unidos y Australasia, por el otro, se ha reducido, sobre todo desde el año 2000. En gran parte, esto ha ocurrido gracias a la rápida industrialización de Asia, en particular de China y, de manera más reciente, de India. A medida que el crecimiento en estos dos países —que juntos representan casi el 40 por ciento de la población mundial— se acelera, la desigualdad de la renta, que Occidente provocó tras la Revolución industrial, se está reduciendo de manera gradual. Donde antes, durante el siglo XIX y buena parte del XX, hubo una gran diferencia en las condiciones de vida, ahora hay una mayor convergencia.

De modo que el beneficio en la renta obtenido gracias al azar del lugar de nacimiento está empezando a caer.[129] Para los humanistas que apoyan la igualdad de oportunidades sin tener en cuenta la nacionalidad es algo maravilloso. Pero si vives en los antiguos centros industriales de Europa o de Estados Unidos, puede que no sea algo digno de celebrar. Hoy en día lo que haces es más importante que dónde lo haces. Es probable que a un abogado corporativo o a un microbiólogo le vaya muy bien en Nueva York, Shangai o Bangalore. Pero si vives en Occidente y tu trabajo es fabricar zapatos o muebles, quizá no seas capaz de competir con alguien que realiza el mismo trabajo en Bangladés, Etiopía o Filipinas. Una explicación para el aumento del nacionalismo y la reacción contra la inmigración a ambos lados del Atlántico es que quienes se han visto afectados por la

globalización están luchando por su «renta de ciudadanía», la ventaja de la que en el pasado disfrutaron gracias a la casualidad del nacimiento.[130]

Como la mayor parte de la política es nacional y no global, son las desigualdades dentro de los países, y no entre ellos, las que han causado una respuesta política global. Una desigualdad muy alta es casi siempre insostenible, en especial en los países donde no ha sido lo habitual, y en casi todos los países ricos se está produciendo un aumento de las desigualdades, en particular de la riqueza (en lugar de la renta). O, por decirlo más claro, los ricos se han estado haciendo mucho más ricos mientras, en general, los demás se han quedado atrás. Esta es la incómoda realidad que se esconde tras nuestro discurso sobre el crecimiento infinito. Queda por saber si el liberalismo occidental es capaz de sobrevivir a esta sacudida del sistema.[131]

El aumento de la desigualdad precedió algunos años, si no décadas, a la crisis financiera. En 2008 la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, un club que forman los treinta y cinco países más ricos del mundo, descubrió que en las dos décadas anteriores la brecha entre ricos y pobres había aumentado en tres cuartas partes en los países de la OCDE.[132] En Canadá, Finlandia, Alemania, Italia, Noruega y Estados Unidos la brecha no solo se había ampliado entre los ricos y los pobres, también había aumentado entre los ricos y la clase media.

En contra de lo que se ha hecho creer a muchos estadounidenses, en ese país la movilidad social es difícil. De hecho, es más fácil en los países nórdicos de tendencia socialista. (El ascenso social también es relativamente difícil en Reino Unido e Italia).[133] Por lo general, cuanto más desigual es una sociedad, más difícil es ascender, puesto que los ricos afianzan sus ventajas mediante la educación, la presión política, las herencias, los contactos y demás. La llamada «curva del Gran Gatsby» muestra que, a medida que aumenta la desigualdad, la movilidad social desciende.[134] Si estás en el carril equivocado del túnel Lincoln, según asegura el informe de la OCDE, es probable que te quedes atascado. «Una mayor desigualdad en los ingresos reprime la movilidad ascendente entre generaciones, provocando que la gente con talento y trabajadora lo tenga más difícil para conseguir las recompensas que merece», dice.

La desigualdad ha aumentado por tres razones principales, de acuerdo con la OCDE: los sueldos de quienes ya estaban bien pagados, en especial

los banqueros, los profesionales y los ejecutivos de las grandes empresas, se han incrementado; hay menos trabajos para la gente con menor preparación, cuyas cifras de abandono del mercado laboral son muy altas; y hay más familias monoparentales. La pobreza entre los viejos se ha reducido, pero ha aumentado de manera drástica entre los adultos jóvenes, en especial los que tienen hijos.

La recuperación gradual de la crisis financiera ha hecho poco o nada por reducir la desigualdad. Cuando las economías se recuperan, lo normal es que la desigualdad disminuya a medida que la gente encuentra trabajo, pero esto ha sido compensado por una recuperación de los precios de los activos, que beneficia sobre todo a los que más tienen. En 2014, en Estados Unidos el 10 por ciento más pobre de la población ganó el 1,6 por ciento de los ingresos, mientras que el 10 por ciento más rico ganó el 29,2 por ciento. Las mismas cifras para Islandia, que ese año fue el país más igualitario de la OCDE, fueron del 4,1 por ciento y el 20,6 por ciento, respectivamente. Dicho con más claridad, en Estados Unidos el 10 por ciento superior ganó más de dieciocho veces lo que el 10 por ciento inferior. En Islandia, la proporción equivalente fue de cinco veces.[135] En Reino Unido fue de 10,5 y en Francia de 6,9 veces.

¿Qué tiene que ver esto con el crecimiento económico? La respuesta es que nada en absoluto. Ese es el problema. El hecho de que una economía esté creciendo no dice nada de lo que está sucediendo en la distribución de la riqueza. Cierto, no podemos olvidar las lecciones del capítulo anterior, según la cuales las mejoras en la calidad y los avances tecnológicos podrían significar que nuestra situación es mejor de lo que pensamos.[136] Con todo, tener un teléfono móvil mejor o un anestésico más fuerte en el bolsillo puede constituir un consuelo pequeño para quien siente que se está quedando atrás en términos económicos. Aunque nuestros países se están haciendo más ricos y nuestras empresas más eficientes, no estamos creando más puestos de trabajo ni pagamos más a la gente. La mayor productividad se ha desvinculado de los sueldos y del empleo.[137] Y si la mayoría de la gente no percibe ningún beneficio, ¿para qué precisamente —y para quién precisamente— es este crecimiento?

SEGUNDA PARTE

# El crecimiento y el mundo en desarrollo

# 7
# ELEFANTES Y RUIBARBO

Un día de 2015 unos economistas que trabajaban en Kenia tuvieron una idea brillante. De las de verdad. Como sabían lo difícil que era obtener estadísticas económicas precisas en un país con recursos limitados, un amplio sector informal y una economía que abarcaba desde los urbanitas que conducían un Mercedes Benz a los hombres de la tribu masái que pastoreaban vacas, buscaron otra forma de medir la actividad. Su ocurrencia fue utilizar imágenes de satélite procedentes del espacio exterior para registrar la intensidad de las luces por la noche.

Su método era menos extraño de lo que parecía. En países pobres como India o Eritrea se da una estrecha correlación entre el tamaño de la economía, tal como se contabiliza de manera convencional, y los datos procedentes de satélites acerca de la intensidad de la luz. Cuando se representan en un gráfico, las irregularidades descendentes en la actividad económica, que pueden estar causadas por la sequía, la guerra o una recesión, están muy relacionadas con una bajada correspondiente en la intensidad de la luz. La idea se basa en la suposición de que casi todo el consumo nocturno requiere algún tipo de iluminación, lo que hace que el aumento de la intensidad lumínica sea un buen indicador del crecimiento. [138]

Las luces nocturnas captan tanto la actividad económica formal como la informal, lo cual supone una enorme ventaja en un lugar como Kenia. Los granjeros, vendedores ambulantes, comerciantes, nómadas, artesanos, mecánicos, timadores, jornaleros, camioneros y chapistas, que ayudan a que funcionen la mayoría de las economías africanas, trabajan en general al margen de la economía que paga impuestos y suelen hallarse fuera del alcance de los estadísticos nacionales. Uno de los principios básicos de

nuestras economías es que aquello a lo que no se le puede asignar un valor en dólares no existe, pero lo que hace que África funcione es en gran parte invisible a nivel económico.

El método de la iluminación nocturna se ha usado en India para comprender mejor su enorme economía informal, puesto que en un país con mil trescientos millones de personas, más del 90 por ciento de la población que trabaja lo hace fuera del sector formal. En teoría, se podría preguntar a las compañías eléctricas cuánta energía venden en cada distrito. Pero las imágenes de satélite proporcionan una descripción más precisa, puesto que las cifras oficiales no cuentan los pequeños sistemas que no dependen de la red y que están alimentados por energía solar o hidráulica. Las compañías eléctricas tampoco cuentan de forma adecuada la energía que se pierde debido a la ineficiencia de las redes o a que la roban las comunidades pobres proclives a pinchar la electricidad de los cables aéreos.

Los datos acerca de la intensidad lumínica tienen otra ventaja: brindan más información acerca de la actividad económica a nivel local que los datos convencionales. Dados el alto coste y las limitaciones prácticas de llevar a cabo encuestas detalladas, los países pobres confían en extrapolaciones nacionales recopiladas a partir de muestras pequeñas. Los satélites que proporcionan datos de intensidad lumínica, en cambio, crean un panorama más detallado. Los satélites dan catorce vueltas al día alrededor de la Tierra, registrando datos de cada kilómetro cuadrado, lo cual es bastante mejor de lo que podría conseguir un empleado de la Oficina Nacional de Estadística, carpeta en mano, yendo de pueblo en pueblo.

Un hallazgo sorprendente del estudio de la iluminación nocturna en Kenia tiene que ver con Nairobi, la capital, una ciudad de al menos tres millones de habitantes y un centro de actividad regional del este de África. Los datos de intensidad lumínica indicaron que Nairobi aportaba alrededor de un 13 por ciento de la economía nacional, una proporción bastante menor de la sugerida por las estadísticas convencionales de la renta nacional. Si las cifras de la iluminación nocturna son correctas, una enorme parte de la economía rural de Kenia se subestima un año tras otro.

En muchos países pobres, la calidad de los datos económicos es terriblemente mala. Aun así les damos mucha importancia. Los utilizamos para comparar el nivel de pobreza de los países, para decidir si sus políticas están funcionando, cuánta ayuda reciben o qué tipo de interés deben pagar

si piden dinero prestado. Sin embargo, una combinación de dificultades metodológicas y falta de capacidad institucional hace que muchas de las cifras de las que dependemos carezcan prácticamente de significado. Diferentes cálculos del PIB de África para el año 2000 recopilados por el Banco Mundial, la Universidad de Pensilvania y la Universidad de Groninga —tres de las fuentes de datos sobre la renta nacional más prestigiosas del mundo— revelan importantes incoherencias. Un cálculo, por ejemplo, clasificó a Liberia, país de África occidental, como el segundo más pobre del continente. Otro lo situaba veinte puestos más arriba.[139]

Un problema es que en la mayoría de los países africanos la llamada «economía sumergida» —gran parte de la cual, por definición, no se desarrolla a la vista— es muy grande. Se sabe tan poco de ella que las oficinas de estadística recurren a toda clase de tretas, indicadores y trucos contables para completar la información que falta. Muchos países no tienen los recursos necesarios. En Zambia, en 2010, la contabilidad nacional de todo el país fue recopilada por un único estadístico. «¿Qué ocurre si yo desaparezco?», preguntó lastimeramente el hombre.[140]

Zambia es un país bastante estable. ¿Qué diablos vamos a hacer entonces con las estadísticas recogidas en una nación como la República Democrática del Congo, el antiguo Zaire, con un territorio del tamaño de Europa occidental, habitada por ochenta millones de personas, asolada por años de guerra civil y donde no existe nada que se parezca a un Estado funcional? Incluso aunque en la capital, Kinsasa, hubiera una oficina de estadística operativa, la mayoría de las regiones del país son inaccesibles por carretera y a muchos lugares solo se puede llegar en barca o canoa. En Zimbabue, donde solo el 6 por ciento de la mano de obra está empleada formalmente, un miembro del Gobierno, el sobrino del veterano líder Robert Mugabe, me dijo durante la cena que medir la economía de Zimbabue era «como tratar de usar una cinta métrica para calcular cuánta Coca-Cola hay en este vaso».[141]

Incluso en países sin tantas dificultades, el método recomendado por el Sistema de Cuentas Nacionales de la ONU para calcular y verificar el PIB —utilizando los gastos, los ingresos y la producción— resulta casi imposible. Solo lo intentan unos pocos países africanos, uno de los cuales, casualmente, es Kenia. Muchos solo usan la producción. «Las estadísticas del PIB procedentes de países africanos son cálculos aproximados de la

producción agregada —dice Morten Jerven, un experto en el tema—. Otra forma de expresarlo es que no sabemos demasiado sobre los ingresos y el crecimiento en África.»[142]

Es una afirmación importante para un continente en el que viven mil millones de los siete mil millones de habitantes de la Tierra. Pretendemos que nuestras estadísticas económicas y nuestras comparaciones internacionales tengan una precisión que no está justificada por los hechos. Y si parte de lo que ocurre en África sucede también en otros países en desarrollo de Asia y Latinoamérica, entonces economías que incluyen a miles de millones de habitantes del mundo pueden estar produciendo cifras muy dudosas. Toda clase de decisiones, desde la ayuda a la inversión, se basan en estos números y de ellos se sacan toda clase de conclusiones acerca de qué políticas funcionan y cuáles no. Pero, en gran medida, estamos dando tumbos en la oscuridad. Kuznets pensaba que su método era inadecuado para medir economías pobres, donde gran parte de la actividad se lleva a cabo en el sector informal. Y, sin embargo, eso es precisamente lo que hacemos. Es una condena bastante irrefutable de nuestra capacidad para dar una imagen significativa del mundo.[143]

Terry Ryan es una especie de celebridad. Un periódico local describió al presidente de la Oficina Nacional de Estadística como un «icono del mundo económico de Kenia». Nacido y criado en el país, Ryan se queda desconcertado cuando los extranjeros ven su piel blanca y concluyen que no es africano. Criado en una granja en Nakuru, en el oeste de Kenia, donde trabajó brevemente como *shamba* —trabajador del campo—, estudió en dos de las mejores escuelas del país antes de continuar sus estudios en Australia, Irlanda y Estados Unidos, donde completó su educación con un doctorado en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. Dio clases de economía en la Universidad de Nairobi hasta 1983, momento en que se le ofreció formar parte del Gobierno keniata como director de planificación. Aunque está retirado de la función pública, continúa teniendo un papel influyente en la recopilación de las estadísticas nacionales de Kenia. El día que nos encontramos, en la primavera de 2006, estaba revisando las últimas cifras del PIB.

Ryan es un hombre alto, con extremidades largas y angulosas, una dicción impecable y el aire algo cómico del personaje de una novela de Dickens. Cuando fui a verlo a la última planta del banco central, una torre poco iluminada en el antiguo distrito financiero de Nairobi, sostenía un maltrecho maletín de cuero marrón que, se dice, contiene hojas de estadísticas que datan de la década de 1960 de las que, según todas las fuentes, rara vez se aleja. A sus ochenta y dos años es tremendamente agudo.

Ryan está orgulloso de las estadísticas de Kenia, que, según él, están entre las mejores de África. Kenia tiene un funcionariado competente y una economía bastante sofisticada, con cultivos comerciales, una industria floral, industria ligera y un sector turístico bien desarrollado. Para los estándares africanos, también es un país relativamente próspero, con una renta per cápita aproximada de tres mil doscientos dólares ajustada a precios locales.[144]

Kenia sigue al pie de la letra las pautas sobre la contabilidad nacional de Naciones Unidas, aunque Ryan califica las cifras de ingresos que recoge como «muy dudosas». A pesar de ajustarse a la metodología estándar, Ryan se esfuerza por señalar que las estadísticas económicas de Kenia no son de ningún modo comparables a las de, por ejemplo, Estados Unidos. «Estás midiendo elefantes y ruibarbo», dice, evocando una metáfora que hace que la comparación entre manzanas y peras parezca prosaica. Así, él ha adaptado la metodología «ruibarbo», diseñada por Simon Kuznets para medir la economía de Estados Unidos, a la realidad de una economía «elefante» como la de Kenia. «Es perfectamente apropiada para el mundo desarrollado —afirma—. Tiene todo el sentido para el mundo desarrollado, pero quizá no se traslada de manera eficiente al contexto de un país en desarrollo.»

Kenia es un país con alrededor de cuarenta y cinco millones de habitantes. Parte de su élite vive como los neoyorquinos, en apartamentos caros o casas espaciosas dentro de complejos cerrados, mientras otros habitan en chabolas de hojalata o chozas de barro, o son nómadas y recorren vastos espacios abiertos. Nairobi es una urbe moderna con rascacielos, grandes almacenes, bloques de oficinas, autopistas, enormes suburbios, clubes de jazz, restaurantes y uno de los centros tecnológicos más avanzados de África. Incluso aquí, entre el tráfico y el comercio, los

llamados «pastores urbanos» recorren a pie la ciudad con sus rebaños de vacas, que pastan junto a las autopistas de cuatro carriles o en el césped de las casas de los millonarios.[145] Fuera de Nairobi, en la tierra salvaje del hermoso paisaje de Kenia, existe otro mundo. «Todavía tenemos cazadores y recolectores —dice Ryan—. No muchos, pero ahí están.»

Entre la amalgama de etnias de Kenia se encuentran los masáis, una tribu guerrera de altos pastores de ganado que en el pasado ocuparon el gran valle del Rift, desde la actual Kenia central hasta el norte de Tanzania. Los masáis creen que todas las vacas del mundo les pertenecen, una convicción que los ha llevado a inevitables conflictos con otros pastores y agricultores asentados en la zona. Para ellos, el ganado lo es prácticamente todo. Un saludo en la lengua maa, de la cual los masáis toman su nombre, es: «Espero que tus vacas estén bien». Hay alrededor de ochocientos mil masáis en Kenia, casi el mismo número que turkana, un pueblo de pastores de camellos procedente del remoto noroeste.

El hecho es que gran parte de la sociedad keniata se encuentra fuera del marco teórico que Kuznets consideró para Estados Unidos. En ella se incluyen los muchos millones de agricultores sedentarios que practican una economía de subsistencia. Cuando tienen un buen año pueden producir un excedente, que intercambian por otros bienes o venden en el mercado local. En un mal año, se comen casi todo lo que producen. En cualquier caso, la mayor parte de su producción nunca aparece de manera oficial.

Ryan pone el ejemplo del maíz. Él estima que solo se vende y se compra la mitad del maíz producido en el país, de modo que la única forma de contar el que comen los agricultores de subsistencia es imputarle su valor. Es el mismo concepto que se usa para imputar el valor del alquiler que pagarían quienes al mismo tiempo son dueños e inquilinos que viven en sus casas. «Conozco el número de hogares y sé cuánto maíz come en realidad la gente», dice Ryan, puesto que las encuestas sobre hogares han establecido una aproximación de los hábitos alimentarios de los keniatas rurales. Así que, en líneas generales, tiene una idea correcta de cuánto maíz se cultiva y sirve para alimentar a los agricultores de subsistencia.

En teoría, se podría hacer lo mismo con cualquier tipo de producto de subsistencia menos obvio. Benjamin Muchiri, un alto cargo de la Oficina Nacional de Estadística, afirma que su departamento ha intentado realizar ejercicios teóricos para calcular el valor imputado de actividades no

mercantiles, como la potencia de tiro de los bueyes que trabajan los campos o el transporte que proporcionan los camellos. Por ejemplo, se podrían comparar los bueyes con tractores y los camellos con viajes en mototaxi, e incluso se podría contar el estiércol de vaca utilizado para revestir los muros de las chozas como material de construcción de producción propia.

La inclusión o exclusión de sectores de la economía informal puede suponer una gran diferencia. En 2009 se hizo un estudio sobre la leche, utilizando datos recogidos en el censo de población de aquel año. Este concluyó que las estadísticas de la renta nacional para 2009 subestimaban en unas veinte veces la contribución económica de este producto. También descubrió que la contribución total de la «ganadería de rumiantes» —que incluye vacas, cabras y camellos— era de casi dos mil millones de dólares más de lo que recogían las estadísticas oficiales, discrepancia a tener en cuenta en una economía que nominalmente vale solo treinta y siete mil millones de dólares.[146] Así, puso de relieve que el 80 por ciento de la carne de vacuno consumida en Kenia era producida por los pastores, incluyendo los masái, y que una quinta parte de ella atravesaba la frontera desde los países vecinos.

Además de proporcionar carne y leche a sus dueños, el ganado supone otros beneficios que los ejercicios contables normales no captan. Por ejemplo, los pastores usan sus vacas como avales que pueden ser «cobrados en efectivo» en caso de emergencia. De ese modo se ahorran los gastos de obtener un crédito rural, que tiene tipos de interés muy altos. Las vacas son cuentas bancarias andantes; literalmente, vacas en efectivo, y tienen otra ventaja más. Para consumir proteínas, los masáis se beben la sangre de su ganado, que sacan en pequeñas cantidades de la yugular, mezclada con leche. Tradicionalmente, los masáis no se dignan a plantar cultivos y viven por completo de su ganado. A menos que maten una vaca y la vendan a cambio de dinero, pueden pasarse toda una vida subsistiendo gracias a su rebaño, y de manera casi invisible para el PIB.

La dificultad de ponerle un precio en dólares a este tipo de economía rural no importaría tanto si esta no fuera tan grande. Oficialmente, la agricultura supone entre un 20 y un 26 por ciento de la economía de Kenia, dependiendo de la cosecha. Incluso ignorando los problemas de imputar un

valor a la agricultura de subsistencia, esta cifra subestima la importancia del sector económico. La razón es que el dinero que se gana en la Kenia rural se gasta muy rápido en cosas básicas y, por lo tanto, se mueve en la economía con lo que los economistas llaman «un efecto de alta velocidad» o multiplicador. «Si gasto cien mil chelines en el campo, consigo muchas cosas —dice Ryan—. Una gran proporción de eso generará más compras de pasta de dientes, más compras de vestidos, de peinados. Realmente, está en circulación. Crea trabajo, hace todo tipo de cosas.» En los países más pobres, en los que el éxito de una cosecha puede ser decisivo y el riego casi no existe, los expertos en meteorología, que pueden pronosticar las lluvias, hacen mejores predicciones económicas que los economistas.

Miles Morland, que durante años ha invertido en África con éxito, también critica la calidad de las estadísticas: «Podrías pensar que el hecho de que más del 80 por ciento de la población adulta tenga teléfono móvil en un país como Kenia, donde las ONG aseguran con solemnidad que “para la mitad de la población la renta nacional per cápita es menor de un dólar al día”, llevaría a que alguien con un cerebro operativo cuestionara las estadísticas y preguntara por qué la gente que de verdad no tiene dinero puede permitirse comprar tantos teléfonos móviles». Él llama a la economía oculta de África «kioscoeconomía», por los pequeños kioscos en los que se lleva a cabo multitud de transacciones fuera del radar del recaudador o el estadístico. «Cualquiera que no trabaje en una institución de Washington puede percibir que la renta per cápita en África debe ser muchísimo más alta de lo que indican las cifras del FMI», dice. Esto es importante, porque esas cifras, que nos tomamos tan en serio, «son el prisma a través del cual los economistas, políticos, banqueros y planificadores del mundo juzgan a los países en desarrollo».[147]

Ryan está de acuerdo en que las estadísticas oficiales subestiman de manera drástica el verdadero tamaño de la economía de Kenia. Según él, dichas estadísticas sugieren que el 72 por ciento de la población carece del dinero suficiente para comer bien, «de modo que el 72 por ciento de mi gente está muerta. Lo siento. Otra vez derrotado», dice, mientras levanta las manos en un gesto de fingida resignación ante la lógica de la economía estándar. Sin embargo, es evidente que los keniatas se las arreglan para seguir vivos sin importar lo que digan los datos.

Una explicación para ello es que las estructuras familiares y de parentesco implican que los salarios de quienes tienen un empleo formal se reparten más. Si en América del Norte y Europa las medias están distorsionadas porque unas pocas personas poseen mucho, en África, en general, es al contrario. Por supuesto, hay una gran desigualdad, pero normalmente la gente con trabajo mantiene a una familia muy amplia, de padres, tíos, hermanas, hermanos, gorrones y hasta cualquiera que pueda asegurar la más mínima relación. Ryan recuerda un incidente que se produjo cuando alguien entró en su oficina del Ministerio de Planificación para quejarse de que el coeficiente Gini —que mide la desigualdad— de Kenia era «desastroso». «Le dije: "Sí, es desastroso, pero no significa lo que tú crees que significa" —recuerda Ryan—. Dio la casualidad de que el viceministro del Ministerio de Planificación era exalumno mío. Lo conocía muy bien, así que dije: "Espera, espera, vayamos a la oficina de al lado". Entramos en el despacho del viceministro y le dije: "Perdona la interrupción. ¿A cuántas personas mantienes con tu salario?". Él lo pensó un momento y dijo: "Es probable que a unas cincuenta". Le dije: "Gracias". Y salimos de allí.»

La lección de Ryan es que no se pueden tomar los números al pie de la letra, ni siquiera cuando pretenden ser la explicación definitiva de una economía. «Tienes que interrogar a los datos —dice, empleando una frase que podría ser de Kuznets—. El PIB te cuenta cosas que merece la pena saber, pero no creas que ofrece respuestas para todo. Mira, en lo que estoy tratando de insistir es en que este número no es un número sin sentido. Pero debes entender cuál es su significado.»

Yemi Kale tenía dificultades para dormir. Escondía un oscuro secreto: los números flotaban en su mente. Estaba seguro de que eran correctos, pero eran controvertidos. Podían causar problemas. Pensó posponer su presentación y dejar que su sucesor solucionara el desagradable asunto. «Me sentía extremadamente incómodo —me dijo después— Estuve tentado de no publicarlos.»[148]

Kale (pronunciado Ka-lé) es estadístico. Para ser exactos, es el director de estadística de la Oficina Nacional de Estadística de Nigeria, el experto en números más importante de ese enorme país del oeste de África. Quizá se

pueda considerar que un trabajo con estadísticas, incluso uno con un título tan distinguido, debe de ser uno de los más aburridos del mundo, al mismo nivel que la contabilidad o el sexado de pollos. Pero no es así en África, donde calcular el tamaño de una economía representa algo plagado de riegos e incluso de peligro. Ha habido momentos en que Kale ha temido por su seguridad. En más de una ocasión ha recibido llamadas amenazantes de gobernadores estatales, enfurecidos por las revelaciones sobre los niveles de pobreza y desempleo de sus feudos. «Este trabajo es extremadamente controvertido. «Nuestro país no acepta demasiado bien la verdad, ya sea buena, mala o fea.»

A primera vista, el secreto guardado por Kale se encontraba en la categoría de «bueno». Según el estudio que había desarrollado durante tres años, la economía de Nigeria era un 89 por ciento mayor de lo que se pensaba con anterioridad. Cuando, una tarde de domingo de abril de 2014, por fin se armó de valor para anunciar los resultados, la información resultó electrizante. Conllevaba una gran importancia simbólica, puesto que significaba que Nigeria había dejado atrás a Sudáfrica y se había convertido en la mayor economía del continente.

Para un país que a menudo tiene un juicio exagerado de su propia importancia, esto no carecía de relevancia. Nigeria es, con mucho, la nación más habitada de África, con una población de cerca de ciento ochenta millones de personas. El país tiene petróleo, y tiene cierta actitud. Si escuchas a un nigeriano, puedes pensar fácilmente que Nigeria es rica, tal es el grado de ambición, motivación y espíritu empresarial que aquel demuestra de manera constante y ostentosa. De hecho, desde que Nigeria consiguió la independencia en 1960, sus ciudadanos nunca se han cansado de recordar a sus vecinos que el suyo es un «gran, gran país». Ahora, al fin, había una prueba de que sí era el más grande, al menos en África.

El descubrimiento suponía también una agradable sorpresa para muchos inversores globales, desde compañías cerveceras que buscaban un nuevo gran mercado hasta gestores de carteras que querían decidir dónde colocar el dinero de sus fondos de inversión. Los jefes de departamento de las multinacionales, que podían haber albergado la sospecha de que Nigeria tenía mayores rentas de lo que pensaban sus jefes, podrían ir a las juntas en Nueva York o Shangai con la prueba de que tenían razón.

«La revisión tendrá un impacto psicológico —dijo Ngozi Okonjo-Iweala, la mítica ministra de Economía y Finanzas de Nigeria en aquel momento—. Valida la tesis de la inversión.» El propósito de recalcular el PIB, se apresuró a señalar, no era «ser los más grandes». El objetivo principal era «medir la economía de manera apropiada». Pero, evidentemente, ser los más grandes supuso un agradable bonus.

Con todo, como bien sabía Kale, ser más ricos también suponía desventajas. De media, las cifras mostraban que la situación de los nigerianos era mucho mejor de lo que se había pensado antes. En realidad, esto fue una noticia para las decenas de millones de sus compatriotas que vivían en la miseria, sin trabajo, sin agua y sin electricidad en el mayor productor de petróleo del continente. En 2010, según la oficina de Kale, el 61 por ciento de los nigerianos vivía en la pobreza, definida como la subsistencia con menos de un dólar al día. De acuerdo con los encuestados de un sondeo, un asombroso 94 por ciento de los nigerianos se consideraba pobre, comparado con «solo» el 76 por ciento de seis años antes. «A pesar de que la economía nigeriana está creciendo, la proporción de nigerianos que vive en la pobreza aumenta cada año», se lamenta Kale.

Muchos nigerianos podían preguntarse legítimamente por qué todavía eran pobres en un país tan próspero, que ahora era casi el doble de rico de lo que antes se creía. Presumiblemente, la respuesta es que la élite Nigeria, famosa por dilapidar la riqueza del país, estaba robando incluso más de lo que se había pensado hasta la fecha. La verdad, como se dice que declaró Gloria Steinem, la activista por los derechos de las mujeres, «os hará libres. Pero antes os enfadará».

Kale es algo así como un predicador. A pesar de todas las dificultades asociadas a la definición y la medición de la economía, consideró que la búsqueda de unas estadísticas más precisas era una misión casi sagrada, parte del proceso de consolidación democrática llevado a cabo tras el final del gobierno militar en 1999. Había, dijo en unas declaraciones que preparó para que coincidiesen con la publicación de las nuevas cifras, «una mayor demanda de responsabilidad y de buen gobierno respaldado por evidencias». La gente estaba harta de que los líderes nigerianos robaran el patrimonio del país. Gran parte del beneficio derivado de la extracción de petróleo por bombeo de las aguas costeras de Nigeria y del delta pantanoso desaparecía sin dejar rastro. La elaboración de un escenario económico más

preciso, pensó Kale, ayudaría a que los nigerianos de a pie exigieran responsabilidades a su Gobierno.

Era importante darse cuenta, añadió, de que el crecimiento no podía equiparase al bienestar. «El hecho de que un país tenga un PIB nominal mayor que otro, en sí mismo, no implica que un país esté "más desarrollado" que otro —dijo—. El desarrollo abarca un grupo de medidas sobre el progreso humano más amplio que el PIB, que es exclusivamente una medida de la producción económica.» Subrayó que tanto la desigualdad como el desempleo son males sociales que no aparecen en las estadísticas de la renta nacional. El crecimiento económico, según explicó, no servía de mucho si los ingresos que se generaban eran captados por una pequeña élite y no se utilizaban para crear puestos de trabajo y oportunidades para la mayoría de los nigerianos.

También a nivel internacional, ser más rico tuvo ventajas y desventajas. Por el lado positivo, si la economía era casi un 90 por ciento mayor, entonces Nigeria estaba menos endeudada de lo que se pensaba. Es tal la fijación con el PIB, que casi todos los números se miden en función de él. El PIB es el denominador en las ratios más importantes sobre políticas públicas. Por ejemplo, el endeudamiento de un país normalmente se expresa como deuda/PIB. Si el PIB aumenta, entonces la deuda disminuye. ¡Ajá! Eso significaba que, al menos en teoría, Nigeria podía pedir prestado más dinero en el extranjero y además pagar menos, puesto que los intereses se establecen en función del riesgo percibido. Y si Nigeria estaba menos endeudada, entonces suponía menos riesgos.

Y sin embargo, los países como Nigeria no siempre quieren que se perciba que su situación es mejor. Incluso uno tan grande e importante como China no se siente cómodo con las estadísticas económicas que sugieren que le va muy bien. Durante meses, Pekín luchó intensamente entre bastidores para evitar la presentación en 2014 de unos datos, recopilados bajo los auspicios del Banco Mundial, que mostraban que China adelantaba a Estados Unidos como la economía más grande del mundo medida en precios locales.[149] Durante mucho tiempo, el Partido Comunista había seguido el dictado de Deng Xiaoping respecto de que China debía esconder su prodigioso crecimiento «ocultando su luz» y esperando su momento. Ahí estaban los entrometidos economistas del Banco Mundial, nada menos, revelando secretos.

Kale se había dado cuenta tres años antes de cuán delicado que era el asunto que estaba tratando. En 2011, cuando contactaron con él por primera vez para que supervisase el nuevo cálculo de la renta nacional de Nigeria, sabía que tendría que resolver los aspectos prácticos de llevar a cabo el ejercicio, con mucho cuidado, en un país tan complicado y en rápido crecimiento. Ahí es donde las cosas pueden empezar a desmoronarse, como dice el título de una novela del escritor nigeriano Chinua Achebe. Las estadísticas son tan buenas como la calidad de los datos recopilados. Incluso en países ricos con grandes presupuestos, funciones públicas eficientes y un largo historial de recolección de datos, conseguir cifras precisas no es fácil. No puedes saberlo todo acerca de la actividad económica de cada empresa, hogar o individuo. Lo único que puedes hacer es recoger una muestra y verificar los resultados con tantos datos reales como sea posible. En un país como Nigeria, que dispone de menos dinero para gastar y menos series de datos existentes con los que trabajar, estos problemas se intensifican mucho.

Para empezar, es difícil conocer algo tan básico como el número exacto de habitantes del país. En Nigeria, los censos de población son aún más controvertidos que los sondeos del PIB. La razón es que la población de un estado o región es determinante, y establece desde su influencia política hasta su derecho a las transferencias de impuestos del Gobierno federal. Nigeria es una nación joven cuyas fronteras fueron establecidas por los imperialistas británicos, que crearon un país principalmente musulmán en el norte y principalmente cristiano en el sur. En 1967 casi se dividió cuando en el este los igbos declararon la independencia de la República de Biafra, desencadenando una guerra civil en la que varios millones de civiles murieron de hambre. De modo que saber cuánta gente vive en una región es, como poco, controvertido.

También hay dificultades prácticas. Los británicos solían contar solo la población de Lagos, que entonces era la capital. Uno de los primeros censos nacionales fue interrumpido por una plaga de langostas en el norte, y por unos disturbios debidos a los impuestos en el sureste.[150] La mayoría de los demógrafos nunca se ha fiado de las cifras de población de Nigeria, ni del total ni del desglose por regiones o etnias. Sin embargo, si no sabes cuánta gente hay no puedes calcular con precisión el tamaño de la economía, ya que ello requiere aumentar en proporción el resultado de las

encuestas. «No utilizo el censo: las cifras no tienen sentido», dice claramente Kale.[151]

Kale tuvo otros quebraderos de cabeza. Nigeria es un país enorme. Algunos lugares remotos solo son accesibles después de días de viaje en coche, moto o incluso canoa. No siempre se puede confiar en que la gente contratada para dispersarse por el país y recopilar datos lleve a cabo su ardua tarea, pues hay antecedentes de parte del personal que se ha inventado los números desde la comodidad de su propia casa. Kale utilizó el seguimiento mediante GPS para asegurarse de que sus trabajadores estaban donde decían, e hizo llamadas al azar a los encuestados para verificar que de verdad habían sido entrevistados.

Una vez, según cuenta, envió a seis de sus tres mil recolectores de datos a un lugar remoto de Ekiti, un estado en el sudoeste del país. «Llegaron al pueblo en moto y sacaron sus dispositivos y sus iPad. Los aldeanos no estaban habituados a ver aquello —seis personas con abrigos y botas lustrosos recuerda—. Los rodearon, los llevaron ante su jefe y amenazaron con matarlos. Tuvimos que llamar rápidamente al jefe local para intervenir.» Por lo que sabemos, Kuznets nunca tuvo que lidiar con estas situaciones.

Kale tuvo que ser creativo con las preguntas de las encuestas. Por ejemplo, cuando se interrogaba a la gente acerca de lo que ganaba, esta declaraba con frecuencia una cantidad por debajo de la real porque desconfiaba de las autoridades fiscales. Sin embargo, les preguntabas cuánto gastaban y, orgullosos, a menudo daban una explicación más extensa de su capacidad de compra. En las encuestas, dice Kale, es importante hacer bien la pregunta.

También hubo problemas importantes con otros datos. Kale tenía que confiar en cifras procedentes de la notoriamente corrupta industria petrolera y de las autoridades portuarias en relación con la cantidad de petróleo producido y el volumen de las mercancías enviadas. Siempre existía la sospecha de que las cifras oficiales subestimaban la cantidad real, lo que creaba la oportunidad de quedarse con los beneficios en origen. La economía informal era tan grande e imposible de conocer, según Kale, que incluso después del aumento del 89 por ciento, sospechaba que todavía la estaba subestimando. Técnicamente, a Kale se le pidió que llevara a cabo lo que las contabilidades nacionales consideran «un cambio de base». Cuando

los países calculan su renta nacional lo hacen en relación con un año base, que sirve como punto de referencia. La razón para hacerlo así es que es necesario tener en cuenta la evolución de los precios. Imaginemos que los nigerianos producen cien millones de sacos de arroz en el año base. (Las cifras son ficticias y, sin duda, muy poco probables.) Al año siguiente producen ciento diez millones de sacos. Así es fácil comparar un año con otro, ya que el incremento es del 10 por ciento. En cambio, si se tienen en cuenta los precios, hay que hacer ajustes para obtener una medida adecuada de la inflación. Es mucho más fácil —y estadísticamente más claro— comparar volúmenes.

Hasta aquí todo bien. El problema reside en que el año base pronto se queda desfasado. Las economías cambian de naturaleza. Algunas industrias crecen, otras decaen o desaparecen. Quizá los nigerianos ya no cultivan arroz y se han pasado al sorgo. Gran parte de la industria textil del país ha quedado arruinada por las importaciones baratas de China. La Comisión de Estadística de la ONU recomienda cambiar el año base cada cinco años, pero en África la escasez de recursos hace que puedan pasar décadas antes de que las oficinas de estadística se decidan a realizar esta ardua, y cara, tarea. Esa es otra razón por la que muchas de las estadísticas que proceden de la ONU son muy imprecisas. Cuando Liberia calcula la inflación utiliza un conjunto de elementos reunidos hace décadas. Me gusta imaginar a los estadísticos liberianos buscando en los mercados para poder calcular los precios actuales de los pantalones vaqueros de campana y los discos de vinilo.[152]

En el caso de Nigeria, el año base era 1990. En 2014, cuando la Oficina Nacional de Estadística presentó sus nuevos números, habían ocurrido muchas cosas. Los teléfonos móviles eran un buen ejemplo. En 1990 casi no existían esos dispositivos en el país. En cambio, Nigeria tenía unas trescientas mil líneas fijas, quizá cien mil de ellas en condiciones operativas. Tampoco había una guía telefónica fiable; este reportero recuerda haber tenido que mandar un conductor por el caótico tráfico de Lagos a casa de alguien para obtener su número de teléfono. En 2010 la situación se había transformado: había ochenta millones de usuarios de teléfono móvil, pero como las estadísticas nacionales hacían referencia a 1990, cuando la telefonía representaba una pequeña fracción de la economía, este tremendo crecimiento era completamente invisible.

Además, la economía de Nigeria había cambiado en otros sentidos. Ahora contaba con una floreciente industria cinematográfica, apodada Nollywood, que producía cientos de películas al año que nadie se tomaba la molestia de contabilizar. Películas como *Último vuelo a Abuya* habían conseguido una apasionada audiencia, no solo en Nigeria, sino en toda África y la diáspora africana, aunque para quienes compilaban las estadísticas estatales, que dependían del año base de 1990, Nollywood no existía. La banca también había crecido de manera exponencial gracias a la tecnología, aumentando la riqueza entre ciertas capas de la sociedad y las entradas de dinero extranjero en la economía petrolífera de Nigeria. De nuevo, esto no quedaba reflejado en el peso que se daba a las actividades bancarias en el año base de 1990.

Cuando finalmente la oficina de Kale presentó sus nuevas estadísticas de la renta nacional, usando 2010 como año base, estas mostraron que la estructura de la economía de Nigeria había cambiado de manera radical. La nueva Nigeria se había diversificado de manera drástica. El porcentaje de la economía debido al petróleo y al gas, que se suponía que eran los pilares económicos del país, se había reducido a más de la mitad, de un 32,4 a un 14,4 por ciento del PIB. La agricultura era relativamente más importante y solo las telecomunicaciones suponían un 8,6 por ciento de la producción, frente al 0,8 por ciento de 1990. Incluso Nollywood, con sus bajos costes de producción y los grandes problemas de piratería, representaba, según se dijo, un 1,4 por ciento de la actividad económica. Lo que había sido confuso estaba ahora algo más definido.

Aun así, cuando comparamos en serio el tamaño de las economías y las condiciones de vida en diferentes países, debemos recordar lo que dice Terry Ryan: en gran parte es ruibarbo.

# 8
## EL ARTE DE CRECER

Tenía veinte años cuando viajé por primera vez a India. Recuerdo que se abrió la puerta del avión y bajé la desvencijada escalera rodeado de un aire tan caliente que parecía vapor de agua. Eran las tres de la madrugada y fuera del aeropuerto me percaté de la presencia y el suave ronquido de cientos de personas sin casa que dormían al aire libre. Como no tenían un lugar mejor al que ir, habían decidido montar su cama en el exterior del aeropuerto internacional de Delhi.

Corría el año 1985 e India era un país extraordinariamente pobre. Según el Banco Mundial, su renta per cápita era de alrededor de trescientos dólares; la esperanza de vida, de cincuenta y seis años. La pobreza más abyecta era visible en todas partes, con pandillas de niños descalzos que deambulaban por las calles y mendigos que movían con garbo sus deformidades al paso de los transeúntes. La enfermedad, la malnutrición y la indigencia se percibían a simple vista en las ciudades, los pueblos y las aldeas.

En la actualidad, India es todavía muy pobre, pero es otro país. Su renta per cápita se ha multiplicado por cinco, hasta más de mil quinientos dólares —o unos seis mil si se ajusta a los precios locales— y la esperanza de vida ha aumentado más de una década y alcanza los sesenta y ocho años.[153] La mortalidad infantil se ha reducido casi dos tercios, pasando de uno de cada diez nacidos vivos en 1985 a treinta y siete por mil en la actualidad.[154] Aunque la pobreza sigue siendo endémica e India continúa impactando, los elementos de la vida moderna están por todas partes: coches, motos, pasos elevados, teléfonos móviles, supermercados, edificios altos, centros de atención telefónica, ritmo, energía. A pesar de su letanía de humillaciones e injusticias diarias, India parece un país que, como dijo un

escritor, está «convirtiéndose» —aunque todavía no está claro en qué se está convirtiendo—.[155]

Es importante afirmar algo de forma inequívoca. El crecimiento —y con esto me refiero también al crecimiento bruto medido imperfectamente por el PIB— tiene el poder de transformar la vida de la gente pobre. El economista Ha-Joon Chang recuerda lo que era crecer en Corea del Sur en la década de 1960. En 1963, dos años antes de que él naciera, la renta per cápita era de 82 dólares, mientras que en Ghana, un país del oeste de África productor de cacao y recién independizado del que se pensaba tenía un gran potencial, era de 179 dólares. Chang recuerda que en Seúl, la capital de Corea de Sur, la tierra era rojiza y se habían talado todos los árboles para hacer leña. En aquel momento, Corea del Norte, que era relativamente rica en recursos, era considerada la parte opulenta de la península. Ahora la capital de Corea del Sur es una ciudad próspera con un ritmo frenético, omnipresentes neones y una calle tras otra de tiendas elegantes, restaurantes y clubes nocturnos. Gente de todo el mundo usa móviles surcoreanos y conduce coches surcoreanos. Desde 1960, lo que se conoce como «el milagro del río Han» ha conseguido que Corea del Sur haya pasado de ser un país bastante más pobre que Ghana a uno tan rico como la mayor parte de los europeos. En la actualidad, la renta per cápita de Corea del Sur se acerca a los treinta mil dólares. El país se ha convertido en una de las democracias más atrevidas de Asia, que en 2017 tuvo la confianza suficiente para recusar a un presidente por abusar de su cargo.

Es cierto que la Corea del Sur moderna tiene problemas, muchos de ellos asociados al estrés de las sociedades avanzadas. Los índices de suicidios son altos. La presión social para superarse y hacerse rico es intensa. Muchos jóvenes superan un sistema educativo opresivo con una retahíla de calificaciones, aunque con pocas perspectivas de encontrar un trabajo satisfactorio o el estatus que desean. Pero es importante no idealizar la pobreza. Ahora los surcoreanos tienen muchísimas más oportunidades que las que nunca tuvieron sus abuelos de vivir la vida que elijan. Colectivamente, les ha ido mucho mejor que a los ghaneses, la mayoría de los cuales sigue siendo demasiado pobre para construir su propio destino. En 2017, los surcoreanos superaban más de ocho veces en riqueza a sus homólogos ghaneses por una razón: el milagro del crecimiento compuesto.[156]

Este libro ha argumentado que el crecimiento no es tan maravilloso como pensamos; a menudo no significa lo que crees. Pero si eres pobre, el crecimiento económico puede resultar transformador. El crecimiento rápido puede aliviar la pobreza al generar puestos de trabajo —construir carreteras, levantar bloques de oficinas y ocuparse de los centros de atención telefónica — y proporcionar al Gobierno ingresos fiscales que puede usar para redistribuir la riqueza y edificar las estructuras físicas e institucionales necesarias para un mayor y mejor crecimiento.[157] Por supuesto que puede crear otros problemas, como atraer a la gente del campo a los suburbios o congestionar las carreteras con vehículos que emiten gases contaminantes producto de la combustión del diésel. Pero a menos que creas en el paraíso rural, en los países muy pobres el crecimiento constituye la materia prima a partir de la cual se pueden crear vidas mejores.

Aunque parece una afirmación obvia, durante décadas la idea de que India debía priorizar el crecimiento no fue ni mucho menos algo comúnmente aceptado. Mahatma Gandhi, el líder del movimiento de independencia contra el colonialismo británico, albergaba una idea romántica de la vida en las aldeas indias. Estos puntos de vista influyeron en el pensamiento posterior a la independencia, al introducir en el discurso nacional la idea de que existía algo casi noble en la pobreza. Jawaharlal Nehru, que fue primer ministro indio y una destacada figura intelectual, estaba mucho más a favor del desarrollo y la modernización que Gandhi, pero tenía una fuerte tendencia socialista y distributiva. El problema era que había muy poco que distribuir.[158] Influida por la Unión Soviética, durante el gobierno de Nehru, India se convirtió en un Estado proteccionista y con una planificación centralizada. Sus líderes trataron de desarrollar una industria pesada y bloquearon la importación de muchos bienes de consumo en un esfuerzo por estimular la producción local, una política de construcción nacional que tuvo la involuntaria consecuencia de producir bienes de mala calidad —y con sobreprecio— para todos.

Los líderes indios casi recelaban del crecimiento, temiendo que si algunas personas se beneficiaban primero, eso podría llevar a cierto malestar social. En 1972, la primera ministra Indira Gandhi, hija de Nehru, arremetió contra lo que denominaba «el arte de crecer». Prestar «toda la atención a la maximización del PIB puede ser peligroso —dijo en un

discurso—, puesto que los resultados casi siempre son malestar social y político».[159]

Si la política de India consistía en evitar el crecimiento excesivo, estaba funcionando de maravilla. El país se quedó estancado en lo que se conoció con sorna como «la tasa de crecimiento hindú». En los cuarenta años posteriores a la independencia de 1947, el crecimiento anual del PIB se situó en torno al 3,5 por ciento. No suena tan mal, hasta que te das cuenta de que la población estaba creciendo a un ritmo de alrededor del 2 por ciento. Lo que importa es la renta per cápita. Y en esos términos, India crecía apenas por encima del 1 por ciento, lo que no era en absoluto suficiente para reducir su miseria. No hubo milagro en el Ganges.

A finales de la década de 1980, la economía de India pasaba de una crisis a otra y las reservas de divisas extranjeras se redujeron a casi nada. Al encontrarse entre la espada y la pared, el Gobierno finalmente aceptó llevar a cabo una reforma económica. En 1991, se otorgaron poderes a Manmohan Singh, el ministro de Economía, para implementar una radical serie de medidas: redujo los aranceles de importación, rebajó mucho los impuestos, eliminó las barreras a la inversión extranjera y, más importante aún, desmanteló lo que se conocía como la «licencia Raj», un exasperante sistema burocrático de permisos, licencias y regulaciones que controlaba la industria y que, de hecho, generó un capitalismo de amiguetes que limitó las oportunidades de ganar dinero a un reducido grupo de personas. Durante la década de 1990 el crecimiento empezó a recuperarse, aumentando de manera continua hasta por encima del 7 por ciento, una tasa con la que una economía dobla su tamaño cada década. Los sucesivos gobiernos introdujeron políticas para profundizar en las reformas, abriendo más áreas de la economía a las fuerzas del mercado y la inversión extranjera. En 2016, India competía con China por ser la gran economía de crecimiento rápido del mundo.[160]

En un discurso de 2010 al Lok Sabha, la Cámara Baja del Parlamento de India, Jagdish Bhagwati, un conocido y provocador economista indio de mirada traviesa, alabó el impacto del crecimiento en la vida de los indios corrientes, alrededor de doscientos millones de los cuales, dijo, habían salido de la pobreza. Los arquitectos de la reforma liberal, sostuvo, nunca

tuvieron la intención de crear crecimiento por el crecimiento en sí. Más bien, el crecimiento se veía como un facilitador, un medio para atacar la pobreza. Negó que esas políticas tuvieran algo que ver con la desacreditada economía de goteo popularizada por Ronald Reagan, con su agresiva reducción fiscal para los ricos. Más bien, dijo al Parlamento, el crecimiento era «una estrategia para sacar a los pobres de la miseria a través del empleo remunerado, no un fin en sí mismo».

La postura de Bhagwati difería de la de otro notable economista indio, Amartya Sen, que recibió en 1998 el Premio Nobel de Economía, y que en la década de 1950 coincidió con Bhagwati en Cambridge. (Manmohan Singh, el arquitecto de las reformas indias, también estudió Economía en Cambridge en la misma época.) Sen ha criticado el «fundamentalismo del mercado» y ha hecho hincapié en lo que llama «capacidades sociales», un término que se refiere a la libertad y la capacidad del individuo para conseguir cosas: desde lo básico, como el acceso a la comida, la educación y la sanidad, hasta lo más ambicioso, como expresar opiniones políticas, participar en el proceso democrático o elegir cómo vivir la propia vida sin prejuicios raciales o de género.

Cuando tenía unos diez años, el joven Sen jugaba en el jardín familiar en Daca, que ahora es la capital de Bangladés pero entonces, antes de la partición, era una ciudad india.[161] De pronto, entró en el jardín un hombre gritando y con un cuchillo clavado en la espalda. Eran los tiempos más violentos entre las comunidades hindú y musulmana. El hombre acuchillado, un obrero llamado Kader Mia, había ido a trabajar a un vecindario predominantemente hindú y los matones locales le habían tendido una trampa. Un joven y traumatizado Sen le dio agua y su padre llevó al hombre herido al hospital a toda prisa. Durante el camino, Kader Mia explicó que su mujer le había insistido en que no fuera a la zona hindú en esos momentos tan revueltos, pero que no tenía opción puesto que necesitaba lo poco que podía ganar como jornalero para comprar comida para su familia. «La condena por su falta de libertad económica», escribe Sen, «resultó ser la muerte, que ocurrió más tarde en el hospital.» Para el chico que se convertiría en un Nobel de Economía, el incidente concretó el vínculo existente entre pobreza y falta de libertad.

Según Sen, el propósito del desarrollo, un concepto que demasiado a menudo se reduce burdamente a una estadística económica, es «ampliar las

libertades reales que la gente disfruta».[162] El crecimiento económico, escribe, puede proporcionar a los individuos los recursos necesarios para escapar de las «faltas de libertad», la ausencia de opciones para definir la dirección de la propia vida. Si esto ocurre, argumenta Sen, esta ampliación de la libertad de las personas, por ejemplo asegurando que tengan acceso a derechos básicos como la sanidad y la alfabetización, también es buena para el crecimiento. Pero en los escritos de Sen, la libertad —la de quienes carecen de ella— debe ser considerada un requisito para el desarrollo, no un requisito previo para el crecimiento.

Las posturas de Bhagwati y de Sen pueden ser vistas como las caras de una moneda: uno argumenta que el crecimiento puede aliviar la pobreza; el otro, que la pobreza limita la libertad. Sin embargo, la aparente compatibilidad de sus argumentos no ha impedido entre ellos una agria, cuando no violenta, enemistad. Después del discurso de Bhagwati al Parlamento, Sen dijo a *The Financial Times* que el Gobierno de India era «estúpido» por dar prioridad a un crecimiento de dos dígitos cuando decenas de millones de indios estaban desnutridos.[163]

Bhagwati, que se burla de Sen llamándolo la «madre Teresa de la economía», lo acusa de ser de los últimos en considerar las virtudes del crecimiento y de mostrarse contrario a unas reformas necesarias en favor del crecimiento. «En India, una redistribución significativa no podría haber precedido al crecimiento, puesto que había muy pocos ricos y demasiados pobres», escribió. Si quieres repartir un pastel de manera equitativa, primero tienes que tener un pastel. Sen, escribe Bhagwati en un estilo generalmente ofensivo, «pone el carro antes que el caballo; ¡y el carro es una tartana destartalada!».

La discusión entre los dos economistas enemistados se intensificó durante la campaña electoral de 2013. Esta enfrentaba a Rahul Gandhi, vástago de la dinastía Nerhu-Gandhi, que ha dominado la política india desde la independencia, y a Narendra Modi, un candidato ajeno a los círculos de poder tradicionales e hijo de un vendedor de té. Modi había sido el polémico gobernador de la provincia de Guyarat, alabado por algunos por su estilo práctico y favorable a los negocios, y criticado por otros por no haber hecho nada, supuestamente, durante la masacre de ochocientos musulmanes en 2002. Modi era una figura que generaba posturas extremas,

y Bhagwati y Sen ya estaban bastante polarizados. Bhagwati apoyó a Modi; Sen, no.

Sen se hallaba entre las muchas personas que se preguntaban para qué servía ese crecimiento en India. Se sentía horrorizado por la persistente miseria de la gente más pobre, incluida lo que para él era una desnutrición generalizada,[164] y por los excesos de los ricos. Los indios ricos son conocidos por su extraordinaria y llamativa capacidad de consumo: un magnate minero indio invitó a cincuenta mil personas a la boda de su hija, celebrada en un castillo de falso estilo Tudor en Bangalore, que costó ochenta millones de dólares.[165] El país se jactaba de tener un creciente número de milmillonarios, algunos de los cuales no hacían gala precisamente de conciencia social. En Bombay, una ciudad en la que millones de personas viven en suburbios miserables, Mukesh Ambani, el hombre más rico de India, se construyó una casa de veintisiete plantas, un «palacio vertical» que, según se cree, costó mil millones de dólares. Sen puso de ejemplo Bangladés, un país más pobre que India pero en el que, afirmó, los pobres (en especial las mujeres) disfrutan de mayor esperanza de vida, de mejores índices de vacunación y de mayor control de la natalidad que sus equivalentes indios.[166] En otras palabras, argumentó Sen, Bangladés había conseguido un mayor desarrollo con un PIB menor.

Bhagwati discute las hipótesis de Sen y, en cambio, destaca lo que considera que son cifras de reducción de la pobreza y avances en los indicadores sociales conseguidos por el crecimiento indio. El crecimiento, dice, «es una condición necesaria, no una condición suficiente. Cuanto más PIB tienes, dispones de mayor capacidad —si la intención es buena— para permitírtelo».

La disputa intelectual entre estos dos hombres puede parecer baladí. En esencia, Bhagwati asegura que necesitas crecimiento para generar fondos y así gastar en sanidad y educación, mientras que Sen afirma que son imprescindibles una sanidad y una educación decentes para crear las condiciones necesarias para el crecimiento. Su desacuerdo tiene más que ver con el orden en que ocurren las cosas que con el resultado que se quiere obtener.

En el tribunal de la Academia su discusión prosigue, pero en el tribunal de la opinión pública el veredicto fue algo más claro. Narendra Modi obtuvo una victoria aplastante. Seguí de cerca las elecciones y visité India

varias veces durante 2014, el año en que se desarrolló la historia. Un par de semanas antes de la votación, cuando la victoria de Modi ya parecía segura, escribí que la caída del Partido del Congreso, que llevaba tantos años gobernando, se debía a no reconocer lo mucho que India había cambiado. Quince años de crecimiento no habían obrado milagros, pero habían reducido el número de personas que eran pobres hasta la desesperación, lo cual había reducido su dependencia de la política patricia del Congreso.

«La mayoría de los indios», escribí, «ya no están satisfechos con los programas laborales y la donación de alimentos en los que el Congreso se ha ido especializando cada vez más. Muchos han vislumbrado una vida mejor. Ahora quieren trabajos y oportunidades. Incluso aquellos que todavía no se han abierto camino hasta el peldaño inferior de la escala aspiracional han visto cómo es gracias a los canales de televisión por satélite, que emiten imágenes de la vida de la clase media hasta en los rincones más ignaros del país.»[167]

Muchos indios han pasado de ser lo que un economista denominó la «clase demandante» a una clase aspiracional.[168] La élite de India no ha sabido entender los cambios que han supuesto quince años de crecimiento. Fue Modi quien vio lo atractivo y transformador que podía llegar a ser el crecimiento económico.

Poco antes de su muerte, en febrero de 2017, hablé con el académico sueco Hans Rosling sobre el tema del crecimiento en los países pobres. Rosling era algo excepcional, un estadístico convertido en estrella.[169] Experto en las charlas TED —en las que usaba gráficos dinámicos de burbujas para presentar los datos, que señalaba con una mano de goma pegada al extremo de un largo palo—, Rosling se definía como un «artista de la educación». A pesar de que no estaba de acuerdo con el término, también era un optimista.[170] Creía que los países pobres estaban cerrando de manera gradual la brecha con los países occidentales, una tendencia que resultaba más perceptible en los datos referentes a salud básica, como la mortalidad infantil. Estos eran indicadores adelantados, señales de que los países habían empezado el camino hacia el desarrollo y de que, con el tiempo, harían la transición de lo que él llamaba bombillas a lavadoras. Rosling

pensaba, como yo, que esta convergencia de las condiciones de vida globales era algo que había que celebrar de manera incondicional.

Nuestra hora de conversación empezó con una defensa del crecimiento. «Aquí estás ahora, hablando con un profesor de salud global de un departamento de ciencia de la salud pública de Suecia; Suecia, el país del mundo al que más le gustan los impuestos», dijo, haciendo una pausa para lograr un efecto cómico y exagerando casi deliberadamente su cantarín acento sueco. «Y yo digo: "Me encanta el dinero. Me encanta el PIB". Porque para mí el PIB nunca ha sido una medida de los resultados; siempre ha sido una medida de los ingresos. "Esto es lo que tienes, y ahora puedes hacer algo con ello."»

El crecimiento no es un fin en sí mismo. Pero si se gestiona de manera sensata puede ser la varita mágica que mejora la vida de la gente. «Hace varios años hice un estudio en el que comparábamos el PIB per cápita con la supervivencia infantil. Y el PIB per cápita explica el 80 por ciento de la supervivencia infantil en los países del mundo.»[171] En otras palabras, se da una correlación bastante evidente entre unos mayores ingresos y una salud mejor, en este caso medida como el índice de supervivencia infantil. Pero la correlación no lo explica todo, ni resuelve la discusión sobre si se produce primero el crecimiento o la población más sana.

Las cifras de Rosling también muestran que en el 20 por ciento de los casos las medidas políticas pueden equivocarse. Angola, en el sur de África, es el ejemplo de un país que creció de manera espectacularmente rápida durante los primeros quince años de este siglo, antes de que los precios del petróleo se desplomasen. Sin embargo, durante ese tiempo no logró traducir un crecimiento de dos dígitos en una vida mejor para la mayoría de su gente. En gran medida, esto se debió a que la mayor parte de la riqueza fue a parar a un pequeño grupo vinculado al gobierno de José Eduardo dos Santos, quien dirigió el país durante treinta y siete años, hasta que al final dejó el cargo en 2017. Ese año, a pesar del crecimiento, Angola tuvo un índice de mortalidad infantil de 98 por mil y una esperanza de vida de cincuenta y tres años, lo que la situaba cerca de la parte inferior de todas las clasificaciones, así como en una posición mucho peor que países nominalmente más pobres.

En parte, la razón del fracaso de Angola —además de las malas políticas y de una distribución pésima— se debe a que su historia de crecimiento es

muy reciente. Traducir el crecimiento económico en bienestar lleva tiempo. (Esto implica que, a veces, el crecimiento puede preceder a las mejoras en la salud, como sostiene Bhagwati.) «No se puede comprar salud en el supermercado. Observa Kuwait, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos. Tienen el dinero, pero les llevó veinticinco años convertirlo en bienestar social y salud.» Con todo, la correlación entre salud y crecimiento económico se mantiene bastante firme. «No hay país en el mundo con más de veinte mil dólares per cápita que tenga una mortalidad infantil alta, y no hay país en el mundo que tenga menos de mil dólares per cápita que tenga una mortalidad infantil baja. Así que no existen ni el infierno capitalista ni el paraíso comunista.»[172]

Los grandes avances en salud ocurren cuando un país pasa de un estatus de ingreso mediano bajo, como India e Indonesia, a un estatus de ingreso mediano alto, como China. El cambio sucede cuando la renta nominal se sitúa alrededor de los cuatro mil dólares.[173] El salto importante se produce cuando pasas de ser India a ser China. Pero, en cuestión de salud, pasar de ser China a ser Europa o Norteamérica no supone una gran diferencia. Otra manera de decirlo es que los grandes progresos en salud se pueden conseguir con niveles de renta bastante bajos, de alrededor de cuatro mil dólares per cápita. Después, los retornos en salud empiezan a disminuir. Gracias a los avances en medicina básica, que incluyen las vacunas y los antibióticos, una mejor salud está disponible a un coste menor. En la actualidad, los vietnamitas tienen más o menos el mismo nivel económico que los estadounidenses en la década de 1880, pero tienen la misma esperanza de vida que los estadounidenses en la década de 1980. En términos de salud, Vietnam se ha ahorrado un periodo de cien años.[174]

Rosling también tenía algo que decir sobre la desigualdad. En un país pobre, el despegue viene acompañado de manera inevitable por una desigualdad creciente, puesto que no todo el mundo puede escapar de la pobreza al mismo tiempo. Él utilizaba el ejemplo de Etiopía, un país de cien millones de habitantes que había crecido con rapidez y traducido ese crecimiento en mejoras en la salud. «Lo están haciendo a la vez. Pero cuando divides la sociedad en quintiles, observas que hay diferentes partes de Etiopía haciendo cosas diferentes.» Por ejemplo, en Etiopía, en general, las mujeres están teniendo muchos menos hijos, 4,6 en 2015 comparados con siete en la década de 1990.[175] Pero eso oculta enormes diferencias.

En lugares remotos del país, las mujeres todavía tienen muchos hijos, mientras que en Adís Abeba, la capital, que crece con rapidez, el índice de fertilidad ha caído por debajo de dos y es menor que en Londres.

Entonces, si Rosling tiene razón, priorizar la igualdad en los países pobres, en particular durante las primeras etapas de crecimiento, quizá no sea siempre acertado. «África no puede reducir la desigualdad entre la población en la próxima década. Tiene que continuar avanzando, y los africanos y africanas con un alto nivel educativo deben conseguir incluso mejores servicios de salud y educación, y después los demás deben seguirlos», dijo. A largo plazo, necesitas políticas para reducir la brecha y redistribuir parte de la riqueza creada. Si no, te arriesgas a que se produzcan fricciones sociales o algo peor. «Pero la diferencia entre los más desfavorecidos y los más privilegiados no tiene que disminuir hasta que hayan pasado una o dos décadas.» Deng Xiaoping sostuvo lo mismo. Como es bien sabido, el hombre que puso a China en el camino hacia el crecimiento transformador también alteró los principios igualitarios del comunismo con su máxima «Dejemos que algunos se hagan ricos primero».

El crecimiento y las mejoras sociales puede reforzarse entre sí. «Es mutuo. Mayor cantidad de dinero conlleva un mayor bienestar social, y un mayor bienestar social supone más dinero si desarrollas tus políticas de manera inteligente», dijo Rosling. Propuso una receta para convertir el crecimiento en desarrollo. «Haces que tus instituciones vayan mejorando. Mantienes la paz entre los diferentes grupos étnicos y regiones. Inviertes en la gente con dinero público, en escuelas y salud básica, en el control de enfermedades infecciosas. Y pones impuestos al tabaco. Y luego dejas que el sector privado se desarrolle. Y si haces eso con inteligencia, entonces despegarás, como hemos visto hacer a Corea del Sur, como hemos visto que muchos son capaces de hacer.»

¿El crecimiento viene siempre seguido, automáticamente, por mejoras básicas en la salud y la educación? «Nunca de manera automática, nunca», respondió. Cuba era el ejemplo de un país que, debido a lo que él denominó una «economía estúpida», no logró transformar sus excelentes indicadores sociales en crecimiento. «Una vez di una conferencia en el Ministerio de Salud Pública de La Habana. Fui invitado porque soy políticamente neutral. Y después de mi discurso el ministro de Educación dijo: “Este profesor muestra que los cubanos son los más sanos de entre los pobres”. Y todo el

mundo aplaudió», dijo Rosling, riéndose entre dientes de la falsa lógica del ministro. «A la salida, un joven estadístico, muy valiente y brillante, me susurró al oído: “No somos los más sanos de entre los pobres”, dijo. “Somos los más pobres de entre los sanos.”»

# 9
## PODER NEGRO, PODER VERDE

Lo llamaron el «airepocalipsis». En noviembre de 2015, una asfixiante nube de polución venenosa cayó sobre Pekín, la capital china, con veintidós millones de habitantes. Gran parte llegó desde las provincias vecinas de Hebei y Shanxi, donde las fábricas que queman carbón y las centrales térmicas del mismo mineral ayudaban a impulsar el milagro económico de China. En diciembre, cuando los líderes mundiales se reunían a un continente de distancia, en París, para los encuentros sobre el clima, los internautas de Pekín se rebelaron.

El Gobierno chino actuó, emitiendo por primera vez en su historia una alerta roja por contaminación del aire. Implicó el cierre de tres mil doscientas escuelas y la advertencia de que los niños permanecieran dentro de casa. Se prohibió la circulación de vehículos privados en días alternos, según el número de matrícula, sacando de golpe de la circulación dos millones y medio de coches. Cuando los conductores se arriesgaban a salir ponían las luces delanteras para entrar en la negrura. La plaza de Tiananmén estaba sumida en la oscuridad. Un aire espeso y sulfuroso se cernía sobre el espacio de reunión público más grande del mundo y rodeaba el retrato gigante de Mao Zedong y los antiguos muros de la Ciudad Prohibida. Hasta los edificios más grandes, incluido el enmarañado exterior de acero del estadio «Nido de pájaro», construido para los Juegos Olímpicos de verano de 2008, apenas eran visibles en el inmundo aire. Se prohibieron las barbacoas, así como los fuegos artificiales, una de las aficiones favoritas de los chinos. Se cerraron las fábricas y la construcción paró.

Sin embargo, muchos residentes de Pekín siguieron con su vida, realizando ejercicios aeróbicos en los parques fantasmales al ritmo de la atronadora música o desafiando la oscuridad para caminar fatigosamente

hasta el trabajo. Un periodista extranjero, después de presenciar una pequeña escena de desafío, o locura, escribió en Twitter un improvisado «haiku de Pekín»,[176]

*Un hombre en un banco, en alerta roja por esmog,*
*se quita la máscara*
*para dar una calada a un cigarrillo*

He tenido muchas experiencias con el peligroso aire de Pekín. Aunque es una ciudad encantadora en las raras ocasiones en que su cielo es una nítida esfera azul, los días en los que el aire se vuelve repugnante, la antigua capital de China se convierte en una visión infernal. En el aire cargado de sustancias químicas, la piel escuece. Los ojos lloran. Los pulmones expulsan flemas y polvo. En Pekín, en un mal día, el índice de la calidad del aire supera los doscientos puntos. Lo sabemos porque la embajada estadounidense empezó a hacer mediciones en su azotea y a poner los resultados en las redes sociales, en un intento de avergonzar a las autoridades chinas. Según los estándares de Estados Unidos, si el índice de la calidad del aire supera los cincuenta puntos, se alcanza el límite superior de seguridad, aunque los residentes en Pekín consideran reconfortante cualquier cosa por debajo de cien. Un tuit típico de la embajada, este del martes 25 de febrero de 2014, fue: «440. Peligroso. Alerta sanitaria: todo el mundo puede sufrir efectos perjudiciales para la salud; por favor, evítese el ejercicio físico y las actividades en el exterior». En una ocasión, un funcionario estadounidense describió una medición por encima de quinientos como «insoportable». Durante lo peor del airepocalipsis, se superaron los mil puntos.

En China, las sustancias contaminantes del aire incluyen sulfatos, ozono, carbono negro, arena del desierto, mercurio y lluvia ácida. Las partículas de hollín mezcladas con carbono que producen los coches, los fogones de cocina y las fábricas tienen un diámetro menor de 2,5 micrómetros, de modo que penetran con profundidad en el tejido pulmonar haciendo que sea más fácil absorber otras toxinas. Esto puede causar asma, bronquitis, dificultades para respirar y enfermedades respiratorias crónicas. *The Lancet* estimó que en 2010 la contaminación del aire en China contribuyó a la

muerte prematura de 1,2 millones de personas, el 40 por ciento de quienes mueren por causas similares en el mundo.[177]

Desde el punto de vista de la salud, los datos que se transmiten desde la azotea de la embajada estadounidense son más importantes que el nivel de crecimiento, un número con el que el Gobierno chino —y en gran medida los chinos— ha estado obsesionado durante años. Pero hasta hace poco, la información sobre las partículas se suprimía por sistema.

En 2017, todos en China, del presidente Xi Jinping hacia abajo, se habían vuelto ya más conscientes con respecto al medio ambiente. Pero incluso entonces las antiguas obsesiones eran difíciles de abandonar. Ese año, muchos espectadores expresaron una profunda admiración por el personaje de un exitoso programa de televisión, *En el nombre del pueblo*, una serie de cincuenta y cinco episodios también conocida como la *House of Cards* china. Uno de los personajes, Li Dakang, el jefe del partido local, muestra una devoción incondicional por el crecimiento económico. «No hay nada malo en acabar con la vieja China —dice Li, explicando por qué el país debe seguir adelante con el desarrollo a pesar de las protestas públicas—. No habrá una nueva sin destruir la vieja.»

Según *The New York Times*, Li «a veces descuida los efectos negativos de la búsqueda precipitada del crecimiento. Quiere proteger el medio ambiente, pero es su obsesión con el producto interior bruto lo que le ha granjeado una gran admiración entre los espectadores e inspirado memes en internet». En uno de ellos se lee: «No bajes la cabeza. Si lo haces el PIB caerá».[178]

Seis meses antes del airepocalipsis, en un húmedo día de abril de 2015, salgo en taxi por las congestionadas calles de Pekín. El cielo es un velo gris y uniforme que se extiende sobre la ciudad, aunque, para los lamentables estándares de la capital, el aire es bueno. Nuestro maltrecho coche traquetea por la segunda circunvalación (ahora hay siete) y pasa el templo lama, un lugar de culto tibetano que en el siglo XVII empezó siendo la residencia de los eunucos de la corte. Nos dirigimos hacia la periferia de la inmensa ciudad, donde los rascacielos futuristas dan paso a una arquitectura menos

imponente, y llegamos a un edificio con un aplacado color arena ocupado por la Academia China de las Ciencias.

He ido a ver a Niu Wenyuan, un hombre menudo de setenta y tantos años que me acompaña a su despacho; sonríe y asiente con la cabeza de modo alentador a todo lo que digo durante nuestro encuentro de noventa minutos. El rostro de Niu, como el de muchos chinos de su generación, muestra una sólida dignidad. Es un renombrado economista, asesor del Consejo de Estado (el Consejo de Ministros de China) y ganador en 2011 de un premio del Gobierno chino por su trabajo en la protección medioambiental y el crecimiento sostenible. Es también el inventor del «PIB verde» de China.

En el despacho hay varias fotos de Niu con líderes chinos, entre ellos Hu Jintao y Wen Jiabao, los antiguos presidente y primer ministro, respectivamente, que gobernaron el país la década anterior a que Xi Jinping llegara al cargo en 2013. Cuando dice algo importante, Niu hace aspavientos con las manos de manera extravagante. Cuando termina una idea, cruza los brazos y sonríe con benevolencia. Durante nuestra charla bebe té aromático de un sencillo termo plateado, que su secretaria rellena cada cierto tiempo con agua muy caliente.

Calcular la producción económica, me dice con un generoso eufemismo, es «interesante y complicado». Oficialmente, China empezó a medir el PIB en 1992, dice. Antes de esa fecha, había usado el sistema soviético de contabilidad nacional conocido como «producto material neto». Ese método, que reflejaba el énfasis de la Unión Soviética en la industria pesada, apenas contabilizaba los servicios, que eran considerados más o menos irrelevantes. Fue en el séptimo plan quinquenal de China, 1986-1990, cuando el Partido Comunista, que menos en el nombre había abandonado el comunismo varios años antes, alteró la metodología. Quería que sus medidas de rendimiento económico y las del mundo no comunista fueran compatibles.

Desde aquellos días, China ha adoptado el PIB con la pasión de un converso. Para el Partido Comunista, mantener año tras año un rápido crecimiento económico se ha convertido en su principal fuente de legitimidad. Un poema que un padre recita a su hijo, y después a su nieto, en *Vivir,* la película de Zhang Yimou, que se ambienta en la transición china de la servidumbre al comunismo y al capitalismo de Estado, resume la idea de progreso material:

*Nuestra familia es como un pequeño pollo.*
*Cuando crezca se convertirá en un ganso,*
*que se convertirá en una oveja.*
*La oveja se convertirá en buey*
*y después del buey llegará el comunismo*
*y habrá empanadillas y carne todos los días.*

El Partido Comunista ha justificado su poder omnímodo amparándose en una trayectoria que ha proporcionado una abundancia cada vez mayor a gente de campo hasta entonces desesperadamente pobre. Para los miembros del partido, el progreso en las filas comunistas ha estado determinado —como en el caso del ficticio Li Dakang— por su habilidad para conseguir crecimiento económico a nivel local. Durante años, antes de la reciente desaceleración, afirmar que nunca se debía permitir que el crecimiento cayera por debajo del 8 por ciento por temor a que se desatara una furiosa protesta social, era un acto de fe. En la carrera por el poder supremo, solo aquellos miembros del partido cuyas provincias se desarrollaban lo suficientemente rápido podían esperar escalar a los niveles más altos del Partido Comunista.

Niu es escéptico con el crecimiento a cualquier coste. Pero, como muchos librepensadores en su país, ha aprendido a formular sus observaciones en un lenguaje que no desafíe de manera abierta la doctrina del Partido Comunista. No rechaza el crecimiento, sino que lo alaba. «El PIB es un instrumento muy importante para medir la riqueza de una nación. Hasta ahora, no hay un método alternativo que compita con él —afirma sonriente—. Como sabe, se ha dicho que el PIB es uno de los grandes inventos del siglo XX. Aunque el método actual para medirlo tiene defectos, aún no se ha inventado una mejor manera de hacerlo.»

Cuando en 1986 China empezó a estudiar el Sistema de Contabilidad Nacional de Naciones Unidas, reconstruyó sus cuentas de la renta nacional desde 1952, tres años después de que los comunistas llegaran al poder, en 1949. Durante casi un cuarto de siglo, Mao Zedong, el padre fundador de la República Popular, lideró un ruinoso experimento de colectivización y potencial despegue económico. El Gran Salto Adelante de Mao (1958-1962) fue una catástrofe emblemática, aunque hoy sigue en gran parte

silenciada. Con el fin de ponerse al nivel de los países industrializados, Mao ordenó la colectivización de la agricultura para formar unidades supuestamente más eficientes, así como el establecimiento de unos pequeños hornos de fundición en los patios traseros para producir acero a partir de ollas y sartenes, aunque resultaron inútiles. Si bien las cosechas disminuyeron como resultado del desacertado experimento, los gobiernos locales mentían en su declaración para cumplir con los objetivos impuestos por el Gobierno central. Entregaban los supuestos excedentes y China continuó exportando grano para conseguir divisas extranjeras. Disponiendo de unas mediciones tan rudimentarias, muchos planificadores centrales no sabían lo que estaba pasando en realidad. Intentar conseguir la industrialización a cualquier precio tuvo como resultado una hambruna generalizada que le costó la vida a cuarenta y seis millones de personas. [179]

Los datos históricos, calculados según la nueva métrica del crecimiento, mostraron que el desempeño de China durante los años del comunismo fue muy errático, con un crecimiento superior al 10 por ciento en algunos años, seguido de periodos de catastrófica recesión. En 1961, en el momento cumbre del Gran Salto Adelante de Mao, la economía se redujo un increíble 27 por ciento. Sin embargo, desde principios de la década de 1990, momento en que las nuevas prácticas de contabilidad fueron adoptadas por completo, la situación cambió. Con una coherencia que a veces se ha puesto en duda, China registró un crecimiento aproximado del 10 por ciento casi todos los años entre 1992 y 2010.[180] En el proceso, dio el salto de una economía campesina y pobre a una potencia moderna.

Los resultados fueron extraordinarios. En 1979, la renta per cápita era de 272 miserables dólares. Ese fue el año en que Deng Xiaoping adoptó políticas guiadas por el mercado, permitió a los granjeros vender sus excedentes y estableció zonas de producción de libre comercio para atraer la inversión extranjera. En 2015, la renta per cápita se había disparado hasta los ocho mil dólares, lo que condujo cómodamente a China al estatus de país con ingreso medio. Gracias a su inmensa población, también se estaba convirtiendo en una potencia a tener en cuenta en el escenario mundial. En el año 2000 su economía superó a la de Italia, uno de los países del llamado «Grupo de los siete». En 2005 adelantó a Francia, en 2006 a Reino Unido, en 2007 a Alemania y en 2010 —en su momento más dulce— sustituyó a

Japón, su irreconciliable rival, como la segunda mayor economía del mundo. Solo Estados Unidos sigue representando un obstáculo. El aumento del gasto militar fue a la par de esta nueva riqueza.

Sin embargo, este crecimiento supuso un coste, dice Niu, poniéndose más serio. Como en los días del Gran Salto Adelante de Mao, se pagó un alto precio —vidas destrozadas, aire y ríos envenenados y explotación insostenible de los recursos naturales— que el Partido Comunista chino no pudo o no quiso reconocer. La gente sabía que tenía que haber una forma de medir más adecuada, explica, una que registrara tanto los aspectos positivos como los negativos de ese crecimiento explosivo. Así que él se puso a inventar uno.

«Mi equipo de investigación y yo fuimos los primeros en publicar un artículo que proponía el concepto de "PIB verde".» El PIB convencional solo puede contabilizar cosas que intercambias en el mercado, explica. No puede medir «las fuerzas que se pueden usar para mantener la estabilidad ni las fuerzas de la moralidad», añade, en lo que parece una versión de la famosa declaración de Robert Kennedy sobre que el PIB lo mide todo, «excepto lo que hace que la vida merezca la pena».

«El método que usamos es bastante básico —reconoce sobre su medida alternativa—. Tomamos la cifra del PIB actual y eliminamos aquello que creemos que está equivocado o mal calculado. Y de esta manera llegamos a algo que se parece más al PIB real.»

Niu dice que hay tres elementos en su método. El primero parte de suponer que no debes «sobreexplotar» el medio ambiente. Si necesitas «un montón de carbón y cien unidades de electricidad», pero utilizas tres montones de carbón y trescientas unidades de electricidad, entonces la parte «desperdiciada» de ese proceso no debería contabilizarse. La parte sobrante debería ser «eliminada».

El segundo tiene que ver con generar crecimiento «por error». «Le pondré un ejemplo —propone, con un brillo en los ojos—. En determinado condado hay un secretario del partido llamado Zhang. Él decide que tienes que excavar este campo. Durante ese proceso de excavación creas PIB. Luego llega Li, el secretario del partido, y dice: "No deberías estar excavando ese campo. Por favor, llena el agujero".» Niu mueve la cabeza afligido, como si este tipo de desacuerdos entre el camarada Zhang y el camarada Li fueran demasiado comunes, y parece que a una escala mayor.

«Esta clase de errores de gestión puede evitarse. No deberían ser contabilizados», dice.

A propósito, antes de burlarnos de los chinos por cavar agujeros, luego rellenarlos y llamar a eso actividad económica, deberíamos reconocer que en Occidente no somos inmunes a este tipo de juegos estadísticos. Mi ejemplo favorito es sacar el oro de la tierra para después almacenarlo en un banco. En palabras de un famoso economista, «Los hombres extraen oro de las entrañas de la tierra para devolverlo de nuevo a la tierra, pero en las cámaras de Fort Knox».[181]

El número tres de la lista de Niu es lo que él llama el «coste para la sociedad». Si las relaciones sociales son cordiales y los niveles de delitos y protestas sociales son bajos, argumenta, no necesitas mucho dinero para mantener el orden. «Si hay un índice mayor de desorden necesitas una fuerza policial mayor para mantener la paz —dice, sonando como si fuera un Simon Kuznets chino—. Eso también crea PIB, pero no se debería contabilizar, porque es innecesario. ¿Es ese el tipo de crecimiento que queremos?»

La propuesta de Niu para el PIB verde fue diseñada para contabilizar lo que los economistas llaman «externalidades». Las externalidades negativas son los efectos secundarios no registrados de la producción económica. Por ejemplo, una fábrica que produce acero o plástico puede estar causando graves daños a los ríos y al aire al verter residuos químicos tóxicos o emitir partículas de polvo. Aunque genera productos y beneficios —debidamente registrados como actividad económica—, la gente experimenta un empeoramiento de su salud y una subida de impuestos para pagar la descontaminación. Estos son los costes invisibles que el productor puede descargar de manera discreta en la sociedad. Las medidas de crecimiento convencionales no solo son incapaces de registrar estos costes como algo negativo, sino que demasiado a menudo los apuntan como positivos: dragar un río contaminado, tratar pacientes de cáncer y dar a las víctimas que mueren prematuramente un buen funeral, todo cuenta como actividad económica. Un comentarista describe nuestra medida del crecimiento como una «lavandería estadística» que hace que los males sociales desaparezcan de forma mágica.[182] También hay externalidades positivas, los beneficios no medidos de una actividad o un recurso. Crear un espacio verde en una ciudad puede parecer un lastre para la economía —piensa en la planta

siderúrgica que podrías construir en su lugar—, pero un parque supone unos beneficios económicos invisibles en forma de ocio, alivio del estrés y bienestar mental que es probable que ahorren dinero en atención sanitaria.

El objetivo del nuevo método de Niu era exponer los costes ocultos de las externalidades negativas. Pero su propuesta, modesta y algo ecléctica, resultó muy subversiva para un Estado de partido único cuya *raison d'être* era maximizar el crecimiento. China no solo estaba haciendo un daño incalculable al medio ambiente, su sistema político también estaba causando costes sociales ocultos. Por ejemplo, uno de los motores del crecimiento de China ha sido convertir la tierra agrícola en suelo industrial, que tiene una capacidad productiva mayor. Los funcionarios de las municipalidades locales, que intentan cumplir los objetivos de crecimiento establecidos por el Gobierno central —y, de paso, enriquecerse—, han convertido esto en un arte. Echan a los campesinos de las tierras por la fuerza, proporcionándoles una compensación inadecuada, o ninguna. Luego venden las tierras a la industria o a los promotores inmobiliarios y, de golpe, surgen de la nada el dinero y el crecimiento.

Gran parte del desarrollo de China —de hecho, la transformación de cualquier economía preindustrial en una moderna— resulta de convertir una cosa en otra: jóvenes agricultoras en trabajadoras de fábricas, carbón que se encuentra en el suelo en energía y contaminación, y tierras comunales en propiedades privadas. A menudo el crecimiento es el acto de monetizar lo que ya existía. Como en todas partes, hay costes ocultos: la destrucción del medio ambiente, la desarticulación social, la desigualdad y, en el caso de China, la espiral de deuda —el 250 por ciento del PIB en 2017— necesaria para mantener en marcha el proceso.[183] Esto no es una crítica al modelo de crecimiento chino, en particular, ni pretende indicar que estos cambalaches no merezcan la pena. Quizá sean el precio del progreso. El problema de nuestra obsesión con el crecimiento es que no contamos lo negativo. Pero no lo puedes llamar compensación si solo mides una parte de la ecuación.

Para Niu reprimir a tu propio pueblo no es algo positivo que se deba tener en cuenta en el crecimiento, sino más bien un elemento negativo que se debe eliminar. De manera similar, contar un agujero excavado por error —léase costosas e inútiles presas, carreteras a ninguna parte y plantas siderúrgicas innecesarias— es poner lo que debería ser negativo en el lado

positivo de la contabilidad. Y es una equivocación, dice, contabilizar la destrucción medioambiental como crecimiento cuando las generaciones futuras tendrán que pagar para solucionarlo. «Si cometes errores, el PIB que creas no es real».

«En 2006 quisimos publicar el PIB verde, pero no tuvimos éxito —le contó Niu a otro entrevistador en una ocasión—.La presión política fue una de las razones; los funcionarios de los gobiernos locales pensaron que el PIB verde perjudicaría sus perspectivas de promoción. La otra fue que era demasiado complicado y el público no lo entendió.»[184] Sin inmutarse, cinco años después volvió a intentarlo con el índice de calidad del PIB, una versión simplificada del original. Los líderes provinciales siguieron sin estar de acuerdo y el índice de Niu se ha quedado más como un ejercicio académico que como una guía para las políticas oficiales.

Con todo, el pequeño equipo de Niu ha obtenido cifras del índice de crecimiento «real» de China modificadas por los residuos, la destrucción medioambiental y la falta de armonía social. Son números controvertidos, inapropiados y más o menos secretos. «Tenemos un cálculo aproximado, pero no lo hacemos público», dice de manera enigmática. Cuando se le presiona, reconoce que, según sus cálculos, «alrededor de un tercio del PIB declarado de China no es real».

«No deberíamos adorar al PIB y no deberíamos abandonar el PIB —dijo en otra ocasión—. Nuestro objetivo es tener un PIB que consuma menos recursos naturales, que sea menos perjudicial para el medio ambiente y cuya gestión social tenga un coste menor. Queremos un PIB racional y sincero.»[185]

Niu es un idealista. Busca algo que ningún economista —quizá ningún científico social— ha descubierto todavía: cómo cuantificar lo que él llama una «mentalidad verde». Su objetivo último, afirma, el cual parece un poco ingenuo y que desentona en una China que se moderniza de manera frenética, es descubrir «el corazón verde de la gente». Solo entonces, dice, «cuando la gente sea más sabia, el PIB podrá ser verde».

En marzo de 2013, cuando se despertaron los habitantes de Shangai, encontraron miles de cadáveres de cerdo flotando en un río suburbano. Pocos años antes, cuando China se preparaba para acoger los Juegos

Olímpicos de verano de 2008, un alga misteriosa empezó a extenderse por la costa —como la protagonista de una película de terror—, amenazando las actividades náuticas en Qingdao, una ciudad portuaria. Cuando las autoridades comenzaron a controlar la situación las algas ya se habían extendido varios cientos de kilómetros hacia el este, por el litoral. Los medios estatales minimizaron el suceso y citaron a científicos que decían que el brote era un fenómeno natural. Los ecologistas chinos se permitieron disentir y echaron la culpa a los contaminantes industriales y a la cría de peces. «El ecosistema natural del océano ha sido destruido, por lo que pueden producirse sucesos extraños como este», dijo Wen Bo, coordinador de la Red para salvar los mares de China.[186]

Dos quintas partes del agua fluvial de China no es potable, y una sexta parte está tan contaminada que no puede tener uso alguno. Se ha provocado la extinción del *baiji*, o diosa del Yangtsé, una de las cuatro especies de delfín exclusivamente de agua dulce, poniendo fin a sus veinte millones de años en la Tierra. Aunque la contaminación del aire ha acaparado casi todos los titulares, la erosión del suelo es igual de catastrófica.[187] Se considera que el suelo ocupa unos pocos centímetros —unas decenas en el mejor de los casos— de la superficie terrestre. Cuando se erosiona por un exceso de cultivos es arrastrado por el viento o acaba en ríos y océanos, y solo puede ser regenerado con el paso del tiempo geológico. Según una estimación, el suelo chino se está erosionando de treinta a cuarenta veces más rápido de lo que puede ser restablecido de forma natural. En China también se encuentran dispersos los «pueblos del cáncer», como Xinglong en la provincia de Yunnan, donde una planta química local ha arrojado miles de toneladas de residuos de cromo, un conocido agente cancerígeno, en las colinas cercanas y el río.

Para ser justos —algo que no siempre es la gente que escribe acerca de los impactos negativos de la expansión económica— el crecimiento de China conlleva también muchos beneficios. La contaminación del aire puede causar hasta 1,2 millones de muertes prematuras al año, pero es igual de cierto que el notable progreso económico de China ha contribuido a que se produzca un salto en la esperanza de vida, que se ha más que duplicado, desde los treinta y cinco años en 1949 hasta actuales setenta y cinco. Eso gana terreno a la mayoría de países y refleja una mejora radical en las

condiciones de vida de gran parte de la población, al proporcionar mejores alimentos, mejores hospitales y mejores viviendas.

Si el crecimiento de China amenaza o no al planeta —así como su propia sostenibilidad— es solo una conjetura. Desde Thomas Malthus, un clérigo y erudito que en 1798 escribió su famoso *Ensayo sobre el principio de la población*, la gente ha pronosticado que la Tierra está alcanzando sus límites naturales. Malthus pensaba que el crecimiento de la población siempre sería mayor que las mejoras en la producción agrícola, lo que garantizaba que las condiciones de vida se estancarían y con el tiempo se produciría una catástrofe. Malthus ha sido ridiculizado muchas veces. Como un analista de bolsa que predijera eternamente un crac, su fantasma ha tenido que ver cómo el mundo ha seguido avanzando hacia el territorio del mercado alcista.[188] Es cierto que ha habido hambrunas, guerras y plagas, pero la población humana ha crecido de manera exponencial y, a pesar de toda la pobreza que aún queda, se ha hecho muchísimo más rica.

Uno de los patrones del crecimiento industrial ha sido que, en las primeras etapas del desarrollo, los países contaminan. Luego, a medida que se vuelven más ricos y avanzados a nivel tecnológico, se hacen más limpios. Un ejemplo es Londres, que hasta 1952 sufrió días de contaminación con densas nieblas. En ocasiones, el aire estaba tan sucio que las carreras de galgos de White City se cancelaban porque los perros no podían ver la liebre mecánica que se suponía debían perseguir.

Londres en 1952 parecía Pekín en 2015. Sin embargo, algunos creen que la industrialización de China puede representar un golpe decisivo para el planeta. La razón es la escala de este país. Otros, a medida que se han enriquecido, han conseguido desplazar las industrias más contaminantes a países más pobres, como en un juego de pasar la pelota. Gran parte de la contaminación vinculada a la fabricación de bienes estadounidenses y europeos se ha externalizado a China. Cuando al fin China sea lo suficientemente rica, ¿será capaz de pasarle la pelota a otro, por ejemplo, a África? ¿O ahora esta pelota colectiva de producción global es demasiado grande para endosársela a alguien? Según se reduce la brecha de riqueza con Estados Unidos, ¿pueden las emisiones de $CO_2$ de China, por sí solas, conducir a un aumento insostenible de la temperatura y desencadenar cambios catastróficos en los patrones climáticos globales? Si China no es capaz de repetir la trampa que hicieron otras naciones cuando ascendían en

la escala industrial, Malthus podría haberse adelantado un par de cientos de años en su predicción.

Por supuesto, China puede ser más limpia si aplica tecnología, pasa de la industria a los servicios y repara de forma gradual parte del daño realizado. Pero para eso primero tendrá que reconocer el problema. En cierto sentido, ya está ocurriendo. En 2015 Chai Jing, una experiodista del canal estatal Televisión Central de China, subió a internet un documental realizado y financiado por ella misma. Su título era *Bajo la cúpula* y trataba de la catástrofe medioambiental en la provincia minera de carbón de Shanxi. En el momento más conmovedor de la película, Chai le pregunta a una niña de seis años si alguna vez ha visto las estrellas. Ella responde que no.

La reacción del público fue de las que te dejan sin respiración (perdón por el juego de palabras). Aunque los censores chinos la eliminaron con mucha rapidez, fue descargada más de 150 millones de veces. Sin embargo, el entonces ministro de Protección Medioambiental alabó el documental y lo comparó favorablemente con *Primavera silenciosa*, un libro de Rachel Carson publicado en 1962 que atacaba la industria química y al que se le atribuye la vitalidad del movimiento medioambiental moderno. Incluso en 2014, antes de que saliera la película, el primer ministro chino, Li Keqiang, había declarado la «guerra a la contaminación» y llamado al esmog «la alerta roja de la naturaleza contra un modelo de desarrollo ineficiente y ciego».

Debemos ser cautelosos ante la retórica de los líderes chinos. Pero también tenemos que reconocer que las cosas han cambiado mucho. Como sostiene un reportero, Pekín «se ha convertido en un gigante de la energía verde, tras designar a las renovables como una industria estratégica. China atesora más de un tercio de la capacidad de energía eólica del mundo; un cuarto de su energía solar; seis de los diez fabricantes más importantes de paneles solares; cuatro de los diez principales fabricantes de aerogeneradores y más ventas de coches eléctricos de batería en el último año que las del resto del mundo juntas».[189]

El cambio de Pekín a las energías renovables —incluida la nuclear— se ve dificultado por el hecho de que al país aún le queda mucho por hacer si quiere igualar las condiciones de vida occidentales. Eso implicará años de rápido crecimiento, aunque los líderes de Pekín hayan ido reduciendo de manera gradual las expectativas de lo posible, desde las cifras de dos dígitos

de hace unos años a menos del 7 por ciento. Y a pesar de que la proporción de energía obtenida a partir de combustibles no fósiles está aumentando, los niveles absolutos de energías contaminantes continúan creciendo. En 2016 un funcionario chino dijo que, solo en los próximos cinco años, la generación de energía a partir del carbón podía incrementarse en una quinta parte.[190]

Algunas de las mejoras que está llevando a cabo China, entre ellas la de la calidad del aire, implican pasarse la pelota a escala doméstica. En los tres primeros meses de 2016, en Pekín, la concentración media de PM2,5 (partículas finas) era inferior al 28 por ciento y, año tras año, refleja el resultado de una serie de medidas coordinadas. El aire de Shangai ha mejorado un 12 por ciento, según datos recogidos por Greenpeace. Pero mientras las centrales de carbón cerraban en el norte de la provincia de Hebei, vecina de Pekín, se construían otras en las provincias del centro y el oeste, donde las regulaciones son más laxas. De las ciudades evaluadas allí, noventa y una presentaron un aumento de la contaminación del aire.[191]

Aun así, un estudio de 2016 llevado a cabo por la London School of Economics reveló que las emisiones de carbono chinas llegarían a su máximo en 2025 e incluso podrían haberlo hecho ya. Mantenía que las proyecciones eran demasiado pesimistas porque la economía de China ya estaba haciendo el cambio de la industria pesada a una tecnología y unos servicios menos intensivos en carbono. Xie Zhenhua, el principal negociador climático de China, dijo que las emisiones de $CO_2$ de su país aún no habían llegado al máximo y que seguían aumentando, debido a la construcción y a la propiedad de vehículos que implicaba la urbanización. Pero, según dijo, deberían estabilizarse pronto gracias al cambio en las políticas chinas. «En realidad, nuestras emisiones de $CO_2$ todavía están creciendo, pero estamos haciendo grandes esfuerzos.»[192]

Las cosas también empezaron a cambiar políticamente. El PIB verde de Niu comenzaba a entenderse. En 2015, el Ministerio de Protección Medioambiental sugirió de nuevo que la actuación de los funcionarios provinciales fuera juzgada, en parte, por sus avances en la mejora del medio ambiente. En 2014, más de setenta ciudades y condados más pequeños abandonaron el PIB como medida de desempeño para los funcionarios del Gobierno, priorizando en cambio la protección medioambiental y la reducción de la pobreza. Ese verano, el presidente Xi había dicho a los

funcionarios del partido: «Tenemos que considerar los logros obvios, así como los logros ocultos. Ya no podemos seguir usando solo los índices de crecimiento del PIB para decidir quiénes son los héroes [del partido]».[193]

También a nivel internacional, Pekín ha pasado de estar rezagada a ser un supuesto líder mundial. Cuando Donald Trump estaba sacando a Estados Unidos del Acuerdo de París, Pekín acordó con la Unión Europea acelerar lo que llamaron un abandono histórico de los combustibles fósiles. Wang Hui, de la Universidad de Relaciones Internacionales de Pekín, dijo que la retirada de Washington le había dado a China la oportunidad de convertirse en líderes. «Trump es un hombre de negocios que da prioridad a los intereses estadounidenses frente a los intereses comunes. Ahora China y Europa debemos dar un paso al frente y asumir juntos nuestras responsabilidades internacionales.»[194]

A medida que avanza la tecnología verde, los argumentos sobre un intercambio compensatorio entre crecimiento y contaminación pueden resultar una pista falsa. Parte de esta compensación se debe a que no estamos midiendo las cosas de manera correcta. Las partes del «crecimiento» que hacen desgraciada la vida de las personas y que las mata de forma prematura, ¿realmente merecen ese nombre? La admiración por Li Dakang, el funcionario local partidario del crecimiento de *En el nombre del pueblo*, sugiere que no todos los chinos opinan así. Si estás escapando de la pobreza puede que quieras crecimiento de cualquier manera y a cualquier precio. Pero incluso Li podría estar de acuerdo en que sería mejor tener acceso a los datos para poder juzgar con más precisión cuáles son las disyuntivas.

Cuando en 2012 Jonathan Watts, un periodista y agudo observador del medio ambiente chino, abandonó ese país, dio un discurso memorable. En dicho discurso decía que Pekín casi no había hecho reformas políticas durante los nueve años que él había estado en el país, pero que había conseguido enormes avances en lo relativo a reformas medioambientales. Enumeró campañas contra la desertificación, plantaciones de árboles, una ley de transparencia medioambiental, la adopción de objetivos con respecto al carbono, la compensación por ecoservicios, la contabilidad ecológica, los límites al consumo de agua, unos objetivos de crecimiento menores, el XII Plan quinquenal, el debate sobre las PM2,5 y su creciente control, y las inversiones en renovables y tecnologías limpias.

Por supuesto, eso no significa que China sea más limpia. Durante esos mismos nueve años, el tamaño de la economía de China se cuadriplicó, circularon cinco veces más automóviles por las carreteras y las emisiones de carbono se duplicaron y superaron a las de Estados Unidos. Entonces el país era el responsable de casi la mitad del carbón quemado en el planeta. China, dijo Watts, era a la vez una «superpotencia negra» y una «superpotencia verde». Podía aniquilar el mundo, pero también podía salvarlo.

TERCERA PARTE

# Más allá del crecimiento

# 10
## RIQUEZA

Imagina por un momento a dos personas, Bill y Ben. Bill es un banquero que gana doscientos mil dólares al año en Goldman Sachs. De acuerdo, según los estándares de la banca le pagan muy mal, pero ten un poco de paciencia. Ben es un jardinero que gana veinte mil dólares podando rosas y recortando setos. ¿Quién está mejor? Si mides los ingresos que recibe cada uno, es obvio que Bill es más rico; de hecho, exactamente diez veces más rico. Esta forma de medir es equivalente al PIB; te indica el «flujo» de ingresos que cada uno recibe en un año determinado. Pero, como el PIB, estas cifras no revelan demasiado sobre la verdadera riqueza de Bill y Ben.

Para descubrir más deberías conocer el valor de sus bienes. ¿He olvidado mencionar que Ben, el jardinero, heredó hace poco una enorme finca rural en Long Island cuyo valor es de cien millones de dólares? Lo cierto es que los martes por la tarde, como pasatiempo, trabaja en su gran jardín y se paga un sueldo simbólico. Pero planea vender la finca el año que viene, trasladarse a un lugar más modesto en Manhattan y vivir de los intereses que genere la inversión de los cerca de 95 millones de dólares que le quedarán.

Mientras tanto, el pobre Bill está hasta el cuello de deudas. Cada mes tiene que dedicar la mitad de su salario a pagar la hipoteca, de la que todavía le quedan diez años. Tiene que abonar las cuotas de su (rayado) Porsche y de un problemático descubierto bancario en el que incurrió para mantener su pretencioso estilo de vida. Por desgracia, le falta poco para los cincuenta (por cierto, Ben tiene diecinueve) y el banco va a tener que despedirlo.

Ahora quién parece estar en mejor situación, ¿Bill o Ben?

Nuestra medida del crecimiento estándar nos da toda la información sobre los ingresos y ninguna sobre la riqueza. Este es uno de sus principales defectos. Y es aplicable tanto a las naciones como a los individuos. Las cifras de crecimiento de Arabia Saudí apenas tienen sentido. ¿Por qué? Porque se basan en flujos de petróleo, que algún día se agotarán. En ese momento, a no ser que Arabia Saudí haya encontrado otra manera de producir el nivel de renta actual, su economía se contraerá.[195] Arabia Saudí se convertirá entonces en el «Bill el banquero» de las naciones.

Medir la riqueza —el conjunto de los bienes— es indispensable si lo que pretendemos es tener una imagen real del estado del mundo. Aun así, cuando se trata de la contabilidad nacional tenemos a nuestra disposición herramientas limitadas. La contabilidad nacional incluye enormes cantidades de información que rara vez se hacen públicas, porque quienes diseñan las políticas están obsesionados con el crecimiento y de todas las cifras que tienen a su disposición, solo se centran en una: el PIB.

Si te paras a pensarlo, es extraordinario. Cuando los inversores evalúan una empresa no solo miran sus beneficios y pérdidas, sino también su hoja de balance. La cuenta de beneficios y pérdidas, a veces llamada «cuenta de resultados», muestra el flujo de ingresos y gastos durante un periodo determinado. En términos generales, si los ingresos superan los gastos la empresa obtiene beneficios; si no, está en pérdidas. El balance es diferente. En lugar de medir el flujo de entradas y salidas, capta una instantánea. Enumera los activos, los pasivos y los recursos propios. Muestra lo que la empresa posee y lo que debe. En el proceso, revela lo que en realidad «vale» la empresa, en lugar de mostrar solo los beneficios que es capaz de generar este año —aunque no necesariamente en los próximos años—.[196]

En comparación, los políticos y quienes diseñan las políticas solo se basan en una serie de cuentas trilladas. Lo llamamos el PIB. Es el equivalente a una declaración de resultados. Excepto algunas cuentas satélite experimentales, no ha habido intentos sistemáticos de medir el conjunto de activos de una nación, o lo que podríamos llamar su riqueza.[197] «No se ha innovado en la contabilidad nacional. Está totalmente bloqueada», dice Umair Haque, un economista de los que visten chaqueta de cuero. Él considera que esto es un fracaso escandaloso. Es urgente, argumenta, que las llamadas grandes mentes económicas, entre ellas las de organismos multilaterales como el FMI y el Banco Mundial, elaboren

medidas de riqueza que combinen las innumerables revisiones y actualizaciones dedicadas a perfeccionar las medidas de crecimiento. «¿Por qué no se produce una innovación en la contabilidad nacional que nos permita tener una imagen más precisa de la economía? Sin una medida de la riqueza nacional no podemos hacernos una idea —afirma mientras echa humo (literalmente), con un cigarrillo en una mano y un expreso en la otra —. Sin tener una idea de las existencias no podemos decir con exactitud lo ricos que en realidad somos.»

Partha Dasgupta es profesor emérito de la cátedra de Economía Frank Ramsey en la Universidad de Cambridge y un pionero de la economía ambiental. Ha dedicado gran parte de su carrera a buscar la manera de pensar nuestras economías de forma diferente. Fui a Cambridge para hablar con él. Nos encontramos en la imponente puerta del St. John's College, él vestido con una americana, pantalones y deportivas blancas. Para ser un hombre de setenta y cuatro años, parecía esbelto y ágil. Me acompañó a su estudio, repleto de libros, cerca del río Cam, donde me ofreció un jerez, un salto temporal a una época más elegante. Acepté de inmediato. A fin de cuentas, ya eran las once de la mañana.

Como muchas personas que han formado su hogar en un nuevo país —Dasgupta nació en lo que hoy es Bangladés, pero llegó a Gran Bretaña a principios de la década de 1960 para cursar un doctorado en Economía en el Trinity College de Cambridge— es más inglés que los ingleses. Tiene unas maneras discretas y refinadas. Dasgupta no es tanto un crítico del crecimiento como un convencido de que este está midiendo las cosas equivocadas. En cualquier unidad que estudiemos —hogares, naciones o el planeta en general—, argumenta, deberíamos interesarnos no por la renta sino por la riqueza. Para él, la riqueza significa «el valor social de las existencias de activos fijos de una economía, que comprende el capital manufacturado (las carreteras, los puertos, la maquinaria, etcétera), el capital humano (el tamaño y la composición de la población, la educación, la salud), el conocimiento (las artes, las humanidades y las ciencias) y el capital natural (los ecosistemas, los recursos hídricos, la atmósfera, la tierra, los recursos del subsuelo)».[198]

No parece una tarea fácil. Por ejemplo, ¿cómo diablos podríamos asignar un valor numérico al conocimiento o a la cultura? Dasgupta no es ajeno a estas dificultades conceptuales, pero tiene dos respuestas. La primera es que desde la década de 1940 los humanos han invertido un enorme capital intelectual y decenas de miles de millones de dólares en la creación, revisión y perfeccionamiento de las medidas de crecimiento. En comparación, el esfuerzo para elaborar una versión de la contabilidad nacional en forma de balance ha sido minúsculo. «No importa cuán difícil sea de estimar. El hecho de que lo sea no es un argumento para abandonar —dice con firmeza—. Porque el PIB también es muy difícil de estimar.»

En segundo lugar, comenta, el mejor enfoque intelectual para cualquier problema es llevar una hipótesis hasta el límite y luego dar marcha atrás si las cosas se vuelven demasiado complejas. Conceptualmente, deberíamos tener un balance general de nuestras economías nacionales, una idea de lo que poseemos y lo que debemos. De modo que no deberíamos distanciarnos de la tarea; al contrario, tendríamos que poner a trabajar nuestro cerebro colectivo al unísono.

Las medidas de las existencias y del flujo están íntimamente relacionadas, tanto como en una serie de contabilidad empresarial. Una empresa dispone de maquinaria y de un personal cualificado que le ayudan a producir los bienes y servicios para generar ingresos en el año en curso y en los venideros. Puede reducir sus activos para generar ahora más ganancias o acumular activos, y suprimir los ingresos actuales para ganar más dinero en el futuro. Por ejemplo, puede no reemplazar la maquinaria para maximizar sus beneficios presentes. Sin embargo, en cierto momento las máquinas se pararán en seco. O bien puede invertir en robots de próxima generación y mandar a sus trabajadores a costosos cursos de formación para mejorar sus habilidades. Ambas medidas maximizarán la competitividad y los beneficios en el futuro, pero a costa de obtener unos dividendos menores en la actualidad.

Veamos un hogar. En un país rico, los activos de una persona pueden incluir su casa, sus inversiones y una estimación de sus probables ganancias futuras de por vida y de su pensión ajustada a los precios actuales. «Esto es un excedente, y es lo que te permite tener un plan de vida. Si quieres puedes gastar una parte, por ejemplo, para cursar estudios. Puedes desinvertir en alguno de tus activos para adquirir otro, concretamente capital humano.» En

un país pobre, los activos de una persona pueden incluir tierras, ganado o el derecho a pescar en aguas comunitarias frente a la costa. En tiempos difíciles puedes vender tu vaca para comprar comida y así mantener tu propio capital humano (en este caso, la fortaleza física), y para pagar un transporte a la ciudad que te permita encontrar un trabajo asalariado. «Estás convirtiendo una forma de capital en otra.»

Los activos de un hogar o una nación van más allá de los activos físicos, ya sean naturales o industriales. Incluyen habilidades que, por ejemplo, se cuentan en función del número de carpinteros cualificados y de profesionales con un doctorado. La idea se puede ampliar al capital cultural. Considera dos islas idénticas. En la primera, los hogares no tienen ninguna confianza los unos en los otros, mientras en la segunda, la confianza es absoluta. En la isla en la que hay confianza, el comercio entre hogares es posible porque la gente espera que cada uno cumpla su parte del trato, por ejemplo, suministrar leche durante un año a cambio de un par de mantas. Pero en la otra no hay confianza, y por lo tanto ninguna perspectiva de que se produzca un intercambio de bienes entre los hogares. El futuro de las dos islas será diferente por completo, incluso aunque partan con el mismo número de activos.[199]

Quedémonos por el momento con el capital natural. «Los modelos contemporáneos de crecimiento económico y de desarrollo consideran que la naturaleza es un factor de producción fijo e indestructible. El problema es que esta suposición es falsa», escribe Dasgupta. «La naturaleza es un mosaico de recursos degradables. Las tierras agrícolas, los bosques, las cuencas hidrográficas, los caladeros de peces, las fuentes de agua dulce, los estuarios, los humedales, la atmósfera —en general, los ecosistemas— son bienes que se regeneran, pero que con el uso humano pueden deteriorarse o agotarse.»[200]

En el producto interior bruto, dice Dasgupta, «la palabra engañosa es “bruto”». Lo es porque no cuenta la depreciación de los activos. «Si se drena un humedal para hacer sitio a un centro comercial, la construcción de este último contribuye al PIB, pero la destrucción del primero no se registra.» Si el valor social del centro comercial fuera menor que el valor social del humedal, «la economía se habría empobrecido —la riqueza habría disminuido— y el bienestar potencial para las generaciones presentes y futuras imitaría ese declive. Pero el PIB indicaría lo contrario.»

Hay tres razones interconectadas por las que deberíamos pensar no solo en el flujo, que es la base del «crecimiento», sino en las existencias de riqueza.

En primer lugar, hacerlo ayuda a que las sociedades adopten mejores decisiones sobre la interacción entre el excedente y el flujo, entre el presente y el futuro. Si eres un individuo y sabes cuánto dinero tienes en el banco, sabes lo que puedes permitirte gastar en, por ejemplo, un máster, que con el tiempo te puede recompensar, además de con el placer de aprender, con un salario mayor. En el caso de una nación, se dan infinidad de ocasiones en las que sería útil sopesar las ventajas de utilizar la renta para acumular capital social o deshacerse de activos para generar más crecimiento. Por ejemplo, la educación universitaria gratuita puede parecer un sacrificio económico inasumible, pero si se midiera el excedente de riqueza en lugar del flujo esos universitarios adicionales se podrían considerar un aumento de la riqueza de la nación, y no una reducción del crecimiento. Lo mismo ocurre con las inversiones en infraestructuras, por ejemplo, el tren de alta velocidad, que anticipan el rendimiento futuro de la inversión. Cómo se contabilizan esas cosas es importante. El senador independiente Bernie Sanders, en Estados Unidos, y el líder laborista en la oposición, Jeremy Corbyn, en Reino Unido, quisieron aumentar los fondos públicos y eliminar las tasas estudiantiles. Sus políticas parecen menos radicales y, por lo tanto, más factibles desde la perspectiva de la contabilidad de la riqueza.

La segunda razón para contar los activos es que las acciones que se llevan a cabo hoy tienen un impacto en las generaciones futuras. Registrar la renta nacional actual no ayuda en absoluto a tomar decisiones intergeneracionales. La señal transmitida es maximizar hoy el crecimiento sin importar el impacto que tenga en el mañana. Llevado a un extremo, una generación podría agotar la superficie forestal de una nación y todas sus reservas de petróleo para conseguir un crecimiento de dos dígitos, con la esperanza de que las generaciones futuras solucionen las cosas de alguna manera. Un Gobierno que promoviera hoy esas políticas justificaría sus acciones en pro de un crecimiento rápido, aunque una cuantificación de la riqueza mostraría una abrupta caída. Al menos eso daría qué pensar a los votantes, al ofrecer una imagen más clara del cambalache. «La riqueza cae

un 5 por ciento» no es un titular tan bueno como «La economía crece un 3 por ciento». Comprender la riqueza daría a las generaciones presentes la oportunidad de ver con mayor claridad qué tipo de futuro están dejando a sus hijos y a sus nietos.

La tercera razón para considerar la riqueza, que está muy relacionada con la anterior, es la sostenibilidad. Dicho con crudeza, la medición de la riqueza puede ayudar a que las sociedades eviten el colapso. La isla de Pascua, a más de tres mil kilómetros de la costa de Sudamérica, es un conocido ejemplo de civilización que en cierto momento fue próspera y luego colapsó. Es famosa por sus misteriosas esculturas con forma de cabeza, que ahora yacen abandonadas y profanadas.[201] Cuando la isla fue «descubierta» por el explorador holandés Jacob Roggeveen el día de Pascua de 1722, ya era una árida pradera sin un solo árbol o arbusto de más de tres metros de alto. Aunque estaba habitada por polinesios, que habían sido conocidos por sus habilidades marineras, ahora los isleños remaban canoas ruinosas. Muchos vivían en cuevas y sobrevivían de manera miserable. Y sin embargo, la isla de Pascua una vez fue un lugar muy diferente. Cuando estaba habitada por sus primeros moradores, alrededor del 400 d.C., se hallaba cubierta de árboles y arbustos y tenía una fauna abundante, de modo que proporcionaba a sus habitantes una rica dieta. En el 1200 d.C. sus habitantes habían empezado a esculpir grandes cabezas en la piedra que encontraron en una parte de la isla, y a transportarlas varios kilómetros hasta la costa, utilizando troncos y cuerdas, para ser colocadas en gigantescos pedestales.

No solo habían talado los árboles para transportar las cabezas de piedra, sino para hacer leña y construir casas y canoas. ¿Qué pudo inducir a los isleños a talar el último árbol, del que dependía toda la civilización? En realidad, la destrucción no se produjo de esta manera. En cambio, debió de ocurrir de manera gradual, como la rana de la fábula, que acabó hervida viva en un baño imperceptiblemente cada vez más caliente. La civilización de la isla de Pascua no se derrumbó con un estallido —o con el golpe del último hacha en el tronco del último árbol—, sino con un croar resignado. Cuando Roggeveen llegó, su población había menguado entre una cuarta y una décima parte de su pico máximo, la flora y la fauna habían sido casi destruidas y la civilización arruinada. Parecía que los isleños, que antes se

habían deleitado con una rica dieta de marsopas, crustáceos y mariscos, habían llegado al canibalismo. Su burla más «provocadora» era «la carne de tu madre se me queda entre los dientes».[202]

La isla de Pascua es como la Tierra, pero a una escala menor: una parábola de lo que pude sucederle a las sociedades si descuidan la riqueza de la que depende su sustento. Jared Diamond, un geógrafo y erudito estadounidense, señala un dicho de los leñadores del noroeste de Estados Unidos —«Puestos de trabajo antes que árboles»— para afirmar que las sociedades modernas no son inmunes al colapso repentino. En absoluto. «Si seguimos el curso actual, habremos agotado los principales caladeros del mundo, las selvas tropicales, los combustibles fósiles y gran parte de nuestro suelo» en unas pocas generaciones, dice. «Tal vez algún día los rascacielos de Nueva York acaben en ruinas y cubiertos de vegetación, como los templos de Angkor Wat y Tikal.»

Por sí solo, mantener un registro preciso de la riqueza de una sociedad no es suficiente para prevenir la catástrofe. Durante años, los científicos han estado advirtiendo de los peligros del calentamiento global, aportando pruebas sólidas del vínculo existente entre las emisiones de carbono, el aumento de la temperatura y los observables y posibles cambios medioambientales en el futuro. Aun así, sin la aceptación de la ciencia o la voluntad política de actuar, todos los datos del mundo no son suficientes para hacer que las sociedades se adapten. Si hubieran contado con sofisticados cálculos de riqueza que mostraran que sus prácticas eran insostenibles, quién sabe si los habitantes de la isla de Pascua habrían cambiado su curso y se hubieran salvado. En cualquier caso, la medición debe ser el punto de partida. Sin ella podríamos estar, como especie, condenados a repetir el suicidio colectivo de los habitantes de la isla de Pascua.

Dasgupta lo compara con peces en un estanque gigante. «Si el número de peces es pequeño, entonces en el estanque hay mucha comida y la población de peces crece. Si hay demasiados, entonces el suministro de comida no es suficiente y por lo tanto su número disminuye.» Sin la intervención humana, los excedentes de peces alcanzarían un equilibrio natural basado en determinado suministro de comida y nutrientes. «Ahora

llegan varios pescadores. Pueden pescar y, por supuesto, el remanente disminuye. Pero eso no significa necesariamente que estén dañando el caladero, porque si este disminuye, entonces la nueva producción neta, la tasa de reproducción, podría aumentar porque hay menos peces. Están consumiendo menos cantidad de comida, por lo que se reproducen a un ritmo más rápido. Pero si de manera continuada pescas más, entonces con el tiempo se agotarán los peces.» Por lo tanto, gestionar un caladero de manera eficiente significa sacar la cantidad justa de pescado, de modo que las existencias se puedan regenerar.

«Piensa en la biosfera como si fuera el caladero en una situación estable. Así, a medida que crecemos vivimos más de la producción de la biosfera y cambiamos el estado de la producción. Y te preguntas: ¿cómo se compara la cantidad de biomasa que transformamos para nuestros propósitos con la que está siendo producida por la biosfera? La huella es la ratio entre la demanda y las reservas.»

Todas las metodologías para medir la riqueza natural tienen sus inconvenientes, pero el problema de infravalorar económicamente los recursos naturales —o de tratarlos como si fueran gratuitos— requiere algún tipo de respuesta por parte de los economistas. ¿Por qué poner un precio a la naturaleza debería ayudarnos a ver lo que estamos haciendo, y quizá impedirnos hacerlo? «Supón que eres un emprendedor y que estás intentando desarrollar una nueva tecnología para producir miel o lo que sea, o un nuevo tipo de coche —dice Dasgupta—. En tu diseño, ¿vas a ahorrar en las cosas caras o en las baratas? Supón que quieres economizar en las cosas caras. Así pues, si el capital natural está infravalorado, el rumbo del cambio tecnológico se dirige inevitablemente hacia tipos de descubrimientos más voraces. Es lógico. El aire es gratis. El agua es gratis. Sabemos que el petróleo está infravalorado porque su precio no está dictado por la enorme externalidad [carbono] que produce cada vez que se quema un galón de petróleo. Y si su precio es inferior a lo que debiera, entonces el cambio tecnológico tenderá a ser lento. En otras palabras, las innovaciones tecnológicas están predispuestas en contra de la naturaleza.»[203]

Como en el caso de los habitantes de la isla de Pascua, la catástrofe podría acercarse sigilosamente a nosotros en lugar de llegar de repente. La destrucción gradual de las especies y la biodiversidad es una señal preocupante. «No estoy hablando de los canguros y los tigres. Estoy

hablando de lo que no ves: los insectos y los pájaros, los polinizadores y los descomponedores. Hay una serie de estadísticas —cifras, si lo prefieres— que sugieren que estamos yendo muy lejos y que llevamos demasiado tiempo haciéndolo.» Es fácil ser optimista sobre el progreso humano. «Vivimos más, comemos mejor, somos más altos, tenemos una mejor educación, disfrutamos de bienes y servicios, viajamos… Pero al hacerlo, ¿estamos cambiando el futuro a peor? ¿Nos estamos apropiando de él, como cuando emitimos tanto carbono que va a ser un enorme problema? La respuesta, con toda probabilidad, es sí. Vamos a tener problemas.»

# 11
# UN *DOMESDAY* MODERNO

El *Domesday Book*, completado en 1086 por orden del rey Guillermo el Conquistador, era un registro de las tierras de Inglaterra y gran parte de Gales. Su objetivo consistía en catalogar las posesiones de la gente y, en consecuencia, los impuestos que le correspondían, así como establecer el alcance de las tierras controladas por la Corona después de las revueltas de la conquista normanda. Como en el mapa de Oliver Cromwell de las tierras conquistadas en Irlanda y en los inicios del propio PIB, el impulso de medir lo que ahora conocemos como «economía» solía desencadenarse como consecuencia de la guerra.

Según la *Crónica anglosajona*, un anal medieval, el objetivo del voluminoso texto de Guillermo el Conquistador era registrar «qué, o cuánto, tenía cada hombre, quién era un ocupante de la tierra en Inglaterra, tanto en terreno como en ganado, y cuánto dinero valía». Como sus hallazgos fueron definitivos, pasó a ser conocido como el *Domesday*, que en inglés significa «el Día del Juicio», aunque el manuscrito se refiere a sí mismo de manera más prosaica como una *descriptio* o un registro. Algunas secciones son tan detalladas que las cabezas de ganado aparecen apuntadas de manera individual en sus omniscientes páginas. «Ni siquiera quedaba un buey, una vaca o un cerdo que no se anotase.»[204]

El *Domesday Book* fue el Google Maps de su época. También representaba una visión del mundo a modo de balance que, más de novecientos años después, nuestras modernas agencias de estadística —con sus técnicas de encuestas, ordenadores y satélites— no han logrado igualar. Al crear un balance general de nuestros activos, tanto naturales como físicos, un *Domesday Book* moderno podría llenar el gran vacío existente en nuestra manera de pensar la economía. «No sería una visión agradable»,

dice un partidario que afirma que mostraría que, para conseguir crecimiento, los humanos están deteriorando de manera insostenible los recursos. Pero «adornar el desempeño económico con los brillantes colores del PIB no cambia la realidad».[205]

Comencemos por el capital natural. O si lo llamamos por su nombre más coloquial, la naturaleza. Si tuviéramos que ponerle un precio, ¿cuánto valdría la naturaleza? Sabemos por la Biblia que fue creada en solo seis días. Entonces no es gran cosa. ¿Qué calculas? ¿Qué te parecen treinta y tres billones de dólares?

Esta cifra, de hecho, no es inventada. O al menos no por mí. Es el trabajo de Robert Costanza, un famoso «economista ecológico».[206] Sus treinta y tres billones de dólares fueron presentados en un artículo fundamental —y extremadamente controvertido— publicado en 1997 en la revista científica *Nature* con el título «Poniendo precio al planeta». Fue atacado tanto por los economistas, que pensaban que era ridículo poner precio a los «servicios de los ecosistemas» (según su horrible jerga), como por los defensores del medio ambiente, que rechazaban la mera idea de adjudicar un valor en metálico a algo tan valioso como un bosque tropical o un prado. En *El abanico de Lady Windermere*, de Oscar Wilde, lord Darlington bromea con que un cínico es «un hombre que conoce el precio de todo y el valor de nada». En lugar de cínico, tal vez debería haber dicho economista.

Aun así, la gente tiende a no valorar en absoluto lo que carece de un valor monetario. A menos que los gobiernos puedan defender de manera económicamente racional la salvación de cierto frente de playa o la preservación de determinado humedal, la naturaleza casi siempre sale perdiendo frente a los imperativos del crecimiento. Los libros de texto económicos miran el mundo a través de las aportaciones de trabajo, capital y conocimientos, y a través de los medios de producción, intercambio y consumo. La mayoría de las veces, la naturaleza ni siquiera se tiene en cuenta.[207]

Si nos olvidamos por un momento de nuestros prejuicios e intentamos ponerle precio a la naturaleza, ¿por qué parte de la Tierra empezamos, dado que el aire y el agua, por no hablar de ecosistemas complejos, rara vez se comercializan? La lluvia cae gratis y los árboles se alzan hacia la luz por su

cuenta. Los nutrientes se reciclan en silencio. Los ecosistemas son tan complejos y su equilibrio tan delicado, que a menudo solo tenemos una ligerísima idea de cómo llevan a cabo sus milagros regenerativos. ¿Cómo, entonces, vamos a ser capaces de poner un precio a esas actividades? La respuesta es que no podemos hacerlo. Pero los economistas han logrado desarrollar algunos métodos —admitámoslo, extremadamente rudimentarios— para calcular lo que llaman un «precio virtual» para los bienes y servicios que no existen en el mercado. Esto implica elaborar indicadores de lo que la gente está dispuesta a pagar (preferencia revelada) o preguntar a las personas de forma directa (preferencia declarada). Un método para los indicadores es estimar cuánto costaría hacer un equivalente creado por el hombre. La ciudad de Nueva York calculó que los servicios de los ecosistemas aportados por las montañas de Catskill, que proporcionan un servicio de purificación natural para el agua potable de Nueva York, costarían entre ocho mil y diez mil millones de dólares si se hicieran en una planta de tratamiento de aguas creada por el hombre.

Muchos de los cálculos del importante artículo de Costanza eran una síntesis de investigaciones similares llevadas a cabo en más de un centenar de estudios independientes. Él y sus coautores completaron esos hallazgos con sus propios cálculos. El artículo divide el mundo natural en dieciséis biomas, como océanos, bosques, humedales, lagos y ríos, y en diecisiete servicios ambientales, que incluyen el suministro de agua, la polinización, la producción de alimentos, el ciclo de los nutrientes, la formación del suelo, los recursos genéticos, el ocio y la cultura. Luego produce una matriz que estima la contribución, si existe, de cada bioma a cada servicio. El océano, por ejemplo, no contribuye nada a la polinización ni a la formación del suelo, pero sí mucho a la producción de alimentos y a los «servicios culturales».

Pero ¿cuál es el precio de algo tan subjetivo como los beneficios estéticos, artísticos, educativos, espirituales y científicos del océano? El indicador que usa Costanza es el recargo que tiene el precio de las propiedades costeras frente a las no costeras. Esto indica que la gente está dispuesta a pagar para estar cerca del mar, una preferencia revelada. Costanza utiliza la cifra de 76 dólares por hectárea. Si se extrapola a todos los océanos del mundo, eso equivale a un total de 2,5 billones de dólares. Te advertí de que era rudimentario.

En cada cálculo, la metodología empleada establece un precio cercano al de mercado, mediante la búsqueda de lo que la gente está dispuesta a pagar por el elemento natural considerado. Aunque en el artículo de Costanza no se incluye, por ejemplo, qué valor tienen los cerca de mil gorilas de la montaña que habitan en las selvas de Ruanda, Uganda o la República del Congo. Un método consistiría en averiguar cuánta gente está dispuesta a pagar por verlos. Incluiría el precio del vuelo a África central, el coste del hotel y los permisos para ver a los gorilas, que en Ruanda cuestan mil quinientos dólares la hora y están racionados como si fueran polvo de oro. (Recuerda que esta es tan solo la visión del mundo del *Homo sapiens.*) Se considera que estos animales magníficos —e increíblemente nobles—, que este autor tuvo la fortuna de ver en los bosques de bambú de Uganda, tienen lo que los economistas llaman un valor de existencia. Este viene determinado por la cantidad que la gente estaría dispuesta a pagar para que existan, incluso si no tiene intención de visitarlos o los medios para hacerlo.

Valorar la naturaleza no es un paseo. De hecho, es más como abrirse camino a hachazos a través de la jungla congoleña. Con todo, la tabla 1 resume los hallazgos de Costanza.

TABLA 1

| **Servicio** | **Billones de dólares estadounidenses de 1994** |
|---|---|
| **Por bioma** | |
| Océano abierto | 8,4 |
| Áreas costeras | 12,6 |
| **Total marino** | **21,0** |
| | |
| Bosques | 4,7 |
| Pastizales | 0,9 |
| Humedales | 4,9 |
| Lagos y ríos | 1,7 |
| Tierras de cultivo | 0,1 |
| **Total terrestre** | **12,3** |
| **Total** | **33,3** |
| | |
| **Por servicios de los ecosistemas** | |
| Regulación de los gases | 1,3 |
| Regulación de las alteraciones | 1,8 |
| Regulación de las aguas | 1,1 |

| | |
|---|---|
| Abastecimiento de agua | 1,7 |
| Ciclo de nutrientes | 17,1 |
| Tratamiento de residuos | 2,3 |
| Producción de alimentos | 1,4 |
| Servicios culturales | 3,0 |
| Otros | 3,6 |
| **Total** | **33,3** |

Comparar esta metodología con un cálculo improvisado en una servilleta de papel sería menospreciar a las servilletas. (¿O debería llamarlo el «servicio de las servilletas»?) Se puede replicar que estas cifras son un despropósito. Por ejemplo, ¿por qué los servicios culturales de la naturaleza, de tres billones de dólares, deberían valer casi el doble que los servicios de producción de alimentos, cuando presumiblemente sin estos últimos no podríamos disfrutar de los primeros? Pero Costanza no se ha dejado desanimar por la crítica que ha provocado su ejercicio de chulería intelectual. Respondiendo a un crítico, escribió: «No creemos que haya una forma correcta de valorar los servicios ambientales. Pero hay un camino equivocado, que es no hacerlo».[208]

En 2012 el Gobierno británico creó el Comité del Capital Natural. Se dijo que era el primero de su clase en el mundo. El comité describe su trabajo como «asesorar al Gobierno sobre el capital natural, como bosques, ríos, minerales y océanos». El Gobierno quiere que en 2020 la Oficina Nacional de Estadística empiece a incorporar la medición del capital natural en la contabilidad nacional de Reino Unido. El comité ayudará a desarrollar las «métricas adecuadas» para hacer un seguimiento del estado del medio ambiente y para comparar la campiña inglesa con el resto del mundo. También elaborará un «registro de riesgos» de los hábitats en peligro y asesorará al Gobierno en la elaboración de su plan medioambiental a veinticinco años vista.

El comité, formado por siete miembros, está presidido por Dieter Helm, un profesor de la Universidad de Oxford y experto en contabilidad medioambiental. En su trabajo académico, Helm ha formulado una ley de hierro con la intención de que al comité le sirva para guiarse en el mundo

real. La ley suena sorprendentemente simple, pero tiene implicaciones complejas. Es la siguiente: «El nivel agregado de capital natural no debería disminuir».[209]

Helm comienza con una definición estándar de desarrollo sostenible: «La humanidad tiene la capacidad de hacer que el desarrollo sea sostenible para asegurar las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras con el fin de satisfacer sus propias necesidades».[210] Continúa describiendo lo que él llama un «mensaje en cadena entre generaciones», en el que la gente de una generación firma un contrato no escrito para dejarle a la próxima los recursos necesarios para que pueda prosperar. Cuando se trata del capital natural, cada generación está obligada a dejar el remanente de riqueza como lo encontró. Eso es lo que significa «El nivel agregado de capital natural no debería disminuir», según Helm. [211]

Como es obvio, esto no quiere decir que no podamos tocar la naturaleza. Ninguna sociedad, ni siquiera las preindustriales, podían comprometerse a eso. Los humanos interactúan con su entorno. Talan árboles y labran los campos. Se apropian de recursos no renovables como el petróleo y el gas. Adaptan, cambian o destruyen los recursos renovables. Pueden transformar parte de un río al construir una presa para producir energía hidroeléctrica. O pueden, durante generaciones, talar el bosque primitivo y reemplazarlo por la campiña inglesa moderna, con sus setos, pastos y campos de cultivo, o transformar las praderas llenas de bisontes en campos de trigo. No es realista esperar que una generación deje el ecosistema exactamente como lo encontró. La cuestión es, dice Helm, que debería dejar intacta la cantidad agregada de capital natural.

Pero ¿cómo? Y casi tan importante, ¿sabremos hacerlo? A Peter Drucker, un gurú de la gestión, se le atribuye la frase «Si no lo puedes medir, no lo puedes gestionar». Podría haber sido el subtítulo de este libro. Si la naturaleza es transformada, de un bosque a un redil de ovejas o de un río a energía eléctrica, necesitamos algún tipo de herramienta contable que calcule la pérdida neta que eso supone para la reserva de capital natural, y cuánto necesitamos hacer para compensarla.

En cierto sentido, el ejercicio entero está viciado. Los economistas no son precisamente la clase de personas que quieres que se ponga a enredar con la naturaleza. Tan pronto como pongan sus manos en nuestros lagos y

bosques, existe el peligro de que estos sean tratados como una mercancía, y comprados y vendidos hasta el olvido. Al final, los economistas no pueden responder a preguntas como ¿deberíamos construir en el cinturón verde para mitigar la escasez de vivienda? Algunos intercambios son éticos y no susceptibles a los cálculos numéricos. En teoría, un economista podría decidir que «vale la pena» que un delfín de río se extinga si el resultado es una planta hidroeléctrica que produce determinados megavatios de potencia para unos cientos de miles de personas. Sin embargo, la pregunta vale tanto para un moralista como para un economista. El rey Salomón no está menos cualificado que Mervyn King, el gobernador del Banco de Inglaterra entre 2003 y 2013, para responderla. Pero esto no significa que los economistas no tengan nada que aportar al debate. Al menos merece la pena escuchar qué tienen que decir.

En su investigación para medir lo inconmensurable, Helm primero divide el capital natural en dos categorías: renovable y no renovable. Tradicionalmente, la atención se ha centrado en los recursos no renovables. ¿Hemos alcanzado el «pico del petróleo»? ¿Cómo nos las vamos a arreglar cuando no quede más carbón o cobre? Pero los recursos no renovables son la parte sencilla. Son relativamente fáciles de evaluar usando los precios de mercado. Si un Gobierno sabe que tiene el equivalente a cincuenta años de gas natural, puede calcular el valor con los precios actuales y decidir cuánto quiere «gastar» ahora y cuánto ahorrar para mañana.

Los recursos renovables son más complicados. Veamos el ejemplo del salmón salvaje.[212] Podemos saber el valor del salmón por kilo, pero como los peces se reproducen de forma indefinida es imposible cuantificar los flujos de ingresos presentes y futuros. Son infinitos, lo que hace que en la práctica el salmón sea gratis. Esto es así, por supuesto, a menos que provoquemos su extinción, en cuyo caso su valor sería incalculable —la palabra que usan los economistas en vez de «extinguido»—. Así pues, más importante que valorar el salmón es descubrir dónde se ubica el umbral para su supervivencia. Necesitamos saber cuánto salmón podemos pescar de manera segura en una ubicación determinada sin poner en riesgo el abastecimiento futuro. También es igual de importante calcular los umbrales para el ecosistema en el que crecen.[213] Deberíamos pecar de cautelosos. Cuando hayamos identificado el punto que no debemos traspasar, el sentido común dicta que tendríamos que detenernos bastante antes de alcanzarlo.

Un posible enfoque sería elaborar un balance general del capital natural —sobre todo de los ecosistemas que están en riesgo— para hacer un seguimiento de los niveles agregados de capital natural. La ley de Helm requiere que el daño a una parte del ecosistema sea compensado con el arreglo o la mejora de otra parte. Si se destruye un humedal para construir un centro comercial, entonces el Gobierno implicado (o la empresa privada) estaría obligado a compensar esa destrucción, por ejemplo, mejorando la calidad del suelo o haciendo que algunas granjas vuelvan a ser tierras sin cultivar. Si se talan árboles, deben plantarse en otro sitio. Si se desvía artificialmente un río, se debe proteger un humedal en otro lugar. En el caso de los recursos no renovables, como el petróleo, podrías compensar por su uso creando otras formas de capital, por ejemplo ahorros para las generaciones futuras, o reparando el capital natural renovable.

Esto puede sonar abstruso. En cierto modo lo es. Después de todo, los humanos ni siquiera nos ponemos de acuerdo para reducir las emisiones de carbono, aunque la ciencia nos diga sin demasiadas dudas que el calentamiento global podría tener —como de hecho ya está teniendo— consecuencias brutales para el medio ambiente. Pregunta a cualquier granjero africano sobre los regímenes de lluvias que de pronto se han vuelto impredecibles y que habían sido constantes durante generaciones.[214] Según la mayoría de los informes, el comercio de los derechos de emisiones de carbono, que pretendía poner precio a la contaminación, ha sido un lamentable fracaso. La gente es muy reticente a la idea de un impuesto sobre el carbono, normalmente con el argumento de que dificultaría el crecimiento, lo cual hace difícil creer que podamos mejorar la tarea de medir otras agresiones a la naturaleza —desde la destrucción de bosques lluviosos hasta la creación de terrenos baldíos— y luego hacer algo al respecto.

Difícil o no, la ley de Helm se ha convertido en política oficial en Reino Unido. Si observas con suficiente detalle los programas electorales de 2015 y 2017 del Partido Conservador en el Gobierno, encontrarás una variación: «Nos comprometemos a ser la primera generación que deje el medio ambiente en un estado mejor del que lo heredamos». Por supuesto, para un partido político resulta fácil hacer una promesa tan vaga. Los actuales líderes políticos se habrán marchado mucho antes de que sus promesas sean evaluadas. Los economistas ambientales argumentan que precisamente por

eso, para que los políticos sean honestos, necesitamos métodos de contabilidad sólidos.

Aunque Helm habla tanto de umbrales como de asignar precios a la naturaleza, su comité propuso valoraciones para árboles y humedales. En un informe para el Gobierno, que determinaba que el capital natural de Inglaterra se encontraba en un «declive a largo plazo», el comité enumeró varias prioridades. Entre sus recomendaciones están las tres siguientes, tomadas más o menos al azar:

- La plantación de hasta 250.000 hectáreas adicionales de bosque. Cerca de pueblos y ciudades, pueden generar beneficios sociales netos superiores a 500 millones de libras al año.
- La restauración de alrededor de 140.000 hectáreas de turberas en las tierras altas. Solo en valores de carbono, esto generaría unos beneficios netos de 570 millones de libras durante 40 años.
- La creación de humedales en cerca de 100.000 hectáreas, sobre todo en zonas hidrológicamente adecuadas, aguas arriba de los principales pueblos y ciudades y evitando zonas con alta densidad de tierras agrícolas. Esto generaría normalmente un beneficio tres veces superior a su coste, y en algunos casos es posible que fueran nueve veces mayor.

Es fácil reírse de estas recomendaciones. Por eso la gente lo hace. Poner un precio a la naturaleza, expresado con el anodino lenguaje de los informes oficiales y con cifras que parecen sacadas de la nada, resulta, como mínimo, estúpido. Para empezar, ¿por qué las unidades de medida deben ser monetarias? No medimos el peso o la altura en dólares o en euros. Sin embargo, los kilogramos y los metros nos dan señales coherentes sobre las que poder actuar. Por ejemplo, los médicos pueden recomendar que un paciente se ponga a dieta si su relación peso-altura sobrepasa un determinado nivel. Sabemos que una pista debe tener determinada longitud para que un Airbus A380 pueda aterrizar. Por razones de seguridad, no necesitamos saber que construirla costó setecientos millones de dólares. (¿Construiríamos una más corta si costase la mitad?) Así que, como dijo cierto autor, ¿se ha convertido el dinero en la «lengua franca moral»?[215] Debemos abandonar la idea, que ha dominado desde que se inventó el PIB,

de que toda medida que merece la pena debe expresarse en dólares, libras o euros.

El dinero es una unidad extraña para aplicar a la naturaleza. Podemos imprimir dinero a voluntad, como han demostrado nuestros bancos centrales con alegre desenfreno. Pero el verdadero objetivo de intentar valorar el medio ambiente es poner de relieve las restricciones finitas. Al fijar el precio del carbono, una conclusión verosímil es que podemos contaminar de manera indefinida siempre que paguemos en una moneda que se imprima de forma interminable y que potencialmente carezca de valor.[216] En vez de libras, dólares o euros, quizá podríamos medir el carbono en *momme*, una unidad de masa para medir perlas en Japón, donde 1 *momme* = 10 *fun*. O bien, como sugirió otro autor, podríamos usar *cat*, una antigua medida estadounidense de la dosis mínima de droga fatal por kilo de metcatinona.[217] Personalmente, me encantaría ver cómo el *cat* sustituye al PIB como nuestra principal medida para la actividad económica, solo para poder escribir el titular «El trimestre pasado la economía creció un bigote».(2)

Poner precio a la naturaleza quizá no solo sea un sinsentido, sino que puede resultar imprudente. Sugiere que la naturaleza es canjeable y que se puede comercializar con seguridad; es más, que solo es valiosa en cuanto que presta un servicio a los seres humanos. «La paradoja de la economía ambiental es que nos sentimos obligados a poner un precio a la naturaleza para hacer visible su pérdida en el balance general, pero al hacerlo legitimamos su mercantilización y validamos su exceso de consumo crítico», dice un autor. En el peor de los casos, la «compensación de la biodiversidad» significa que una parte de la naturaleza, y con ella su belleza, sus maravillas y miles de años de historia, puede ser sustituida de forma mecánica por otra. Un «roble encorvado y agrietado que ha sido talado», en palabras de otro autor, puede ser reemplazado por un «árbol joven plantado al lado de una salida de la autovía con una malla metálica a su alrededor».[218] Usar valores monetarios es ceder la autoridad moral a los economistas y a su visión del mundo despiadadamente utilitaria.

Para evitar esos dilemas algunos economistas han adoptado un enfoque diferente, no monetario. Uno de ellos es el desarrollado por la Red Global

de la Huella Ecológica (GFN, por sus siglas en inglés), una organización de investigación con sede en California que se ha inventado una nueva efeméride. Por si se te olvidó, el 2 de agosto de 2017 fue el Día del Exceso de la Tierra. Si eres estadounidense, fue la celebración entre el Día de la Independencia y el de Acción de Gracias. Puede que no se celebrara en tu vecindario y que Hallmark todavía no haya hecho tarjetas cursis en su honor, así que no te preocupes si se te pasó. El Día del Exceso de la Tierra señala el día en el que los humanos ya hemos superado la capacidad regenerativa del ecosistema para ese año. En 2017, desde ese día en adelante, estuvimos gastando la reserva del combustible ecológico de la Tierra para alimentar nuestro consumo.

El Día del Exceso de la Tierra procura subrayar la cuestión de la sostenibilidad llamando la atención sobre la relación entre nuestra huella ecológica y la biocapacidad del planeta —su capacidad para absorber esa actividad y regenerarse—. Es un intento de contabilizar el medio ambiente en una divisa que no sean dólares y centavos. La GFN pretende facilitar una manera de comparar lo que la Tierra es capaz de suministrar frente a las demandas que se le imponen. Su fundador y presidente, Mathis Wackernagel, insiste en que la metodología es científicamente rigurosa, aunque muchos argumentan que es más útil como herramienta de publicidad que para elaborar políticas.

La biocapacidad es la capacidad de la Tierra para proporcionar comida y recursos —madera para construir casas, agua para nuestras cosechas, ñus para el desayuno de un león— a los humanos y a otros animales y absorber los desechos producidos. Esos residuos incluyen la contaminación humana, como el nitrato que producen las granjas y las emisiones de carbono de la industria. La demanda es la huella ecológica. La GFN divide la Tierra en cinco amplias categorías: tierras de cultivo, tierras de pasto, bosques, caladeros y tierra urbanizada. Las tierras de cultivo proporcionan alimentos, los bosques aportan materiales de construcción, leña y captan $CO_2$. Las áreas consideradas en su mayor parte improductivas, como los desiertos, no son contabilizadas.[219] La unidad básica de medida es la hectárea global. Esta se calcula multiplicando el área física, por ejemplo de tierras de cultivo, por el rendimiento, que varía de un país a otro, y por algo llamado «factor de equivalencia», que considera la diferencia de productividad entre, por ejemplo, las tierras de cultivo y las de pasto, que son menos

productivas. La metodología, aunque aproximada y sencilla, permite expresar toda la tierra en una sola unidad: la hectárea global.

La GFN calculó que la cantidad total de tierra y agua productiva asciende a doce mil millones de hectáreas globales. Con unos siete mil millones de personas en la Tierra, esto equivale a 1,72 hectáreas globales por persona. [220] (Una hectárea tiene, aproximadamente, el tamaño de un campo de fútbol.) Según la GFN, hace relativamente poco que empezamos a sobrepasar la capacidad de la Tierra para que esta se regenere. En 1961, la demanda humana representaba el 0,7 del valor de la biocapacidad del planeta. Eso significa que teníamos fondos. A mediados de la década de 1980, la humanidad pasó a estar en números rojos, y en 2008 la imagen había cambiado de manera radical. En ese año, dice la GFN, empezamos a necesitar 1,5 planetas para mantenernos, algo que es claramente insostenible. Y suficiente para hacer que Thomas Malthus se levante de su tumba y diga: «Os lo dije».

La riqueza no solo es una medida para el presente, sino para el futuro. Por eso la riqueza actual —el balance de todos nuestros activos naturales, físicos e institucionales— es la renta de mañana. Esto contrasta con nuestro indicador económico estándar, el PIB, que, en esencia, es una medida retrospectiva, una manera de registrar lo que ya ha sido producido, por ejemplo, el pasado año. Pero intentar mirar hacia el futuro plantea importantes problemas conceptuales.

En primer lugar, el valor de los activos presentes es básicamente incognoscible. En gran medida eso se debe a los cambios tecnológicos. Hoy, el cobalto extraído en el Congo tiene una gran demanda porque es un elemento esencial para las baterías de los automóviles eléctricos, pero quizá mañana otro mineral que actualmente es menos valioso ocupe su lugar. Dependiendo de los avances tecnológicos, puede que en el futuro seamos capaces de producir más con menos. Tal vez desarrollemos nuevas técnicas para extraer petróleo y gas que antes eran inaccesibles. Ya ha ocurrido con la revolución del gas pizarra. Quizá no necesitemos el petróleo y el gas para nada; tendremos nuevas formas de energía que ahora desconocemos o infrautilizamos.

Algunos economistas consideran que los intentos de medir el capital natural son falaces, una herramienta que los ecologistas quieren utilizar para imponer restricciones innecesarias al crecimiento. Un economista con el que hablé llegó a sugerir que todo el ensayo era un medio para que la gente que ya era rica le dijera a los pobres que lo sentían mucho, pero que el planeta no podía seguir creciendo.

«En mi opinión, se trata de una operación política de pesimismo —dijo por teléfono, casi gruñendo, cuando saqué el tema de la medición del capital natural—. En cualquier teoría en la que se considere que mermar las reservas de petróleo constituye una pérdida de PIB, encontrar nuevo petróleo debería constituir, asimismo, un incremento del PIB. Pero ellos [los economistas ambientales] nunca tienen en cuenta nada positivo. Si agotas tu petróleo, rápidamente lo llaman una disminución del capital. Pero nunca son lo bastante honestos como para reconocer que el descubrimiento de nuevos yacimientos mediante la fracturación hidráulica supone un aumento de tus recursos»[221].

El mismo economista, que quería permanecer en el anonimato, dijo: «Cuando descubrimos una tecnología como la de la videoconferencia, que hace que menos gente viaje y emita carbono a la atmósfera, deberíamos atribuirnos el mérito. Pero para la gente que hace esto se trata de una operación orientada a que nos quedemos en casa. Todos en casa y haciendo punto». Dejando de lado la imagen del ruido de las agujas al tejer y los jerséis de rayas deformes, insistí. ¿De verdad sería tan difícil elaborar un marco teórico riguroso, que fuera más allá de la propaganda ecologista? «Si hicieras las correcciones conceptuales apropiadas podrías concluir con razón que el PIB estaba creciendo más rápido. Lo tienes que hacer en los dos sentidos. Tienes que reconocer las cosas malas y las cosas buenas. Si se hace bien, puede ser interesante —dijo—. Pero creo que la actitud correcta hacia la gente que ahora lo está haciendo es el ninguneo.»

Tanto sumar como restar deberían estar al alcance de la inteligencia de cualquiera, y por supuesto de los economistas. Pero hay otro problema, más filosófico, con el futuro. ¿Por qué deberíamos preocuparnos? Después de todo, al final no solo vamos a morir nosotros, sino que nuestro universo también lo hará. Se convertirá en un desenlace de energía cero. A muy largo plazo, nuestros activos presentes valen exactamente nada.[222] Dicho de otro modo, uno puede querer a sus hijos y a los hijos de sus hijos aunque

aún no hayan nacido. Pero ¿qué ocurre con sus hijos y los hijos que vendrán después, de manera indefinida en el futuro? Los humanos pueden ocuparse felizmente de sus asuntos mientras las guerras y las hambrunas se desencadenan a pocos miles de kilómetros. ¿Podemos esperar que actúen en el presente para evitar algo que ocurrirá en otra dimensión temporal y para beneficio de quienes aún no han nacido, estando relacionados con nosotros de manera tan lejana? Filosóficamente, por no hablar desde el punto de vista económico, es una pregunta de difícil respuesta.

Hasta el momento hemos hablado sobre todo del capital natural. Pero ha habido intentos, por parte de una organización tan prestigiosa como el Banco Mundial, de crear lo que se conoce como «riqueza integral de las naciones», una medida no solo del capital natural, sino de los capitales físico e institucional. Desde mediados de la década de 1990, este organismo con sede en Washington ha tenido un pequeño equipo (para ser justos, un equipo muy pequeño) dedicado a esta tarea. El principio rector del equipo aparece en el prólogo de uno de sus largos informes: «Cómo medimos el desarrollo definirá cómo nos desarrollamos».[223]

Uno de los hallazgos del informe es que a medida que los países se enriquecen, la importancia de su capital natural disminuye. La razón es que las naciones convierten el flujo de ingresos que ganan con la explotación de los recursos naturales —por ejemplo, vendiendo plátanos, petróleo o uranio — en otro tipo de capital, como en carreteras, universidades o robots para fabricar coches. Al menos esa es la idea. Nigeria, el principal exportador de petróleo de África subsahariana, empezó a llamar la atención de importantes inversores a mediados de la década de 1990, cuando sus exportaciones de petróleo le reportaban atractivas retribuciones. Como señala el informe del Banco Mundial, desde la perspectiva del crecimiento Nigeria estaba actuando de manera brillante, pero desde la perspectiva de la riqueza estaba retrocediendo. Sus élites estaban robando o derrochando su futuro al no lograr convertir los ingresos en capital físico o humano. La forma en que medimos las cosas no puede impedir que los líderes poco escrupulosos vendan el patrimonio de una nación. Pero puede arrojar luz sobre lo que está ocurriendo. Si los titulares sobre Nigeria hubieran dicho «La riqueza de Nigeria se desploma» y no «El crecimiento de Nigeria se

dispara», quizá su Gobierno hubiera experimentado presiones para cambiar de rumbo.

Para el capital producido —o físico—, el Banco Mundial utiliza, cuando es posible, cifras recogidas por las agencias nacionales de estadística. Unos treinta gobiernos nacionales recopilan datos exhaustivos sobre las existencias de capital: fábricas, carreteras, sistemas de alcantarillado, etcétera. No se les da ninguna publicidad, pero los datos están ahí. Para el resto, el banco cuenta con los datos de 150 países recopilados por un grupo de la Universidad de Groninga, en los Países Bajos.[224]

Cuando se trata del capital natural, el Banco Mundial adopta un enfoque más realista que el de Costanza. En lugar de tratar de valorar ecosistemas enteros, se limita a valorar las tierras agrícolas, las tierras forestales y recursos del subsuelo como el petróleo, el carbón, la bauxita y el oro. En términos muy generales, calcula el valor de la tierra de cultivo como una tasa comercial: ¿cuánto costaría comprar una granja de trigo en Australia o un campo de naranjas en España? Para los recursos del subsuelo, restringe la valoración a cuatro fuentes de energía y diez minerales fundamentales, para los cuales hay datos de mercado completos sobre precios y reservas.[225] Las tierras forestales no se valoran por su belleza o capacidad de absorber carbono, sino, de manera más prosaica, por la cantidad que se cobraría si todos los árboles fueran talados y vendidos como madera.[226]

Se asume que los servicios que proporciona la naturaleza —por ejemplo, el valor de polinizadores como las abejas— están contabilizados en el coste de la tierra. Incluso minerales importantes como los diamantes, el uranio o el litio, y recursos marinos como los peces, no se cuentan por falta de datos fiables. El agua no se cuenta como una fuente de energía, aunque la energía hidráulica sea enormemente importante en lugares como China o Etiopía. Áreas protegidas como el parque nacional Yellowstone o el Serengueti, en Tanzania, no se valoran por su belleza natural o su diversidad genética, sino por el dinero que se obtendría si fueran vendidos como tierras de cultivo. Las estimaciones que hace el banco están muy por debajo del verdadero «valor» de la naturaleza.

Un aspecto interesante de este informe del banco acerca de la riqueza es el altísimo valor que se le adjudica al «capital intangible», que incluye

elementos como una mano de obra instruida o instituciones que funcionen. Por ejemplo, en los países ricos se revela que la contribución del capital natural a la riqueza total solo es del 2 por ciento, en comparación con el enorme 81 por ciento del capital intangible. El capital producido constituye el 17 por ciento restante.[227]

Así que ¿cómo se calcula con exactitud el capital intangible? Es frustrante, pero la respuesta es que no se hace. Aparece como un «residuo», lo que en lenguaje común significa un error. Es difícil no mostrar escepticismo cuando el 81 por ciento de lo que estamos tratando de medir resulta ser una equivocación. Sin entrar en muchos detalles, el Banco Mundial empieza por el final, al calcular cuánto capital debemos tener para producir determinados ingresos. Tras haber tenido en cuenta el capital natural y el capital físico, la cantidad restante debe ser capital institucional. Es algo así como las suposiciones que hacen los científicos acerca de la materia oscura.

Si recuerdas la parábola de las dos islas, una en la que la gente confiaba en los demás (y comerciaba) y otra en la que no (y no comerciaba), entonces la atribución de una gran parte de los ingresos a la capacidad institucional no es ridícula. Aun así, las cifras del banco parecen increíblemente altas en comparación con el capital natural. Para que conste, la tabla 2 presenta las cifras de la riqueza total en billones de dólares, con el desglose expresado en porcentajes.[228]

Esta tabla permite varias observaciones. En primer lugar, como se ha señalado antes, en los países ricos la contribución del capital natural a la riqueza total es del 2 por ciento. Incluso en los países pobres, muchos de los cuales tienen poca industria, constituye solo el 30 por ciento de la riqueza total. De la riqueza total del mundo, que es de 674 billones de dólares, el 5 por ciento se atribuye al capital natural, mientras el 77 por ciento se supone que está constituido por los elementos intangibles de los capitales humano, institucional y social.

TABLA 2

| Grupo de ingresos del país | Riqueza total (billones de dólares) | Capital intangible (%) | Capital producido (%) | Capital natural (%) |
|---|---|---|---|---|
| Ingreso bajo | 3,6 | 57 | 13 | 30 |
| Ingreso mediano bajo | 58 | 51 | 24 | 25 |
| Ingreso mediano alto | 47 | 69 | 16 | 15 |
| Ingreso alto | 552 | 81 | 17 | 2 |
| Mundo | 674 | 77 | 18 | 5 |

En segundo lugar, cada porcentaje de la tabla tiene el mismo peso. Así que, en teoría, cualquier país haría bien si convirtiera su capital natural en otras formas de capital: petróleo y gas en carreteras; y escuelas y trigo y salmón en universidades y tribunales de justicia bien administrados. Según el banco, eso es exactamente lo que debería hacer un país cuando pasa del estado subdesarrollado al desarrollado. Pero hay un problema obvio. Si todos los países siguieran este consejo al pie de la letra, no quedaría naturaleza. El planeta quedaría desprovisto de capital natural y todo en él estaría muerto. Un país podría contaminar hasta agotarse y provocar la extinción de su vida animal y vegetal sin que sus acciones aparecieran como un problema en esta contabilidad de la riqueza. El banco reconoce el problema, que se deriva de suponer que una forma de capital se convierte de manera perfecta en otra, algo que se llama «sustituibilidad». (En economía, como en otras disciplinas, las palabras largas suelen ser motivo de alarma.) Pero no consigue poner de relieve las «posibles irreversibilidades y los sucesos catastróficos» que podrían ocurrir. Para tratarse de una medida que supuestamente enfatiza la sostenibilidad, constituye algo más que un pequeño inconveniente en la metodología.

El tercer punto es más una curiosidad. El método del Banco Mundial para contar el capital natural está basado en los precios de mercado de los minerales, las tierras de cultivo, etcétera. Es diferente por completo de la manera en que Robert Costanza abordó el mismo problema en su artículo de la revista *Nature*. Él intentó poner precio a ecosistemas enteros e incluso considerar el valor que tienen los beneficios recreacionales o espirituales de un paisaje para los humanos. El banco se ciñe al petróleo y al oro, y a las vacas y las patatas, y aun así considera que el capital natural constituye el 5 por ciento de la riqueza total del mundo, que es de 674 billones de dólares. Eso significa que el capital natural vale 33,7 billones de dólares, muy cerca

de los 33,3 billones de dólares de Costanza. Es pura coincidencia. Pero debes admitir que, partiendo de enfoques tan diferentes, resulta un poco espeluznante.

Está claro que a la contabilidad de la riqueza le queda mucho camino por recorrer. Hay muchos problemas conceptuales e ideológicos. Además, los economistas tienen mucho que decir acerca de estos asuntos. De hecho, han conseguido demasiada autoridad sobre nuestros procesos de toma de decisiones; se ha dado por sentado que no se puede hacer nada que dañe a la economía —y que eso solo lo puede determinar un clero de economistas—. Si «recuperar el control» se ha convertido en un mantra de nuestros tiempos, entonces apartar las políticas públicas de la supervisión exclusiva de los economistas debe ser parte de la solución. Paradójicamente, a veces, cuando pones la teoría de lado y adoptas medidas prácticas para tratar algunos de estos asuntos, las cosas pueden quedar más claras. Veamos el ejemplo de Noruega.

Knut Ole Viken es un contador de árboles noruego.[229] Ha estado contándolos durante casi tres décadas, primero con su padre, cuando era niño, en los remotos bosques cercanos al círculo polar ártico y ahora como parte de una evaluación a largo plazo de los bosques del país que lleva a cabo el Instituto Noruego de Investigación en Bioeconomía. En ciclos de cinco años, un equipo de expertos forestales, entre los que está Viken, parte para examinar árboles a lo ancho y, bastante, largo de Noruega, en quince mil localizaciones separadas. Los bosques y las tierras arboladas cubren casi el 40 por ciento del territorio noruego, incluido el norte glacial del país.[230] Cuando termina el ejercicio de cinco años es hora de comenzar de nuevo. En Noruega, contar árboles es una tarea interminable.

El negocio de contar árboles comenzó hace casi cien años, en 1919. Fue entonces cuando el Gobierno noruego decidió que tenía que pasar a la acción. Durante casi todo del siglo anterior, los bosques, que antes crecían por todas partes, fueron explotados de manera incontrolada. Gran parte de los viejos bosques había sido convertida en troncos y enviada a Europa. «Localmente, los granjeros usaban leña para calentar sus casas y el pastoreo de sus animales impedía que los bosques se recuperaran —dijo Viken a la BBC—. No había un programa para la plantación o la regeneración.»

El plan para llevar a cabo un inventario completo de los bosques noruegos fue el primero de este tipo en el mundo. Otros países europeos habían hecho evaluaciones parciales, pero ninguno había intentado lo que proponía Noruega. El inventario nacional de Noruega fue un punto de inflexión. Permitió que el Gobierno tuviera una imagen clara de qué áreas forestales habían sido denudadas, cuáles eran aún prósperas y dónde se conservaba la mayor biodiversidad. A partir de ahí era posible empezar a tomar decisiones razonables sobre qué áreas podían ser taladas con seguridad y cuáles necesitaban protección para asegurar la fauna y para preservar, al menos, algunas áreas de bosques antiguos.

En la actualidad, Noruega casi ha triplicado la cantidad de árboles que tenía hace cien años. Para ser precisos, tiene 823 millones de metros cúbicos de bosque en crecimiento, de los cuales entre 8 y 10 millones de metros cúbicos son talados cada año. Como el bosque crece al doble de ese ritmo, Noruega continúa añadiendo tierras a sus reservas de bosque. Tiene suficientes árboles para absorber casi el 60 por ciento de sus emisiones de gases de efecto invernadero. Por supuesto, esto no es perfecto. Solo el 4 por ciento de sus bosques son prístinos; el resto está formado, sobre todo, por árboles de crecimiento relativamente nuevo plantados para tala comercial. En el siglo XIX se destruyeron importantes franjas de los bosques más antiguos del país, lo que redujo la biodiversidad. Con todo, el inventario forestal de Noruega fue una idea pionera. Este tipo de planteamiento ha conseguido que la eficiencia del país en la protección de sus recursos naturales sea mayor que la de casi cualquier otro lugar en la Tierra.

En 1969, dos días antes de Navidad, Phillips Petroleum informó al Gobierno noruego de que había descubierto un enorme yacimiento petrolífero en el país, en la plataforma continental del mar del Norte. Este fue el primero de una serie de grandes hallazgos que convertirían a Noruega en uno de los principales productores de petróleo del mundo en las décadas siguientes. Durante los primeros veinte años, Oslo reinvirtió sus crecientes ingresos petroleros en la propia industria del petróleo y gastó dinero en desarrollar el país. Pero a principios de la década de 1990, con los ingresos petroleros superando todas las expectativas y la previsión de que continuarían durante décadas, el Gobierno empezó a planear el futuro. Creó

el Fondo Noruego del Petróleo, un fondo soberano para mantener los ahorros para las generaciones futuras.

En 1996 se transfirió al fondo el primer dinero procedente del petróleo. Veinte años después, lo que comúnmente se conoce como el Fondo del Petróleo se ha convertido en el mayor de su clase en el mundo, con participaciones valoradas en cerca de 875.000 millones de dólares.[231] Invierte lo que le gusta llamar «el dinero de la gente» en tres clases de activos —acciones, bonos y propiedades, siempre fuera de Noruega—. En la actualidad, el fondo tiene participaciones en unas ocho mil compañías internacionales, desde Apple hasta Nestlé, y controla cerca de un 1 por ciento de las acciones cotizadas en los mercados bursátiles mundiales. También invierte decenas de miles de millones en deuda pública y ha acumulado una gran cartera inmobiliaria. Entre sus muchas propiedades se encuentra parte de Regent Street, en Londres, y edificios en la Quinta Avenida y Times Square, en Nueva York. Como diría Partha Dasgupta, Noruega ha gastado una forma de capital (petróleo en el fondo marino) y la ha convertido en otra forma (dinero en el banco para las generaciones futuras).

Parece muy fácil, pero Noruega es una excepción. Muchos países, sobre todo aquellos en desarrollo y con instituciones débiles, son víctimas de la llamada maldición de los recursos. En lugar de utilizar los ingresos para construir el futuro del país, corren a gastárselos tan rápido como es posible. Lo que debería ser una oportunidad única para mejorar las perspectivas del país se convierte en una oportunidad para lo que los economistas llaman la extracción de rentas, donde quienes están en el poder y sus seguidores se pelean para ganar dinero rápido.

Esto no solo ocurre en los países en desarrollo. Incluso Reino Unido, un país donde normalmente las instituciones funcionan bien, puede ser acusado de malgastar sus ingresos del petróleo. Como Noruega, Reino Unido se benefició de grandes cantidades de petróleo descubiertas en el mar del Norte. Pero a diferencia de Noruega, se gastó el dinero. Desde la década de 1970 hasta hoy, las compañías petroleras han pagado alrededor de 330.000 millones de libras en impuestos al Tesoro de Reino Unido. Las generaciones presentes se beneficiaron de estos ingresos imprevistos en forma de gastos corrientes, una mayor inversión —algunas de ellas, presumiblemente, en activos duraderos y beneficiosos— e impuestos más bajos. Pero no se hizo

ninguna provisión explícita para las generaciones futuras. En Reino Unido no hay un Fondo del Petróleo. De hecho, cuando en torno a 2010 las reservas de petróleo empezaron a agotarse se hizo evidente que la industria se convertiría en una fuente de pérdidas para el Tesoro. En lugar de recibir dinero, el Gobierno había prometido subsidiar a las empresas para desmantelar los yacimientos de petróleo agotados.

Si el petróleo es dinero en la caja de ahorros de la naturaleza, el banco del mar del Norte está al borde de la bancarrota.

# 12
## EL SEÑOR DE LA FELICIDAD

Es habitual que los economistas determinen el valor de algo aplicando lo que se conoce como el principio de la disposición a pagar. ¿Cuánto estaría dispuesto a pagar alguien por una cosa tangible, como un dispensador de plástico de caramelos Pez, o una intangible, por ejemplo una bahía no contaminada o más tiempo libre? ¿Cuánto vale, por ejemplo, la cabeza de Jeremy Bentham, el gran filósofo inglés que murió en 1832? Este libro rebosa escepticismo acerca del valor que adjudicamos a ciertas cosas y sobre la dificultad de poner precio a aquello que realmente deberíamos medir, como la contaminación, el trabajo doméstico y la naturaleza. Aquí, por fin, hay una pregunta simple con una respuesta simple. La cabeza de Jeremy Bentham vale diez libras.[232]

Sabemos esto con certeza porque, cuando los estudiantes secuestraron su cabeza en 1975, el University College de Londres (UCL, por sus siglas en inglés), al que pertenecía, accedió a pagar diez libras por su devolución. La oferta fue aceptada. En economía es probable que esto sea lo más cerca que vas a estar de una certidumbre.

La historia de cómo la cabeza de Bentham acabó en posesión del UCL es curiosa. Hacia el final de su vida, a Bentham, que dedicó gran parte de su carrera a escribir sobre aquello que hacía feliz a la gente, se le metió en su testa de diez libras que su cuerpo debía ser preservado tras su muerte. Tan cautivado se sentía por esta idea que parece que durante su última década de vida siempre llevó consigo dos ojos de cristal en el bolsillo, para que los embalsamadores tuvieran algo que colocar en sus cuencas si surgía la necesidad. En su testamento pidió que su cadáver fuera momificado, luego vestido con un traje negro y preservado como un «autoicono», sentado dentro de una caja de vidrio. Para un filósofo tan relacionado con la idea de

aquello que te hace feliz supongo que la única respuesta adecuada a su último deseo es «Como a ti te parezca».

De hecho, el cuerpo de Bentham se conserva en la actualidad en una vitrina situada en una sala del claustro sur del UCL. De acuerdo con sus deseos, ocasionalmente es llevado, *sin* la vitrina, a reuniones, como la que presidió en 2013 con motivo de la reunión final del consejo del entonces decano.[233] (Las actas señalan que estuvo presente pero no votó.) Por desgracia para Bentham, su cabeza ya no está con él. Cuando murió, a los ochenta y cuatro años, el embalsamamiento se hizo mal y la cabeza fue reemplazada por una réplica de cera. La original se conservó en la vitrina, de donde fue robada en 1975 por estudiantes bromistas que recaudaban dinero para fines benéficos. Ahora se guarda por separado, para protegerla.

En realidad, este capítulo tiene más que ver con lo que había dentro de la cabeza de Bentham que con cuánto vale su cráneo. ¿Era feliz o estaba triste? ¿Cómo debemos interpretar hoy sus ideas acerca de la felicidad humana? De manera más precisa, el asunto en cuestión es si resulta viable medir la felicidad y si es una empresa que merezca la pena.

En economía, la discusión sobre la felicidad ha sido monopolizada de manera bastante inútil por Bután y por la promoción que este pequeño y montañoso país ha hecho de lo que llama «felicidad interior bruta». Si mencionas la medición de la felicidad, algunas personas te mirarán con cierta ironía y dirán: «¿Qué? ¿Cómo que en Bután?». Trataré el caso de Bután más adelante, aunque los debates más interesantes sobre la felicidad están relacionados con los intentos de medirla que han llevado a cabo en importantes universidades estadounidenses y europeas.

A partir de 1974, cuando Richard Easterlin, un profesor de economía de la Universidad de Pensilvania, escribió un artículo trascendental titulado «¿Mejora el crecimiento económico la suerte de los humanos?», los investigadores han recurrido a la psicología, la neurociencia, la economía y la sociología para demostrar los misterios de la felicidad. Easterlin puso en marcha esta discusión al cuestionar la relación entre ingresos y felicidad, argumentando que, cuando ya se había alcanzado cierto grado de prosperidad, los ingresos adicionales no procuraban más felicidad. Era una idea radical porque socavaba la tesis de que la maximización del crecimiento —que se había convertido en el principal objetivo político de los gobiernos— era la mejor manera de aumentar el bienestar.

Desde entonces, los economistas se han interesado cada vez más por la definición y la medición de la felicidad y por determinar qué condiciones y políticas la producen. Según una fuente, se han escrito sobre el tema más de diez mil artículos académicos y los gobiernos occidentales han llevado a cabo encuestas periódicas sobre los niveles de felicidad que declaran los individuos. En resumen, la felicidad se ha convertido en un asunto mortalmente serio. Y ninguna discusión sobre el tema puede empezar sin Jeremy Bentham.

Bentham fue un filósofo y crítico social británico nacido en Houndsditch, Londres, en 1748. Era hijo de un abogado adinerado y fue un niño prodigio. Se dice que a los tres años aprendía las declinaciones del latín y que a los doce fue a la Universidad de Oxford. Tras graduarse a la avanzada edad de dieciocho años, enseguida abandonó la práctica del derecho, que detestaba, y dedicó su vida a escribir y a demandar un cambio social.

Bentham era un excéntrico. Por si la historia de la cabeza momificada no te ha convencido de eso, una vez escribió al Ministerio de Interior del Reino Unido para sugerir que varios de sus departamentos estuvieran conectados por una red de «tubos de conversación» que facilitaran la comunicación. Podríamos decir que es el padre de internet. También dibujó planos para una cárcel panóptica, la cual permitiría a un único guardia observar a todos los prisioneros al mismo tiempo. Bentham fue un reformador social que escribió en una prosa incisiva acerca de todo, desde la igualdad de los sexos hasta el castigo del Estado. El «axioma fundamental» de su filosofía era el principio de que «es la mayor felicidad del mayor número lo que constituye la medida de lo correcto y lo incorrecto».

Suena muy progresista para un hombre que escribía hace doscientos años, pero en la historia de la economía, al menos en mi opinión, Bentham puede aparecer como un héroe y como un villano. Normalmente es considerado el fundador de una doctrina llamada utilitarismo, que afirma que una acción es correcta si en general promueve la felicidad. Al escribir sobre este concepto, Bentham dijo que «la naturaleza ha colocado a la humanidad bajo el gobierno de dos amos soberanos: el dolor y el placer. Solo a ellos les corresponde señalar qué debemos hacer».[234]

Las ideas de Bentham están guiadas por el concepto de utilidad, que para él significa no tanto lo que es útil, sino más bien «esa propiedad de cualquier objeto por la que tiende a producir beneficio, ventaja, placer, bien

o felicidad». Sus ideas se pueden resumir como la maximización de la felicidad; declaró expresamente que el objetivo de una sociedad debería ser maximizar la felicidad total, no solo la de un individuo particular.

La noción de utilidad de Bentham, continuada más tarde por John Stuart Mill, se ha convertido en un concepto fundacional de la economía moderna. Se basa en la idea de que la economía es una ciencia casi mecánica en la que los agentes que maximizan la utilidad —para entendernos, la gente— persiguen sus propios intereses racionales. Si los mercados funcionan de manera correcta, esto no solo los beneficia a ellos sino a la sociedad en general. Esta interpretación se apoya mucho en las ciencias físicas. Toma como punto de partida la idea de que los mercados funcionan mejor cuando se deja solos a los individuos, en lo que supone una victoria del mecanicismo sobre el moralismo. En esto, la utilidad de Bentham se fusiona con la mano invisible de Adam Smith para formar una visión del mundo en la que unos actores racionales producen el mejor resultado posible bajo determinadas limitaciones. «No es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero de quien esperamos nuestra cena —escribió Smith —, sino de su consideración del propio interés.»

La utilidad de Bentham es el mecanismo por el que las decisiones individuales se suman a un todo mayor. Los neoliberales sostienen que el mercado es «un inmenso dispositivo sensorial, que captura millones de deseos, opiniones y valores individuales y los convierte en precios».[235] Bentham estaba en contra de los conceptos filosóficos abstractos tales como la bondad, el deber, el mal y el bien. Estos estaban bien para Platón o Aristóteles, pero ¿qué significaban esos términos en realidad? Es mucho mejor, pensaba Bentham, marginar esos conceptos «ficticios» y fundamentar la propia investigación en cosas que sabemos que son reales, como el placer y el dolor.

Su percepción del mundo podía ser muy gradgrindiana. De hecho, el Thomas Gradgrind de Charles Dickens, el industrial y director de escuela de *Tiempos difíciles*, fue caracterizado como un utilitarista victoriano de su época. Gradgrind era, escribió Dickens, «un hombre de hechos y de cálculos. Un hombre que se rige por el principio de que dos y dos son cuatro y nada más […]. Con una regla y una balanza, y la tabla de multiplicar siempre en su bolsillo, señor, listo para pesar y medir cualquier parcela de la naturaleza humana, y decirle exactamente a cuánto asciende».

Puede que esto sea una caricatura del pensamiento de Bentham, pero la idea de que la utilidad se puede medir —normalmente adjudicándole un precio— ha llegado a dominar la economía moderna. La teoría de la elección racional dice que si se deja a la gente hacer lo que quiere, se producirá el mejor resultado posible para el mayor número de personas. Este es el origen del *Homo œconomicus*, «la visión un tanto lamentable de un ser humano que calcula de manera constante, poniendo precio a las cosas, persiguiendo de forma neurótica sus propios intereses en cada momento».[236] Esto hace que Bentham sea «el inventor de lo que desde entonces se ha conocido como "diseño de políticas basadas en evidencias", la idea de que las intervenciones del Gobierno pueden estar libres de cualquier principio moral o ideológico y guiarse solo por hechos y cifras. Cada vez que una política es evaluada por sus resultados medibles, o valorada por su eficiencia utilizando un análisis de coste-beneficio, la influencia de Bentham está presente».[237]

Esto hace que el filósofo también sea una figura importante a la hora de medir el crecimiento económico, que trata de asignar un número único a la suma de la actividad humana. La adopción del pensamiento de Bentham puede ser vista como si la disciplina de la economía al completo se hubiera desviado hace ciento cincuenta años. La restringida definición de felicidad que establece Bentham —la experiencia del placer y la ausencia de dolor— sitúa la economía en una senda gradgrindiana de pesos y medidas. En esta visión del mundo no hay lugar para el concepto aristotélico de felicidad —*eudaimonia*—, más amplio e inspirador, que se centra en la virtud, la amistad y la formación del carácter. Para el Gran Utilitario, estas eran ficciones inconmensurables y poco útiles.[238]

Según este relato, las ideas de Bentham son precursoras de esa versión de la humanidad cruel y que maximiza la utilidad, que hoy llamamos economía, aunque hay otra versión de Bentham, más amable, oculta en sus escritos. Una versión más feliz, por así decirlo. Para descubrirla tenemos que ir a la London School of Economics, donde la «economía de la felicidad» tiene a uno de sus más grandes profetas.

Para ser un lord, Peter Richard Grenville Layard es un tipo modesto. El hombre que viene a saludarme a una anodina sala del edificio de la

universidad tiene el pelo canoso y habla en voz baja. No tiene la pomposidad de algunas personas de éxito, sino más bien el aire de quien está cómodo consigo mismo. Hay brillo en sus ojos y, a sus ochenta y dos años, tiene un caminar ligero y enérgico. Ha sido miembro de la Cámara de los Lores desde que en el año 2000 fuera nombrado par vitalicio, pero sigue siendo un académico despeinado con pantalones informales y zapatos cómodos. Destaca un pequeño detalle. En la solapa de su chaqueta hay una chapa blanca y redonda con las palabras «Acción para la felicidad».

Durante más de cuarenta años, Layard ha impulsado la causa del bienestar. Si bien al principio de su carrera ejerció como economista laboral, cuya investigación se centraba en el desempleo y en la desigualdad, en la década de 1970 despertó su curiosidad la emergente disciplina de la felicidad. Además de por la felicidad, Layard se interesó mucho por la salud mental y por el sufrimiento mental. Como discípulo de Bentham, cree que la lógica de la maximización de la felicidad no es en absoluto un cálculo mezquino. Al contrario, promueve una sociedad solidaria y progresiva, dice, en la que sea más importante aliviar el sufrimiento de quienes son infelices que aumentar un poco más la felicidad de aquellos que ya están satisfechos. Para Layard, la verdadera interpretación de Bentham implica un mensaje profundamente humanista que nos remite a una sociedad en la que la cooperación es tan importante como la competencia. El objetivo de una sociedad, dice, debe ser «crear tanta felicidad en el mundo como sea posible. La impronta de una sociedad civilizada es que las personas disfrutan su vida».

Layard ha comprado bocadillos para nuestro almuerzo. Con la bolsa de papel marrón en la mano, me hace pasar a su pequeño despacho. En varios momentos de la conversación se levanta de golpe para coger un libro de la estantería y después lo abre por una página que contiene un cuadro sobre felicidad comparada en varios países o con datos que muestran el nivel de felicidad de un individuo en un día concreto. Según un cuadro, que adjudicaba una puntuación numérica a las actividades preferidas, los investigadores descubrieron que la gente disfruta mucho el sexo, tanto como le desagrada el trayecto diario al trabajo. «Yo te podría haber dicho eso», pensé para mí, «por la mitad de dinero».

Layard adopta un punto de vista sobre la felicidad ligeramente más estricto que el del filósofo griego típico. «Aristóteles no lo entendía

demasiado bien, pero Bentham lo comprendió mucho mejor», dice. Como Bentham, él considera que la felicidad es algo real que se puede medir. También como él, cree que el objetivo de cualquier sociedad debería ser la máxima felicidad del máximo número de personas. «En este momento, la cantidad de infelicidad es extraordinaria», dijo, moviendo la cabeza ante la tristeza percibida a su alrededor, la cual es el resultado de fenómenos diversos como las separaciones familiares, el dolor crónico, el desempleo de larga duración y lo que él considera la búsqueda, a menudo inútil, de dinero y posesiones materiales.

Utiliza los términos «bienestar» y «satisfacción vital» de manera indiferente, aunque tiene una clara preferencia por el de «felicidad», más intuitivo. Pero quienes elaboran las políticas se sienten incómodos con la idea de felicidad, a pesar de que en su vida cotidiana es un concepto al que dan mucha importancia. «Probablemente, muchos de ellos toman decisiones clave basándose en si creen que les hará felices. ¿Con quién casarse o a qué trabajo dedicarse? ¿Es feliz tu hijo en la escuela? Es difícil que haya una pregunta más importante», dice, con la frustración de alguien que ha estado repitiendo lo mismo durante décadas. «Pero les parece que no es algo que el Estado deba hacer. Cuando hablan de la felicidad, piensan: “Oh, es ridículo. La felicidad es algo efímero”.»

Layard ha adaptado su terminología. «¿Qué puedes decir para que aquellos que elaboran las políticas te tomen en serio? Esa siempre ha sido mi estrategia. Y la mayor parte de quienes elaboran las políticas no tiene demasiado problema con “satisfacción vital”. Están habituados a preguntar a la gente: “¿Usted está satisfecho con la recogida de basuras o con su hospital?”.» A partir de ahí, no hay gran diferencia en preguntarles si están satisfechos con su vida.

Puede que a los políticos les resulte conveniente prestar atención a la satisfacción vital. La convicción de Bill Clinton de que el estado de la economía siempre determina el resultado de unas elecciones resulta cuestionable. De hecho, los políticos que hacen un seguimiento de la felicidad pueden captar mejor sus posibilidades de reelección. Un artículo escrito en la London School of Economics comparaba los datos de una encuesta del Eurobarómetro, que se lleva a cabo dos veces al año desde 1973, con los resultados de las elecciones en Europa. En el sondeo, que abarca una muestra al azar de más de un millón de encuestados, se pregunta

a la gente: «En conjunto, con la vida que lleva, usted está i) muy satisfecho, ii) bastante satisfecho, iii) no muy satisfecho o iv) nada satisfecho». El artículo descubrió que las respuestas a esa pregunta eran un «indicador sólido de los resultados electorales» y una guía para conocer la intención de voto mucho más efectiva que cualquier otra medida, incluido el PIB.[239] A Bill Clinton, Layard le dice: «Es la felicidad, estúpido».

En la nueva «ciencia» de la felicidad hay varias formas de medir lo que los investigadores llaman «bienestar subjetivo». Una es basarse en la neurociencia, que evoluciona con rapidez. Richard Davidson, de la Universidad de Wisconsin, ha desarrollado maneras de medir el estado de ánimo de las personas colocándoles electrodos en la cabeza. Cuando se les muestra un vídeo divertido, la parte izquierda de su cerebro —asociada con la felicidad— se vuelve más activa. Una secuencia aterradora provoca la reacción opuesta. Aquellos cuyo lado izquierdo del cerebro es naturalmente más activo son, en general, más felices. Quienes utilizan más el lado derecho del cerebro tienden a sonreír menos y sus amigos los consideran menos felices. Para Layard, la ciencia confirma la premisa básica de que la felicidad es real y mensurable y que «hay una conexión directa entre la actividad cerebral y el estado de ánimo».

La mayor parte del trabajo sobre la economía de la felicidad, sin embargo, se basa en la misma técnica básica utilizada para recabar estadísticas de crecimiento: la recopilación de datos procedentes de encuestas. Se han desarrollado numerosos métodos para evaluar la felicidad de la gente basados en preguntas acerca de cómo se sienten. En esto se debe distinguir entre diferentes tipos de felicidad. Algunas encuestas se centran en lo que podría llamarse «estado de ánimo», y se pregunta a las personas cómo se sienten en ese momento o cómo se han sentido en varias ocasiones del día anterior. La Oficina Nacional de Estadística de Reino Unido pregunta: «En general, ¿cómo de feliz se sintió usted ayer?».

Las encuestas preferidas por los economistas que buscan captar el bienestar nacional se centran más en la llamada satisfacción vital. En las más completas, que abarcan ciento cincuenta países, se pide a la gente que evalúe la calidad de su vida en una escala de once puntos llamada «escala de Cantril». Se les pide que imaginen una escalera y que sitúen su satisfacción vital en el peldaño adecuado, de manera que 10 se corresponde con la que consideran la mejor vida posible y 0 la peor. Otra pregunta, en la

Encuesta Social Europea, plantea: «En conjunto, ¿cómo de feliz diría que es usted?», cuyas respuestas van del 0 al 10. Otra más, la Encuesta Mundial de Valores, plantea una pregunta similar, pero ordena las respuestas en una escala de 0 a 3. «En conjunto, usted diría que es: muy feliz, bastante feliz, no muy feliz o nada feliz.» Este tipo de preguntas son las que Layard dice que producen los resultados más útiles.

La buena noticia para la economía de la felicidad es que los resultados de diferentes encuestas tienden a coincidir. La felicidad que se mide al preguntar a la gente cómo se siente y al evaluarla es bastante parecida, como lo son los resultados de las encuestas que utilizan distintos tipos de preguntas con diversas escalas. Layard sostiene que las medidas de la felicidad son bastante robustas para que se tomen decisiones sobre políticas públicas basándose en ellas. En su libro —no hay premio por adivinar que el título es *La felicidad*— expone su causa con un lenguaje meritoriamente directo. «La felicidad debe convertirse en el objetivo de las políticas, y el progreso de la felicidad nacional debe medirse y analizarse con el mismo detalle que el crecimiento» de la economía. En mi opinión, dice, «el PIB no nos va a decir nada de lo que queremos saber sobre el bienestar».

No pude evitar preguntarle si se consideraba feliz. Supongo que su trabajo da sentido a su vida, una de las claves para la satisfacción. Sus ojos parpadean ante la malicia (y, sin duda, la previsibilidad) de la pregunta y responde con lo que yo asumo que es un chiste. «Si piensas demasiado sobre tu felicidad, te deprimes.» La única forma de saber lo que quería decir habría sido colocarle electrodos en la cabeza.

Podrías preguntarte: ¿qué le echan al agua en el norte de Europa? Desde que en 2012 empezó a publicarse el Informe Mundial de la Felicidad, todos los años los países nórdicos han encabezado la lista de las naciones más felices de la Tierra.[240] El informe de 2016 no fue una excepción, y los cinco países nórdicos estuvieron entre los diez primeros. No está mal para un grupo de naciones asociadas con la oscuridad —de manera bastante literal durante los meses de invierno, cuando el sol rara vez sale—. Piensa en la novela negra nórdica, los absurdamente lúgubres dramas de August Strindberg o el inquietante arte de Edvard Munch, que pintó la cara de una figura gritando sobre un cambiante cielo naranja. Por no mencionar que sus

impuestos están entre los más altos del planeta. Parece una fórmula complicada para la felicidad. Sin embargo, los escandinavos se encuentran entre las personas más felices que puedas conocer. Si añades los Países Bajos y Suiza, además de Canadá, que podrías considerar la Escandinavia americana, casi tienes el pleno. Los otros dos países que forman parte de los diez primeros son Australia y Nueva Zelanda, que en adelante serán conocidos como las antípodas nórdicas.

Esta es la clasificación de los países del mundo en lo más alto y lo más bajo de la escala de Cantril, que puntúa del 0 al 10.[241] Hay una amplia brecha de cuatro puntos entre los países que encabezan la lista y los que la cierran, los cuales se encuentran sobre todo en África subsahariana, un resultado que se repite en otras encuestas. Dinamarca es el país más feliz de la Tierra y Burundi el más triste.

TABLA 3

| **Diez primeros (puntuación sobre 10)** | **Diez últimos (puntuación sobre 10)** |
|---|---|
| 1. Dinamarca (7,526) | 148. Madagascar (3,695) |
| 2. Suiza (7,509) | 149. Tanzania (3,666) |
| 3. Islandia (7,501) | 150. Liberia (3,622) |
| 4. Noruega (7,498) | 151. Guinea (3,607) |
| 5. Finlandia (7,413) | 152. Ruanda (3,515) |
| 6. Canadá (7,404) | 153. Benín (3,484) |
| 7. Países Bajos (7,339) | 154. Afganistán (3,360) |
| 8. Nueva Zelanda (7,344) | 155. Togo (3,03) |
| 9. Australia (7,313) | 156. Siria (3,069) |
| 10. Suecia (7,291) | 157. Burundi (2,905) |

Todos los países felices son ricos y todos los infelices son pobres. Una renta mayor, al menos hasta cierto punto, da la felicidad. Los resultados respaldan la convicción de que la felicidad es una medida de algo real. Si piensas que la felicidad solo tiene que ver con el estado de ánimo o la personalidad de un individuo, entonces podrías esperar que la gente se adaptara a las condiciones en las que vive y mostrase unos niveles de felicidad similares en todo el mundo. Definitivamente, no es el caso. En los países donde las condiciones objetivas son desoladoras, las personas se consideran infelices.

Pero las diferencias no se pueden explicar solo por la renta. De hecho, entre los diez países con un mayor PIB per cápita, solo Noruega y Suiza están en la lista de los diez más felices.[242] Ocho de los diez países con mayores ingresos —entre ellos Luxemburgo, Catar y Singapur— no están entre los superfelices. Si bien cierto grado de comodidad material proporciona felicidad, también hay evidencias convincentes de que la felicidad no se trata únicamente de eso. Uno de los países más felices del mundo (en el puesto 14 de la lista) es Costa Rica, a pesar de que es el 77.º más rico, con una renta per cápita de quince mil dólares.[243]

Otros tres países latinoamericanos de ingresos medios —Brasil, el 17.º más feliz, México, el 21.º, y Chile, el 24.º— están en posiciones muy altas en relación con países mucho más ricos. Los países latinos consiguen una mayor felicidad con niveles de renta modestos. Reino Unido, que ocupa el puesto 23.º, está casi al mismo nivel que Chile, a pesar de que su renta promedio es casi el doble. La posición de Francia, en el puesto 32.º, e Italia, en el 50.º, es todavía peor. Los italianos —notablemente desgraciados en relación a su renta— se sitúan por debajo de varios países mucho más pobres, como Argelia, Guatemala y Tailandia. ¿Qué ha pasado con la *dolce vita*?

Estados Unidos se encuentra en el puesto 13.º, más o menos de acuerdo con su renta per cápita, pero quizá por debajo de donde muchos estadounidenses esperarían estar. Después de todo, la Declaración de Independencia consagra la búsqueda de la felicidad como uno de los derechos inalienables de sus ciudadanos. Israel se sitúa en un sorprendente alto puesto, el 11.º, a pesar de su estado casi permanente de alerta máxima, frente a los Territorios Palestinos, que de manera más predecible se encuentran en un infeliz 108.º. China, a pesar de sus progresos económicos, ocupa el lugar 83.º en la clasificación mundial de la alegría.

Entre los últimos diez puestos se encuentran Siria y Afganistán, que han sufrido terribles guerras civiles. El resto se encuentra en África subsahariana. Entre ellos destaca Ruanda, un favorito de las agencias de desarrollo gracias a los avances en la lucha contra la pobreza realizados durante el gobierno de Paul Kagame, su formidable presidente. Pero Ruanda también es un país autoritario que todavía vive con el recuerdo del genocidio de 1994, en el que fueron asesinadas en cien días casi un millón

de personas. Quizá sea comprensible que Ruanda no sea un lugar tan feliz como sus recientes avances materiales puedan sugerir.

Según los autores del informe, hay seis variables que pueden explicar tres cuartas partes de la variación entre naciones felices y menos felices: la renta (el PIB per cápita), los años de esperanza de vida saludable, tener gente a quien recurrir, confiar en los demás (casi igualada con la falta de corrupción), la libertad percibida para tomar decisiones vitales (lo que a veces se llama voluntad) y la generosidad (la tendencia a hacer donaciones a organizaciones benéficas).

El trabajo de Layard no se centra tanto en las comparaciones entre países como en aquello que determina los niveles de felicidad dentro de los países. Utilizando datos de la Encuesta Mundial de Valores, que se lleva a cabo desde 1981, identifica siete determinantes principales de la felicidad:[244] las relaciones familiares, la situación financiera, el trabajo, los amigos, la salud, la libertad personal y los valores personales. Luego los pone en una tabla y muestra el impacto negativo que diferentes sucesos tienen en la felicidad total medida en una escala de 10 a 100, siendo 100 la felicidad perfecta.[245]

TABLA 4

| **Suceso** | **Caída en puntos de felicidad** |
|---|---|
| La renta familiar se reduce un tercio | 2,0 |
| Divorciado (en vez de casado) | 5,0 |
| Separado (en vez de casado) | 8,0 |
| Viudo (en vez de casado) | 4,0 |
| Nunca se casó | 4,5 |
| Cohabita (en vez de casado) | 2,0 |
| Desempleado | 6,0 |
| Trabajo inseguro | 3,0 |
| Tasa de desempleo aumenta 10 puntos porcentuales | 3,0 |
| Salud (la salud subjetiva se reduce un 20 por ciento) | 6,0 |
| Sin religión | 3,5 |

La tabla 4 pone de relieve varios patrones. Encontrar un compañero estable con el que vivir aporta felicidad, pero estar casado es aún mejor. Cuando las

parejas casadas se separan, los niveles de felicidad se desploman. Cuando se divorcian, presumiblemente después de que haya pasado algún tiempo desde la ruptura, los niveles de felicidad se recuperan un poco, aunque no por completo. La separación familiar se ha vuelto más normal. En 1950, en Estados Unidos, el divorcio era poco frecuente, pero en la actualidad solo la mitad de los estadounidenses de quince años viven con su padre biológico. El divorcio ha sido identificado como la principal razón del aumento del suicidio juvenil en Estados Unidos.[246]

El desempleo es un doble golpe porque no solo afecta a los ingresos sino, de manera más importante, a la autoestima y a la sensación de tener un propósito vital. Incluso el desempleo de los demás tiene un efecto negativo, quizá porque hace que la gente se sienta menos segura en su trabajo y esto afecta a la armonía social. La reducción de los ingresos en una tercera parte tiene un impacto negativo en la felicidad (menos 2), aunque no tanto como otros factores, por ejemplo la ruptura familiar (menos 8). Las creencias religiosas también parecen ser una fuente de felicidad, un encuentro que resulta más reconfortante en Estados Unidos que en Europa, donde la laicidad es mayor. De media, las personas que responden no a la afirmación «Dios es importante en mi vida» son 3,5 puntos menos felices que aquellos que responden sí.

Por último, la salud es importante. La gente se adapta a algunos problemas de salud, pero el dolor crónico y la enfermedad mental son grandes fuentes de infelicidad que, según Layard, pueden evitarse en gran medida. Para las personas con problemas de salud mental aboga por la terapia cognitiva, que según él produce mejores resultados de autocuración que permitir a los freudianos hurgar en la infancia. En algunas circunstancias también recomienda el uso de medicamentos como el Prozac, e insta a que se promueva la investigación para obtener mejores fármacos con menos efectos secundarios. Layard no es el único que promueve la medicación para aliviar el sufrimiento mental. Carrie Fisher, la actriz que interpretó a la princesa Leia en la saga de *La guerra de las galaxias* y que fue una franca defensora de los pacientes con problemas de salud mental, hizo enterrar sus cenizas en una urna con forma de píldora Prozac.[247]

Layard está tan convencido de que los datos son sólidos que cree que las políticas gubernamentales deberían tener como objetivo la maximización de

la felicidad y no la maximización del crecimiento: «Sabemos que los factores significativos que de verdad influyen en la felicidad son la salud mental, que es enormemente importante, y la calidad de las relaciones en la familia, el trabajo y la comunidad».

«Deberíamos dedicar mucho más esfuerzo a enseñar a los padres cómo ser buenos padres, cómo evitar separarse si no quieren hacerlo, a ayudarlos con los problemas de comportamiento infantil, etcétera. Si así fuera, estas medidas serían prioritarias para el gasto público. Llegar más rápido de Londres a Liverpool no resultaría tan importante. Nunca verás ninguna diferencia en la felicidad nacional que esté relacionada con lo que se tarda en llegar de Londres a Liverpool.»[248]

De nuestra conversación surgen más recomendaciones interesantes, y a veces sorprendentes, sobre medidas políticas. Todas son fruto de la convicción de Layard de que la felicidad es tan importante como los ingresos.[249] Algunas de las ideas de Layard no están de moda porque no ponen tanto énfasis en el individualismo como en lo colectivo, como por ejemplo, en enseñar ética en la escuela. Él es consciente de que puede parecer un viejo anticuado remontándose a una época, previa a la televisión, en teoría más amable. Además, sus ideas son contradictorias porque, en lugar de procurar lo que nos hace felices, a menudo aboga por políticas públicas que contrarrestan lo que él considera nuestros impulsos autodestructivos. A veces, el Estado de Layard sabe lo que es mejor.

Una debilidad humana que se puede contrarrestar, sostiene, es la búsqueda de estatus, algo que la investigación afirma que está en nuestros genes. El estatus nos hace felices. Pero el problema, dice Layard, es que hay una determinada situación disponible. De modo que si yo soy el jefe tú no puedes serlo. Si a ti te ascienden, entonces yo tengo que perder por fuerza mi rango anterior. Él compara este fenómeno con la gente que se levanta de su asiento en un estadio de fútbol para ver mejor. Si yo me pongo de pie, tú tienes que levantarte y pronto todo el mundo estará de pie. Entonces la vista es la misma que antes, con la inconveniencia de tener que estar de pie para obtenerla. Este juego de suma cero del estatus no supera la prueba benthamiana de la felicidad máxima de una sociedad. Si no se vigila, nos condena a una carrera de ratas en busca de posición y a una pérdida general de felicidad.

¿Cómo podrían las políticas públicas abordar un deseo tan inherentemente humano? Layard utilizaría los impuestos. Argumenta que la gente busca su estatus, entre otros medios, a través del salario. La investigación sobre la felicidad muestra que, para quienes ya son ricos, un salario mayor no aporta mucha felicidad extra a sus beneficiarios, aunque conlleva más infelicidad para aquellos cuyos salarios, en comparación, se reducen. La solución de Layard es gravar con mayores impuestos los ingresos más altos, no solo por las habituales razones de redistribución, sino porque desincentiva lo que él considera la búsqueda adictiva, en última instancia inútil, de mayores ganancias. Nos acostumbramos con rapidez a unos ingresos mayores —y por lo tanto no somos más felices— aunque en el proceso hacemos que los demás se sientan más desgraciados. La búsqueda de reconocimiento a través del salario significa que trabajamos más de lo que haríamos de otra manera. En el proceso descuidamos algo que la investigación muestra que es importante para la felicidad: el tiempo que pasamos con la familia y con los amigos. Desde el punto de vista de la adicción, la búsqueda de un cierto nivel e ingresos es como fumar. «Por lo general, gravamos con impuestos los gastos que producen dependencia. Ponemos muchos impuestos a los cigarrillos, y con razón […]. No deberíamos dudar en gravar también otros gastos adictivos y perjudiciales para la salud.»[250]

Él gravaría o regularía todo aquello que redujera los niveles generales de felicidad, como fumar o la contaminación. Por ejemplo, seguiría el ejemplo sueco de prohibir la publicidad dirigida a los menores de doce años, con el argumento de que inculca deseos consumistas —y básicamente inútiles— en los impresionables jóvenes. La política francesa para el derecho a la desconexión de internet, según la cual las empresas no pueden suponer que los empleados que estén fuera de la oficina responderán al correo después de la jornada laboral, encaja más o menos en la misma filosofía que la legislación para promover la felicidad.

¿No afectarán al crecimiento estos impuestos al trabajo? Y qué, dice Layard. El objeto de la vida es la felicidad, no una noción abstracta del tamaño de la economía nacional. Él prefiere la redistribución, incluso aunque reduzca el total de la economía hasta el punto de dañar la felicidad agregada.

Layard sostiene que para los humanos la estabilidad es más importante de lo que piensan los economistas. Cita una investigación que muestra que la gente detesta la pérdida más de lo que desea una ganancia potencial, aproximadamente en una proporción de dos a uno. Si al lanzar una moneda al aire le preguntas a alguien cuánto necesitaría ganar para compensar la pérdida potencial de cien libras, una respuesta habitual es «alrededor de doscientas libras». Aunque un economista podría atribuir esto a la aversión al riesgo irracional, Layard cree que a los humanos no les gustan las pérdidas y los cambios abruptos. Él diseñaría las políticas públicas en consecuencia.

«El objetivo de las políticas públicas debería ser la felicidad y no el dinamismo», dice. Las continuas reorganizaciones del sector público para conseguir una supuesta eficiencia suelen conllevar más infelicidad que ganancias productivas. A los economistas les encanta la movilidad laboral, que en teoría mejora la eficiencia, pero no ven los costes invisibles de la alteración social, el aislamiento o el aumento de los delitos en áreas con una gran población temporal. «Un buen predictor de un índice de delitos bajo es el número de amigos que la gente tiene a una distancia de quince minutos andando».[251] La movilidad, como la contaminación, tiene costes ocultos. Los gobiernos deberían tenerlo en cuenta mediante impuestos o incentivando los trabajos locales.

A pesar de su tendencia hacia las políticas redistributivas o socialistas, la economía de la felicidad puede avanzar en direcciones menos predecibles. Puesto que la salud, en particular la salud mental, desempeña un papel tan importante en la felicidad de las personas, Layard argumenta que intentar solucionarla es más importante que tratar de acabar con la pobreza. Cita una investigación que sugiere que para un Gobierno sería dieciséis veces más barato aumentar la felicidad invirtiendo en mejores servicios de salud mental que conseguir el mismo impacto mediante el alivio de la pobreza. «Decir que la salud mental es un problema mayor que la pobreza enfada mucho a ciertas personas. Pero las pruebas son tan evidentes que tienes que decirlo.»

Mucho de lo que Layard describe suena familiar. Impuestos más altos, énfasis en la confianza social y un Estado que no teme intervenir. Se podría llamar un Estado niñera. O llamarse Escandinavia. A Layard no le incomoda ninguna sugerencia. De hecho, dice, Escandinavia ha sido mucho

más competente a la hora de promover lo que él considera unos valores más saludables y que mejoran la felicidad. Valores que no se basan demasiado en la supervivencia del más apto de Darwin o en la mano invisible de Smith, las dos doctrinas que, para Layard, sustentan las sociedades anglosajonas. Lo hacen, más bien, en un sentimiento de propósito común y esfuerzo compartido.

Cita un estudio en el que el 77 por ciento de los niños suecos de entre once y quince años mantuvo la siguiente afirmación: «La mayoría de los estudiantes de mi clase son amables y atentos». En Estados Unidos solo el 53 por ciento estuvo de acuerdo con esa declaración y en Reino Unido esa opinión únicamente fue compartida por el 43 por ciento. Reino Unido, al parecer, enseña bien a los niños cómo salir adelante. Suecia les enseña mejor a llevarse bien.

¿Quién podría estar en contra de la felicidad? Si medirla ayuda al Gobierno a diseñar mejores políticas, entonces, sin duda, deberíamos apoyarla. Un índice de felicidad podría incluso convertirse en un complemento corriente de nuestra medida de crecimiento estándar, si no en su sustituto. Sin embargo, antes de aferrarnos demasiado a la economía de la felicidad, debemos considerar algunas razones para el escepticismo.

Un problema en la manera de medir la felicidad es que se cuantifica en una escala finita. En uno de los métodos de encuesta que se usan habitualmente se pide a los participantes que califiquen su felicidad entre «nada feliz», con cero puntos, y «muy feliz», con tres puntos. Los ingresos, sin embargo, se miden en una escala abierta, puesto que en teoría pueden aumentar de manera indefinida. Así que, comparar una medida con la otra no tiene mucho sentido. «En Estados Unidos la gente no es más feliz, aunque las condiciones de vida se hayan más que duplicado», escribe Layard para el periodo que va desde 1950. Pero los niveles de felicidad no pueden haberse doblado debido a la forma en que se miden.

Tiene sentido medir la felicidad de esta forma. Es probable que la felicidad sea algo finito, que no puedes agregar de manera indefinida. Pero este hecho puede limitar su utilidad como herramienta para elaborar políticas. En Estados Unidos, las encuestas sobre felicidad que utilizan el método de las tres categorías normalmente dan un resultado en torno al 2,2.

Para que este mejorara de manera sustancial se necesitaría que, de repente, decenas de millones de personas pasaran de «no muy feliz» a «feliz», o de «feliz» a «muy feliz», algo que es poco probable. Esto hace complicado relacionar la felicidad con cualquier otra cosa, no solo con los ingresos. Por ejemplo, en Estados Unidos el gasto público casi se duplicó entre 1973 y 2004, incluso teniendo en cuenta la inflación. En Reino Unido aumentó un 60 por ciento en el mismo periodo. «Y sin embargo, en ambos países, la felicidad registrada aumentó apenas un 2 por ciento», escribe Paul Ormerod, un escéptico de la felicidad.[252] «Si tuviéramos que basarnos en los datos sobre felicidad para elaborar políticas, alguien se podría preguntar, con razón, qué sentido tienen todas esas escuelas y hospitales.» Solo merece la pena recopilar aquellos datos que puedan interpretarse con facilidad. Un conjunto de datos que no cambia durante cuarenta años no parece cumplir ese requisito. «Una cosa es valorar la felicidad; otra muy distinta es pretender que la felicidad de la sociedad en conjunto sea mensurable o que responda a la intervención de las políticas de una manera comprensible.»

Layard contesta que esto es demasiado simplista. Si se analizan los datos, la imagen que se obtiene es más sutil: unos mayores ingresos y gasto público han mejorado la felicidad hasta cierto punto, pero han sido contrarrestados por otros fenómenos como el deterioro de la confianza social, el estrés de la competitividad y el aumento de los delitos. La felicidad puede ser una medida imperfecta. Pero abandonarla sin más, en favor de la medida del crecimiento —que también dista de ser perfecta— es elegir la opción más fácil, aunque ilógica, «como buscar las llaves debajo de la farola porque es más fácil mirar allí». En cambio, «deberíamos buscar lo que queremos, donde sea que se encuentre».[253]

Además, un elemento de ingeniería social puede colarse rápidamente en la economía de la felicidad. La virtud de la renta es que puedes hacer con ella lo que quieras. Pero una vez comenzamos a tratar de descubrir qué hace feliz a la gente, no hay que forzar demasiado las cosas para imaginar un «nuevo mundo feliz» en el que los gobiernos indagan en la mente de las personas y las atiborran de drogas para asegurarse de que son felices y dóciles. De hecho, Layard escribe que, aunque la novela de Aldous Huxley pretendiera que su moderna distopía pareciese «repugnante y aterradora», las drogas que hacen que la gente se sienta mejor no son malas en sí mismas. «Si alguien descubre una droga de la felicidad sin efectos

secundarios, no tengo dudas de que la mayoría de nosotros la usaríamos a veces.»

Pero ¿de verdad queremos que el Estado nos guíe abiertamente hacia la dicha interior? O peor, ¿queremos que nos induzca, mediante incentivos invisibles —una prohibición publicitaria o un impuesto al mudarnos a una nueva ciudad para encontrar trabajo—, a tener un comportamiento «más feliz» o «más sensible»? No hace falta ser un libertario para ver en esto algo más que un recuerdo del Gran Hermano.

Es más, la investigación sobre la felicidad, aunque con frecuencia es promovida por economistas de izquierdas, a veces revela una visión del mundo bastante paternalista y conservadora. Las relaciones estables de matrimonio y la fe religiosa son dos elementos importantes que contribuyen al bienestar. ¿Deberíamos gravar el divorcio y subsidiar la asistencia a la iglesia? Se puede incluso entender que la literatura anima a la gente a estar satisfecha con lo que tiene, incluida su posición social, puesto que esforzarse de manera continua para conseguir un mejor nivel de vida es considerado una misión imposible y que destruye la felicidad. Eso suena a la vez paternalista y poco ambicioso. Como diría Donald Trump, «¿La felicidad? Triste».

Puedes incluso considerar que la búsqueda de la felicidad es un argumento contra la modernización o el desarrollo económico en general. Ahora es cuando volvemos a Bután, un pequeño país de solo ochocientos mil habitantes situado entre India y China. En 1972, el cuarto rey de Bután, Jigme Singye Wangchuck, entonces un monarca adolescente, hizo que su país fuera el primero del mundo en declarar la felicidad interior bruta, y no el producto interior bruto, como la principal orientación de sus políticas. El decreto, que muchos economistas del desarrollo aclamaron por su progresismo, se inspiraba en una antigua tradición nacional que enfatiza la felicidad. El código legal de Bután, que data de la unificación de 1729, establece que, «Si el Gobierno no puede crear felicidad (*dekid*) para su pueblo, no hay razón para que haya Gobierno».[254]

La felicidad interior bruta (FIB) es distinta del tipo de felicidad que se estudia en la mayor parte de la academia occidental. A diferencia de la clase de trabajo que hace Layard, la FIB no se centra principalmente en el

bienestar subjetivo o en la felicidad autoevaluada. En cambio, concibe una visión «objetiva» de la felicidad con matices budistas, categorizada en nueve dominios que forman la base del índice de la FIB (enumerados a continuación). También es diferente de la versión de la felicidad de Bentham, un fenómeno que puede detectarse sobre todo a través del placer y el dolor de un individuo.

En 2008, Jigme Thinley, el primer ministro de Bután elegido por primera vez en unas elecciones democráticas, dijo así: «Ahora hemos distinguida claramente la felicidad […] en la FIB de los efímeros estados de ánimo dichosos y placenteros que tan a menudo se asocian con ese término. Sabemos que no puede haber una felicidad verdadera y permanente mientras otros sufren, y que solo proviene de servir a los demás, vivir en armonía con la naturaleza y ser consciente de nuestra sabiduría innata y de la verdadera y brillante naturaleza de nuestras mentes».

El «Informe nacional sobre desarrollo humano» del Gobierno de Bután describe su objetivo en estos términos: «Bután pretende establecer una sociedad feliz, donde la gente esté a salvo, donde todo el mundo tenga garantizado un sustento decente y donde las personas disfruten de acceso universal a una buena educación y a asistencia sanitaria. Es una sociedad donde no se contamina ni se profana la naturaleza, donde no hay agresiones ni guerra, donde no hay desigualdades y donde cada día se fortalecen los valores culturales».

¿Demasiado bueno para ser verdad? Los componentes del índice son los siguientes:

1. Bienestar psicológico
2. Salud
3. Uso del tiempo
4. Educación
5. Diversidad cultural y resiliencia
6. Buen gobierno
7. Vitalidad de la comunidad
8. Diversidad ecológica y resiliencia
9. Condiciones de vida

La idea de basar las prioridades de Bután en estas áreas tiene como objetivo evitar la suerte de los países pobres que se han lanzado de cabeza al desarrollo. Aunque a veces el desarrollo rápido ha supuesto un crecimiento más alto y una economía más grande, demasiado a menudo los efectos secundarios han implicado barrios de chabolas, aislamiento social, una desigualdad descontrolada, la destrucción de bosques y ríos y la contaminación del aire, así como la pérdida de la herencia cultural e, incluso, de la identidad. Se supone que la FIB proporciona una orientación diferente al señalar una forma de desarrollo más moderada y respetuosa. Las políticas de planificación —incluida la construcción de presas o el desarrollo de la capital, Timbu— deben pasar una especie de evaluación de impacto de la FIB, del mismo modo que en otros lugares las propuestas están sujetas a estudios de impacto ambiental.

El desarrollo es realmente un asunto complicado. Hasta 1999 la televisión estuvo prohibida en Bután. Después de que fuera legalizada, los butaneses quedaron expuestos a lo que Layard llama la «habitual combinación de fútbol, violencia, infidelidades, publicidad de consumo, lucha y cosas similares». Lo siguiente es que ¡los pobres indefensos butaneses tendrán internet! Los resultados de tener televisión son predecibles: rupturas familiares, delincuencia, consumo de drogas y violencia en el patio de las escuelas. Sin embargo, es difícil saber qué hacer con esta información. Sin duda, es cierto que la exposición al mundo moderno, y a sus tentaciones, no siempre es la mejor receta para la satisfacción. Incluso si con demasiada frecuencia idealizamos el mundo premoderno —minimizando los inconvenientes del analfabetismo, la dominación masculina y la mala salud—, al menos debemos reconocer la posibilidad de que a veces la ignorancia pueda significar dicha. Pero esto llevado a las políticas públicas puede producir un peligro real de paternalismo o de claro autoritarismo.

¿Está funcionando? A fin de cuentas, Bután está sufriendo una dura transformación, dramática incluso para los estándares de lugares como India y China, que han experimentado enormes incrementos de riqueza. En una fecha tan reciente como 1953, Bután todavía era un país feudal. Su primer camino pavimentado se construyó en 1962. Ahora es una especie de democracia parlamentaria, con un primer ministro electo y un monarca constitucional. El rápido desarrollo ha venido inevitablemente acompañado

de algunos de los cambalaches habituales, donde carreteras y presas han arruinado bellezas naturales otrora vírgenes; personas que antes se contentaban con una vida de subsistencia se han convertido en infelices habitantes de las ciudades, donde se esfuerzan por llevar un estilo de vida moderno (y quizá inalcanzable).

«¿Quién quiere trabajar en una agricultura de subsistencia y levantarse a las cuatro de la mañana y acarrear agua si no es necesario?», le dijo a un periodista Paljor Dorji, un miembro de la familia real y consejero cercano, desde hacía mucho tiempo, del anterior rey. «Cuando educas a la gente ya nadie va a vivir la misma vida miserable que sus padres.»[255]

El desarrollo de Timbu está siendo controlado de manera estricta y el Gobierno ha procurado asegurar la adecuada provisión de carreteras, alcantarillado y escuelas. No se puede comparar la pequeña Timbu con una megalópolis en expansión como Bombay, una ciudad donde vive el equivalente a veinte veces la población de Bután, aunque como sabe cualquier visitante de ciudades menos planificadas en India, Indonesia o Filipinas, la afluencia incontrolada de personas puede representar terribles problemas urbanos de miseria, contaminación, atascos y enfermedades.

Por el contrario, la modernización de Bután está planeada y contenida. Si quieres construir en Timbu no puedes levantar una choza metálica y robar la electricidad de una torre cercana. Las construcciones deben incorporar elementos de la arquitectura tradicional butanesa, como tejados inclinados y ventanas características. Se anima mucho a la gente a vestir en público el traje nacional. Bután limita el número de turistas y, mediante unos requerimientos mínimos de gasto, se asegura que solo puedan visitarlo turistas selectos. «Timbu es una ciudad agradable para caminar, sin los caóticos laberintos presentes en muchas ciudades indias. Su gente es alegre, sus comerciantes carecen de la agresividad habitual del sur de Asia e incluso sus perros callejeros parecen inofensivos. No hay barrios marginales», escribe un reportero.[256]

Aun así, Bután no es Shangri-La. Es un país de ingresos medios-bajos, con una renta per cápita de poco más de ocho mil dólares, ajustada a precios locales.[257] Tiene unos niveles de alfabetización bajos, a pesar de la asociación entre felicidad y buena educación que establece su Gobierno; solo el 55 por ciento de las mujeres butanesas sabe leer y escribir. En Bangladés, que es mucho más pobre, el 58 por ciento de las mujeres están

alfabetizadas, mientras que Filipinas, que no es más rico que Bután, alcanza una tasa de alfabetización femenina aún mejor: el 97 por ciento.[258] Tampoco la prestación sanitaria de Bután es excepcional, de nuevo, a pesar de la atención que se presta a la salud en el Informe nacional sobre desarrollo humano. La esperanza de vida está justo por debajo de los setenta años, lo que sitúa Bután en el puesto 114.º del mundo. Se puede comparar con la esperanza de vida en Cuba, de setenta y nueve años (puesto 32.º), un país dedicado al comunismo y no a la felicidad, y los ochenta y un años de Chile (puesto 28.º), un Estado cuyo despegue inicial bajo un régimen autoritario fue diseñado por economistas de la Escuela de Chicago. Ni Fidel Castro ni Milton Friedman eran conocidos como el señor Feliz.

La dedicación de Bután a la preservación cultural es alabada con frecuencia. La cultura es considerada una fuente de identidad y una protección contra los aspectos más corrosivos de la modernización. En el dominio de la «diversidad cultural y la resiliencia», la FIB mide la fluidez en una lengua incluida en una docena de dialectos, el conocimiento y el interés de la gente en trece habilidades artesanales, como la forja y el bordado, y su devoción por algo llamado *Driglam Namzha*, o el camino de la armonía. Se espera que la gente de Bután participe en entre seis y doce días de actividades «socioculturales» al año. En 2010, solo un tercio de la población alcanzó el deseado umbral de seis días. (Alrededor del 15 por ciento dedicó trece días o más a estas actividades, pero no se menciona porque es considerado un exceso.)

Sin embargo, la idea de preservar la cultura esconde una multitud de pecados. No todos los aspectos de la cultura son igual de atractivos. La cultura puede significar que las mujeres deban conocer su lugar o que continúen con sus bordados en lugar de aprender a leer. En algunas partes de África, un índice que recompensa la preservación cultural otorgaría puntos por la mutilación genital femenina. En Bután, a veces la cultura ha significado pureza étnica. En la década de 1990 el Gobierno adoptó duras medidas contra la etnia nepalí, expulsando a decenas de miles de personas del país, en lo que algunos grupos de derechos humanos han llamado un «acto de limpieza étnica».[259]

Usando el criterio de Bután, en 2015 el 91,2 por ciento de su población era feliz, una mejora del 1,8 por ciento respecto de los resultados del ejercicio anterior, llevado a cabo en 2010.[260] Un análisis mostró que el

8,4 por ciento de los butaneses era «profundamente feliz», un 35 por ciento «considerablemente feliz» y el 47,9 por ciento «limitadamente feliz», lo que dejaba al 9 por ciento restante clasificado como «infeliz». Tanto los resultados como su mejora parecen una victoria para el Gobierno de Bután, aunque la interpretación que se haga de ellos depende por completo de si se está de acuerdo, o todo lo contrario, con lo que se mide. El hecho de que Bután no esté midiendo la felicidad en función de lo que cuentan los encuestados, sino de un revoltijo de indicadores determinados burocráticamente, debería hacernos reflexionar.

Es interesante que, cuando se trata del bienestar subjetivo formulado como en el Informe Mundial de la Felicidad, Bután obtiene una puntuación de 5,196 sobre 10. Esto la ubica en el 84.º lugar del mundo, justo detrás de China y por delante de Kirguistán. Llámame cínico, pero para tratarse de un país cuyas políticas públicas están dedicadas a aportar felicidad no me parece que suponga un éxito rotundo. Bután, por lo tanto, se ha convertido en un símbolo del debate sobre la felicidad, pero puede que se trate más de una distracción que de la útil herramienta de campaña que algunos de sus defensores parecen creer.

Es razonable que Bután trate de manejar el desarrollo de manera prudente y responsable. Si se dejan en manos de las fuerzas del mercado y los caprichos de la globalización, los países pobres que buscan superar la pobreza pueden experimentar dislocaciones violentas. Pero debemos reconocer las limitaciones del enfoque de Bután.

Quizá la economía de la felicidad tenga más que decir sobre los países ricos, donde la acumulación de ingresos siempre mayores puede que no sea la respuesta para todo. Seguramente Layard tiene razón en que las medidas de la felicidad señalan algunas cosas importantes, como la inutilidad de la búsqueda constante de estatus y dinero, la importancia de la comunidad y la sensación de seguridad y estabilidad. No hace falta considerar que las medidas de la felicidad son sagradas para ver que pueden aportar una perspectiva importante sobre áreas de las políticas que han sido descuidadas, como la depresión y el exceso de trabajo.

Sin embargo, cuando se trata de la felicidad autoevaluada hay una cosa cierta: los escandinavos están haciendo algo bien. Si lo que estás buscando es el bienestar subjetivo, entonces objetivamente deberías estar en Tromsø y no en Timbu.

# 13
## PIB 2.0

Si Simon Kuznets pudiera elegir dónde volver a nacer, bien podría elegir Maryland. El inventor del PIB tenía serias reservas sobre su medida de la actividad económica, que contabilizaba muchos «males» e ignoraba gran parte de aquello que hace que la vida merezca la pena. Kuznets pensaba que era una locura contar la contaminación, los desplazamientos al trabajo y la defensa militar como beneficios. Así, fue partidario de una medida que pudiera captar mejor algunas de las contribuciones intangibles al bienestar. Pero el PIB, nacido en tiempos de guerra y de recesión, adquirió vida propia. Cuando Kuznets murió, en 1985, el PIB se había convertido precisamente en lo que él había advertido: un indicador del bienestar y la síntesis de todo aquello a lo que se supone aspiramos como consumidores, productores, políticos, votantes y ciudadanos.

Si nuestra obsesión con el crecimiento representado por el PIB es el fruto accidental del trabajo de Kuznets, la alternativa de Maryland, el índice de progreso real (IPR), se acerca mucho más al espíritu del gran hombre. Podríamos llamarlo PIB 2.0. Maryland adoptó el IPR en 2010. No se inventó allí; su historia se remonta al menos hasta la década de 1970, cuando los economistas William Nordhaus y James Tobin empezaron a pensar en lo que llamaron una «medida del bienestar económico».[261] Usaron el PIB como medida base, añadieron «bienes» que antes eran invisibles, como el tiempo libre y el trabajo doméstico no remunerado, y restaron lo que con gracia llamaron desfavorables, entre ellos el tiempo de desplazamiento al trabajo, la contaminación y el gasto en la prevención del crimen.

Durante años, académicos y profesionales desarrollaron variaciones de esta invención. El IPR, que surgió del trabajo comenzado por el economista

ecologista Herman Daly, es una de las propuestas más perdurables de una confusa serie de intentos de ir más allá del PIB. Se puede pensar en esas medidas como en un producto interior neto. Recuerda que la B del producto interior bruto significa «bruto», es decir, que apenas tiene en cuenta la depreciación de los activos, en especial los naturales, y los efectos secundarios de la producción. Los distintos índices alternativos utilizan el PIB como punto de partida, sustraen los males y luego intentan obtener una cifra neta más razonable. Al igual que Niu Wenyuan, el padre del PIB verde en China, esperaban eliminar la capa superficial de la estadística económica favorita del siglo XX y descubrir algo más auténtico en su interior.

Martin O'Malley había sido alcalde de Baltimore durante ocho años, hasta que en 2007 fue elegido el 61.er gobernador de Maryland. Durante el tiempo que gobernó la ciudad «le interesaban mucho los datos», dice Sean McGuire, a quien O'Malley contrató para que cambiara la manera de medir el progreso en Maryland. «Realmente, él creía que los datos podían impulsar decisiones. Contar con las medidas y los grupos de datos específicos, y estar seguro de que esos grupos de datos describen lo que está pasando de verdad —y no lo que creemos que está pasando—, es realmente crucial.»

McGuire se ha interesado por las medidas económicas alternativas desde sus días como alumno de la Universidad de Maryland, donde estudió economía ecológica con Herman Daly. Cuando el gobernador O'Malley le pidió que creara una nueva medida, le estaba sacando partido a algo en lo que McGuire había pensado durante años. Su primera idea fue sugerir la medida favorita de las ya existentes: el índice del planeta feliz. «Es muy elegante, muy claro», se entusiasma McGuire. «Es tu felicidad, multiplicada por la cantidad de años que pasas en la Tierra y dividida por la huella ecológica.»

Pero había dos grandes problemas con el índice del planeta feliz. Uno era que Maryland no medía la felicidad ni la huella ecológica, lo que dejaba a McGuire con una escasísima cantidad de datos relevantes. El segundo problema era todavía más fundamental. «Nunca me había encontrado con un líder electo», dice McGuire, «que fuera capaz de decir "índice del planeta feliz" sin reírse». En el mundo real eso es importante. Ningún índice puede ser útil sin la credibilidad política y popular. Las medidas

tienen que ser tomadas en serio. Si el índice del planeta feliz fracasaba daría lugar a nefastos titulares en las noticias de la noche y sería tendencia en Twitter. Rodarían cabezas y los votantes considerarían expulsar a los líderes electos. Eso no iba a ocurrir. McGuire lo pensó durante cinco minutos y descartó la idea.

En ese momento recurrió al IPR, una medida con una trayectoria de cuarenta años, que se había probado de diversas maneras en países como Japón o Finlandia. El IPR, argumenta McGuire, no es tan radical. Es en realidad una versión refinada del PIB. El Departamento de Recursos Naturales de Maryland, que recopila el índice, constata que el IPR se elabora de acuerdo con tres principios básicos. El IPR se ajusta por la desigualdad en la renta, que se considera negativa. Incluye beneficios no procedentes del mercado, sino del medio ambiente (como los humedales) y de la sociedad (como el trabajo voluntario), y deduce elementos como los costes de la degradación ambiental, el gasto en la prevención de delitos y el seguro médico, también la pérdida de tiempo libre. En total, utiliza veintiséis indicadores, expresados en dólares, para obtener un único número similar al PIB. Los indicadores se dividen en las categorías económica, medioambiental y social como se muestra en la tabla 5.

McGuire dice que una de las ventajas del IPR era que Maryland podía recopilarlo sin recoger ninguna información nueva. «Estos datos se obtienen directamente de fuentes federales o ya los estábamos recopilando —afirma—. Son acres totales de bosques, acres totales de humedales, deuda, carreteras. De cada elemento, en los veintiséis indicadores que teníamos, ya estábamos haciendo un seguimiento. Así que ese fue otro gran logro. No hay nada nuevo aquí, chicos. Es tomar lo que ya estamos recogiendo y darle un formato algo nuevo.»

TABLA 5

| **Indicadores económicos** | **Indicadores medioambientales** | **Indicadores sociales** |
|---|---|---|
| Gastos de consumo personal | Coste de la contaminación del agua | Valor del trabajo doméstico |
| Desigualdad en la renta | Coste de la contaminación del aire | Coste de los cambios familiares |
| Consumo personal ajustado | Coste de la contaminación acústica | Coste de los delitos |

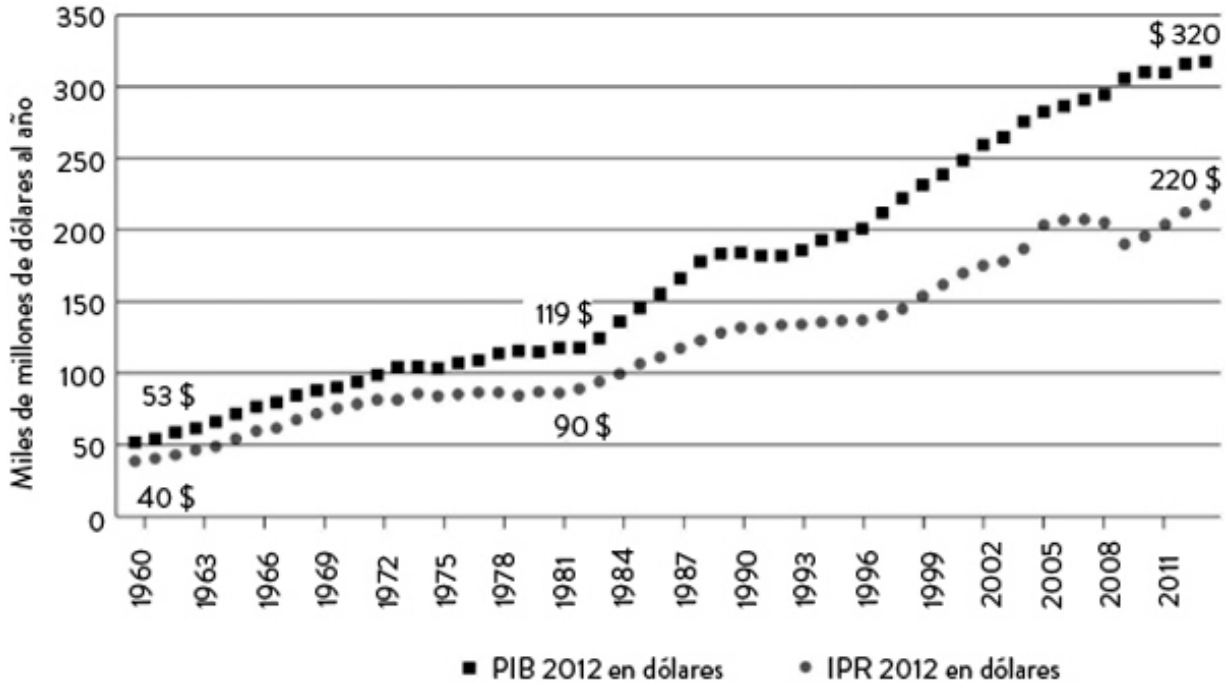
| Indicadores económicos | Indicadores medioambientales | Indicadores sociales |
|---|---|---|
| Servicios de los bienes de consumo duraderos | Coste del cambio neto de los humedales | Coste de la reducción de la contaminación personal |
| Coste de los bienes de consumo duraderos | Coste del cambio neto de las tierras de cultivo | Valor del trabajo voluntario |
| Coste del subempleo | Coste del cambio neto de la cubierta forestal | Coste de la pérdida de tiempo libre |
| Inversión neta de capital | Coste del cambio climático | Valor de la educación superior |
| | Coste del agotamiento del ozono | Servicios de carreteras y calles |
| | Coste del agotamiento de las fuentes de energía no renovables | Coste del desplazamiento al trabajo |
| | | Coste de los choques de vehículos motorizados |

McGuire consiguió financiación, contrató a un alumno en prácticas de la Universidad de Maryland y se puso a elaborar el primer IPR oficial a nivel estatal en la historia de Estados Unidos. Los dos empezaron a trabajar en febrero de 2009. En octubre habían analizado todos los números y estaban listos para dar a conocer sus hallazgos, junto con una nueva y elaborada página web. Debido a un retraso en los datos, el año más reciente para el que obtuvieron el IPR fue 2008. ¿Qué aprendieron sobre ese año?, le pregunto a McGuire. «Esa es una estupenda pregunta —responde—. No aprendimos nada.»

Al igual que el PIB, explica, el IPR es solo un número. Así que, por sí solo, no aporta demasiado. El truco es comparar el IPR de un año con otro. Por suerte, McGuire había sido capaz de trazar el IPR de Maryland desde 1960, y eso reveló bastante más. Medio siglo de datos demostraron con claridad algo que ya había surgido antes: mientras el PIB había continuado creciendo, el IPR se había estancado. Dicho de otra manera, a partir de un cierto nivel de renta, aumentar la actividad económica produjo rendimientos decrecientes o nulos. Hay una razón para esto. Puedes aumentar el PIB, por ejemplo construyendo en terrenos sin edificar o haciendo que la gente trabaje más horas, pero en el IPR el efecto positivo de una mayor producción económica es compensado por los efectos negativos de la destrucción de la naturaleza o la pérdida de tiempo libre.

Para explicar la lógica del IPR, la página web del departamento pone el ejemplo de la expansión económica resultante del «crecimiento explosivo de la expansión urbana descontrolada». Toda esa actividad en la construcción, los nuevos sistemas de alcantarillado, las recientes carreteras y los coches nuevos cuentan a favor del crecimiento, pero si este es descontrolado también se asocia con varios costes, como unos desplazamientos al trabajo más largos, la pérdida de la comunidad, la destrucción de áreas naturales y la contaminación del agua y del aire. «Que estemos intercambiando dinero dentro de la economía no significa necesariamente que seamos sostenibles o prósperos.» Es puro Kuznets.

GRÁFICO 2




Comparación del IPR y el producto interior bruto (PIB) de Maryland desde 1960

Desde entonces, McGuire se ha trasladado a Oregón, donde ayuda a ese estado a realizar un ejercicio similar. Así que llamé a Elliott Campbell, que le ha sucedido como responsable del IPR de Maryland. Empecé preguntándole algunos detalles más sobre la manera en que se recopila el IPR. En primer lugar, dice, empieza con el consumo. El IPR cuenta como

positivas todas las cosas por las que pagamos y que realmente queremos, como los alimentos que comemos, la casa en la que vivimos, nuestras vacaciones y actividades de ocio. «Si quieres gastar tu dinero en algo que contribuya a tu satisfacción, a tu utilidad económica —explica, invocando a Jeremy Bentham—, nosotros lo incluimos como algo positivo en el balance de los cálculos del IPR.»

Pero «si prefirieres no gastar tu dinero en algo, que es lo que calificamos como "gasto defensivo", eso se cuenta en la parte negativa del libro de contabilidad.» Así, el seguro sanitario, las cerraduras para tus puertas, los servicios legales, los costes de la pensión alimenticia y la manutención de los hijos (recuerda el impacto de la separación o el divorcio en la felicidad), el desperdicio de alimentos, el desperdicio de energía y el tabaco se restan. También se sustraen la «reducción de la contaminación», el dinero que los hogares y el Gobierno gastan para solucionar la contaminación acústica, por ejemplo instalando un doble acristalamiento, o en atenuar la contaminación del agua, por ejemplo instalando sistemas de filtración. En las medidas de crecimiento normales, que no distinguen entre el dinero gastado en una película o en pastillas contra el colesterol o en una alarma antirrobo, estos elementos se agregarían de manera indiscriminada.

Incluso en estos pocos años durante los que se ha recopilado, el IPR ha evolucionado en Maryland. En la actualidad, Maryland es capaz de utilizar los macrodatos para reflejar el estado real de los patrones de consumo en vez de, como antes, usar estimaciones extrapoladas de los datos nacionales. De igual manera, utiliza imágenes de satélite para calcular de forma más precisa la extensión de las reservas de bosques y humedales. Puede que durante décadas hayamos sabido que el crecimiento era una medida deficiente del bienestar, o incluso de la actividad del mercado, pero las nuevas tecnologías y la inteligencia de datos nos dan la oportunidad de mejorar nuestras métricas. «Sin duda, Kuznets reconoció las limitaciones del producto interior bruto —dice Campbell—. Creo que si hubiera tenido la clase de datos que hoy están disponibles, habría desarrollado el IPR.»

El hecho de que Maryland no tenga que realizar encuestas especiales para calcular el IPR muestra algo importante. No se trata de que ya no poseamos toneladas de información valiosa en nuestras declaraciones de la renta nacional, que nos dicen qué determina el comportamiento de nuestras sociedades y qué las hace enfermar. El problema es que optamos por no

enfatizar gran parte de esa información. Una de las razones es que el aumento extraordinario del PIB se ha convertido en la condición *sine qua non* del éxito económico, tan importante que eclipsa la mayoría de los números que en la jerarquía se encuentran por debajo. Muchos datos importantes permanecen ocultos, escondidos en informes oficiales o enterrados entre un lío de números en hojas de cálculo electrónicas.

Si, como sociedades, nuestro objetivo es maximizar el crecimiento, argumenta McGuire, entonces la pregunta siempre será ¿qué debemos abandonar para conseguirlo: tiempo libre, espacios verdes, seguridad laboral, normativas de incendio y medioambientales, servicios públicos? «En esencia, siempre formulamos la pregunta: "¿Cuánto podemos sacrificar para obtener beneficios económicos?" —dice McGuire— y nunca: "¿Cuántos beneficios económicos estamos dispuestos a sacrificar para garantizar que nuestro medio ambiente y nuestra salud estén en lo más alto?".»

McGuire recuerda que la primera vez que propuso la idea del IPR para Maryland alguien del estado —una persona a la que alegremente describe como «un tarado de derechas»— le acusó de estar tirando a la basura sus medidas favoritas. «Dijo que el IPR era "una tabla güija y unos dados para apostar". Nada diferente a una serie aleatoria de números. Eso se me ha quedado grabado.» McGuire discute con firmeza esa interpretación. Él cogió el IPR tal como lo encontró, dice, e hizo los mínimos ajustes para adaptarlo a las circunstancias de Maryland. Para McGuire, el IPR es un índice que está disponible y tiene una historia respetada. Y, sin embargo, el tarado de derechas tenía razón en una cosa, algo que debemos considerar con cuidado al sopesar las ventajas y desventajas de los índices. Lo cierto es que en un índice puedes incluir casi cualquier cosa que te apetezca. Es lo que Hans Rosling, el estadístico sueco, llamaba el «PIB en la era de Excel».

En el IPR casi todo es un juicio de valor. La bebida es un ejemplo. El alcohol con moderación se cuenta como un gasto positivo. ¿A quién no le apetece un vaso de vino tinto o una cerveza después del trabajo? Pero cualquier cosa por encima de lo considerado como consumo responsable se deduce del IPR, que resta el dinero gastado en «consumo de alcohol compulsivo». Parece que la investigación académica considera que el 25

por ciento del consumo total de alcohol es consumo compulsivo, de modo que, en vez de sumar, esta parte se resta del IPR. Dependiendo de tus ideas políticas, quizá consideres que los juicios de valor subyacentes en el IPR son claramente prudentes. Los cigarrillos y la destrucción de los humedales: malo. La propiedad de la vivienda, el equilibrio entre la vida laboral y la familiar y el aire limpio: bueno. Pero debemos reconocer que son juicios subjetivos. Por ejemplo, el IPR cuenta el tiempo que pasas en el coche como perdido, porque podrías estar en casa jugando con tus hijos. Sin embargo, a mi podría encantarme conducir y odiar pasar tiempo con mocosos, incluso aunque sean los míos.

El IPR considera que si te emborrachas tontamente estás restando bienestar a la sociedad. Quizá yo encuentre consuelo en la botella y crea que no es asunto del Gobierno en qué me gasto el dinero, aunque sea en grandes cantidades de vodka. El IPR dice que la desigualdad es mala porque la investigación muestra que las sociedades desiguales son menos felices. Pero se podría defender la desigualdad, como hace mucha gente, como algo necesario para penalizar la pereza y recompensar a quienes trabajan mucho y tienen nuevas ideas. Puede que pienses que el énfasis del IPR en preservar el medio ambiente es perfectamente racional. Y considerar al mismo tiempo que la extinción de un extraño escarabajo o de la curruca zarcerilla es pagar un precio aceptable por tener una pantalla de televisor más grande y más dinero en el fondo fiduciario para la universidad de tus hijos.

El caso es que los índices son autorreferenciales. Envían las señales que tú quieres que manden. Incluyes en ellos lo que crees que es importante y el índice te dice qué tal lo estás haciendo. Por ejemplo, los países escandinavos normalmente se encuentran en la parte superior de la clasificación del índice de desarrollo humano (IDH). Eso, afirma un crítico, es «porque el IDH es en esencia una medida de lo escandinavo que es tu país».

En la búsqueda de un sustituto —o de un complemento útil— para el PIB, es importante reconocer este problema básico de los índices compuestos.

El hombre al que se le ocurrió esta frase desdeñosa sobre Escandinavia es Bryan Caplan, un profesor de economía de la Universidad George Mason, en Virginia. No estaba criticando los veintiséis componentes del IPR, sino

el índice de desarrollo humano, que tiene tres componentes y es mucho más simple. El IDH fue uno de los primeros intentos serios de crear una alternativa al PIB. Es una creación de Mahbub ul Haq, un economista del desarrollo pakistaní, que una vez escribió sobre el PIB: «Cualquier medida que valore cientos de veces más una pistola que una botella de leche seguramente despertará serias preguntas sobre su relevancia para el desarrollo humano». El índice de Haq, que este elaboró junto a Amartya Sen, se presentó en 1990. Era la simplicidad misma y se obtenía combinando tres elementos: la renta, la alfabetización y la longevidad. Aunque desde entonces se ha modificado para incluir una medida de desigualdad, la premisa básica sigue siendo la misma. La renta se mide mediante el PIB per cápita ajustado al coste de la vida; la longevidad es la esperanza de vida al nacer; y la educación es una combinación de la alfabetización y el número de inscritos en la escuela y la universidad.

La siguiente es una lista de los países situados en lo más alto de la clasificación del IDH, comparada con los ubicados en los puestos superiores según el PIB per cápita. Hay que tener en cuenta que esta es la situación para 2015. Los países y las cifras varían sustancialmente de año en año, en especial por el PIB per cápita.

De los diez países con un PIB convencional más alto, solo tres —Noruega, Irlanda y Suiza— están entre los diez primeros del IDH. Los otros siete no son tan capaces de convertir los ingresos en salud y educación. Por otro lado, Estados Unidos no está entre los diez primeros según el PIB per cápita, pero sí según el IDH.

TABLA 6

| **Clasificación** | **Por IDH** | **Por PIB per cápita** |
|---|---|---|
| 1 | Noruega | Catar |
| 2 | Australia | Luxemburgo |
| 3 | Suiza | Singapur |
| 4 | Dinamarca | Brunéi |
| 5 | Países Bajos | Kuwait |
| 6 | Alemania | Noruega |
| 7 | Irlanda | Emiratos Árabes Unidos |
| 8 | Estados Unidos | Irlanda |
| 9 | Canadá | San Marino |
| 10 | Nueva Zelanda | Suiza |

A primera vista, en el IDH no hay mucho que objetar. A este autor le gusta bastante como medida más completa que nuestro tradicional indicador de crecimiento. Y, sin embargo, la crítica de Caplan es a la vez calculada e incisiva. A cada uno de sus tres elementos —renta, esperanza de vida y educación— se le otorga una puntuación entre 0 y 1, advierte Caplan, siendo 1 la máxima. «En la práctica, esto significa que un país de inmortales, con un PIB per cápita infinito, obtendría una puntuación de 0,666 (menor que la de Sudáfrica y Tayikistán) si su población fuera analfabeta y no asistiera nunca a la escuela», dice con ironía. Es más, para conseguir un 1 en educación, un país tendría que convertir a todos sus habitantes en estudiantes permanentes, lo cual no es una consecuencia necesariamente deseable. (¿Quién les enseñaría?) Por otro lado, en teoría la renta podría seguir subiendo; sin embargo, en los países ricos ya está cerca de su límite superior de 1, y no deja mucho margen para la mejora. Esto se debe a que, cuando crearon la medida, Haq y su colega no pensaron que los ingresos fueran importantes por encima de determinado nivel. De modo que, como otros índices, el IDH te dice lo que quieres oír. «El problema fundamental del IDH —escribe Caplan—, es la falta de ambición. De hecho, proclama un "fin de la historia" donde Escandinavia es la cumbre del logro humano.»[262]

Aun así, los índices tienen su lugar. Las medidas son herramientas poderosas. Si contabilizamos algo que consideramos positivo, los políticos adoptarán políticas diseñadas para maximizar esa determinada variable, sea cual sea: una renta más alta, aire más limpio o mayor consumo de dónuts. Resulta muy poderoso. Significa que unas medidas «mejores» tienen la capacidad de producir sociedades «mejores». Si quieres parecerte a Escandinavia —y las medidas sobre felicidad sugieren que hay peores modelos en los que fijarse—, diseñar un índice que señale lo escandinavo que eres quizá sea una de las mejores formas de empezar.

Por supuesto, no todos los países quieren ser como Noruega y como Suecia. Si Barbados midiera las horas pasadas en las pistas de esquí podría no tener las suficientes. Pero es presumible que cualquier país quiera ser una versión mejorada de sí mismo. Tampoco debemos olvidar que el PIB tiene un sistema de valores oculto. Mide la capacidad de una economía para maximizar la actividad, sin importar el coste de la destrucción

medioambiental o de la alteración social. Podríamos decir que el PIB es una medida de lo china que es tu economía.

De igual manera, podrías considerar que el IPR intenta conformar los países según la concepción del economista ecológico Herman Daly, que defiende lo que él llama una economía de «estado estable», que minimiza o incluso elimina el crecimiento tal como ha sido medido convencionalmente. McGuire prefiere ver el IPR como una herramienta para evidenciar las contrapartidas: «Cuando destruyes un humedal para construir un pequeño supermercado, eso tiene un coste. No me decanto por el IPR en sí, pero es una forma de decir que si valoramos algo, ¿cuánto estamos dispuestos a hacer para preservarlo? Y si eso significara que, para mantener todas las cosas que nos importan, el PIB creciera solo un 1,5 por ciento, ¿estamos dispuestos a aceptarlo?» No hay, dice, «ningún sistema en el mundo que pueda crecer al 3 por ciento de manera indefinida».

El IPR sustrae las externalidades negativas: la contaminación del aire, la contaminación del agua y la pérdida de bosques, tierras de cultivo y humedales. De igual manera, añade externalidades positivas, como los beneficios ocultos de una investigación o la mejora de la salud mental y física de una comunidad como resultado de la instalación de una piscina pública. En cierto momento, el gobernador O'Malley promovió una política para duplicar el número de pasajeros que usaban el transporte público. «Pasé las cifras por la trituradora del IPR», recuerda McGuire. «Podía hacer un análisis de la política con las cifras actuales y mostrar que sí, que, en conjunto, los contribuyentes realmente se están beneficiando de ella. Quizá se gaste un poco más en los autobuses públicos y cosas así, pero cuando cuentas los beneficios en términos del coste de los desplazamientos al trabajo, el tiempo libre, la contaminación provocada por los coches y el uso de recursos no renovables […] se convierte en una venta fácil.»

Además de ser una herramienta útil para hacer políticas, dice McGuire, el IPR ha demostrado ser más sensible que el PIB a las condiciones económicas reales. Cita cifras de 2009, el año en que el impacto de la crisis financiera se propagó por la economía estadounidense con efectos devastadores. Sin embargo, el producto estatal bruto de Maryland (el equivalente del estado al PIB) creció ese año un 3,8 por ciento. En una nota a su jefe de departamento, McGuire escribió que eso era «casi inverosímil», dadas las dificultades económicas reales que la gente del estado estaba

sufriendo. Por el contrario, el IPR para ese año descendió un 6,3 por ciento. Eso suponía una amplia brecha de diez puntos porcentuales con el PIB. Una de las razones por las que el IPR reflejaba de forma «más precisa» lo que estaba pasando en realidad, dice, es que recogió cómo la inversión de capital neta se desplomó de nueve mil millones de dólares en 2008 a menos de mil millones en 2009, cuando el estado pasó a restringir radicalmente el gasto.[263] El IPR también fue más sensible al desempleo y al subempleo, puesto que incluyó a personas que tenían un trabajo a tiempo parcial pero querían uno a tiempo completo y a quienes habían abandonado la búsqueda de empleo porque sus perspectivas laborales eran pésimas.

La ponderación y los juicios de valor no son los únicos problemas potenciales de un índice como el IPR. Como está expresado en dólares, se encuentra con las mismas dificultades que vimos en el capítulo sobre el capital natural. «Odio esto de adjudicar un valor monetario a la contaminación del aire para que podamos contemplar una puesta de sol o ver las montañas», dice McGuire. «Es descorazonador.» Cuando empezó a calcular el coste de los humedales, los bosques y los espacios verdes de Maryland, comenta, «pensaba: "esto no mola demasiado"». Pero, concluyó, en el mundo real de la elaboración de políticas «los números son importantes y el dinero lo es aún más. La gente dice: "¿Cómo le pones un precio a lo que es incalculable?" Pero si no lo haces, lo que consigues es lo que estamos haciendo ahora: sacrificar nuestra salud y nuestro medio ambiente para obtener beneficios económicos».

McGuire compara el IPR con el control de la realidad presupuestaria, en el que el presupuesto son el aire limpio, el agua limpia y el tiempo libre, así como los dólares y centavos. «Soy un empleado del condado. No puedo salir y comprar un Ferrari todos los días. No estoy fabricando los dólares —dice para explicar los límites presupuestarios—. Si queremos tener crecimiento económico, eso es genial. Simplemente, estemos seguros de que nos lo podemos permitir.»

Si el inconveniente de un índice es que puedes poner en él lo que quieras, eso también constituye una ventaja. Canadá ha llevado esta idea al extremo al preguntar —espérate— a los canadienses qué quieren que se mida. El índice de bienestar canadiense tiene origen en grupos de debate llevados a

cabo en todo el país a principios de la década de 2000. Bryan Smale, un profesor de la Universidad de Waterloo, en Ontario, y director del índice, dice: «Los grupos de debate se organizaron en torno a una cuestión bastante sencilla: "¿Qué te importa? ¿Qué hace que tu vida sea buena?"».[264] El índice no trataba de hacer Canadá más escandinava. Se trataba de tomar los valores canadienses y mejorar lo que el país ya tenía: en resumen, hacerlo más canadiense.

En los grupos de debate, que se dirigieron a una muestra de la sociedad de diferentes generaciones y afiliaciones políticas, los canadienses fueron notablemente coherentes sobre aquello que valoraban: la educación primaria y secundaria, el acceso a la atención sanitaria, un medio ambiente saludable, aire y agua limpios, programas sociales, una fiscalidad responsable (lo que sea que eso signifique), seguridad y protección pública, seguridad laboral, oportunidades de empleo, un salario digno, equilibrio entre la vida laboral y la privada y participación cívica. Con esto se formó la base de los ocho «dominios» medidos en el índice, que son: vitalidad comunitaria, compromiso democrático, educación, medio ambiente, poblaciones sanas, ocio y cultura, condiciones de vida y uso del tiempo.

A partir de ahí, los administradores del índice identificaron grupos de datos fiables —Smale los llama «canarios en la mina»— para cada dominio. En total hay sesenta y cuatro indicadores diseñados para medir el progreso y dar la alarma si se produce una disminución de la calidad de vida en un área determinada. «El verdadero asunto era: ¿podemos encontrar datos que sean válidos y fiables, recogidos de manera sistemática conforme avanza el tiempo, que podamos seguir para ver si estamos o no haciendo progresos? Por ejemplo, con el dominio de poblaciones sanas controlamos la incidencia de la diabetes. El motivo es que, dependiendo de lo extendida y severa que sea la incidencia de la diabetes, es un marcador de otros problemas de salud, como dolencias cardiacas, obesidad, etcétera.»

Adjudicar un peso a cada uno de los sesenta y cuatro indicadores es «algo con lo que hemos tenido dificultades», admite Smale. ¿Cómo puedes adjudicar un peso a los niveles de deuda pública frente a, por ejemplo, el número de horas que los niños pasan viendo la tele?[265] Está claro que no puedes, pero lo que puedes hacer es recoger indicadores que sean «procesables». Con eso, Smale quiere decir que sean indicadores que midan «la clase de cosas a las que la gente le puede hincar el diente y decir "Esto

es lo que está pasando con respecto a, por ejemplo, las emisiones de gases de efecto invernadero. Esto es lo que está pasando con respecto al tiempo que la gente pasa con sus amigos"».

Además de aportar datos sólidos, dice, el índice ha sido un «gran arranque de conversaciones. Las personas se distancian un poco y se preguntan: "¿Cómo está nuestro bienestar? ¿Qué no estamos haciendo que deberíamos estar haciendo? ¿Cómo se compara esto con el progreso en la economía?"». La gente, dice, sigue escuchando que la economía se está recuperando bien de la recesión, pero ve que el bienestar no. Eso le lleva a cuestionar «¿Qué está pasando?».

El 2016, el índice de bienestar canadiense descubrió que la brecha entre el bienestar y el PIB, que ya era grande, se había ampliado después de la crisis financiera de 2008. «En 2007, la brecha entre el PIB y el índice de bienestar canadiense era del 22 por ciento. En 2010 la brecha había aumentado hasta el 24,5 por ciento y en 2014 había saltado hasta el 28,1 por ciento.» ¿Por qué? Una razón era que, como en Maryland, la recuperación de la recesión de 2008 produjo crecimiento pero no buenos trabajos. De modo que las medidas de seguridad laboral cayeron, mientras aumentaban las de desigualdad. La calidad del «ocio y la cultura» también cayó bruscamente cuando los canadienses tuvieron que trabajar más para llegar a fin de mes, se tomaron menos tiempo libre del trabajo, participaron menos en actividades de voluntariado y artísticas y se cogieron menos vacaciones. En el lado positivo, la calidad de la educación se mantuvo al ritmo de la actividad económica y las comunidades permanecieron fuertes. En las cifras de crecimiento oficial, el simple hecho de la recuperación económica ocultó estos detalles.[266]

Este ejercicio, dice Smale, ha aumentado la conciencia acerca de las políticas públicas. Mientras el PIB es un «espejo retrovisor» que te cuenta cómo fue el año pasado, el índice de bienestar es una medida del tipo de sociedad que Canadá quiere tener. «Considera lo que la gente ha dicho que es importante para ella. Si queremos ser ambiciosos sobre adónde llegar como sociedad, como país, el índice pregunta dónde queremos poner nuestro énfasis y aumentar el bienestar en una miríada de áreas diferentes.»

Smale no afirma que el índice, a pesar de su popularidad, haya tenido un impacto perceptible en las políticas nacionales. «Creo, ingenuamente, que hace unos años habría pensado, "Eh, cuando presentemos esto

verdaderamente vamos a tener cierta influencia sobre el cambio en el país". Ahora me he dado cuenta de que esto ocurre a largo plazo —dice—. Algunas personas han sugerido que estamos tratando de reemplazar el PIB. No es así. Estamos tratando de ampliar la conversación.»

# 14
## LA CONCLUSIÓN DEL CRECIMIENTO

El talento del PIB es que, de alguna manera, consigue concentrar toda la actividad humana en un único número. Sería algo así como embutir una gran rana en una pequeña caja de cerillas. Con todo, en el mejor de los casos, el PIB es un conocimiento inteligente y útil. Proporciona una instantánea de cierta versión de la realidad, una cifra a partir de la cual quienes elaboran políticas pueden actuar. Pero si la belleza del PIB está en la agregación, ese es también su mayor defecto. Ningún número puede captar todo lo que merece la pena conocer en la vida, ni aunque seas un economista.

Podría pensarse en él como en el salpicadero de un coche. Tiene un indicador del combustible que te dice cuánta gasolina te queda en el depósito y un velocímetro que marca la velocidad a la que vas. Quizá haya otro dispositivo que te anuncie la música que está sonando. Los tres te aportan valiosos retazos de información. Sin embargo, no puedes combinarlos en un único número que contribuya a algo significativo. Están en dimensiones diferentes.[267]

Para crear un número único es necesario medir siempre en la misma unidad, lo que en economía significa convertirlo a dólares y céntimos. Cuando se trata de algo difícil de valorar monetariamente —por ejemplo, el trabajo voluntario, la esperanza de vida, el aire limpio o el sentimiento de comunidad— debes encontrar la manera de atribuirle una cantidad de dólares u olvidarte de ello. La idea de que se puede poner precio a todas las cosas surge en parte del trabajo de Jeremy Bentham, el hombre cuya desaparecida cabeza, recordarás, vale diez libras. La teoría de la utilidad marginal, uno de los fundamentos de la economía moderna, establece que el precio de un bien o un servicio refleja la satisfacción adicional obtenida al

consumir una unidad extra de ese producto. Es este reduccionismo el que permite a los economistas convertirlo todo en complicados modelos matemáticos con los que, en ocasiones, es fácil perderse.

Pero los precios no sirven como único indicador, lo cual significa que mucho de lo que nos importa como seres humanos, o se deja fuera de los cálculos económicos o se convierte, utilizando algún truco, en una cantidad de dólares que sí puede ser incluida. ¿Qué ocurre con los otros aspectos? En vez de agregar todo, una solución es hacer lo contrario, es decir, desagregar. [268] Puede parecer un paso retrógrado, como desinventar la rueda. Si el PIB era un invento inteligente —y lo es—, entonces ¿por qué diablos deberíamos empezar a dejarlo de lado? Si no te gusta la idea de descartar la rueda, piénsalo de esta manera: ¿qué tal liberar a la rana de la caja de cerillas?

El problema con el crecimiento, tal como lo mide el PIB, es que se ha convertido en el señor supremo de las medidas. Es *el* número que usamos para definir el éxito. Por supuesto, los economistas y quienes elaboran las políticas consideran multitud de datos —desempleo, inflación, exportaciones netas, ventas minoristas, precio de la vivienda y salarios— para elaborar sus modelos y predicciones; Alan Greenspan, el antiguo presidente de la Reserva Federal, solía examinar las ventas de ropa interior masculina como indicador de la actividad económica. Pero en el discurso popular, el PIB es el rey. Recuerda: crecimiento económico es sinónimo de PIB. Para probar la supremacía del PIB solo tienes que imaginar a un político diciendo lo siguiente: «Propongo reducir nuestra economía a cambio de X». Nadie que aspire a un cargo electo diría algo así, independientemente de lo que sea X: viviendas públicas ignífugas, una sociedad más justa, una semana laboral de dos días, pizza gratis. En el discurso político moderno, la idea de no maximizar el crecimiento se ha vuelto casi impensable, porque el crecimiento se ha convertido, sin apenas darnos cuenta, en lo único que importa.

Este libro no apuesta —como hacen otros— por dejar de lado el PIB. Aunque tiene fallos, es una medida poderosa y una herramienta útil para elaborar políticas. Hay quien señala correctamente que a menudo el crecimiento económico está relacionado con aquello que nos importa —la

educación, la salud, la libertad para elegir cómo vivir—, porque unos ingresos más altos y una base imponible mayor pueden proporcionar los recursos para pagar esas cosas. En general, los países más ricos sirven a sus ciudadanos mejor que los pobres, en la medida en que estén organizados de manera adecuada y tengan instituciones democráticas y sólidas que presionen en favor de la justicia y la igualdad ante la ley.[269]

Pero este libro sostiene dos cosas con firmeza. La primera es sencilla y está casi al alcance de cualquier lector. Llamémosla escepticismo. Cualquiera que haya leído este libro —si has llegado hasta aquí, gracias— debería tener una mejor comprensión de qué son capaces de captar nuestras estadísticas de crecimiento, y qué no. Lo que incluyen, y que podría sostenerse que no debiera estar: la contaminación, los delitos, los largos desplazamientos al trabajo, los misiles, las jornadas laborales interminables. Y lo que no incluyen, y que podría sostenerse que debiera estar: los empleos de calidad, los espacios verdes, una atención sanitaria decente, cualquier medida de sostenibilidad. Así que la próxima vez que escuches que la economía ha crecido tal o cual, vale la pena sonreír y reflexionar sobre la limitada naturaleza de esa información, así como sobre la naturaleza abstracta de la economía que describe.

Yo diría que el escepticismo es valioso en sí mismo. Después de todo, como periodista he hecho de él una profesión. Pero solo te lleva hasta cierto punto. Decir simplemente «no creo en este número» es una forma un tanto nihilista de mirar al mundo. Lo que me lleva al segundo argumento de este libro y a la pregunta que siempre surge en cualquier discusión sobre el crecimiento y el PIB: «¿Por qué lo sustituirías?». Ninguna de las alternativas es lo suficientemente sólida y amplia para reemplazar por completo el PIB, de modo que la respuesta es la siguiente: en vez de sustituirlo, deberíamos añadirle elementos para que pudiéramos conformar una visión de nuestro mundo más matizada.

Como pertenezco a la generación de la televisión, me lo imagino de la siguiente manera: si pongo las noticias de la noche y el presentador, con voz grave, anuncia en titulares cinco o seis cifras, ¿cuáles deberíamos seleccionar? O si te llegan al móvil alertas de las noticias económicas, ¿cuáles son las cifras sin las que realmente no podrías vivir? La idea es que las medidas en cuestión deben decirnos algo importante. Nosotros, el

público, deberíamos estar comprometidos con ellas del mismo modo que lo estamos con el crecimiento medido por el PIB. ¿Qué números dan la talla?

Aquí hay algunas sugerencias.

### PIB PER CÁPITA

Este es tan obvio que resulta casi bochornoso mencionarlo a estas alturas. Un ajuste asombrosamente fácil que se puede hacer al PIB es convertirlo en una cifra per cápita al dividirlo entre el número de personas del país. Sin embargo, rara vez se hace, al menos no en el discurso público normal. Demasiado a menudo el crecimiento se expresa en términos absolutos, sin tener en cuenta el crecimiento de la población.

Si tu índice de crecimiento es del 2 por ciento, pero tu población también está creciendo al 2 por ciento, desde el punto de vista per cápita no estás yendo a ningún lado. Con frecuencia los inversores se entusiasman con los índices de crecimiento de algunos países en desarrollo, y olvidan que en gran parte estos son el resultado de unos altos índices de natalidad. La forma más sencilla de aumentar el tamaño de una economía es añadir gente. Si Donald Trump quiere un 3 por ciento de crecimiento, es muy fácil de conseguir: lo que tiene que hacer es tirar ese muro no construido e invitar cada año a diez millones de personas a Estados Unidos. Pero lo que él realmente quiere es un *crecimiento per cápita* del 3 por ciento, que es otra cosa —mucho más complicada de conseguir.

Los economistas se esfuerzan para concebir la manera en que un país pueda progresar sin estar añadiendo siempre gente a su mano de obra. Por eso muchos hablan de Japón, cuya población se reduce de manera moderada y tiene un índice de crecimiento per cápita positivo, como si estuviera en una «espiral de muerte demográfica».[270] Los economistas están tan aferrados a la idea de que la economía no debe dejar de crecer que les resulta difícil romper la lógica de «añadir gente». Si Thomas Malthus pensaba que la existencia de cada vez más personas significaría la muerte de la civilización humana, los economistas modernos piensan lo contrario.

### TABLA 7

Los diez países con mayor PIB (paridad de poder adquisitivo) per cápita en 2015, publicado por el FMI

| País | PIB (PPA) per cápita ($) |
|---|---|
| Catar | 132.870 |
| Luxemburgo | 99.506 |
| Singapur | 85.382 |
| Brunéi | 79.508 |
| Kuwait | 70.542 |
| Noruega | 68.591 |
| Emiratos Árabes Unidos | 67.217 |
| Irlanda | 65.806 |
| San Marino | 62.938 |
| Suiza | 58.647 |

Los nueve países con menor PIB

| País | PIB (PPA) per cápita ($) |
|---|---|
| Eritrea | 1.300 |
| Guinea | 1.238 |
| Mozambique | 1.192 |
| Malaui | 1.126 |
| Níger | 1.077 |
| Liberia | 875 |
| Burundi | 831 |
| República Democrática del Congo | 767 |
| República Centroafricana | 628 |

Así que, a menos que creamos que la población mundial seguirá aumentando de manera indefinida, debemos comenzar a imaginar un mundo en el que la economía finalmente deje de expandirse, al menos en los países ricos y maduros.[271] Lo cual no significa que la renta per cápita tenga que dejar de aumentar. Y eso es lo que en última instancia cuenta. Que el crecimiento se exprese per cápita es un paso pequeño pero importante para situar a las personas —y no una noción abstracta de la economía— en el centro de la elaboración de nuestras políticas.

RENTA MEDIANA

Esta medida es mejor que el PIB per cápita. Tiene una ventaja grande y una pequeña. La grande es que es una mediana y no una media. La media es un promedio, pero la gente a menudo malinterpreta lo que implica. En una sociedad compuesta por cuatro personas y con una renta total de cien, si una persona gana el total de los ingresos y las otras no ganan nada, entonces la renta media es de veinticinco. Keith Fray, el responsable de estadística de *The Financial Times*, cuenta un chiste en sus presentaciones al personal. «Bill Gates entra en un bar. De media, en la habitación todos son milmillonarios.» Me reí a carcajadas cuando lo oí, pero así soy yo. La «gracia» (¡ah, los estadísticos!) viene de que la media no es más que la suma total dividida por el número de personas, en este caso las que están en el bar. Puede dar una idea distorsionada de lo que creemos que es habitual, porque no aporta ninguna información sobre cómo se distribuye la renta. A medida que nuestras sociedades se hacen más desiguales, este problema es cada vez mayor.[272]

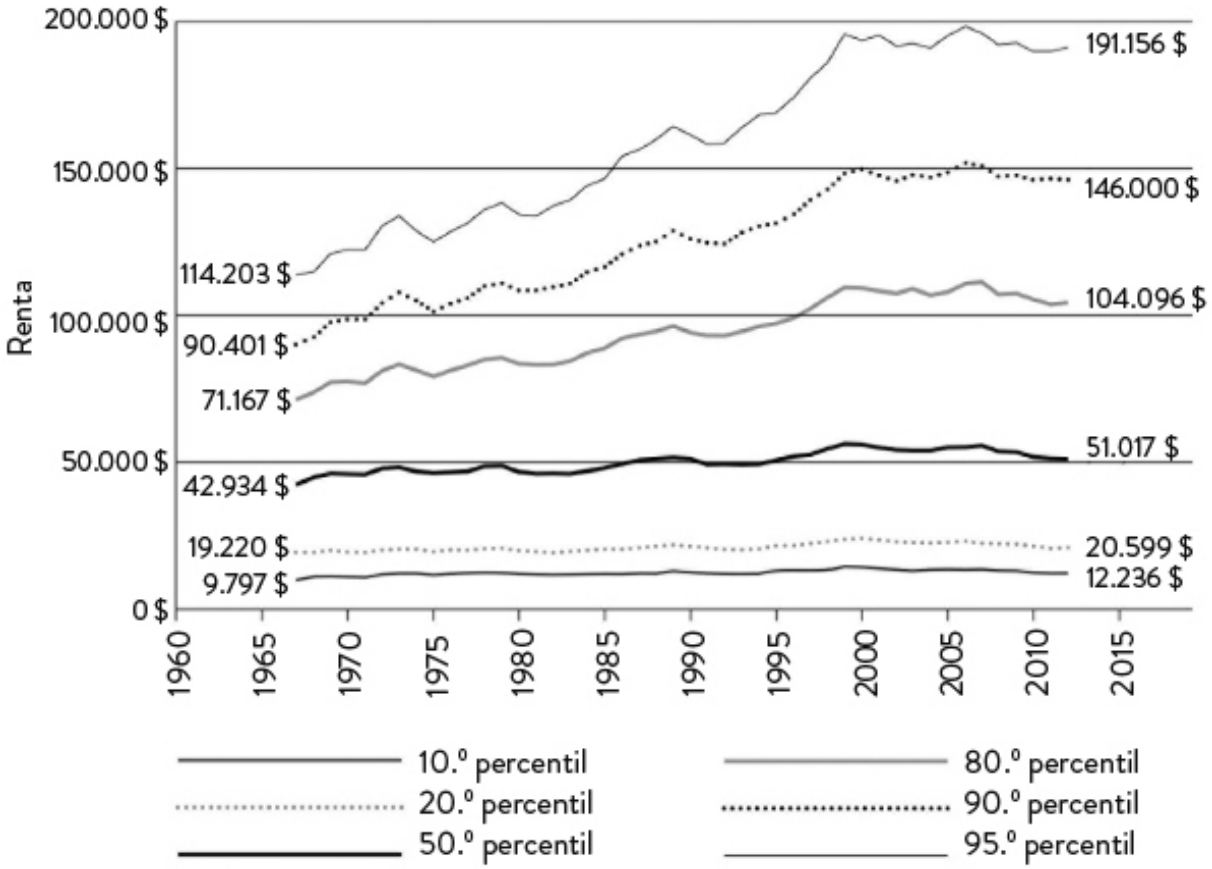
Al contrario que la media, la mediana pone en fila a todo el mundo —lo sé, no suena demasiado bien— y selecciona a la persona del medio. La mediana da una idea aproximada de cómo vive la persona típica. Puedes considerarla una cifra para la clase media precaria, pero en la actualidad, cuando la clase media se siente olvidada y poco representada, supone una gran ventaja.

La pequeña ventaja de la renta mediana es que se refiere más a los ingresos que a la producción. Para la mayoría de la gente, los ingresos son un concepto más intuitivo: qué tengo para vivir frente a cuántos montacargas se han producido este año. En la teoría de la renta nacional, la producción y los ingresos deberían ser los mismos, puesto que compramos lo que se produce y producimos únicamente lo que podemos pagar, aunque no parece que siempre sea así.

Steve Landefeld, el hombre que estuvo a cargo del PIB estadounidense durante veinte años, también es partidario de las medianas. Pero, dice, cuentan una historia que puede incomodar a algunos políticos. «Dada la sensibilidad política de esas cifras, su planteamiento podría poner un poco nerviosas a las agencias de estadística», me contó. «Pero creo que hay un consenso creciente en Estados Unidos y en otros países de que es algo que tenemos que hacer.»

Incluso la noción de renta mediana tiene sus límites. Además de descubrir la situación de la persona o el hogar típicos, está bien fijarse en los que se quedan atrás. Hay varias maneras de hacerlo. Después de todo, se necesitó una inteligente investigación académica para desvelar el impactante hecho de que la esperanza de vida de los estadounidenses blancos de mediana edad y con menor educación se ha reducido. Una medida aproximada de la desigualdad es el coeficiente de Gini, que a menudo se expresa en una escala de 0 a 100.[273] Inventado en 1912 por el estadístico italiano Corrado Gini, en un extremo de la escala el 0 representa una sociedad de igualdad perfecta, en la que todo el mundo gana lo mismo; en el otro, el 100 es una economía en la que una persona lo gana todo. Las sociedades relativamente igualitarias, como las escandinavas, tienen un coeficiente de Gini por debajo de 30, y la sociedad más desigual del mundo, la de Sudáfrica, un 63.[274] Estados Unidos tiene un coeficiente de Gini de 41, Reino Unido de 33 y Alemania de 30.[275] Se puede llevar a cabo el mismo ejercicio para la riqueza o los bienes, lo que en general revela una desigualdad aún mayor.

GRÁFICO 3




Renta real por hogar en percentiles seleccionados, 1967-2012 (presentada en dólares de 2012).[276]

Otra manera es desagregar la renta de acuerdo con percentiles de la población. Esto revela cómo se reparte la renta y cómo le va a la mediana frente a los ricos y a los pobres. El gráfico 3 explica lo que ha pasado con los salarios estadounidenses a partir de 1980 para quienes se encuentran en las capas más altas, medias y más bajas de la sociedad. También señala lo lejos que está el salario típico de la media.

Otra manera de condensar la desigualdad en un solo número es comparar un segmento de la población con otro, por ejemplo, el 10 por ciento con la renta más alta frente al 10 por ciento con la más baja. En la tabla 8 aparecen representados, según esta ratio, un selecto número de países ricos, con los

más igualitarios en la parte superior. Por ejemplo, en Islandia, que es relativamente igualitaria, el 10 por ciento de la población con mayores ingresos gana el 20,6 por ciento de la renta total, frente al 4,1 por ciento del 10 por ciento inferior —una ratio de 5 a 1—. Mientras, en México, donde el 10 por ciento superior gana un enorme 36,4 por ciento y el 10 por ciento inferior un mísero 1,7 por ciento, la ratio es de 21,4 a 1.

TABLA 8

| | |
|---|---|
| Islandia | 5,0 |
| Alemania | 6,7 |
| Francia | 6,9 |
| Canadá | 9,3 |
| Japón | 10,4 |
| Reino Unido | 10,6 |
| Turquía | 13,1 |
| Estados Unidos | 18,3 |
| Chile | 20,6 |
| México | 21,4 |

Fuente: OCDE.[277]

## PRODUCTO INTERIOR NETO

El PIB mide el flujo de ingresos, pero también necesitamos conocer las existencias de riqueza nacional. Si no, confundiremos a Bill, el banquero, con Ben, el jardinero. En Estados Unidos, la Oficina de Análisis Económico ha compilado durante años las cifras del producto interior neto, aunque estas reciben una pequeña parte de la atención —siendo generosos— que recibe el PIB. El producto interior neto (PIN) se calcula sustrayendo del PIB la depreciación de bienes del capital como carreteras, aeropuertos y viviendas. Si una nación está haciendo adiciones a su remanente de capital, el PIN crecerá. Si no, disminuirá. La diferencia entre el PIN y el PIB da idea de si un país está agotando su capital para conseguir un estímulo insostenible de la producción actual.

Brent Moulton, que durante muchos años fue el número dos de la Oficina de Análisis Económico, cree que hay razones de peso para poner mayor énfasis en el PIN. «Una de las preguntas fundamentales sobre una nación es

si su riqueza está creciendo o si está disminuyendo», me dijo cuando nos encontramos en el G Street Food de Washington, un sitio de bocadillos que, de manera algo confusa, no se encuentra en ningún lugar cerca de la calle G.[278] (Las direcciones, como las medidas, pueden ser engañosas). Calcular la riqueza, dijo, es particularmente importante en los países que dependen de los recursos naturales.

Pero incluso un país como Estados Unidos necesita alimentar sus existencias de activos si quiere prosperar, bien sean estos sus infraestructuras, sus universidades o sus recursos naturales. Debería ser una cuestión clave en la contabilidad nacional si los países están incrementando su riqueza.[279] Solo los países con un producto interior neto fuerte pueden aumentar su calidad de vida a largo plazo.

## BIENESTAR

Ningún defensor serio del PIB afirmaría que se trata de una medida del bienestar y, sin embargo, pocos negarían que en el discurso público se ha convertido precisamente en un indicador de eso. El criterio para establecer qué constituye el bienestar es muy subjetivo y, por lo tanto, imposible de contar de forma objetiva. Pero el intento merece la pena. Porque hacer el ejercicio de tratar de definir y medir qué significa el bienestar ayuda a que las sociedades establezcan prioridades. Pretender medir lo inconmensurable —bien sea la felicidad u otra medida más amplia de bienestar social— concentra los esfuerzos.

Si el índice de progreso real de Maryland hubiera tenido la ayuda de la publicidad y el respaldo político, se habría convertido en objeto de un intenso debate público. Imagina que el gobernador hubiera dicho que iba a cambiar radicalmente las políticas porque el IPR había caído. Algunas personas habrían celebrado los valores del IPR, aplaudido cuando este aumentara y mostrado preocupación cuando disminuyese. Otras habrían argumentado que el IPR medía las cosas equivocadas y que debería descartarse a favor de algo mejor. En cualquier caso, intentar entender el bienestar provocaría un debate sobre qué queremos conseguir como

sociedades, y establecería un referente con el cual podrían medirse esos objetivos.

## EMISIONES DE $CO_2$

He dejado la medida más controvertida para el final. Los niveles de $CO_2$ son el modo más simple de controlar el capital natural, porque medir el carbono no depende de intentar poner un precio a un bosque o a una cuenca fluvial, un ejercicio que está lleno de dificultades. El $CO_2$ actúa como un indicador de la contaminación. «Si estamos quemando el planeta —dice Joseph Stiglitz—, quieres saber que estamos quemando el planeta».[280]

Esta recomendación destaca algo que debería haberse vuelto obvio a lo largo de este libro. Las estadísticas no son neutrales. Tampoco son aburridas. Son tremendamente políticas. Si nos tomamos la molestia de medir algo es porque creemos que es importante y queremos influir en ello. Para quienes aceptan que los altos niveles de $CO_2$ son dañinos, el objetivo es controlarlos o reducirlos. Pero para aquellos que no aceptan que hay una correlación entre la actividad humana y el cambio climático, tratar de limitar las emisiones de $CO_2$ es una pérdida de tiempo y dinero. Es más, es perjudicial para lo que realmente importa: el crecimiento. Este es en esencia el argumento de Donald Trump para abandonar el Acuerdo de París sobre el clima.

La mayoría de los científicos no está de acuerdo con esta valoración y afirma que la actividad humana está teniendo un impacto perceptible en las temperaturas globales. Mi postura es la siguiente. No tengo un conocimiento especial de la ciencia que estudia el cambio climático, de la misma manera que carezco de un gran entendimiento de la ciencia aeronáutica. Pero cuando me subo a un avión, confío en que los ingenieros hayan conseguido que la habilidad de mantener el avión en el aire sea, más o menos, un arte superior. Esa es también mi conclusión sobre el abrumador número de científicos que advierten de los peligros del cambio climático. No sé, pero confío en ellos. Y si están en lo cierto, parece sensato realizar un seguimiento del nivel de $CO_2$ y después hacer algo al respecto.[281] ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Un aire más respirable?

Estas son mis propuestas. Pero puede que no sean las tuyas. Quizá quieras medir la felicidad o la distribución regional de la renta o hacer hincapié en medidas más amplias del desempleo.[282] Hasta puede que te gusten los calzoncillos de Alan Greenspan.

Sean cuales sean tus preferencias, siempre hay una compensación entre demasiada información y demasiado poca. En el momento en que desagregas cifras o surgen nuevas cosas que medir, tienes que valorar su importancia. Muchos de los resultados que podríamos buscar —un medio ambiente limpio, una vida saludable, calles seguras, mayores ingresos, seguridad laboral— se encuentran en dimensiones diferentes. Cuando creas un valor agregado pierdes información. Por otro lado, si no creas un valor agregado no puedes procesar o manejar toda la información que posees.[283]

Una solución a este problema es el salpicadero. Al utilizar la analogía del salpicadero de un coche, o mejor aún, la cabina de mando de un avión, la idea es controlar múltiples cosas a la vez. Tal vez el concepto definitivo de salpicadero sea el índice para una vida mejor de la OCDE, que fue presentado en 2011 después de una década de trabajo.[284] Este compara treinta y ocho países mediante once «temas» distintos, que van de la vivienda al medio ambiente y de la seguridad a la renta. La gracia de este índice está en que puedes personalizarlo, dando a cada categoría el peso que quieras. Es una especie de mesa de mezclas para el estudio del bienestar. Por ejemplo, si valoras por encima de todo el equilibrio entre la vida laboral y la personal, entonces gira ese dial hasta el máximo y observa qué países salen mejor parados. (Respuesta: Países Bajos.)[285] El índice no es tanto una herramienta para la elaboración de políticas como una forma de ilustrar los cambalaches entre los diferentes resultados deseables.

Otra firme recomendación de este libro es mejorar cómo medimos los servicios públicos. Tendemos a infravalorar las prestaciones estatales en educación, sanidad y carreteras. La razón es que se proporcionan sin cargo alguno. La Unidad de Cumplimiento de Reino Unido, que lo evaluaba todo, desde los retrasos de los trenes hasta los resultados de los exámenes escolares, fue un paso imperfecto pero valioso en la dirección correcta. Deberíamos continuar a partir de ahí. Si no medimos de manera apropiada

la contribución del sector público, lo más probable es que lo privaticemos y se quede en el olvido, aunque eso es precisamente lo que muchos países —guiados por los incentivos invisibles del crecimiento— están tratando de hacer.

En los países más pobres, puede que sean necesarios muchos años de crecimiento rápido para que las condiciones de vida alcancen un nivel aceptable. Pero el crecimiento es el medio para conseguir los objetivos deseados, no un fin en sí mismo. En el mundo rico, la idea de crecimiento —al menos tal como se mide de manera convencional— quizá necesite ser revisada. En las economías en las que predominan los servicios, lo que determinará el avance de nuestras sociedades serán los bienes y servicios adaptados a las necesidades individuales. Pueden ser cualquier cosa, desde medicamentos específicos basados en el genoma, hasta la atención personalizada o los trajes a medida. Es diferente a acumular cada vez más cosas, en una especie de carrera armamentista del crecimiento. Significa, en cambio, mejoras en la calidad, algo que el PIB no puede medir bien. Hace unos cincuenta años, un economista estadounidense comparó lo que llamó la economía del «cowboy», orientada a la producción, la explotación de los recursos y la contaminación, con la economía del «astronauta», en la que la calidad y la complejidad reemplazaban la «producción» como medida del éxito. El paso de la fabricación a los servicios y de lo analógico a lo digital es el cambio del vaquero al astronauta. Pero todavía estamos midiendo el tamaño del lazo.[286]

El asunto de la calidad también da respuesta a algunas de las preocupaciones subyacentes en nuestra aparente compulsión por adquirir cada vez más posesiones materiales, independientemente del coste que tengan para nuestra vida o para el medio ambiente. La historia del Eurostar con Château Pétrus gratis da una idea de cómo pueden «crecer» las sociedades ricas en el futuro mediante la mejora de la calidad de la experiencia. La calidad —ya sea de alimentos de cercanía bien preparados, un tratamiento médico personalizado, más actividades culturales y al aire libre, productos individualizados o un mejor diseño— produce menos emisiones de carbono que la cantidad. La contabilidad del crecimiento estándar nos conduce inexorablemente por el camino del jardín señalado con un MÁS.

Algunas de las medidas que esperamos enfatizar —ya sea el producto interior neto o una amplia definición del desempleo— ya existen. Otras, como las medidas del capital natural, la calidad o el bienestar son trabajos en desarrollo. Si vamos a inventar medidas rompedoras que igualen el ingenio del PIB necesitamos dedicar más dinero y más gente inteligente a la tarea. Quienes cuentan son solo mensajeros. (Por supuesto, si el contable trabaja para PwC y le da a Warren Beatty el sobre equivocado, la entrega del mensaje incorrecto puede tener consecuencias embarazosas.)[287] Los contables necesitan respaldo para poder proporcionarnos mensajes útiles. En un descarado intento de ganarme a los profesionales para la causa de este libro, he aquí una súplica: dadles más dinero y poder.

Reino Unido contribuye con cerca de 127 millones de libras anuales al acelerador de partículas del CERN, la Organización Europea para la Investigación Nuclear, que se encuentra en Ginebra. «Por eso, tenemos derecho a participar en la medición de la masa del bosón de Higgs en no sé cuántas cifras decimales —dice Nick Oulton de la London School of Economics, refiriéndose a la partícula elemental—. Todo muy excitante. Pero el presupuesto de la Oficina Nacional de Estadística para este año —que, por supuesto, no es solo para el PIB, sino para registrar nacimientos, matrimonios y muertes, y hacer un seguimiento de la inmigración, el empleo, el desempleo, todos los componentes del PIB y el propio PIB— es de 173 millones de libras. Las ciencias naturales han convencido a la gente de que si quieres respuestas tienes que gastar mucho dinero.»[288] Lo mismo debería ser cierto para resolver los problemas planteados en este libro. Si el PIB era el Proyecto Manhattan de la economía, entonces ya es hora de que lleve a cabo su aterrizaje en la Luna y su misión a Marte.

Además de dinero, los contables nacionales necesitan cobertura política. Las estadísticas son controvertidas. No siempre dan noticias convenientes. En Estados Unidos, durante la Administración Clinton, los intentos de introducir «contabilidades verdes» habituales fueron obstaculizados por un Congreso que respondía a los intereses de las grandes empresas, incluida la industria del carbón.[289] Bill Clinton dijo: «No tenemos que elegir entre respirar aire limpio y llevar a casa sueldos seguros. El hecho es que nuestros problemas medioambientales no se deben a un crecimiento sólido sino a un crecimiento imprudente». El Congreso no pensó lo mismo. Se amenazó a la Oficina de Análisis Económico con un recorte del 20 por

ciento de su financiación si continuaba con la contabilidad verde, que se dejó de lado con discreción. «Realmente no se puede esperar que los estadísticos soporten ese peso —dice alguien de la oficina, afectado aún por el enfrentamiento dos décadas después—. Hacer estas cosas tiene que ser una decisión social. Las agencias de estadística pueden hacer su tarea, presentar una propuesta. Pero si la democracia dice que no, entonces es que no.»[290]

La brecha entre lo que nos cuentan los economistas y nuestras propias experiencias —que Nicolas Sarkozy dijo que era tan peligrosa— es doble. También es algo contradictoria. Por un lado, quizá el PIB esté subestimando lo bien que nos encontramos. Como mide mal la innovación, las cifras redondas sobre renta y producción pueden no estar captando los enormes avances que se han producido en sanidad, tecnología, confort y acceso al conocimiento. El PIB nos estaría haciendo más desgraciados de lo que tenemos derecho a ser, al infrarrepresentar lo que ya tenemos. Por el otro, el PIB sobreestima algunos aspectos de nuestra vida. Aunque en teoría la economía avanza de manera constante, mucha gente se siente olvidada, marginada, abandonada y atrapada en una carrera interminable para pagar los bienes y servicios que se supone que definen nuestra vida. En estas circunstancias, aumentar el tamaño del pastel de la economía y luego esperar que cada uno tome una porción decente no es una política satisfactoria o sostenible.

Si bien es cierto que necesitamos mejores cifras, hay una verdad opuesta e igual. No podemos gobernar solo con números. Los gobernantes lo hacen con reglas: hacen mediciones. Pero no se puede calcular el coste de todo, ni cuantificarlo. No todo parece mejor porque esté acompañado del símbolo del dólar. Esa es una de las lecciones que podemos aprender de las últimas reacciones políticas, en las que los votantes han rechazado la política tradicional.

La invención del PIB ha dado lugar a una clase de tecnócratas y economistas que implementa políticas por el bien de la economía, pero no siempre por el bien del resto de nosotros.[291] Han heredado un punto de vista newtoniano de lo que es una economía, como si fuera un sistema racional y predecible, «una entidad singular con relaciones mecánicas bien

definidas entre diferentes partes móviles conectadas por tuberías, engranajes y palancas».[292] Demasiado a menudo se piensa en ella como en algo ajeno a la experiencia humana. Como escribió un pensador poco ortodoxo, «las matemáticas aportaron rigor a la economía. Por desgracia, también produjeron su *rigor mortis*».[293]

Antes de la invención del PIB, la palabra «economía» nunca figuró en el discurso político, algo casi inimaginable en la actualidad. Nadie pensaba en ella como una entidad separada. Hasta 1950, en Reino Unido la idea de economía no apareció en un programa político con su significado moderno. Eso cambió con la invención del PIB. El PIB era como una puerta trasera a través de la cual los economistas se colaban en la escena pública, y en los círculos del Gobierno y la burocracia.

Los economistas pueden aportar una disciplina valiosa a la elaboración de las políticas. Pero la suya no es la única opinión. Hay formas de gobernar contrapuestas. No debería ser necesario, como ha hecho la venerable British Library, justificar sus actividades basándose en que, por cada libra que recibe de financiación pública crea 4,40 libras para la economía.[294] Ni que una conocida organización benéfica para niños necesite animar a los padres para que lean a sus hijos basándose en que una mejor alfabetización añadirá un 1,5 por ciento al PIB en 2020. Algunas cosas —las calles seguras, los buenos trabajos, el aire limpio, los espacios abiertos, el sentimiento de comunidad, la sensación de seguridad y de bienestar— son buenas en sí mismas. De la misma manera que lo es el amor por los libros y la lectura. A veces, unos ingresos mayores nos ayudarán a conseguir lo que queremos. Otras veces no. Pero una renta mayor —un PIB mayor— nunca debería ser el objetivo. Como mucho, debería ser el medio para conseguir nuestros fines. Como se preguntó Simon Kuznets: «¿Qué estamos desarrollando? ¿Y por qué?».

Nuestro clero de economistas se apoya en «la idea de que hay leyes económicas que no podemos contradecir en mayor medida de lo que podríamos contradecir las leyes físicas; que por mucho que nos gustara, no podemos ir en contra de la lógica de "la economía"».[295] Y sin embargo, a veces sí podemos. Y a veces debemos. La economía no es real. Es simplemente una manera de imaginar nuestro mundo. El producto interior bruto tampoco es real. Es solo una forma inteligente de medir algunas de las

cosas que hacemos los humanos. El crecimiento fue una gran invención. Ahora superémoslo.

# AGRADECIMIENTOS

En la escritura de este libro me han ayudado demasiadas personas para poder mencionarlas por su nombre. He discutido durante años las ideas que hay en él con amigos, familiares, colegas y profesionales, por no mencionar a mis dos chicos, Dylan y Travis.

Además, he hecho muchas entrevistas, en persona o por teléfono, a profesionales, académicos, economistas y pensadores de Europa, América, África y Asia. Muchos de quienes me ayudaron a conformar los argumentos aparecen en el texto de estas páginas o en las notas. A todos ellos les agradezco efusivamente su amabilidad y su sabiduría.

Hay algunas personas que merecen una mención especial. El personal de la Oficina Nacional de Estadística me ayudó pacientemente a explicar los entresijos del PIB y cómo se calculaba. Este libro aboga por más y no por menos estadísticas, así que gracias a Luke Croydon, Darren Morgan, Sanjiv Mahajan y Gareth Powell, por mencionar solo a unos pocos, por vuestro duro trabajo y dedicación. Gracias también a aquellos, tanto en el presente como en el pasado, de la Oficina de Análisis Económico de Estados Unidos y a los entregados estadísticos de Kenia, Nigeria, Liberia y Tanzania con los que hablé, así como a quienes en otras partes de África intentan dar sentido a las economías de sus países en circunstancias a menudo difíciles.

En *The Financial Times* quiero dar las gracias a su director, Lionel Barber, quien siempre ha sido un amigo y un apoyo. El FT, como las mejores universidades del mundo, deja que sus escritores sigan sus propios intereses donde sea que estos los lleven. El FT ha publicado varios de mis artículos sobre el PIB —una prueba práctica para este libro— en la revista, la sección «Vida y Artes» y en los espacios de opinión. El valioso sistema de sabáticos del FT me dio un tiempo libre muy necesario para escribir el primer borrador del libro. Además de a Lionel, me gustaría dar las gracias a Gideon Rachman, un colega maravilloso, y a Thomas Hale, quien leyó un

borrador inicial y me hizo sugerencias útiles, así como a William Wallis y Andrew England, quienes han sido un apoyo y excelentes amigos cuando fue más necesario.

Otros lectores de los primeros borradores o capítulos fueron Akash Kapur y Geoff Tily, cuyas ideas y críticas resultaron muy valiosas. Joe Earle, un talentoso y joven economista y uno de los fundadores de The Post-Crash Economics Society, también leyó el manuscrito y me ayudó a estar seguro de que me encontraba en el camino correcto.

Danielle Walker Palmour de la Friends Provident Foundation, quien apoyó la escritura de este libro, fue siempre motivadora. Alison Benjamin, que leyó los primeros borradores, también me dio ánimos e hizo excelentes sugerencias. Si desde el principio no me hubieran empujado a la acción, este libro nunca se hubiera escrito.

Igualmente, gracias a mis agentes Felicity Bryan y Zoe Pagnamenta, quienes me calaron con mi primer libro sobre Japón y creyeron en este desde el principio, a pesar de que el tema era absolutamente diferente y estaba fuera de mi esfera habitual. Alexis Kirschbaum, en Bloomsbury, y Tim Duggan, de Tim Duggan Books, en Estados Unidos, vieron muy pronto el potencial de este proyecto.

Gracias también al entregado equipo de publicidad y márketing en Reino Unido —Natalie Ramm, Emma Bal y Genista Tate-Alexander—, así como a Jasmine Horsey y Sarah Ruddick, quienes han sido increíblemente atentas. En Estados Unidos, y aunque todavía no nos hemos conocido, gracias a William Wolfslau, Aubrey Martinson, Dyana Messina, Lisa Erickson y Becca Putman por vuestra verdadera profesionalidad.

También me gustaría dar las gracias a Ha-Joon Chang, con quien discutí el libro en la fase de concepción y me animó a creer que esto era algo que podía hacer.

Este libro ha sido escrito durante un difícil periodo de transición en mi vida y me gustaría dar las gracias especialmente a mi madre, Doria Pilling, por ayudarme cuando más la he necesitado. Mientras yo hacía este, ella editó su propio libro, uno mucho más ambicioso, sobre la asistencia social en el mundo.

# ÍNDICE ALFABÉTICO


Abe, Shinzō
Abramsky, Joshua
Academia China de las Ciencias
Achebe, Chinua
Adís Abeba
Afganistán
afroamericanos
Agencia de Seguridad Nacional
Airbnb
alcohol
Alemania
  nazi
alfabetización, tasa de
Ambani, Mukesh
American International Group
Amtrak, trenes de
Angola
Apple
Arabia Saudí
Argelia
Aristóteles
armamento
Armannsson, Birgir
asistencia sanitaria
Austen, Jane
Australia

*Bajo la cúpula*, documental chino
banca
  crisis de 2008
  funciones de la
Banco Mundial
Bangalore
Bangladés
Bank of America
Barbados
Barber, Michael

Bentham, Jeremy
Bhagwati, Jagdish
Biafra, guerra de
bienestar, medida del
  *véase también* felicidad
*big bang*
biocapacidad
biodiversidad
Blair, Tony
bomba atómica
Bombay
Boskin, Comisión
Bosnia-Herzegovina
bosón de Higgs
bosques, plantación de
Brasil
Brill, Steven
British Library
Brown, Gordon
Brundtland, Gro Harlem
Brynjolfsson, Erik
Burundi
Bush, George H. W.
Bután

calidad, medida de la
Cameron, David
Campbell, Elliott
Canadá
índice de bienestar canadiense
Cantril, escala de
capital intangible
capital natural
Caplan, Bryan
cárcel panóptica
Carlos II, rey de Inglaterra
Carson, Rachel: *Primavera silenciosa*
Case, Anne
Castro, Fidel
cat, unidad de medida
Catar
Catskill, montañas de
CERN
Chai Jing
Chang, Ha-Joon
Chile
China

contaminación
deuda
esperanza de vida
Gran Salto Adelante
medida de la felicidad
medida del PIB
multinacionales y globalización
PIB verde y
renta per cápita
Sistema de Contabilidad Nacional de Naciones Unidas y
Chrysler
Chungking Mansions
Citigroup
clases medias
Clasificación Industrial Internacional Uniforme
Clinton, Bill
cobalto
coches autónomos
Colombia
comercio de los derechos de emisiones de carbono
Comisión de Estadística de la ONU
Comisión Europea
Comité de Planificación de Producción de Guerra
Comité del Capital Natural
Comité para la Investigación de Tendencias Sociales
Conferencia para la Investigación de la Renta y la Riqueza
Congo, República Democrática del
Consejo de Producción de Guerra
Corak, Miles
Corbyn, Jeremy
Corea del Norte
Corea del Sur
Costa Rica
Costanza, Robert
creación de valor para el accionista
creencias religiosas
Cromwell, Oliver
*Crónica anglosajona*
Cuba
cuentas satélites
curva del Gran Gatsby

Daca
Daly, Herman
Darwin, Charles
Dasgupta, Partha
datos administrativos

Davidson, Richard
Davies, Gavyn
Deaton, Angus
Declaración de Independencia de Estados Unidos
delfines *baiji*
Deng Xiaoping
desagregación
desarrollo, propósito del (Sen)
desempleo
desigualdad
desregulación financiera
Día del Exceso de la Tierra
Diamond, Jared
Dickens, Charles: *Tiempos difíciles*
diferencial del tipo de interés
Dinamarca
diseño de políticas basado en evidencias
disposición a pagar, principio de la
divorcio
*Domesday Book*
Dorji, Paljor
*Down Survey*
Drew, Steve
*Driglam Namzha*
drogas ilegales
drones
Drucker, Peter

Easterlin, Richard
Eclesiastés, Libro del
economía, definición de
economía de goteo
economía del «cowboy» frente a economía del «astronauta»
economía digital
economistas de la Escuela de Chicago
educación universitaria
Ekiti, estado de
Emiratos Árabes Unidos
emisiones de dióxido de carbono (CO2)
Emmott, Bill
*En el nombre del pueblo*, serie de televisión china
*Enciclopedia de Ciencias Sociales*
Encuesta Mundial de Valores
Encuesta sobre el coste de la vida y la alimentación
Encuesta Social Europea
energías renovables
Eritrea

Escobar, Pablo
España
Esposito, Massimo
estabilidad, importancia de la
Estados Unidos
  bienes manufacturados
  déficits comerciales
  Departamento de Comercio
  desigualdad
  divorcio
  felicidad infantil
  gasto público
  gasto sanitario
  índice de mortalidad
  informe *Renta nacional*
  medida de la felicidad
  mortalidad infantil
  movilidad social
  mujeres en edad laboral
  planificación bélica
  renta media
  sector financiero
  Senado
  sistema de asistencia sanitaria
  tamaño de la economía
  tasa de crecimiento
  trabajo doméstico no remunerado
estatus
estímulo fiscal keynesiano
ética, enseñanza de la
Etiopía
*eudaimonia*
Eurobarómetro, encuesta del
Eurostar
Eurostat
evasión fiscal
excedente del consumidor
externalidades

Facebook
farmacéuticas, empresas
felicidad
  determinantes de la
felicidad interior bruta (FIB)
fijación del precio del carbono
Filipinas
*Financial Times, The*

financiarización
Finlandia
Fisher, Carrie
fisiócratas
Fondo Monetario Internacional (FMI)
Fondo Noruego del Petróleo
Francia
Franzen, Jonathan: *Las correcciones*
Fray, Keith
Friedman, Milton
Fukao, Kyoji
fundamentalismo del mercado

Gandhi, Indira
Gandhi, Mahatma
Gandhi, Rahul
gasto de defensa
gasto defensivo
Gates, Bill
General Motors
Ghana
Gini, coeficiente de
  *véase también* desigualdad
Gini, Corrado
Glass-Steagall, ley
Glitnir, banco islandés
Goldman Sachs
Gordon, Robert
gorilas de la montaña
Gran Bretaña, *véase también* Reino Unido
Gran Depresión
*gran evasión, La*, película
Gran Moderación
Greenpeace
Greenspan, Alan
Grisham, John
Grupo de los siete
Guatemala
guerra de Independencia de Estados Unidos
Guerra Mundial, Segunda
Guillermo el Conquistador, rey
Guinea Ecuatorial
Gunnlaugsson, Sigmundur David
Guyarat, provincia de

Haarde, Geir
Haq, Mahbub ul

Haque, Umair
Hebei, provincia de
Helm, Dieter
Helm, ley de
hispanoamericanos
*Homo œconomicus*
Hon Hai
Hong Kong
Hoover, Herbert
Hu Jintao
humedales, creación de
Hungría
huracán Katrina
huracán Sandy
Huxley, Aldous

impuestos
India
  desmantelamiento de la licencia Raj
  número de milmillonarios
  renta per cápita
  tasa de crecimiento hindú
índice de desarrollo humano (IDH)
índice de progreso real (IPR)
índice del planeta feliz
Indonesia
inflación
Informe Mundial de la Felicidad
innovación tecnológica, medida de la
Instituto Noruego de Investigación en Bioeconomía
inteligencia artificial
internet, política para el derecho a la desconexión de
Irlanda
  *tax ruling* de Apple
Islandia
  colapso bancario
Israel
Italia
IVA, impuesto sobre el valor añadido

Japón
  mujeres en edad laboral
  sector servicios y de comercio minorista
  trenes bala
Jerven, Morten
Jigme Singye Wangchuck, rey de Bután
John, Elton

Jónsdóttir, Birgitta
JP Morgan

Kagame, Paul
Kale, Yemi
Kalibata, Agnes
Kaupthing, banco islandés
  Edge, banco en internet
Kenia
Kennedy, Robert
Keynes, John Maynard
  *Cómo pagar la guerra*
King, Mervyn
Kinsasa
Kirguistán
Knutsson, Sigmunder
Krueger, Alan
Kuwait
Kuznets, Simon
  informe *Renta nacional 1929-1932*
  y el PIB

Lagos
*Lancet, The*
Landefeld, Steve
Landsbanki, banco islandés
lavadoras
Layard, Peter Richard Grenville
leche materna
Lehman Brothers
Lewis, Michael
Li Keqiang
Liberia
Lincoln, túnel
London School of Economics
Luis XVI, rey de Francia
Luxemburgo

Maddison, Angus
maderera, industria
Mafia
Mahajan, Sanjiv
maíz
Malasia
Malthus, Thomas
  *Ensayo sobre el principio de la población*
Manhattan, Proyecto

Mao Zedong
Marshall, Alfred
Maryland
masái, hombres de la tribu
McGuire, Sean
Meade, James
Medellín, cártel de
Medicare
mercancías robadas
Merrill Lynch
México
Mia, Kader
milagro del río Han
Mill, John Stuart
Mitchell, Wesley
Modi, Narendra
Mónaco
monarquías
«monos rechazan una paga desigual, Los»
Morgan Stanley
Morland, Miles
mortalidad infantil
Moulton, Brent
Muchiri, Benjamin
muertes por desesperación
Mugabe, Robert
multinacionales, empresas
Munch, Edvard
mutilación genital femenina

nacionalismo, aumento del
Nairobi
*Nature*
Necker, Jacques
  *Compte-rendu au roi*
Nehru, Jawaharlal
Nepal
neurociencia
New Deal
*New York Times, The*
niebla densa londinense
Nigeria
  industria cinematográfica
  industria del petróleo
Niu Wenyuan
Nobel, Premios
Nollywood, industria cinematográfica nigeriana de

Nordhaus, William
Noruega
conteo de árboles
  riqueza del petróleo
Nueva York, agua potable
Nueva Zelanda

Oddsson, David
Oficina de Análisis Económico de Estados Unidos
Oficina Nacional de Estadística (ONS)
  Kenia
  Nigeria
  Reino Unido
  Oficina Nacional de Investigación Económica de Estados Unidos
Oh, Joo Hee
Okonjo-Iweala, Ngozi
Olafsson, Stefan
O'Malley, Martin
*Onion, The*
ONS, *véase* Oficina Nacional de Estadística
opioides, uso de
ordenadores
Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)
Organización Europea para la Investigación Nuclear (CERN)
Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE)
  índice para una vida mejor de la
  países de la
Ormerod, Paul
Oulton, Nick

Page, Will
Países Bajos
  y la prostitución
Palestinos, Territorios
paridad de poder adquisitivo
París, Acuerdo de, sobre el cambio climático
Partido Comunista chino
Partido Conservador británico
Partido de la Independencia islandés
Partido del Congreso (India), caída del
Partido Pirata de Islandia
Pascua, isla de
Pearl Harbor
Pekín, contaminación del aire en
peluquerías
Petty, William
Pew, Centro de Investigaciones

Phillips Petroleum
PIB de África, cálculo del
Platón
Policía Metropolitana
precio virtual
precios de transferencia
*Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, revista
productividad, estancamiento de la
producto interior bruto (PIB)
  actividades ilegales y
  alternativas al
  bienestar social y
  cálculo del
  comparado con el IPR
  crisis bancaria y
  deuda/PIB
  Estados-nación y
  felicidad y
  frente a bienestar
  gasto público y
  IDH y
  Keynes y la invención del
  Kuznets y la invención del
  limitaciones del
  per cápita
  PIB verde
  sector de la información y
  sistema de valores oculto
  supervivencia infantil y
producto interior neto (PIN)
producto material neto
Programa de Alivio de Activos Problemáticos
propiedad intelectual
prostitución
publicidad, prohibición sueca de
PunterNet, web

Qingdao

Reagan, Ronald
Red Global de la Huella Ecológica (GFN)
Reino Unido (Gran Bretaña)
  Brexit de
  desigualdad
  esperanza de vida
  felicidad infantil
  gasto público

gasto sanitario
ingresos petroleros del Mar del Norte
manifiesto político
medida de la felicidad
movilidad social
mujeres en edad laboral
sector financiero
sector industrial
trabajo doméstico no remunerado
renta
media
mediana
*véase también* salarios
renta de ciudadanía
renta imputada
Revolución industrial
riqueza, medida de la
riqueza integral de las naciones
riqueza relativa
robots
Rocha, Ricardo
Roggeveen, Jacob
Roosevelt, Franklin D.
Rosling, Hans
Ruanda
genocidio de
Rudd, Kevin
Rusia
zarista
*véase también* Unión Soviética
Ryan, Terry

salarios
salud mental
Sanders, Bernie
Santos, José Eduardo dos
Sarkozy, Nicolas
satélites, datos de
Sen, Amartya
Servicio Nacional de Salud de Reino Unido
servicios, sector
Servicios de Intermediación Financiera Medidos Indirectamente (SIFMI)
servicios gubernamentales
Seúl
Shangai
Shanxi, provincia de
Shenzhen

sida, epidemia de
Singapur
Singh, Manmohan
Siria
Sistema de Cuentas Nacionales de la ONU
SkyMall, catálogo de
Smale, Bryan
Smith, Adam
  *La riqueza de las naciones*
Smith, Julie P.
*Sole-24 Ore, Il*, periódico
Spotify
Steinem, Gloria
Stiglitz, Joseph
Stone, Richard
Strindberg, August
Sudáfrica
Suecia
  felicidad infantil
Suiza

tabacaleras
Tailandia
Taiwan
Tanzania
Tayikistán
televisión, introducción en Bután
Thatcher, Margaret
Thinley, Jigme
Timbu
Tobin, James
trabajo doméstico
tragedia de los comunes
trenes
Trump, Donald
turberas, restauración de
Twitter

Uganda
*Último vuelo a Abuya*, película
Unidad de Cumplimiento del Reino Unido
Unión Europea
Unión Soviética
Universidad de Cambridge
Universidad de Groninga
Universidad de Pensilvania
University College de Londres

utilitarismo

Vietnam
Viken, Knut Ole
viruela, vacuna contra la
*Vivir*, película

Wackernagel, Mathis
Wall Street, crac de
Wang Hui
Washington Mutual
*Washington Post, The*
Watts, Jonathan
Wen Bo
Wen Jiabao
Wikipedia
Wilde, Oscar: *El abanico de Lady Windermere*

Xi Jinping
Xie Zhenhua
Xinglong «pueblo del cáncer»

Yellowstone, parque nacional de
YouTube

Zambia
Zhang Yimou
Zimbabue

# NOTAS

## EL CULTO AL CRECIMIENTO

[1] Véanse Pankaj Mishra, *Age of Anger*, Farrar, Straus and Giroux, 2017; Edward Luce, *The Retreat of Western Liberalism*, Little, Brown, 2017. [Hay trad. cast.: *La edad de la ira*, Galaxia Gutenberg, 2017.]
[2] Tomado de Diane Coyle, GDP*: A Brief But Affectionate History*, Princeton University Press, 2014, p. CXXIV.
[3] Siempre he atribuido esta frase a Bill Emmott, antiguo director de *The Economist*. Tanto si la inventó él como si no, la utiliza con frecuencia.
[4] «Chinese Factory Worker Can't Believe the Shit He Makes for Americans», *The Onion*, 15 de junio de 2005, <https://www.theonion.com>.
[5] «The 30 Most Insane Things for Sale in Skymall», *Buzzfeed*, 10 de julio de 2013, <https://www.buzzfeed.com>.
[6] Joseph Stiglitz, *The Price of Inequality*, W. W. Norton & Company, 2012, p. XII. [Hay trad. cast.: *El precio de la desigualdad*, Taurus, 2012.]
[7] Sarah F. Brosnan y Frans B. M. de Waal, «Monkeys Reject Unequal Pay», *Nature*, vol. 425, septiembre de 2003.
[8] David Card, Alexandre Mas, Enrico Moretti y Emmanuel Saez, «Inequality at Work. The Effect of Peer Salaries on Job Satisfaction», noviembre de 2011, <https://www.princeton.edu>.
[9] Jane Austen Center, «The Cost of Living in Jane Austen's England», *Jane Austen Magazine*, 20 de junio de 2011, <http://www.janeausten.co.uk>.
[10] Joseph Stiglitz, Amartya Sen y Jean-Paul Fitoussi, *Mismeasuring Our Lives. Why* GDP *Doesn't Add Up*, The New Press, 2010, p. IX. [Hay trad. cast.: *Medir nuestras vidas*, RBA, 2013.]
[11] Walter Berglund, el abogado y ecologista de la novela *Libertad*, de Jonathan Franzen, expresa ideas similares.
[12] En términos nominales, la economía de Japón apenas cambió de 1990 a 2017. En términos reales per cápita, se comportó de manera muy similar a la mayoría de las economías occidentales debido a la caída de los precios y a una población decreciente.
[13] Es cierto que el índice de suicidios era alto.

## EL MONSTRUO DE KUZNETS

[14] Estas son las conclusiones del historiador económico Angus Maddison. Solo con la Gran Depresión, que la Revolución industrial desencadenó en Europa occidental, disminuyó bruscamente

la participación de China e India en la economía global, alcanzando un mínimo de alrededor del 9 por ciento en 1950. En la actualidad, ha crecido hasta cerca del 30 por ciento. Véase Derek Thomson, «The Economic History of the Last 2000 Years in 1 Little Graph», *The Atlantic*, 19 de junio de 2012, <https://www.theatlantic.com>.

[15] Benjamin Mitra-Kahn, «Redefining the Economy. How the "economy" was invented 1620», tesis doctoral no publicada, Universidad de la City de Londres, p. XVIII.

[16] *Ibid*. Todas estas ideas se abordan en la brillante tesis de Benjamin Mitra-Kahn.

[17] Hubo muchos intentos previos de medir los activos de un país, incluido el *Domesday Book* de 1086. Sin embargo, a diferencia de Petty, que trató de incorporar flujos de dinero en sus cálculos, los esfuerzos anteriores se habían concentrado casi exclusivamente en los activos, sobre todo las tierras.

[18] Mitra-Kahn, «Redefining the Economy», p. IV.

[19] *Ibid*., p. XXIV.

[20] La curva de Kuznets propuso la teoría de que, cuando una economía avanza, en principio la desigualdad aumenta antes de reducirse posteriormente. En tiempos de desigualdad, la teoría ha recibido críticas significativas y algunos economistas han dicho que no ven la evidencia estadística de la teoría de Kuznets.

[21] Para una buena descripción del carácter y los métodos de Kuznets, véase Robert William Fogel, *Political Arithmetic. Simon Kuznets and the Empirical Tradition in Economics*, University of Chicago Press, 2013.

[22] Ehsan Masood, *The Great Invention*, Saqi Books, 2014, p. XV.

[23] Originalmente, Kuznets concibió el producto nacional bruto en lugar del producto interior bruto. Este último calcula la producción dentro de las fronteras de una nación. La medida de Kuznets calculaba lo que producían las empresas y los individuos estadounidenses, ya fuera en el país o en el extranjero.

[24] Dirk Philipsen, *The Little Big Number. How* GDP *Came to Rule the World and What to Do About It*, Princeton University Press, 2015, p. XCIX.

[25] Mitra-Kahn, «Redefining the Economy», p. XIV.

[26] *Ibid*., p. XXVII.

[27] James Lacey, *Keep From All Thoughtful Men. How US Economists Won World War II*, Naval Institute Press, 2011.

[28] Mitra-Kahn, «Redefining the Economy», p. CCX.

[29] *Ibid*., p. CCXXXVII.

[30] Masood, *The Great Invention*, p. XXXI.

[31] Citado en Mitra-Kahn, «Redefining the Economy», pp. CCXXXIX-CCXL.

## LAS CONTRIBUCIONES DEL PECADO

[32] La decisión fue adoptada en 1995 en el marco del Sistema Europeo de Cuentas Nacionales y Regionales actualizado (SEC95) de Eurostat.

[33] Esto se debe a que en la Unión Europea la cantidad que paga cada país miembro se determina en función del tamaño de su economía, medido por la renta nacional bruta, o RNB, un pariente cercano del PIB. Por supuesto, esto era así antes de que Reino Unido decidiera en un referéndum abandonar la Unión Europea.

[34] «Creo que lo encontrarás fastidiosamente aburrido», dijo Gareth Powell, de la Oficina Nacional de Estadística de Reino Unido, al ser preguntado sobre la metodología. «Hicieron la mayor parte del

trabajo en la oficina, utilizando datos ya publicados.» Entrevista telefónica con el autor, marzo de 2016.
[35] Para un informe detallado de sus cálculos, véase Joshua Abramsky y Steve Drew, «Changes to National Accounts. Inclusion of Illegal Drugs and Prostitution in the UK National Accounts», Oficina Nacional de Estadística de Reino Unido, 29 de mayo de 2014.
[36] Sus cifras excluyen a los hombres que se prostituyen, que suponen el 42 por ciento de los trabajadores sexuales en Reino Unido, <https://www.theguardian.com>.
[37] Para mayores detalles sobre el valor añadido, véase más adelante en este mismo capítulo.
[38] David Lang, «Percentage of GDP is a Strange Benchmark for a Defence Budget», carta a *The Financial Times*, 3 de marzo de 2015, <https://www.ft.com>.
[39] Web de *The Wall Street Journal*, <https://www.wsj.com>.
[40] Web de *The Christian Science Monitor*, <https://www.csmonitor.com>.
[41] «Australia Carbon Laws Fail to Pass Senate», *The Financial Times*, 2 de diciembre de 2009, <https://www.ft.com>.
[42] Simon Briscoe, «Britons Highly Sceptical Over Data», *The Financial Times*, 29 de diciembre de 2009.
[43] Kate Allen y Chris Giles, «Statisticians Face Hard Facts», *The Financial Times*, 5 de septiembre de 2012.
[44] Estimación de Darren Morgan, entrevista con el autor, Londres, junio de 2016.
[45] El producto interior neto deduciría el desgaste de la maquinaria que fabrica los bienes, algo conocido como «depreciación». Calcular la depreciación no es fácil y, en consecuencia, el producto interior bruto es la medida preferida.
[46] El método de producción a veces se denomina método *output*.
[47] Este ejemplo es utilizado por Ha-Joon Chang en *Economics. The User's Guide*, Bloomsbury Press, 2015, p. CCXII. [Hay trad. cast.: *Economía para el 99% de la población*, Debate, 2015.]
[48] Con frecuencia se representa así: C + I + G + (X - M), donde C es el gasto de los hogares, I es la inversión empresarial, G es el gasto público, X las exportaciones de bienes y servicios y M las importaciones de bienes y servicios.
[49] Entrevista del autor con Umair Haque, Londres, junio de 2016.
[50] En el caso de deflación, que ahora es más frecuente, hacen lo mismo si caen los precios.

## EL BUENO, EL MALO Y EL INVISIBLE

[51] El verdadero nombre de Janice no se utilizó en la espléndida exposición de Steven Brill, «The Bitter Pill. Why Medical Bills are Killing US», *Time Magazine*, 20 de febrero de 2013, <https://www.uta.edu/uta/>.
[52] Estos detalles están sacados de *ibid*.
[53] Cifra de la Organización Mundial de la Salud para 2014.
[54] Organización Mundial de la Salud, 2015.
[55] Bryan Harris, «South Korea Set to Take Japan's Life Expectancy Crown», *The Financial Times*, 22 de febrero de 2017, <https://www.ft.com>.
[56] Chris Conover, «5 Myths in Steven Brill's Opus on Health Costs», *Forbes*, 4 de marzo de 2014, <https://www.forbes.com>.
[57] Según el Centro para una Política Responsable, citado en Steven Brill, «The Bitter Pill».
[58] Estos números están tomados de *ibid*.

[59] De hecho, la economía de Japón no había respondido tan mal como en realidad se asumió. El PIB nominal se había estancado, pero si se ajustaba por los precios y la disminución de la población, el crecimiento real per cápita en Japón era razonable.
[60] Leo Lewis, «Japan, Women in the Workforce», *The Financial Times*, 6 de julio de 2015, <https://www.ft.com>.
[61] Sarah O'Connor, «America's Jobs for the Boys Is Just Half the Employment Story», *The Financial Times*, 7 de febrero de 2017.
[62] Angus Deaton puso este ejemplo durante una conversación con el autor.
[63] Katrine Marçal, *Who Cooked Adam Smith's Dinner? A Story About Women and Economics*, Portobello, 2015. [Hay trad. cast.: *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?*, Debate, 2016.]
[64] *Ibid*.
[65] Jonathan Franzen, *The Corrections*, HarperCollins, 2013, p. CCLXXXVIII. [Hay trad. cast.: *Las correcciones*, Salamandra, 2014.]
[66] David Pilling, «No Formula Can Better a Mother's Milk», *The Financial Times*, 6 de marzo de 2013.
[67] Julie P. Smith, «Lost Milk? Counting the Economic Value of Breastmilk in GDP», <https://www.researchgate.net>.
[68] Web de la biblioteca online Wiley, <https://onlinelibrary.wiley.com>.
[69] Benjamin Bridgman *et al*., «Accounting for Household Production in the National Accounts, 1965-2010», *Survey of Current Business*, vol. 92, mayo de 2012.
[70] «Household Satellite Account (Experimental) Methodology», Oficina Nacional de Estadística de Reino Unido, abril de 2002.
[71] «Unpaid Household Production», Oficina Nacional de Estadística de Reino Unido, enero de 2004.
[72] La lista incluye a Australia, Canadá, Finlandia, Alemania, Hungría, México y Nepal.
[73] Web de la Oficina de Análisis Económico de Estados Unidos (Bureau of Economic Analysis, BEA), <https://www.bea.gov>.

## UN EXCESO DE ALGO BUENO

[74] Adaptación de John Kay, *Other People's Money*, Public Affairs, 2015, p. III. Se trata de un brillante libro sobre «financialización». [Hay trad. cast.: *El dinero de los demás*, RBA, 2017.]
[75] Kimiko de Freytas-Tamura, «Secret to Iceland's Tourism Boom? A Financial Crash and a Volcanic Eruption», *The New York Times*, 16 de noviembre de 2016, <https://www.nytimes.com>.
[76] *Ibid*.
[77] Richard Milne, «Olafur Hauksson, The Man Who Jailed Iceland's Bankers», *The Financial Times*, 9 de diciembre de 2016.
[78] Michael Lewis, *Boomerang*, W. W. Norton & Company, 2011. [Hay trad. cast.: *Boomerang*, Deusto, 2012.]
[79] *Ibid*.
[80] *Ibid*., p. XVII.
[81] David Ibison y Gillian Tett, «Iceland Feels the Heat After Years of Growth», *The Financial Times*, 24 de noviembre de 2007.
[82] Kate Burgess, Tom Braithwaite y Sarah O'Connor, «A Cruel Wind», *The Financial Times*, 11 de octubre de 2008.

[83] *Ibid*.
[84] La deliciosa descripción que hace el autor Matt Taibbi de Goldman Sachs.
[85] Andrew Haldane, Simon Brennan y Vasileios Madouros, «What is the contribution of the financial sector. Miracle or mirage?», en *The Future of Finance*, *The* LSE *Report*, cap. 2, London School of Economics and Political Science, 2010.
[86] Según la revista *Banker*, mencionado en *ibid*.
[87] China, como en otros casos anteriores de éxito en Asia, llevó a cabo lo que se conoce como «represión financiera», al apropiarse de los ahorros y distribuirlos entre las industrias favorecidas a través del sector bancario estatal. Durante años, China obtuvo enormes superávits por cuenta corriente e invirtió el dinero en bonos del Tesoro de Estados Unidos y en deuda soberana de otros países occidentales.
[88] Kay, *Other People's Money*, p. I. Vale la pena señalar que, en el mundo al revés de la banca, los activos no son exactamente lo que cabría esperar. Son el dinero que el banco ha *prestado* a otras personas. Son activos porque, en teoría, los bancos pueden recuperarlos algún día. Los pasivos, por otro lado, engloban el dinero depositado en un banco, que algún día este tendrá que devolver.
[89] Andrew Haldane, «The $100 Billion Question», 2010, <https://www.bankofengland.co.uk>.
[90] Haldane, Brennan y Madouros, «What is the contribution of the financial sector», p. XCII.
[91] Diane Coyle, GDP. *A Brief But Affectionate History*, Princeton University Press, p. XCIX.
[92] Haldane, Brennan y Madouros, «What is the contribution of the financial sector», p. LXXXVIII.
[93] Coyle, GDP, p. CII.

## INTERNET ME HA ROBADO EL PIB

[94] Sir Charles Bean, «Independent Review of UK Economic Statistics», Oficina del Gabinete, Tesoro, marzo de 2016.
[95] Esto no aparece en el PIB. Las tarifas publicitarias se añaden a los ingresos de la página web que aporta el espacio publicitario, pero se deducen de los ingresos de la empresa de publicidad como un gasto. Desde una perspectiva contable, se cancelan mutuamente.
[96] De hecho, Ruanda quiere prohibir la importación de ropa de segunda mano para poder desarrollar su propia industria textil y de confección.
[97] El método que empleó la comisión se llama contabilidad hedónica, la cual pretende tener en cuenta las cuestiones de calidad.
[98] Brent Moulton que, como investigador principal de la Oficina de Estadísticas Laborales, trabajó en la Comisión Boskin, me dijo que el ejercicio fue muy político. La razón fue que muchos beneficios estatales estaban vinculado a la inflación. Si la inflación era menor, los beneficios también serían menores.
[99] Para una discusión, véase Bean, «Independent Review of UK Economic Statistics».
[100] «Net Benefits», *The Economist*, 9 de marzo de 2013, <https://www.economist.com>.
[101] Véase Bean, «Independent Review of UK Economic Statistics», p. LXXXIV.
[102] Entrevista con el autor, septiembre de 2013. Véase también David Pilling, «Lunch with the FT: Ha-Joon Chang», 29 de noviembre de 2013, <https://www.ft.com>.
[103] Murad Ahmed, «Your Robot Doctor Will See You Now», *The Financial Times*, 13 de enero de 2016, <https://www.ft.com>.
[104] «Why the Japanese Economy is Not Growing. Micro-barriers to Productivity Growth», Instituto Global McKinsey, julio de 2000.

[105] Este divertido ejemplo está tomado de Rory Sutherland, «Life Lessons from an Ad Man», charla TED, julio de 2009, <https://www.ted.com>.
[106] De una entrevista telefónica con el antiguo director de la Oficina de Análisis Económico, Steve Landefeld, o señor PIB, como me gusta llamarlo, febrero de 2017.
[107] Adam Sherwin, «Welsh Town Moves Offshore to Avoid Tax on Local Business», *Independent*, 10 de noviembre de 2015.
[108] Brian Czech, *Supply Shock*, New Society Publishers, 2013, p. XXVI.
[109] Si hiciéramos eso, también tendríamos que admitir que gran parte de la contaminación que en la actualidad atribuimos a países como China es en realidad la contaminación causada por compañías occidentales que están operando en China.
[110] Gordon Mathews, *Ghetto at the Center of the World. Chungking Mansions*, University of Chicago Press, 2011, p. CIX.

## QUÉ LE OCURRE AL CIUDADANO DE A PIE

[111] En realidad, no se representó a los afroamericanos en el gráfico, pero el índice de disminución de sus muertes fue de hecho más alta, de un 2,6 por ciento anual durante el periodo 1999-2013.
[112] Anne Case y Angus Deaton, «Rising morbidity and mortality in midlife among white non-Hispanic Americans in the 21st century», PNAS, septiembre de 2015.
[113] FMI en precios actuales, acceso desde <https://knoema.com>.
[114] Según la Oficina de Análisis Económico de Estados Unidos, el PIB en precios constantes de 2009 fue de 16,5 billones de dólares a finales de 2015, frente a 12,7 billones de dólares a finales de 2000, <http://www.multpl.com>.
[115] En 1970 el tamaño de la economía estadounidense era de 4,7 billones de dólares, y en 2015 había crecido hasta los 16,5 billones de dólares (Oficina de Análisis Económico de Estados Unidos, PIB en precios constantes de 2009). Estas cifras no tienen en cuenta el aumento de la población. En 2015 la población estadounidense era de 321 millones de personas, frente a los 205 millones en 1970, según la Oficina del Censo de Estados Unidos.
[116] Edward Luce, «The Life and Death of Trumpian America», *The Financial Times*, 9 de octubre de 2016.
[117] «The Decline of the Labour Share of Income», Perspectivas de la Economía Mundial del FMI, citado en un blog en Bruegel, <http://bruegel.org>. Como señala el artículo, la proporción se ha recuperado marginalmente desde la crisis financiera mundial.
[118] «Mortality and Morbidity in 21st Century America», Institución Brookings, 23 de marzo de 2017.
[119] Jeff Guo, «How Dare You Work on Whites», 6 de abril de 2017, <https://www.washingtonpost.com>.
[120] «For Most Workers, Real Wages Have Barely Budged for Decades», Centro de Investigaciones Pew, 9 de octubre de 2014, <http://www.pewresearch.org>.
[121] Edward Luce, «The New Class War in America», *The Financial Times*, 20 de marzo de 2016, <https://www.ft.com>.
[122] Angus Deaton, *The Great Escape*, Princeton University Press, 2013. [Hay trad. cast.: *El gran escape*, FCE, 2015.]
[123] *Ibid*.

[124] Albert Hirschman, «The changing tolerance for income inequality in the course of economic development», *World Development*, vol. I, núm. 12, diciembre de 1973. Angus Deaton me alertó sobre esta idea, <https://www.sciencedirect.com>.
[125] Angus Deaton en una conversación con el autor, julio de 2016.
[126] Martin Wolf, reseña de Branko Milanovic, *Global Inequality. A New Approach for the Age of Globalisation*, Harvard University Press, 2016, en *The Financial Times*, 14 de abril 2016. [Hay trad. cast.: *Desigualdad mundial*, FCE, 2017.]
[127] La desigualdad en la riqueza (véase el capítulo 9) es casi siempre más alta que la desigualdad en la renta, porque las ventajas y desventajas se acumulan con el tiempo.
[128] Milanovic, *Global Inequality*.
[129] Milanovic llama a esto «renta de ciudadanía».
[130] Martin Wolf, reseña de Milanovic, *Global Inequality*, en *The Financial Times*, 14 de abril de 2016.
[131] Véase Edward Luce, *The Retreat of Western Liberalism*, Little, Brown, 2017.
[132] «Income Inequality and Poverty Rising in Most OECD Countries», 21 de octubre de 2008, <http://www.oecd.org>.
[133] Dinamarca y Australia eran ejemplos de países con una alta movilidad social, según el informe.
[134] La curva se basa en el trabajo del economista laboral Miles Corak y fue popularizada por Alan Krueger, antiguo presidente del Consejo de Asesores Económicos.
[135] Cuadro 1. Indicadores clave sobre la distribución de la renta disponible en los hogares y la pobreza, en 2007, 2012 y 2014, o el año más reciente, <http://www.oecd.org>.
[136] Larry Summers me dijo en una entrevista telefónica, en marzo de 2017: «Creo que las estadísticas son incorrectas porque no creo que tengan suficientemente en cuenta los varios tipos de mejoras de la calidad. Necesitamos hacer ajustes para los incrementos de la calidad».
[137] Chrystia Freeland, «The Rise of the New Global Super-Rich», charla TED, 2013, <https://www.ted.com>.

## ELEFANTES Y RUIBARBO

[138] «Bright Lights, Big Cities, Measuring National and Subnational Economic Growth in Africa from Outer Space with an Application in Kenya and Rwanda», documento de trabajo sobre investigaciones relativas a las políticas WPS7461, Grupo Banco Mundial, 2015.
[139] Morten Jerven, *Poor Numbers*, Cornell University Press, 2013, pp. XVII-XX.
[140] *Ibid*., p. X.
[141] David Pilling, «In Africa, the numbers game matters», *The Financial Times*, 2 de marzo de 2016.
[142] Jerven, *Poor Numbers*.
[143] Véase «If the GDP Is Up, Why Is America Down?», *Atlantic*, octubre de 1995.
[144] PIB per cápita en términos de PPA, FMI para 2015. Véase la web de la plataforma de datos Knoema, <https://knoema.com>.
[145] Jeffrey Gettleman, «As Grasslands Dwindle, Kenya's Shepherds Seek Urban Pastures», *The New York Times*, 14 de noviembre de 2016.
[146] El estudio descubrió que los rumiantes aportaron 319.000 millones de chelines a la economía, frente a los solo 128.000 millones de chelines que aparecían en las estadísticas oficiales del PIB.

«The Contribution of Livestock to the Kenyan Economy», documento de trabajo de la Iniciativa de políticas ganaderas de la Autoridad Intergubernamental sobre el Desarrollo, núms. 3-11, p. VI.
[147] Miles Morland, «Notes from Africa 2. Kioskenomics», nota privada a sus clientes, junio de 2011.
[148] Entrevista telefónica con el autor, febrero de 2016.
[149] Jamil Anderlini y David Pilling, «China Tried to Undermine Economic Report Showing its Ascendancy», *The Financial Times*, 1 de mayo de 2015.
[150] Jerven, *Poor Numbers*, p. LVII.
[151] Observaciones al autor, febrero de 2016.
[152] Basado en una entrevista del autor realizada a funcionarios del Instituto de Estadística y Geoinformación de Liberia, Monrovia, marzo de 2016.

## EL ARTE DE CRECER

[153] La llamada «paridad de poder adquisitivo» es un modo de comparar la renta per cápita —o el PIB per cápita— entre países, que hace ajustes teniendo en cuenta que los precios varían de un país a otro. Es probable que un corte de pelo en Bombay cueste menos que uno en Nueva York —en parte porque el peluquero ganará menos—, lo que significa que con un dólar en India se obtienen más cosas que con un dólar en Nueva York. El método hace que sea más fácil comparar las rentas a nivel internacional, pero tiene muchos problemas técnicos.
[154] Atlas mundial de datos, <https://knoema.com>.
[155] Akash Kapur, *India Becoming*, Riverhead Books, 2012.
[156] Cifras del Fondo Monetario Internacional para 2015, ajustadas a los precios locales. En dólares, la diferencia es aún más evidente: Corea del Sur es dieciocho veces más rica per cápita.
[157] Jagdish Bhagwati y Arvind Panagariya, *Why Growth Matters*, Consejo de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, 2013, p. XVIII.
[158] Basado, en parte, en varias conversaciones personales con Jagdish Bhagwati, la más reciente en Nueva York en marzo de 2017.
[159] Citado en Bhagwati y Panagariya, *Why Growth Matters*, p. XXIII.
[160] Eso se debió a la desaceleración de China y a la aceleración de India. De hecho, el crecimiento de India también disminuyó un poco, y la cifra principal puede verse favorecida por un cambio de base del PIB en 2015.
[161] Véase Amartya Sen, *Development as Freedom*, Anchor Books, 2000, p. VIII. [Hay trad. cast.: *Desarrollo y libertad*, Planeta, 2000.]
[162] *Ibid*., p. III.
[163] James Lamont, «High Growth Fails to Feed India's Hungry», *The Financial Times*, 22 de diciembre de 2010.
[164] Jagdish Bhagwati pone en duda muchas de las cifras de Sen sobre malnutrición. Véase Bhagwati y Panagariya, *Why Growth Matters*.
[165] «Indian Tycoon Hosts £59m Wedding For Daughter Amid Cash Crunch», *The Guardian*, 16 de noviembre de 2016, <https://www.theguardian.com>.
[166] Amartya Sen, «Bangladesh Ahead of India in Social Indicators», *The Daily Star*, 13 de febrero de 2015, <https://www.thedailystar.net>.
[167] David Pilling, «India's Congress Party Has Done Itself Out of a Job», *The Financial Times*, 7 de mayo de 2014, <https://www.ft.com>.

[168] Rajiv Kumar, del Centro de Investigación sobre Políticas, Delhi.
[169] Sam Roberts, «Hans Rosling, Swedish Doctor and Pop-Star Statistician Dies at 68», *The New York Times*, 9 de febrero de 2017.
[170] No estaba de acuerdo porque dijo que sus observaciones se basaban meramente en datos.
[171] Cuando le pregunté sobre el otro 20 por ciento, dijo: «Por eso tenemos sanidad pública. Esa es la razón de mi existencia».
[172] Hay al menos un país que incumple la regla de Rosling: Guinea Ecuatorial, donde la élite ha crecido mucho gracias al dinero del petróleo cortesía de Exxon Mobil. Tiene un PIB per cápita de treinta mil dólares ajustado a los precios locales, pero dos tercios de su población viven en una pobreza extrema y el índice de mortalidad infantil, del sesenta y siete por mil, es mayor que en Eritrea, un país que, según el PIB, es veinte veces más pobre.
[173] El Banco Mundial define los países de ingreso mediano bajo como aquellos con una renta nacional bruta per cápita de entre 1.026 y 4.035 dólares, calculado según el método Atlas, que trata de matizar las diferencias entre países causadas por las fluctuaciones de los tipos de cambio. Los países de ingreso mediano alto se definen como aquellos con un PNB per cápita de entre 4.036 y 12.475 dólares.
[174] Estos números provienen de Rosling.
[175] «Why Ethiopian Women Are Having Fewer Children Than Their Mothers», BBC, 6 de noviembre de 2015, <https://www.bbc.com/news>.

## PODER NEGRO, PODER VERDE

[176] Chris Buckley 储百亮 ChuBailiang).
[177] Edward Wong, «Air Pollution Linked to 1.2 Million Premature Deaths in China», *The New York Times*, 1 de abril de 2013, <http://www.nytimes.com>.
[178] Javier Hernández, «Greed, Injustice and Decadence. What 5 Scenes From a Hit TV Show Say About China», *The New York Times*, 27 de mayo de 2017.
[179] Véase Frank Dikötter, *Mao's Great Famine*, Bloomsbury Publishing, 2010. [Hay trad. cast.: *La gran hambruna en la China de Mao*, Acantilado, 2017.]
[180] Li Keqiang, que se convertiría en el primer ministro chino, advirtió en 2007 de que las cifras del PIB chino no debían tomarse demasiado en serio. Recomendó considerar otros tres números: la producción de electricidad, las mercancías ferroviarias y los préstamos bancarios. Véase David Pilling, «Chinese Economic Facts and Fakes Can Be Hard to Tell Apart», *The Financial Times*, 16 de septiembre de 2015.
[181] Paul A. Samuelson, *Economics*, McGraw-Hill Book Company, 1948, p. X. [Hay trad. cast.: *Economía*, McGraw-Hill, 2006.]
[182] Lorenzo Fioramonti, *Gross Domestic Problem*, Zed Books, 2013, p. CLI.
[183] Leo Lewis, Tom Mitchell y Yuan Yang, «Is China's Economy Turning Japanese?», *The Financial Times*, 28 de mayo de 2017.
[184] Jonathan Watts, «China's Green Economist Stirring a Shift Away from GDP», *The Guardian*, 16 de septiembre de 2011, <http://www.theguardian.com>.
[185] *Ibid*.
[186] Geoff Dyer, «Chinese Algae Spreads to Tourist Resorts», *The Financial Times*, 12 de julio de 2008, <http://www.ft.com>.
[187] Jonathan Watts, *When a Billion Chinese Jump*, Simon & Schuster, 2010, cap. 11.

[188] Jared Diamond ha argumentado que el genocidio de Ruanda de 1994 tuvo un elemento maltusiano de superpoblación.
[189] Pilita Clark, «The Big Green Bang. How Renewable Energy Became Unstoppable», *The Financial Times*, 18 de mayo de 2017.
[190] Aibing Guo, «China Says It's Going to Use More Coal, With Capacity Set to Grow 19%», *Bloomberg*, 7 de noviembre de 2016, <https://www.bloomberg.com>.
[191] Yuan Yang, «China's Air Pollution Lifts in Coastal Cities, But Drifts Inland», *The Financial Times*, 20 de abril de 2016.
[192] Yuan Yang, «China Carbon Dioxide Levels May Be Falling, Says LSE Study», *The Financial Times*, 7 de marzo de 2016.
[193] Gabriel Wildau, «Small Chinese Cities Steer away from GDP as Measure of Success», *The Financial Times*, 13 de agosto de 2014.
[194] Arthur Beesley *et al*., «China and EU Offer Sharp Contrast with US on Climate Change», *The Financial Times*, 1 de junio de 2017.

## RIQUEZA

[195] Esto es algo que me contó Martin Wolf de *The Financial Times*. Conversación personal, septiembre de 2016, Londres.
[196] Para las empresas hay incluso un tercer grupo de contabilidad llamado «estado de flujo de efectivo», que mide la posición real del efectivo de la empresa —la liquidez a su disposición— y que, por lo tanto, es de nuevo diferente de las cuentas de beneficios y pérdidas.
[197] Muchas economías avanzadas sí miden lo que se conoce como capital producido, es decir, el *stock* de activos físicos como carreteras, edificios y puertos.
[198] Partha Dasgupta, «Getting India Wrong», *Prospect Magazine*, agosto de 2013.
[199] Este ejemplo proviene de una conversación con Partha Dasgupta, septiembre de 2016.
[200] Partha Dasgupta, «The Nature of Economic Development and the Economic Development of Nature», *Economic and Political Weekly*, vol. 48, núm. 51, 21 de diciembre de 2013.
[201] Esta consideración está tomada del artículo de Jared Diamond «Easter's End» en *Discover Magazine*, agosto de 1995, <http://courses.biology.utah.edu>.
[202] *Ibid*.
[203] Entrevista del autor con Partha Dasgupta.

## UN *DOMESDAY* MODERNO

[204] Web del Proyecto Gutenberg, <https://www.gutenberg.org>.
[205] Dieter Helm, *Natural Capital*, Yale University Press, 2015, p. XCVI.
[206] Robert Costanza *et al*., «The Value of the World's Ecosystem Services and Natural Capital», *Nature*, mayo de 1997, <http://www.nature.com>.
[207] Basado, en parte, en una discusión con Partha Dasgupta, septiembre de 2016.
[208] Véase ftp://131.252.97.79/Transfer/ES_Pubs/ESVal/es_val_critiques/responseToPearce_byCostanza.pdf.
[209] Helm, *Natural Capital*, p. VIII.

[210] Las Naciones Unidas asignaron a la antigua primera ministra de Noruega, Gro Harlem Brundtland, nada menos que la tarea de convencer a los gobiernos del mundo para que se comprometieran con una forma de crecimiento que no destruyera el planeta. En 1987 la comisión publicó su informe «Nuestro futuro común».
[211] La misma ley se podría aplicar a otras formas de capital, entre ellas las infraestructuras e incluso las instituciones.
[212] Véase Helm, *Natural Capital*, pp. XCIX-CXVIII.
[213] En la práctica estas teorías se encuentran con el problema de la «tragedia de los comunes», según el cual todo el mundo extrae la mayor cantidad posible de un recurso porque si no, otro lo hará.
[214] Agnes Kalibata, la presidenta de la Alianza para una Revolución Verde en África, dice que el cambio climático es el mayor desafío para los agricultores empobrecidos de África, que dependen casi por completo de la agricultura de secano en una época en que las precipitaciones han sido más impredecibles que nunca. Entrevista con el autor, Nairobi, abril de 2017.
[215] William Davies, *The Happiness Industry*, Verso, 2015, p. LXV. [Hay trad. cast.: *La industria de la felicidad*, Malpaso, 2016.]
[216] Andrew Simms, «It's the Economy That Needs to Be Integrated into the Environment-Not the Other Way Around», *The Guardian*, 14 de junio de 2016, <http://www.theguardian.com>.
[217] Esta brillante idea es de Andrew Simms en *ibid*.
[218] George Monbiot, «Can You Put a Price on the Beauty of the Natural World?», *The Guardian*, 22 de abril de 2014, <http://www.theguardian.com>.
[219] Véase la web de la Red Global de la Huella Ecológica: <http://www.footprintnetwork.org>.
[220] <http://www.footprintnetwork.org>.
[221] Entrevista con el autor, marzo de 2017.
[222] Estas ideas se basan en una discusión con Martin Wolf, mi querido colega de *The Financial Times*, septiembre de 2016.
[223] Glenn-Marie Lange *et al*., «The Changing Wealth of Nations», Banco Mundial, diciembre de 2011, p. XII, <http://worldbank.org>.
[224] Angus Maddison, pionero en el cálculo del PIB durante años, fue profesor en la Universidad de Groninga entre 1978 y 1997 y fundador del Centro de Crecimiento y Desarrollo de Groninga.
[225] Petróleo, gas natural, antracita, carbón bituminoso, bauxita, cobre, oro, mineral de hierro, plomo, níquel, fosfato, estaño, plata y zinc.
[226] La metodología más reciente del banco hace algún intento para considerar la caza, la pesca y el valor recreativo de las tierras forestales.
[227] Estas cifras son de Lange *et al*., «The Changing Wealth of Nations», p. VII, donde los últimos datos sobre riqueza integral son de 2005. El banco publica con más regularidad cifras de medidas que están relacionadas con la riqueza, como los ahorros netos ajustados.
[228] Cuadro 1.1, p. VII, <http://documents.worldbank.org>.
[229] El relato de Viken proviene de «Discover How Norway Saved its Vanishing Forests», BBC, 4 de noviembre de 2015, <http://www.bbc.co.uk>.
[230] «State of Forest Genetic Resource in Norway», p. III, <http://www.skogoglandskap.no/filearchive>.
<https://brage.bibsys.no/xmlui/bitstream/handle/11250/2453902/SoL-Rapport-2012-03.pdf?sequence=2&isAllowed=y>
[231] Su nombre formal, modificado en 2006, es Fondo de Pensiones del Gobierno, un nombre algo confuso dado que no es realmente un fondo de pensiones, sino un fondo soberano de inversión.

[232] En libras de 1975.
[233] «Jeremy Bentham Makes Surprise Visit to UCL Council», UCL *News*, 10 de julio de 2013, <http://www.ucl.ac.uk>.
[234] Jeremy Bentham, *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*, 1789, <http://socserv.mcmaster.ca/econ/ugcm/3ll3/bentham/morals.pdf>.
[235] William Davies, *The Happiness Industry*, Verso, 2015, p. X.
[236] *Ibid*., p. LXI.
[237] *Ibid*., p. XVII.
[238] Esto se basa en una conferencia de Jeffrey Sachs, director del Earth Institute de la Universidad de Columbia, en la London School of Economics, diciembre de 2016.
[239] George Ward, «Is Happiness a Predictor of Election Results?», Centre for Economic Performance, abril de 2015, <http://cep.lse.ac.uk>.
[240] Informe mundial sobre la felicidad, 2012, <http://worldhappiness.report/download>.
[241] *Ibid*.
[242] Datos del FMI para 2015, con el PIB per cápita expresado en términos de paridad de poder adquisitivo.
[243] *Ibid*.
[244] Los resultados abarcan noventa mil personas en cuarenta y seis países. Richard Layard, *Happiness*, Penguin Books, 2005, p. LXV. [Hay trad. cast.: *La felicidad*, Taurus, 2005.]
[245] *Ibid*., p. LXIV.
[246] *Ibid*., p. LXXIX.
[247] BBC, 7 de enero de 2017, <http://www.bbc.co.uk>.
[248] Entrevista del autor con Richard Layard.
[249] Layard, *Happiness*, p. CCXXXIII.
[250] *Ibid*., p. CLIV.
[251] Layard cita la investigación de Robert Sampson y Byron Groves, de la Universidad de Harvard, «Community Structure and Crime (1989)», <http://dash.harvard.edu>.
[252] Paul Ormerod, «Against Happiness», *Prospect Magazine*, 29 de abril de 2007, <http://www.prospectmagazine.co.uk>.
[253] Richard Layard, «Paul Ormerod is Splitting Hairs», *Prospect Magazine*, junio de 2007.
[254] Citado en el *Informe mundial sobre la felicidad*, 2012, p. CXI.
[255] Gardiner Harris, «Index of Happiness? Bhutan's New Leader Prefers More Concrete Goals», *The New York Times*, 4 de octubre de 2013.
[256] *Ibid*.
[257] Según las cifras del FMI para 2016, tiene un PIB de poco más de 8.227 dólares en paridad de poder adquisitivo, que se ajusta a los precios locales.
[258] Todas las cifras son de la Unesco, <http://uis.unesco.org>.
[259] Bill Frelick, «Bhutan's Ethnic Cleansing», *New Statesman*, 1 de febrero de 2008, <http://www.newstatesman.com>.
[260] Véase <http://www.bhutanstudies.org.bt>.

[261] Tobin se hizo famoso por el impuesto que propuso sobre las transacciones de divisas para reducir una especulación arriesgada que él consideraba inútil.
[262] «Against the Human Development Index», <http://econlog.econlib.org>.
[263] Se produce menos inversión neta cuando el valor de las nuevas inversiones es menor que el valor de la depreciación.
[264] Entrevista con el autor, febrero de 2017.
[265] De una conversación con Steve Landefeld, febrero de 2017.
[266] «Canadian Index of Well-being, Executive Summary», 2016, <http://uwaterloo.ca>.

## LA CONCLUSIÓN DEL CRECIMIENTO

[267] Entrevista telefónica del autor con Joseph Stiglitz, abril de 2017.
[268] Basado, en parte, en una conversación mantenida con Jagdish Bhagwati, Nueva York, marzo de 2017.
[269] En una entrevista con el autor, Larry Summers dijo que el PIB tendía a hacer un seguimiento de otras cosas que nos podían interesar, entre ellas la protección del medio ambiente y la salud, y por lo tanto limitaba la necesidad de plantearse mediciones diferentes. En otras palabras, según Summers el PIB no es un mal indicador del bienestar. «Cuando otra medida de bienestar crece rápidamente tiende a ocurrir en un periodo en que el PIB crece rápidamente, y viceversa. Cuando lo haces en varios países creo que la correlación entre el crecimiento en las medidas de bienestar alternativas y el crecimiento en el PIB acaba siendo relativamente alta, no relativamente baja. De modo que eso me deja algo menos impresionado con la eficacia de este tipo de cálculos alternativos.»
[270] Jonathan Soble, «Japan, Short on Babies, Reaches a Worrisome Milestone», *The New York Times*, 2 de junio de 2017, <http://www.nytimes.com>.
[271] Hans Rosling previó que la población mundial alcanzaría un pico de alrededor de once mil millones de personas en 2100, cuando estimó que habría mil millones de personas en América, mil millones en Europa, cuatro mil millones en África y cinco mil millones en Asia. Conferencia en Davos, Suiza, enero de 2014.
[272] La mayor parte de los economistas, aunque no todos, ve una tendencia clara de aumento de la desigualdad en la mayoría de los países ricos.
[273] A veces se expresa en una escala de 0 a 1.
[274] Web de IndexMundi, <http://www.indexmundi.com>.
[275] El coeficiente se puede calcular antes o después de la redistribución del Gobierno, incluidos los impuestos y beneficios.
[276] Fuente de datos: DeNavas-Walts C., B. D. Proctor y J. C. Smith. Oficina del Censo de Estados Unidos, septiembre de 2013, Informes sobre población actual, P60-245, Ingresos, pobreza y cobertura del seguro de salud en Estados Unidos, 2012 (Cuadro A-2).
[277] Cuadro 1: Indicadores clave sobre la distribución de la renta disponible en los hogares y la pobreza, 2007, 2012 y 2014 o el año más reciente, <http://www.oecd.org>.
[278] Entrevista con el autor, Washington, marzo de 2017.
[279] Calcular el producto interior neto requiere hacer una serie de suposiciones, la más importante de las cuales es el número de años en que se deprecia un activo. Se puede decidir, por ejemplo, que el valor de un edificio se reduce a cero en veinte años. Así, aunque el edificio siga en pie dentro de veinte años, en la contabilidad nacional su valor sería nulo. Si diversas naciones aplican supuestos

diferentes a diversos activos, la comparación internacional de los productos nacionales se vuelve difícil. Pero proporciona una guía aproximada de lo bien o mal que una nación mantiene sus activos y, por lo tanto, de la probabilidad de que su crecimiento sea sostenible.

[280] Conversación telefónica con el autor, abril de 2017.

[281] Como señala Stiglitz, puede que el $CO_2$ no sea la mejor medida para todas las situaciones. En China, por ejemplo, se podría defender que los urgentes problemas de salud asociados con la contaminación crónica del aire son más acuciantes. En ese caso, para Pekín podría ser mejor medir las emisiones de partículas finas.

[282] La llamada tasa U6 es la medida más amplia del desempleo, que incluye a los «trabajadores desanimados» que quieren trabajar pero han dejado de buscar porque las perspectivas de empleo son muy poco prometedoras y a los trabajadores a tiempo parcial que preferirían trabajar a tiempo completo. Véase Oficina de Estadísticas Laborales, Cuadro A-15, <http://www.bls.gov/news.release>.

[283] Basado, en parte, en una conversación mantenida con Joseph Stiglitz, abril de 2017.

[284] Véase el índice para una vida mejor de la OCDE, <http://www.oecdbetterlifeindex.org>.

[285] Stiglitz dice que en Estados Unidos los salarios por hora se han estancado durante más de sesenta años. Para mantener su nivel de vida, la gente ha trabajado cada vez más y más horas por hogar. En Europa, las horas trabajadas por hogar han disminuido en el mismo periodo. Si sus números son correctos, los europeos han intercambiado parte de sus ingresos por tiempo libre, mientras que los estadounidenses han priorizado la obtención de dinero, incluso si no tienen tiempo para disfrutarlo.

[286] Kenneth Boulding, citado en Lorenzo Fioramonti, *Gross Domestic Problem*, Zed Books, 2013, pp. CXLV-CXLVI.

[287] Faye Dunaway anunció que *La La Land* era la mejor película, pero en la tarjeta se debería haber leído *Moonlight*, la verdadera ganadora. «Moonlight, La La Land and What An Epic Oscars Fail Really Says», *The New York Times*, 27 de febrero 2017.

[288] Entrevista telefónica con el autor, febrero de 2017. A propósito, Oulton escribió una defensa del PIB tremendamente espinosa en «Hooray For GDP! GDP as a Measure of Well-being», <http://voxeu.org>.

[289] Según funcionarios de la Oficina de Análisis Económico.

[290] Incluso después de todo este tiempo, el funcionario habló de forma anónima por temor a represalias.

[291] Joe Earle, Cahal Moran y Zach Ward-Perkins, *The Econocracy. The Perils of Leaving Economics to the Experts*, Manchester University Press, 2016.

[292] *Ibid*.

[293] Kenneth Boulding, citado en «An A-Z of Business Quotations», *The Economist*, 20 de julio de 2012.

[294] Earle *et al*., *The Econocracy*.

[295] Entrevista del autor con Joe Earle, julio de 2016.

# NOTAS EXPLICATIVAS

(1) En este libro, a menos que se indique lo contrario, «economía» y «PIB» son términos intercambiables, puesto que definimos la economía por el tamaño de su PIB. La economía también aparecerá a veces como «renta nacional». «El crecimiento del PIB» es sinónimo de «crecimiento».
(2) *Fun* significa «diversión» en inglés. *Cat* significa «gato», pero también era el término usado para denominar en jerga a la metcatinona, una droga. El «bigote» de crecimiento sería, pues, un bigote de gato, que es un expresión habitual en inglés equivalente al castellano «por un pelo», muy poco. *(N. del T.)*

**«Pilling es un guía sabio, informado y viajado. Su escepticismo respecto al PIB representa un inestimable primer paso si de lo que se trata es de hacer las cosas mejor. Un verdadero logro.»**
Angus Deaton, premio Nobel de Economía

Los economistas y su culto al crecimiento se han apoderado de la política. Según su sistema de medida por antonomasia, el producto interior bruto, deberíamos ser más ricos o felices que nunca. David Pilling, uno de los más prestigiosos y premiados periodistas económicos, demuestra la insensatez de nuestra dependencia de ese concepto arbitrario, limitado y engañoso que nos empeñamos en tomar como signo de bienestar.

Muchos de los aspectos clave de nuestro bienestar, desde el aire limpio hasta la estabilidad laboral, están fuera del alcance de nuestra medida estándar de éxito. Durante demasiado tiempo, la economía se ha basado en un lenguaje que no resuena con la experiencia real de las personas. Según Pilling, nuestra devoción por el PIB conforma las políticas equivocadas, contribuye a la desconfianza creciente de los ciudadanos y sacude los cimientos de nuestra democracia.

*El delirio del crecimiento* revela las tendencias ocultas de nuestra tradición económica y explora alternativas al PIB, desde medidas de riqueza, igualdad y sostenibilidad hasta el concepto de bienestar subjetivo. Provocador, autorizado y tremendamente revelador, ofrece propuestas ingeniosas e inesperadas sobre cómo podemos responder a las necesidades reales en lugar de perseguir el crecimiento a cualquier precio.

**La crítica ha dicho:**

«Una respuesta perspicaz e ingeniosa a una pregunta esencial: ¿qué es exactamente el crecimiento y cómo puede aprovecharse para mejorar las vidas de las personas?»
Kofi Annan

«De lectura obligada para cualquier interesado en hacer del mundo un lugar mejor. Casi un milagro.»
Ha-Joon Chang

«Directo al corazón del problema, capta con todos los matices por qué el PIB es una estadística tan estrafalaria -y algunos dirían, incluso, francamente engañosa-.»
Felix Martin, *The Financial Times*

«Potente y cautivador. Pilling comenzó a cuestionar el culto al PIB y no pudo parar. Tiene razón: el maleficio debe romperse.»
Philip Aldrich, *The Times*

«El bienvenido antídoto contra el evangelio según el PIB.»
David Smith, *The Sunday Times*

«Rara vez, por no decir nunca, me veo recomendando un libro de economía que sea al mismo tiempo importante y francamente divertido.»
Jared Bernstein, *The Washington Post*

«Ágil y adictivo. Una investigación maravillosamente cosmopolita.»
Adam Tooze, *The Guardian*

«Excelente. La defensa de la búsqueda de mejores formas de medir la prosperidad va cobrando cada vez más fuerza.»
Rohan Silva, *The Evening Standard*

«Un bicho raro: un libro de economía bien escrito, accesible y -no lo digan muy alto- ¡entretenido! Ingenioso y bien documentado, es una excelente guía para eludir las trampas y deficiencias del PBI.»
*New Internationalist*

«Magistral. Es sorprendente cómo un estudio sobre el PIB y el crecimiento puede brillar con tal ingenio y agudeza. David Pilling logra semejante hazaña.»
*Nature*

«Si intuían que el PIB no se traduce necesariamente en mayor bienestar, Pilling les demostrará convincentemente por qué tenían razón. Uno de los columnistas más brillantes de *The Financial Times* ha escrito un libro que se convertirá en un clásico.»
Jagdish Bhagwati

«Fascinante y revelador, *El delirio del crecimiento* no se limita a contar por qué el emperador va desnudo, sino que también revela que, de entrada, ni siquiera se trata del emperador.»
David Mitchell, autor de *El atlas de las nubes*

# SOBRE EL AUTOR

**David Pilling** ha sido durante veinticinco años reportero y editor de *The Financial Times*. De Asia a Estados Unidos y de África a Latinoamérica, ha entrevistado a decenas de líderes mundiales, importantes ejecutivos, artistas y novelistas de todo el mundo. Ha obtenido numerosos galardones, entre otros, por dos años consecutivos (2011 y 2012), el Premio al mejor Comentarista concedido por la Society of Publishers in Asia y el de Mejor Comentarista Extranjero en 2011 en los premios británicos Editorial Intelligence Comment Awards.

Título original: *The Growth Delusion*
© 2018, David Pilling
© 2019, Ramón González Ferriz, por la traducción
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

La escritura de esta obra ha sido posible gracias al generoso Premio Journalist Fellowship de la Friends Provident Foundation

ISBN ebook: 978-84-306-2030-2
Diagramas: Philip Beresford
Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de la cubierta: © Martín Elfman
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO

megustaleerEbooks

@megustaleer

@megustaleer

ÍNDICE

El delirio del crecimiento
Dedicatoria
El culto al crecimiento
Primera parte. Los problemas del crecimiento
- 1. El monstruo de Kuznets
- 2. Las contribuciones del pecado
- 3. El bueno, el malo y el invisible
- 4. Un exceso de algo bueno
- 5. Internet me ha robado el PIB
- 6. Qué le ocurre al ciudadano de a pie

Segunda parte. El crecimiento y el mundo en desarrollo
- 7. Elefantes y ruibarbo
- 8. El arte de crecer
- 9. Poder negro, poder verde

Tercera parte. Más allá del crecimiento
- 10. Riqueza
- 11. Un *Domesday* moderno
- 12. El señor de la felicidad
- 13. PIB 2.0
- 14. La conclusión del crecimiento

Agradecimientos
Índice alfabético
Notas
Notas explicativas
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos